

NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

La nueva edición de la *New Left Review* en español se lanza desde Ecuador, desde la Revolución Ciudadana, desde una Universidad pública, el Instituto de Altos Estudios Nacionales. Esta iniciativa trata de contribuir al cambio ofreciendo instrumentos analíticos para alimentar los debates e incrementar la potencia de las revoluciones latinoamericanas; pretende formar militantes e intensificar las formas de transformación para impedir que esos procesos sean capturados, desvirtuados o paralizados por las viejas y nuevas elites nacionales o por las estrategias de las potencias y las elites globales. Esta publicación ofrece a los movimientos sociales dispositivos intelectuales para constituirse como sujetos políticos constituyentes. Y hará, finalmente, que las ideas adquieran la materialidad densa y fluida de una fuerza poderosa que se convierte en acción revolucionaria.

Edición en castellano:
Editor de la edición en castellano
Diseño y coordinación editorial

Edición conceptual
Traducción

Corrección ortotipográfica

Editor
Deputy Editor
Editorial Committee

Associate Editor
Assistant Editor
Publishing Director
Subscriptions
Online Publisher

Instituto de Altos Estudios Nacionales-IAEN
Carlos Prieto del Campo
David Gámez Hernández
Iñaki Vázquez Álvarez
Francisco Sanz Esteban
Jose María Amoroto,
Alvaro García-Ormaechea,
Juanmari Madariaga,
Ethel Odriozola, Cristina Piña
Carlos Vidania

Susan Watkins
Tony Wood
Tariq Ali, Perry Anderson, Kheya Bag,
Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton,
Robin Blackburn, Robert Brenner,
Malcolm Bull, Mike Davis, Daniel Finn,
Tom Mertes, Francis Mulhern,
Dylan Riley, Julian Stallabrass,
Jacob Stevens, Wang Chaohua,
Susan Watkins, Tony Wood,
JoAnn Wypijewski
Francis Mulhern
Daniel Finn
Kheya Bag
Johanna Zhang
Rob Lucas

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN, 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional

(CC BY-NC-ND 4.0)

Edita: Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN, Ecuador

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq., Quito

Tel: (593)023829900

www.iaen.edu.ec

editorial@iaen.edu.ec

Produce: Editorial Traficantes de Sueños

Calle Embajadores 35, 28012, Madrid

Tel: 911857773

www.traficantes.net/nlr

nlr@traficantes.net

nlr_suscripciones@traficantes.net

ISSN Ecuador: 1390-8553

ISSN España: 1575-9776

ISSN digital: 2341-1686

Impresión: Imprenta Editogran S.A.

NEW LEFT REVIEW 85

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-ABRIL 2014

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	¿Nuevas masas?	5
ANDRÉ SINGER	Rebelión en Brasil	18
PERRY ANDERSON	<i>Antagonista</i>	38
TOR KREVER	Juzgar a la Corte Penal Internacional	68
TERI REYNOLDS	Despachos desde Dar	103

ENTREVISTA

THOMAS PIKETTY	La dinámica de la desigualdad	107
----------------	-------------------------------	-----

ARTÍCULOS

JOSH BERSON	La reprogramación de la quinua	122
-------------	--------------------------------	-----

CRÍTICA

MARCUS VERHAGEN	Participativo pasado	140
WILLIAM DAVIES	La economía del insomnio	148
DYLAN RILEY	Cuestiones sureñas	154

CONTENIDOS

GÖRAN THERBORN: ¿Nuevas masas?

¿Qué fuerzas sociales estarán con mayor probabilidad en condiciones de enfrentarse a la supremacía del capital en las próximas décadas? Evaluación de las potenciales bases de resistencia desde comunidades tradicionales invadidas por el mercado planetario a los trabajadores industriales y una clase media en expansión pero amorfa.

ANDRÉ SINGER: Rebelión en Brasil

Retrato sociológico de las protestas que paralizaron el país en junio de 2013. Entrelazamientos y transversalidades de clases, ideologías y generaciones en las calles de las principales ciudades brasileñas, que anuncian que están en marcha cambios más profundos.

PERRY ANDERSON: Antagonista

Retrospectiva de la vida emancipada y del trabajo de Alexander Cockburn, cuyo último libro, *A Colossal Wreck*, completa un asombroso tríptico. Fusión de influencias familiares decisivas, de lugar y de época política en un temperamento singularmente radical y en la aguda prosa en la que dicho temperamento encontró expresión.

TOR KREVER: Juzgar a la Corte Penal Internacional

¿Protectora de los débiles o herramienta de los fuertes? Orígenes y evolución de la Corte Penal Internacional y de su cambio de rumbo geopolítico a lo largo de una década de guerra imperial.

TERI REYNOLDS: Despachos desde Dar

Realidades de la medicina de urgencias en Tanzania y del proceso mediante el cual las nuevas instalaciones y los sistemas existentes se adaptan entre sí.

THOMAS PIKETTY: La dinámica de la desigualdad

Uno de los principales economistas franceses analiza la evolución histórica de la riqueza mundial y los desequilibrios de la renta. Tras las conmociones niveladoras del siglo XX ¿traerá el XXI una vuelta al dominio de las fortunas heredadas observado en la *longue durée*?

JOSH BERSON: La reprogramación de la quinua: una crítica

Alimento básico en la dieta andina antes de la conquista española, la quinua se ha convertido últimamente en mercancía de la alimentación sana mundial, con dudosos resultados para los campesinos bolivianos. Josh Berson cartografía los límites de la justicia alimenticia perseguida mediante tecno-soluciones consumistas.

CRÍTICA

MARCUS VERHAGEN reseña el libro de Claire Bishop, *Artificial Hells*. Antecedentes y repercusiones críticas de la reciente oleada de arte participativo.

WILLIAM DAVIES reseña el libro de Jonathan Crary, *24/7*. ¿Está incluso el sueño amenazado por el avance de las fuerzas del mercado?

DYLAN RYLEY reseña el libro de Ira Katznelson, *Fear Itself*. Revisión histórica del *New Deal* para la época de Obama.

AUTORES

JOSH BERSON: *investigador en el Instituto Max Planck de Ciencias Cognitivas y del Cerebro, Leipzig.*

WILLIAM DAVIES: *trabaja en el Center of Interdisciplinary Methodologies, Universidad de Warwick; véase también NLR 71.*

TOR KREVER: *estudia derecho internacional en la London School of Economics; véase también NLR 65.*

THOMAS PIKETTY: *director de estudios de la École des Hautes Études en Sciences Sociales y profesor de la École d'Économie de París; obra más reciente: Le capital au XXI^e siècle (2013).*

TERI REYNOLDS: *reparte su tiempo entre Dar es Salaam y San Francisco, enseñando y practicando medicina de urgencias; véase también NLR 61.*

ANDRÉ SINGER: *profesor de política en la Universidad de São Paulo; autor de Os Sentidos do Lulismo (2012).*

GÖRAN THERBORN: *su obra más reciente es The Killing Fields of Inequality (2013); véanse también, entre otras, NLR 35, 43, 46, 56 y 78.*

MARCUS VERHAGEN: *profesor de arte contemporáneo en el Sotheby's Institute of Art; véase también NLR 46.*

¿NUEVAS MASAS?

Los últimos años han sido testigos de sucesivas movilizaciones violentas de masas en India, Turquía, Brasil; las protestas callejeras han repercutido desde los Balcanes –Zagreb, Sarajevo–, Sofía y Bucarest hasta Ucrania, donde Yanukóvich fue expulsado del gobierno en febrero de este año. Paradójicamente, la ira popular se ha manifestado no tanto en los países desarrollados golpeados por la recesión, como en el Segundo Mundo neocapitalista, en los prósperos países BRIC y en las economías emergentes. Queda aún por explicar y, esperemos, por trascender, la debilidad de la resistencia en las zonas del capitalismo avanzado, a pesar de las medidas de austeridad provocadoramente regresivas y del rescate financiero. Parte de la respuesta debe buscarse en la marginalización desde 1990 del antagonista histórico del capital: la clase obrera organizada. ¿Qué fuerzas sociales y qué tipo de políticas se están desarrollando en el Este y en el Sur? En la NLR 78, Göran Therborn ofreció un panorama de la situación global de las clases sociales en el que examinaba la realidad de las «nuevas clases medias» de los países en vías de desarrollo. En este número, Therborn analiza a lo largo y ancho de seis continentes el potencial de oposición de estratos subordinados: las fuerzas precapitalistas indígenas y campesinas, las poblaciones «excedentes», los trabajadores de la industria, las clases medias asalariadas. ¿Qué condiciones tendrían que darse para auspiciar alianzas entre los mismos, tal como ocurrió en las protestas defensivas contra la mercantilización de los espacios y los servicios públicos de Turquía y Brasil, o la ira popular contra los regímenes corruptos y represivos de Ucrania, el Magreb y el Máshreq? En Brasil, una marcha contra el aumento de las tarifas de los autobuses provocó manifestaciones en todo el país en junio de 2013. André Singer examina la complejidad social y política de las protestas y encuentra una confluencia de clases en la calle: las clases medias golpeadas por la inflación, la juventud déclassé y los «nuevos proletarios» (un organizador del Movimento Passe Livre constata una «cantidad inmensa» de

manifestantes que trabajan en el telemárketing con títulos universitarios). ¿Qué política aportan a la lucha los dirigentes de los nuevos movimientos de resistencia? Se observan influencias de los movimientos alternativos a la globalización de la década de 1990 (Chiapas, Seattle, Génova, Porto Alegre) así como de las protestas latinoamericanas de los coccaleros y los piqueteros y de las Revoluciones de Colores de principios de la década de 2000 (algunas con el discreto apoyo de las embajadas occidentales). Pero, como señala Singer, en Brasil, como en otras partes, algunos sectores de la derecha y del centro jugaron un papel importante. Desentrañar los contornos contradictorios de estos levantamientos será una tarea fundamental en la comprensión de las próximas oleadas de resistencia.*

* Lucas Oliveira, «Está em pauta, agora, que modelo de cidade queremos», entrevistado por Maria Caraméz Carlotto para *Revista Fevereiro*, núm. 6, 18 de octubre de 2013.

¿NUEVAS MASAS CRÍTICAS?

Las bases sociales de la resistencia

LAS CRÍTICAS AL capitalismo, si quieren tener sentido político, deben tener, o encontrar, una base social. Desde el siglo XIX y a lo largo del XX, la crítica más destacada se designaba «la cuestión obrera», porque su base de masas se nutría de la cada vez más numerosa clase obrera industrial. Era la clave no solo para las organizaciones de trabajadores emergentes y sus ocasionales simpatizantes liberales, sino también para la opinión conservadora; incluso los fascistas, los enemigos más violentos del movimiento obrero, modelaron sus organizaciones siguiendo su ejemplo. Los obreros industriales mantuvieron su papel central hasta la década de 1970. Para entonces, una nueva base social para la lucha anticapitalista había surgido de los movimientos anticoloniales, movilizada en torno a la cuestión de la liberación nacional y contra el «desarrollo dependiente» imperialista.

Sin embargo, durante los últimos treinta años, la desindustrialización del Norte ha detenido y luego revertido la marcha hacia delante de la clase obrera; así, la «gran dialéctica» (es decir, el choque entre el creciente carácter social de las fuerzas productivas y su propiedad privada) ha sido suspendida. Mientras tanto, la exitosa industrialización de países punteros del Sur durante el mismo periodo ha significado básicamente, por el momento, que el desarrollo capitalista se considera ahora posible en Asia, África y América Latina, en contra de las teorías de dependencia tan influyentes en su día. ¿Existen ahora fuerzas sociales en ascenso en esas áreas que puedan ser funcionalmente equivalentes a la clase obrera organizada o a los movimientos anticoloniales del siglo XX? Claramente, no hay estratos anticapitalistas de masas que sean visibles en la actualidad: una situación novedosa para el capitalismo en el contexto de los

últimos ciento cincuenta años. Sin embargo, si no buscamos movimientos anticapitalistas, sino, por el contrario, formaciones de masas que sean potencialmente críticas con el desarrollo capitalista contemporáneo, hay fuerzas sociales importantes que ya son evidentes. Podemos distinguir cuatro tipos diferentes.

Desde los márgenes

La primera fuerza social potencialmente crítica la constituyen las poblaciones precapitalistas que se resisten a las injerencias de las grandes empresas. Los pueblos indígenas, con algo más de fuerza recientemente, son los principales protagonistas. Son significativos políticamente, sobre todo en la América andina y en India, pero están presentes en gran parte del Sur y han desarrollado redes internacionales. No disponen del número ni los recursos para tener peso suficiente, excepto a escala local, pero pueden articular sus luchas con movimientos críticos de resistencia más amplios. Por el momento, constituyen una fuerza que hay que tener en cuenta en Bolivia, como componente principal de una coalición gobernante rebelde, y en India, como núcleo de una insurgencia a gran escala; en ambos casos están *encadrés* por organizadores de la tradición del movimiento obrero: mineros socialistas despedidos reconvertidos en cultivadores de coca en Bolivia y revolucionarios profesionales maoístas en India central. Los últimos han recibido un duro golpe recientemente, pero no han sido derrotados ni destruidos. En México, los zapatistas mantienen todavía la región de la Selva Lacandona en Chiapas. Tales movilizaciones pueden ser contradictorias: en Bengala Occidental, de Gobierno comunista, los campesinos que defendían sus tierras contra los proyectos de desarrollo industrial bloquearon un giro al estilo chino e impulsaron al Gobierno a un régimen de derechas.

La segunda fuerza crítica, mayoritariamente extracapitalista, está formada por los cientos de millones de campesinos sin tierras, trabajadores temporales y vendedores callejeros que constituyen las grandes poblaciones de las áreas urbanas degradadas en muchas partes de África, Asia y América Latina. (Su equivalente en el Norte podría ser el creciente número de jóvenes marginalizados, nativos e inmigrantes, que se están quedando fuera de la red de empleo). Potencialmente, constituyen una fuente importante de desestabilización para el capitalismo. La ira y la violencia acumuladas por estos estratos se han mostrado a menudo explosivas, a veces de manera brutal, en pogromos étnicos o en puro

vandalismo desenfrenado. Sin embargo, estos «condenados de la tierra» también han estado involucrados en luchas contra los desalojos y por el acceso al agua y a la electricidad; jugaron un papel significativo en las revueltas árabes de 2011 y en las protestas contra la austeridad y contra los Gobiernos a lo largo de la costa norte mediterránea y del mar Negro: Grecia, España, Bulgaria, Rumania.

¿Bajo qué condiciones podrían conectar estas fuerzas con alguna alternativa socioeconómica viable? Es evidente que cualquier alternativa crítica tendría que referirse directamente a sus preocupaciones fundamentales: su identidad colectiva existencial y sus medios de vida. Debería desarrollar formas de comunicación que llegaran a lo más profundo de estos estratos populares, generando líderes carismáticos con redes de transmisión amplias: personales y electrónicas. Debido a la poca probabilidad de que la población urbana en particular se organice, esta fuerza potencialmente crítica no pasará a la acción sin algún hecho desencadenante que la focalice y la haga estallar, cuya naturaleza es imposible de predecir.

La dialéctica cotidiana del trabajo asalariado capitalista sigue vigente todavía, por supuesto, aunque haya sido reconfigurada geográficamente. La clase obrera industrial residual del Norte es demasiado débil para plantear ningún desafío anticapitalista; pero las ofensivas de la austeridad y el capital están generando protestas de cortas miras, por ejemplo en Francia, donde los trabajadores organizados amenazaron con perturbar el suministro de gasolina en 2010 y los obreros del metal ocuparon plantas de producción en 2012. Los nuevos obreros industriales de China, Bangladés, Indonesia y todo el Sur pueden encontrarse en una posición mejor para plantear exigencias anticapitalistas, pero su posición está debilitada por la enorme disponibilidad de trabajadores, y ya están siendo superados por modelos de empleo del sector servicios más fragmentados. Los sucesivos intentos de formar partidos obreros se han ido a pique, de Nigeria a Indonesia; el único éxito en los últimos treinta años ha sido el PT brasileño. Corea del Sur y Sudáfrica tienen importantes movimientos obreros basados en los sindicatos, pero carecen de articulaciones políticas fuertes: los sindicatos sudafricanos están eclipsados por la naturaleza del gobierno del ANC [Congreso Nacional Africano]; los coreanos, debilitados por un faccionalismo mezquino que torpedeó un proyecto bien concebido para crear un partido unido de izquierda a finales de 2012.

Aunque las luchas de clase en el Sur han conseguido aumentos salariales y, hasta cierto punto, condiciones de trabajo menos espeluznantes, no parece que vayan a convertirse en un desafío para el sistema. En Asia oriental, en particular, el capitalismo industrial está proporcionando mayores niveles de consumo, a un ritmo que las economías europeas de desarrollo más lento tardaron mucho más tiempo en conseguir. Es cierto que el Gobierno del Partido Comunista en China y Vietnam supone que un giro anticapitalista no es inconcebible, y sería factible si se intentara. Pero para que esto sucediera se necesitaría un parón del crecimiento y una movilización obrera eficaz en contra de la enorme desigualdad generada por el sistema, que amenaza la «armonía» o cohesión social del capitalismo comunista. Es imaginable, pero altamente improbable, por lo menos a medio plazo. Un escenario más prometedor puede darse mediante la conexión de las luchas laborales con las comunitarias por la vivienda, la sanidad, la educación o los derechos humanos.

Las masas de cuello blanco

Una cuarta masa social potencialmente crítica puede estar surgiendo ahora desde dentro de la dialéctica polarizadora del capitalismo financiarizado. Los estratos de las clases medias, que incluyen a los estudiantes de manera crucial, jugaron un papel de liderazgo en los movimientos de 2011 (España, Grecia, el Máshreq árabe, Chile, así como las protestas más débiles del tipo Occupy en América del Norte y el norte de Europa) y en las protestas turcas y brasileñas de 2013. Estas erupciones sacaron a las calles a la clase media y a la juventud popular, y en algunos casos a sus padres también, contra los sistemas capitalistas corruptos, excluyentes y socialmente polarizadores. No consiguieron cercenar el poder del capital, aunque las de 2011 derribaron dos Gobiernos. Pueden haber sido el ensayo general del drama que se avecina.

El discurso sobre las nuevas clases medias –que proclama la llegada de mercados de masas de consumidores solventes– se ha hipertrofiado realmente durante la última década: respecto a África, Asia y América Latina, el tono es predominantemente triunfalista; respecto a Europa del Este, es a menudo más prudente. Ya sean acertados o equivocados, los discursos sobre la clase son siempre significativos socialmente, así que la profusión global del discurso sobre la clase media es un síntoma digno de mención de la década de 2010. En su mayoría no apuntan a una dialéctica social decisiva; por el contrario, por lo general aplauden el triunfo del consumismo.

La clase obrera está desapareciendo de los documentos de los partidos comunistas chino y vietnamita, mientras que en la Europa liderada por Alemania el ideal de una «sociedad de emprendedores» ha reemplazado a la propia imagen de mediados del siglo xx de la «sociedad de los asalariados». Por lo general, los analistas políticos consideran a las clases medias como un pilar prometedor de una economía «sólida» y de la democracia liberal, aunque los economistas más serios, especialmente en Brasil, han llamado la atención sobre la fragilidad de “la condición de clase media” y el permanente riesgo de pobreza al que muchos de sus miembros están expuestos. Por el contrario, en Estados Unidos el tono que prevalece es de preocupación por el declive en estatus económico y peso social de la clase media. Europa Occidental no ha seguido exactamente el mismo modelo: aquí la noción de clase media ha tendido siempre a estar más circunscrita que en las Américas o Asia (incluyendo a la China posmaoísta) debido a la presencia establecida en el discurso de una clase obrera. Fuera de Europa, la nueva concepción de la clase media abarca ahora a la inmensa masa de población que se encuentra entre los muy pobres y los ricos, con el umbral de pobreza frecuentemente establecido en unos ingresos o unos gastos diarios de 2, 4 o 10 dólares, mientras que el límite superior excluye solo al 5 o 10 por 100 más rico.

Al contrario que la clase obrera industrial, el compuesto heteróclito conocido como «clase media» no conlleva relaciones de producción específicas, ni posee tendencias de desarrollo particulares, aparte del consumo a discreción. Pero se defina como se defina, la clase media, o partes sustanciales de la misma, ha demostrado ya su capacidad para convertirse en un actor político significativo, aumentando su prominencia con el declive o desorganización del proletariado industrial. Las clases medias en ascenso del Sur global se merecen una atención especialmente atenta, ya que pueden ser cruciales en la determinación de las opciones políticas.

Debido precisamente a su indeterminación social, el peso de las clases medias puede ser lanzado en direcciones diferentes o incluso opuestas. La clase media movilizada fue una fuerza importante en el golpe de Pinochet en Chile, mientras que su equivalente venezolano apoyó un intento fallido de derrocar a Hugo Chávez en 2002, y los acomodados «Camisas Amarillas» de Bangkok derribaron el Gobierno de Tailandia seis años más tarde. Tal como muestra la historia europea del siglo xx, la clase media no es una fuerza intrínsecamente democrática. Sin embargo, ha sido también una fuerza de presión para el cambio

democrático, jugando un papel importante en Taiwán y Corea del Sur en la década de 1980 (junto con los obreros de la industria) y en la Europa del Este en 1989. Fue una fuerza básica en El Cairo y Túnez en 2011, y apoyó las protestas callejeras populares en Grecia, España, Chile y Brasil en 2011-2013. La inestabilidad de las tendencias políticas de la clase media queda ilustrada con toda crudeza por sus abruptos giros en Egipto: de la aclamación de la democracia a la adulación de los militares y su creciente represión de la disensión, aprobando en la práctica la restauración del *ancien régime* sin Mubarak.

Pero también pueden verificarse intervenciones cruciales de las fuerzas de la clase media en el terreno electoral. En 2012, la ciudad de México, con una población del tamaño de un Estado medio europeo, eligió a un alcalde de la izquierda por cuarta vez consecutiva; el candidato triunfador, Miguel Ángel Mancera, consiguió casi el 64 por 100 del voto, lo que indica un bloque popular amplio. En India, la trayectoria del Party Aam Aadmi (AAP, Partidodel Hombre Común) está por determinarse. El espectacular avance del AAP y de su líder, Arvind Kejriwal, se debió a una alianza novedosa que conectó las protestas anticorrupción de la clase media con un conjunto de propuestas concretas sobre el acceso al agua y otros servicios públicos que podían beneficiar a estratos más amplios. El nuevo partido barrió en los barrios residenciales de Nueva Delhi, así como en nueve de las doce circunscripciones de las «castas establecidas», para conseguir el gobierno de la capital a finales de 2013, solo para renunciar cuarenta y nueve días más tarde, al estancarse los trabajos legislativos para poner freno a la corrupción por carecer de la aprobación del Gobierno central. Un candidato reformista en Indonesia, Jokowi, ganó las elecciones a gobernador de Yakarta en 2013 contra la clase dirigente local y una atroz campaña religiosa sectaria (su compañero de candidatura era un chino cristiano) con una propuesta de extensión de la educación y los servicios sanitarios, así como la promoción del «urbanismo emprendedor». En este caso también, está por ver la fuerza y la eficacia de las alianzas de clases: su capacidad de proporcionar mejoras tangibles a las masas populares.

Temas primordiales

El capitalismo, especialmente el capitalismo industrial, ha sido objeto de la crítica cultural ya desde que Blake denunció sus «oscuras fábricas satánicas». Durante mucho tiempo, el sistema simplemente ignoró las quejas, pero 1968 acabó con esa indiferencia. Los movimientos

simbolizados por ese año no consiguieron gran cosa contra el propio capitalismo, pero tuvieron una repercusión importante en las relaciones sociales: erosionaron el patriarcado y la misoginia, deslegitimaron el racismo institucional, socavaron la deferencia y la jerarquía: en resumen, promocionaron la igualdad existencial, sobre todo en Europa y América. Sin embargo, estas transformaciones culturales han sido absorbidas en su mayor parte por el capitalismo avanzado, por medio del informalismo de las industrias de alta tecnología, una oleada de altas ejecutivas, la normalización de los derechos de los homosexuales y los matrimonios del mismo sexo, la figura social del «bohémio burgués», y otras.

Los movimientos basados en una crítica cultural de la sociedad capitalista han solicitado la limitación y la regulación del desarrollo capitalista o han postulado formas de vida alternativas. Parecen existir oportunidades para por lo menos cuatro tipos de movimientos vinculados a la crítica cultural significativos en las próximas décadas que abarcan tanto los enfoques «limitativos» como los «alternativos». Históricamente, el argumento limitativo más importante se ha fundamentado en la amenaza que el capitalismo desenfrenado representa para la cohesión social. La cuestión medioambiental es más reciente, debido a la creciente pérdida de control sobre las consecuencias no deseadas de la industrialización sobre el ecosistema. Entre las «alternativas», el socialismo no es ya relevante, pero se pueden apreciar claramente otras opciones más parecidas al comunismo, en el sentido original marxista, que al socialismo industrial del siglo xx. Actualmente, se puede identificar dos movimientos de este tipo, por lo menos en embrión, que ofrecen la promesa de una calidad de vida superior al capitalismo. El primero, mejor articulado en Alemania, parte de la experiencia de los países desarrollados y pone el énfasis en el «poscrecimiento». El segundo presenta una alternativa geosocial y deriva su fuerza del Sur no capitalista. Los analizaremos por separado.

En primer lugar, la cohesión social es mucho menos vital para las elites dirigentes hoy en día de lo que lo fue para sus equivalentes de siglos anteriores. Los ejércitos de concriptos han sido reemplazados en su mayoría por ejércitos mercenarios; los medios de comunicación han ayudado a hacer «manejables» las elecciones nacionales; las teorías económicas más aceptadas mantienen que el parecer de los inversores internacionales cuenta más para conseguir crecimiento que la unidad de desarrollo. Para las elites del Norte la cohesión implica, en todo caso, presionar a los inmigrantes para su mejor asimilación, en nombre de la «integración».

Es verdad que existe una preocupación oficial por la cohesión social en la UE, pero en la práctica se percibe únicamente en términos geográficos: se financian planes de desarrollo para las regiones más pobres. Durante la crisis actual, con la imposición de una austeridad severa a las poblaciones de la Europa meridional, no ha habido mucha preocupación oficial por los crecientes niveles de exclusión social. Evidentemente, la cohesión nacional ya no se considera clave para el poder imperial, como era el caso en los siglos XIX y XX, cuando las revoluciones desde arriba del Japón de la era Meiji y otros intentos menos exitosos de otros regímenes, desde la China de la dinastía Qing al Imperio otomano, la consideraban la base de la fuerza geopolítica moderna. Después de la Segunda Guerra Mundial, un desarrollo capitalista que produjera cohesión nacional fue el objetivo de los dirigentes elegidos de Japón y de los militares tanto de Taiwán como de Corea del Sur, lo cual dio como resultado unas sociedades industriales que en el mundo capitalista solo quedaban por debajo de los Estados del bienestar europeos, dados sus reducidos niveles de desigualdad económica. Para los dirigentes de la República Popular China la cohesión social sigue siendo un criterio decisivo de actuación política. La extraordinaria desigualdad generada en China durante los últimos treinta y cinco años (tan diferente de las trayectorias igualitarias y de crecimiento rápido de Japón, Corea del Sur y Taiwán) hace insostenible la imagen de sí misma como una «sociedad armoniosa». Este puede también llegar a ser el caso de otras partes del Sur.

De todas formas, la exclusión social, la desigualdad y la dislocación siguen siendo un fundamento potencial para la crítica desde abajo, tal como han mostrado los movimientos de protesta recurrentes de los últimos años. Las sociedades capitalistas realmente existentes no se explican totalmente con la lógica de *El capital*: abarcan también zonas no capitalistas, incluyendo espacios y servicios públicos. Actualmente, el capitalismo se ha propuesto invadir todas las esferas de la vida social: restringiendo, aunque no necesariamente aboliendo (todavía), todo lo público. Estas intrusiones generan corrientes de resistencia, de defensa de lo que es público o no mercantilizado. Ha habido recientemente un aumento global de este tipo de movimiento de protesta: contra la educación superior privatizada en Chile y otras partes de América Latina, contra la mercantilización del espacio público de Estambul, y más discreta, pero sin embargo expresada con gran indignación, ante la mercantilización de las escuelas y los servicios de cuidado en Suecia.

La mercantilización de las relaciones sociales y el deterioro neoliberal de cualquier noción de interés público o sentido de responsabilidad social han proporcionado inmensas oportunidades a la corrupción. Incluso en Estados como Suecia, previamente gobernados por una ética de servicio público fuerte, aunque ahora vilipendiada, los tratos económicos turbios público-privados se han hecho endémicos. En el Sur, donde la corrupción masiva es sistémica en la mayoría de los países, incluyendo China y Vietnam, las campañas de «manos limpias» son frecuentes, pero tienen poca repercusión. De manera ocasional, su escala se dispara, como ocurrió con las protestas de Delhi, lanzadas en 2011 por Anna Hazare tras el pillaje descarado en los Juegos de la Commonwealth de 2010, que derivaron en el Aam Aadmi Party. Es probable que crezcan los movimientos defensivos contra la corrupción y contra la explotación comercial de espacios y servicios públicos, tanto porque las provocaciones se van a multiplicar como porque los ciudadanos son ahora menos deferentes, están más informados y son más fáciles de movilizar por medio de las redes sociales. Turquía proporcionó un caso ejemplar en 2013. Sin embargo, a no ser que se conviertan en integrantes de configuraciones sociopolíticas más amplias, estas protestas, junto con aquellas contra el endeudamiento y los desahucios, se mantendrán dentro de los límites del sistema capitalista.

Los críticos ecologistas del capitalismo se organizaron como movimiento social en la década de 1980 y todavía conservan un peso importante. Se puede defender que los desafíos ecológicos del cambio climático, la contaminación urbana, el saqueo de los océanos y el agotamiento de las reservas de agua han vuelto a abrir la gran dialéctica marxista entre el carácter social de las fuerzas productivas y la naturaleza generadora de crisis de las relaciones de propiedad existentes: una dialéctica eliminada en el Norte por la desindustrialización y el triunfo del capitalismo financiero. La repercusión de esta crítica dependerá probablemente de su capacidad para desarrollar una responsabilidad reguladora colectiva que se abstenga de exigencias expiatorias de paralización del crecimiento. Un asunto crucial es la contaminación desastrosa de las ciudades chinas, incluyendo de manera espectacular a Pekín, y de los centros urbanos de otras partes de Asia. En China, la contaminación está destruyendo también grandes áreas de suelo cultivable. Por medio de la exigencia de una regulación pública, el medioambientalismo podría conectar con los críticos de la economía capitalista desenfrenada. El hecho de que se hayan dado pocas alianzas de este tipo subraya la debilidad de

la izquierda noratlántica, por no mencionar la obsesión china (todavía muy poco cuestionada) de igualar el nivel económico de los países más desarrollados.

Una crítica del consumismo podría tomar una forma generacional nueva. 1968 fue un movimiento de gente joven: «No te fies de nadie mayor de treinta». En las protestas mediterráneas y chilenas de 2011 o en el levantamiento brasileño de junio de 2013, por el contrario, a la gente joven se le unía a menudo sus padres. La devastadora crisis del neoliberalismo en Argentina a comienzos del siglo XXI provocó protestas callejeras impetuosas de jubilados que intentaban defender sus pensiones. Un movimiento crítico podría surgir de las poblaciones envejecidas de Europa y Japón, especialmente entre los seguidores ya mayores de 1968. Podrían ser protestas motivadas principalmente por la calidad de vida: la serenidad, la seguridad, la estética, más que por el crecimiento económico y la acumulación de capital. Pero hasta ahora este potencial no se ha sustanciado en la práctica. No es probable que se movilice mucho fuera de Europa y Japón, excepto quizá en la región del Plata y entre minorías de las «naciones originarias» indígenas de Canadá. Probablemente, la dinámica cultural rectora seguirá siendo el consumismo.

La crítica del Sur global al capitalismo noratlántico, articulada por el Foro Social Mundial, ha sido desarrollada por el académico portugués Boaventura de Sousa Santos en *Epistemologías del Sur* (2013). Es probable que alcance una influencia mayor debido al vuelco geopolítico del poder planetario, pero también es probable que encuentre una resistencia tenaz, y no solo por parte de la elite del Norte. El consumismo está seduciendo a inmensos estratos nuevos en el Sur, que lo adoran en los centros comerciales que crecen como hongos. Santos y otros abren un espacio crítico que debería sacudir la arrogancia cultural del Norte. Su problema es que se dirigen principalmente a los que están destinados a salir perdiendo por su mensaje: los modernos del Norte. Sin embargo, el espejo del Sur que el Foro Social Mundial ha levantado ante el capitalismo atlántico es probable que se incorpore al pensamiento crítico del Norte, como debería ser.

En resumen, las poblaciones precapitalistas que luchan por conservar su territorio y sus medios de subsistencia; las masas «excedentes», excluidas de empleo formal en los circuitos de la producción capitalista; los obreros de la industria explotados a lo largo de los cinturones industriales

del Norte y el Sur; las clases medias nuevas y antiguas, cada vez más agobiadas por el pago de sus deudas a las corporaciones financieras: estas constituyen las bases sociales potenciales de las críticas contemporáneas contra el orden capitalista que nos gobierna. Para avanzar se precisaría, con toda certeza, alianzas entre ellas y, por consiguiente, la interarticulación de sus razones. La dirección, o direcciones, hacia la que apunten las nuevas clases medias de África, Asia y América Latina será un determinante vital.

Una clase media en aumento representó la vanguardia del desarrollo capitalista en Europa y América en el siglo XIX; ya no. El capital financiero y las corporaciones multinacionales han usurpado ese papel hace mucho tiempo. Ahora, las clases medias tienen que tomar partido en sociedades muy polarizadas: o con los oligarcas contra los pobres o con el pueblo contra los oligarcas. Cualquier crítica viable del capitalismo del siglo XXI tendrá que ganarse a una porción importante de la clase media, planteando alguna de sus preocupaciones fundamentales y procurando articularlas en una dirección crítica e igualitaria, lo cual conllevará el respeto a los clásicos valores de la misma: trabajo duro, independencia, racionalidad y justicia. La compatibilidad de estas preocupaciones con las exigencias populares de inclusión e igualdad y su incompatibilidad con las prácticas de las elites financieras irresponsables, el amiguismo capitalista y los regímenes corruptos o autoritarios necesitarán ser articuladas. Las clases medias, en especial sus componentes asalariados y profesionales, están también potencialmente abiertos a las críticas culturales del capitalismo, sobre todo en los asuntos medioambientales y de calidad de vida. Sin embargo, dada la volubilidad de las tendencias políticas de la clase media, cualquier giro progresista requerirá la movilización de una fuerza popular importante entre las dos primeras corrientes sociales mencionadas anteriormente: las poblaciones precapitalistas invadidas o marginadas y los trabajadores que se defienden en la esfera de la producción.

ANDRÉ SINGER

REBELIÓN EN BRASIL

Carácter social y político de los acontecimientos de junio

CUANDO LLEVÁBAMOS VARIOS días de la ola de protestas que se apoderó de Brasil a mediados de 2013, comencé a oír a la gente referirse a las manifestaciones, medio en broma, medio en serio, como nuestros «Días de junio». Marx describió los «Días de junio» originales, de 1848, como «el acontecimiento más colosal en la historia de las guerras civiles europeas», defendiendo en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* que, aunque el levantamiento del proletariado fue aplastado por el general Cavaignac, «por lo menos fue derrotado con los honores que acompañan a una gran lucha de la historia mundial»; «no solo Francia», escribió, «sino toda Europa tembló ante el terremoto de junio»¹. El junio brasileño también produjo un temblor, pero no me atrevería a llamarlo terremoto. Nadie pensó seriamente que se estaba produciendo un intento de revolución. Las clases sociales y la propiedad no constituían el núcleo de las manifestaciones y el marco general del orden socioeconómico del país no se puso en cuestión. Las reglas del juego político solo fueron cuestionadas de una manera difusa: las propuestas de una asamblea constituyente y un referéndum no progresaron y fueron olvidadas antes de acabar el mes.

Sin embargo, las protestas alcanzaron tal magnitud y fuerza que quedó claro que algo estaba sucediendo en lo más profundo de la sociedad brasileña. Aunque en un principio se concentraron principalmente en São Paulo, a lo largo de la siguiente quincena el movimiento se extendió a más de trescientas cincuenta ciudades, sacando a las calles a millones de personas. La marea forzó a las autoridades a cancelar una subida

¹ Karl Marx, «The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte», en *Surveys from Exile: Political Writings*, vol. 2, Londres y Nueva York, 2010, p. 155 [ed. cast.: *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Alianza, 2012].

en las tarifas del transporte y supuso una auténtica amenaza para la Copa Confederaciones, el torneo estelar de fútbol que se celebraba en ese momento en todo el país: preparativo del Mundial que Brasil acoge en 2014 y en la que ha derrochado miles de millones. El Gobierno de Rousseff tuvo que hacer sonar la sirena de alarma y apresurarse a ofrecer lo que la presidenta anunció como un «pacto nacional»: una asamblea constituyente, castigos más rigurosos contra la corrupción, promesas de inversión en transportes, sanidad y educación. Por supuesto, poco se ha cumplido de estas ofertas, pero ha habido nuevos estallidos de protesta y de violencia desde junio: miles de personas se manifestaron en las calles en decenas de ciudades el Día de la Independencia de Brasil en septiembre de 2013 y hubo nuevas manifestaciones en Río a principios de febrero cuando su alcalde anunció que la subida de tarifas cancelada tras las protestas de junio se llevaría a cabo ahora finalmente. Siguen sin solucionarse las cuestiones planteadas con tanta urgencia en junio, y el descontento sigue bullendo, con el Mundial a la vista. Las placas tectónicas de la sociedad brasileña parecen haberse desplazado.

Si resulta equívoco denominar las manifestaciones «Días de junio», entonces, ¿cómo deberíamos llamarlas? Muchos años después de 1968, se dice que Sartre dijo que todavía estaba tratando de entender lo que había ocurrido aquel mayo; sospecho que lo mismo ocurre con las protestas de junio de Brasil, así que quizá deberíamos tomar prestado el término francés *les événements* y etiquetarlos simplemente como «acontecimientos». En lo que sigue, tras una breve descripción del curso de las protestas, presento algunas hipótesis preliminares sobre dos aspectos en particular: la composición social de los manifestantes y las ideologías que se entrecruzaron en las calles.

Crónica de la revuelta

Los acontecimientos pueden dividirse en tres fases, cada una con una duración aproximada de una semana. La primera tuvo lugar entre el 6 y el 13 de junio y principalmente en São Paulo, aunque hubo dos pequeñas manifestaciones en Río de Janeiro. En ese momento, los manifestantes procedían mayoritariamente de un pequeño sector de la clase media y tenían un objetivo específico: bloquear un aumento inminente del precio del transporte público. El Movimiento Passe Livre (Movimiento por el Transporte Gratuito) jugó un papel destacado en la organización de las primeras protestas; surgido de una confluencia del PT, corrientes anarquistas y movimiento

antiglobalización a comienzos de la década de 2000, había estado muy involucrado en anteriores luchas por el transporte, sobre todo en las ciudades de Salvador en 2003 y Florianópolis el año siguiente, donde logró transporte gratuito para los estudiantes. El MPL movilizó ahora a miles de personas siguiendo el mismo modelo, fundamentalmente por medio del uso de las redes sociales. El 6 de junio, aproximadamente 2.000 personas llenaron la avenida Paulista de São Paulo, mientras que una segunda manifestación el 10 de junio reunió quizá 5.000 para bloquear las vías más importantes del oeste de la ciudad, llevando finalmente a enfrentamientos con la policía². El tercer día de protestas convocado por el MPL para el martes 11 de junio también reunió a unos 5.000 manifestantes, pero esta vez hubo batallas campales con las fuerzas de seguridad; los periódicos informaron de muchos choques violentos y escenas de propiedades destruidas. La repetición y la intensificación de los choques empujaron al gobernador del estado de São Paulo, Geraldo Alckmin, del PSDB [Partido de la Social Democracia Brasileña], a adoptar una posición más dura ante la cuarta manifestación, convocada para el jueves 13 de junio. Ese día, una gran cantidad de personas (la Policía Militar del estado de São Paulo la estimó en 5.000, aunque los organizadores reivindicaron 20.000) marcharon pacíficamente desde el centro de la ciudad hasta la Rua da Consolação, pero allí se les impidió llegar a la Avenida Paulista. A partir de este punto, una ola de represión violenta se extendió por una gran parte del área metropolitana de São Paulo, con la Policía Militar atacando indiscriminadamente a los manifestantes, los transeúntes y los periodistas durante varias horas. Los participantes y los testigos hablaron de policías «enloquecidos» y «escenas de batalla» en campo abierto.

El uso tan excesivo de la fuerza atrajo la atención y la simpatía del público en general. Esto señaló el comienzo de la segunda fase del movimiento, que alcanzó su punto álgido en las manifestaciones que tuvieron lugar entre el 17 y el 20 de junio. Entonces, otros sectores de la sociedad subieron de repente al escenario multiplicando enormemente la fuerza numérica de las protestas y a la vez haciendo sus exigencias más difusas. Los miles en las calles se convirtieron en cientos de miles. El lunes 17, cuando el MPL convocó un quinto día de acción, aproximadamente 75.000 personas se manifestaron en São Paulo (los participantes dieron una cifra mucho mayor) y las protestas fueron replicadas en todas las capitales de estado de Brasil. Casi todos los manifestantes llevaban algún cartel, con multitud de eslóganes y exigencias:

² Si no se indica lo contrario, las estimaciones están tomadas de la prensa: la *Folha de São Paulo* u *O Globo*. Por supuesto, estas estimaciones son siempre controvertidas; las uso simplemente como referencia, sin pretender que sean precisas.

BRASIL



- «No me importa la Copa del Mundo, dinero para sanidad y educación»
- «Queremos hospitales con estándar FIFA»
- «El gigante se ha despertado»
- «Iva hescribir algo teligente, pero no tengo educacion»
- «Es de chiste, hay dinero para estadios y no para educación»
- «Era un país curioso, no tenía escuelas, solo estadios»
- «Todos contra la corrupción»
- «¡Fuera Dilma!»
- «PT = Pillaje y Traición»
- «¡Fuera Alckmin!»

Surgieron muchas otras exigencias, incluyendo peticiones de reforma electoral y negativas contra la Propuesta de Enmienda Constitucional (PEC) 37, que restringiría el poder del fiscal general para llevar a cabo investigaciones independientes, eliminando en la práctica una herramienta importante contra la corrupción. Se mascaba un rechazo a todos los partidos y todos los políticos, parecido al *¡Que se vayan todos!* que recorrió Argentina en 2001. El estado de ánimo se plasmó también en la toma de edificios públicos: el 17 de junio los manifestantes intentaron entrar por la fuerza en la Asamblea Legislativa en Río de Janeiro y miles de personas ocuparon el Congreso Nacional y la Explanada de los Ministerios en Brasilia.

En esta segunda fase, que coincidió con el inicio (16 de junio) de la Copa Confederaciones, São Paulo comenzó a jugar un papel menos decisivo. El principal foco de las protestas pasó a las ciudades donde se iban a disputar los partidos: Brasilia, Fortaleza, Salvador, Belo Horizonte y Río de Janeiro. Especialmente en Río, las manifestaciones tomaron el carácter de un levantamiento popular y el 18 de junio las movilizaciones se extendieron a los municipios de Duque de Caxias, San Gonzalo y otros en la Baixada Fluminense, al norte y al este de la ciudad propiamente dicha. El 19 de junio en la ciudad de Fortaleza, en el noreste del país, aproximadamente 10.000 estudiantes y activistas de movimientos sociales se enfrentaron a la policía antes y después del partido entre Brasil y México. El mismo día, las autoridades de la ciudad y el estado de São Paulo cancelaron la subida de los precios del transporte, atemorizados hasta el punto de aceptar las exigencias de los manifestantes; similares subidas de precios fueron canceladas en otras varias ciudades, incluyendo Río. El 20 de junio, con la celebración de manifestaciones multitudinarias para señalar este acontecimiento, el movimiento llegó a su punto más alto: se celebraron encuentros en más de cien ciudades por todo el país, con una

participación total de aproximadamente millón y medio de personas. Como respuesta, cuatro días después, la presidenta propuso una asamblea constituyente dedicada exclusivamente a las reformas políticas, sugiriendo que se someterían a continuación a un referéndum popular.

En una tercera y última fase, desde el 21 de junio hasta el fin de mes, el movimiento de protesta se fragmentó en una serie de manifestaciones con objetivos específicos: la reducción de los peajes del tráfico, el rechazo a la PEC 37, las protestas contra el programa del Gobierno Más Doctores, y otros. Por ejemplo, una marcha contra la PEC 37 reunió a unas 30.000 personas en las calles de São Paulo el 22 de junio; la misma tarde en Belo Horizonte, hasta 70.000 personas protestaron antes del partido entre Japón y México, por la cantidad que se estaba gastando en la Copa Confederaciones. Impulsadas por la velocidad cobrada durante la segunda fase, pero lanzándose ahora en direcciones diferentes, las protestas comenzaron a dividirse, como un río que se divide en muchos torrentes al fluir monte abajo.

¿Clase media o nuevo proletariado?

Ha habido dos puntos de vista sobre la composición social de los acontecimientos de junio. El primero identifica a los participantes principalmente con la clase media; el segundo subraya en cambio la predominancia del «precariado»: «la masa formada por trabajadores no cualificados o poco cualificados que entran y salen con rapidez del mercado de trabajo»³. Por medio del análisis de los datos disponibles, me gustaría proponer una tercera hipótesis: que los manifestantes pueden haber sido ambos grupos a la vez⁴. En otras palabras, las manifestaciones fueron tanto la expresión

³ Para un ejemplo del primero, véase Armando Boito Jr., «O impacto das manifestações de junho na política nacional», *Brasil de Fato*, 2 de agosto de 2013; para el segundo, Ruy Braga, «Sob a sombra do precariado», en Ermínia Maricato *et al.*, *Cidades rebeldes*, São Paulo, 2013, p. 82.

⁴ Los datos en los que me he basado para este ensayo provienen de las cuatro fuentes siguientes: (1) dos encuestas realizadas por *Datafolha* en São Paulo en las manifestaciones del 17 y 20 de junio (766 y 551 entrevistas respectivamente, con un margen del error de 4 por 100 en cualquier sentido), disponible en www.datafolha.com.br; (2) sondeos de Plus Marketing en la manifestación de Río de Janeiro del 20 de junio (498 entrevistas, margen de error 4,2 por 100); (3) una encuesta nacional realizada por el Instituto Brasileño de Opinión Pública y Estadística (IBOPE) durante las manifestaciones del 20 de junio (2002 entrevistas en ocho ciudades: São Paulo, Río de Janeiro, Belo Horizonte, Porto Alegre, Recife, Fortaleza, Salvador y Brasília; margen de error 2 por 100), disponible en g1.globo.com; (4) investigación llevada a cabo por

de la insatisfacción con varios aspectos de la realidad nacional de la clase media tradicional, como una acción refleja de lo que prefiero llamar el nuevo proletariado. Este grupo tiene muchas de las características atribuidas al precariado por los autores que prefieren ese término: se compone de trabajadores principalmente jóvenes, que consiguieron empleo formal durante la década en la que gobernó Lula, 2003-2011, pero que siguen soportando salarios bajos, alta rotación de personal y malas condiciones de trabajo. La información que he utilizado se refiere solamente a unas pocas manifestaciones en un puñado de ciudades y, por consiguiente, no ofrece una base sólida para llegar a conclusiones definitivas sobre qué punto de vista es el correcto. Mi intención es simplemente aportar una interpretación alternativa por medio del análisis de la edad, los niveles educativos y los ingresos de los manifestantes.

El cuadro 1 indica la predominancia entre los manifestantes de los jóvenes sobre otros grupos de edad. Los menores de 25 años (a menudo tomado como el punto en el que la vida adulta comienza) proporcionan la mayoría relativa de participantes en todos los casos, llegando a la mayoría absoluta en São Paulo el 17 y 20 de junio y en Belo Horizonte el 22 de junio. Pero la presencia de otros grupos de edad no es en absoluto insignificante, por lo menos en la segunda fase, cuando las marchas aumentaron en tamaño. En las cifras proporcionadas por *Datafolha* en São Paulo, observamos que entre el 17 y el 20 de junio el peso relativo de los grupos de mayor edad también aumentó, del 12 al 19 por 100. Sin embargo, esto no marca una progresión lineal, ya que la posterior manifestación en Belo Horizonte tuvo un perfil particularmente joven, con un 55 por 100 de participantes menores de 25 años. A pesar de esta tendencia hacia una mayor mezcla de generaciones, queda sin embargo claro que el porcentaje declina a medida que la edad de los seguidores aumenta, con una participación mínima de adultos de más de 50 años (5 por 100 en São Paulo) o más de 60 años: solo 2 por 100 en Río de Janeiro. Por consiguiente, fue un movimiento basado predominantemente en la juventud, complementada por un número significativo de jóvenes adultos (aproximadamente entre 26 y 39 años) y un número menor de adultos de mediana edad y mayores. Tomados conjuntamente, los dos grupos de edad principales aportaban aproximadamente el 80 por 100 de la gente en las calles.

el Instituto Innovare en la manifestación del 22 de junio en Belo Horizonte (409 entrevistas de 5 minutos, margen de error 5 por 100), disponible en www.innovarepesquisa.com.br. Agradezco a Antônio David por avisarme de la existencia del sondeo del IBOPE, y a Plus Marketing e Innovare por enviarme sus informes.

Tal como indican los datos del cuadro 2, los participantes poseían en general niveles altos de educación. Una fracción muy pequeña tenía solo educación primaria, completada o no: 1-2 por 100 en las dos protestas de São Paulo de las que tenemos datos, y 4 por 100 en Belo Horizonte el 22 de junio, comparada con el 54 por 100 que solo tiene educación primaria en la población en general⁵. La proporción fue sustancialmente más grande en Río de Janeiro el 20 de junio, aportando el 14 por 100 de los manifestantes, lo que sugiere que grupos de menores ingresos jugaron un papel más significativo, pero, aun así, estaban claramente en minoría. Carecemos de datos comparables para las protestas del 20 de junio en las ocho capitales de estado, pero el bajo resultado de los participantes con educación secundaria incompleta (8 por 100) confirma la baja presencia allí también de aquellos con poca formación. En conjunto, las cifras sugieren una virtual ausencia en las protestas de la base de la pirámide social brasileña.

CUADRO I: MANIFESTANTES POR GRUPOS DE EDAD (%)

	São Paulo, 17 junio	São Paulo, 20 junio	Río de Janeiro, 20 junio	Ocho capitales de estado, 20 junio	Belo Horizonte, 22 junio
Jóvenes	53 (12-25)	51 (12-25)	41 (15-54)	43 (14-24)	55 (hasta 25)
Intermedios	35 (26-35)	31 (26-35)	39 (25-34)	38 (25-39)	29 (26-39)
Mayores	12 (36+)	19 (36+)	20 (35+)	19 (40+)	17 (40+)
TOTAL	100	100	100	100	100

Fuentes: São Paulo: encuestas de *Datafolha*; Río: investigación de Plus Marketing; ocho capitales: encuestas de IBOPE; Belo Horizonte: encuesta de Instituto Innovare.

Por el contrario, las cifras muestran niveles especialmente altos de participación entre los que poseen títulos superiores. En las ocho capitales de estado, por ejemplo, no menos del 43 por 100 de los manifestantes tenía un diploma universitario, y las cifras de Río y Belo Horizonte fueron 34 y 33 por 100 respectivamente (no hay datos de São Paulo). En comparación, la proporción de la población total de Brasil era solo del 8 por 100 de acuerdo

⁵ Los sociólogos Amaury de Souza y Bolívar Lamounier indican que el hecho de tener solo educación primaria es característico de los dos sectores que se encuentran en la base de la sociedad, a los que denominan la «clase obrera» y la «clase baja», que juntos componen el 54 por 100 de la población: *A classe média brasileira*, Río de Janeiro, 2010, pp. 18-19.

con los datos del censo de 2010; incluso en São Paulo, donde la educación universitaria es más común, alcanzó sólo el 18 por 100. Si sumamos los licenciados y los estudiantes universitarios, la proporción de manifestantes de este grupo es incluso mayor: casi el 80 por 100 en las dos protestas de São Paulo, dos tercios en Belo Horizonte. De nuevo, la proporción nacional de la población matriculada en educación superior es de solo el 15 por 100; aunque se haya duplicado en la última década, está claro que aquellos con acceso a las universidades tuvieron una presencia desproporcionada en los acontecimientos de junio⁶. Esto, a su vez, hace más verosímil la idea de que lo que algunos analistas han denominado la «clase media tradicional» tuviera una influencia fuerte en las protestas. Definida por el fallecido Amaury de Souza y por Bolívar Lamounier como un estrato social que ha «conseguido sus objetivos en el pasado y hoy en día ha consolidado sus conquistas», este grupo ha mantenido su estatus actual durante por lo menos una generación; a pesar de los cambios recientes que han permitido a un número considerable de jóvenes de ingresos bajos ingresar en la universidad, en la mayoría de los casos un título universitario sigue siendo una característica distintiva de esta «clase media tradicional»⁷. De este modo, la preeminencia de estudiantes y licenciados en las protestas apoya la idea de que estas fueron la expresión de dicho sector social.

CUADRO 2: MANIFESTANTES AGRUPADOS POR NIVEL EDUCATIVO (%)

	São Paulo, 17 junio	São Paulo, 20 junio	Río de Janeiro, 20 junio	Ocho capitales de estado, 20 junio	Belo Horizonte, 22 junio
Menor	1 (Básico)	2 (Básico)	14 (Básico)	8 (Secundaria incompleta)	4 (Básico)
Intermedio	22 (Secundaria)	20 (Secundaria)	52 (Secundaria/ Superior incompleta)	49 (Secundaria/ Superior incompleta)	31 (Secundaria)
Superior	77 (Superior)	78 (Superior)	34 (Superior completa)	43 (Superior completa)	66 (Superior)
TOTAL	100	100	100	100	100

Fuente: São Paulo: encuestas de *Datafolha*; Río: investigación de Plus Marketing; ocho capitales: encuestas de IBOPE; Belo Horizonte: encuesta de Instituto Innovare.

⁶ Demétrio Weber, «Brasil tem 6,7 milhões de universitários», *O Globo*, 17 de octubre de 2012.

⁷ A. de Souza y B. Lamounier, *A classe média brasileira*, cit., p. 215.

Sin embargo, el análisis de los niveles de renta revela un escenario diferente (cuadro 3). En primer lugar, el sector con los ingresos más bajos representó una presencia más significativa de la que se deduce de sus niveles educativos. En las ocho capitales de estado, el 15 por 100 de los manifestantes tenía rentas familiares menores o equivalentes a dos veces el salario mínimo y en Belo Horizonte la cifra era del 20 por 100. (De nuevo, los datos de Río son llamativamente diferentes y, por consiguiente, deberían ser tratados con precaución: aparentemente, un 34 por 100 de los manifestantes recibía solo un salario mínimo familiar por mes). Si se añade a los que ganan entre dos y cinco veces el salario mínimo familiar por mes, que estarían incluidos todavía entre los estratos de menores ingresos en Brasil, observamos que estos dos grupos juntos aportan alrededor de la mitad de los manifestantes (todavía más en Río: 88 por 100). En otras palabras, una proporción sustancial de los manifestantes procedían de la mitad inferior de la distribución de renta del país: claramente al contrario de la situación dibujada por los datos de niveles educativos, que implicaban que casi todos venían de la mitad superior.

CUADRO 3: MANIFESTANTES AGRUPADOS POR RENTA FAMILIAR (%)

	Río de Janeiro, 20 junio	Ocho capitales de estado, 20 junio	Belo Horizonte, 22 junio
Menor (Río 1 salario mínimo, otras 2 x salario mín.)	34	15	20
Intermedia 1 (2-5 x salario mín.)	54	30	36
Intermedia 2 (Río 6-10 x salario mín., otras 5-10 x salario mín.)	77 (Superior)	78 (Superior)	34 (Superior completa)
Alta (más de 10 x salario mín.)	10	23	21
TOTAL	100	100*	100

* 6 por 100 no contestó. Fuentes: Río: investigación de Plus Marketing; ocho capitales: encuestas de IBOPE; Belo Horizonte: encuesta de Instituto Innovare.

Fuente: São Paulo: encuestas de *Datafolha*; Río: investigación de Plus Marketing; ocho capitales: encuestas de IBOPE; Belo Horizonte: encuesta de Instituto Innovare.

Haciendo un cálculo muy general, podemos asumir que una renta familiar equivalente a cinco salarios mínimos equivale a entre 1,5 y 3,5 salarios mínimos por asalariado. Esto situaría a los manifestantes en las ocupaciones

citadas por el economista Waldir Quadros en su análisis de la «clase media» de Brasil: dependiente, maestro de primaria, auxiliar de enfermería, oficinista, recepcionista, conductor, camarero, peluquero y manicurista⁸. Si el 45 por 100 de los manifestantes en las ocho capitales de estado y el 56 por 100 en Belo Horizonte tenían una renta familiar menor al equivalente de cinco veces el salario mínimo, una gran parte de ellos podían perfectamente haber estado empleados en ocupaciones de este tipo. En ese caso, no pertenecerían a la clase media tradicional, empleada generalmente en profesiones liberales o trabajos no manuales, como técnicos y administrativos⁹.

Entonces, por una parte, los niveles educativos de los manifestantes apuntan a una fuerte presencia de la mitad superior de la escala social, incluyendo la clase media tradicional. Pero, por otra, los datos sobre ingresos y las ocupaciones que los mismos sugieren que la mitad inferior de la pirámide social de Brasil jugó un papel significativo. Esta combinación tendería a confirmar la noción de que un nuevo proletariado o «precarizado» tomó las calles. La hipótesis gana credibilidad al considerar que la mayoría de los manifestantes eran jóvenes, y habían entrado en el mercado de trabajo recientemente: en las ocho capitales de estado, el 76 por 100 tenía trabajo; en Belo Horizonte, el 71 por 100; y en Río de Janeiro, el 70 por 100¹⁰. Además, en la última década se ha producido una subida importante de los niveles de educación con un aumento de plazas en las universidades estatales y una explosión de instituciones del sector privado: el número de estudiantes que ha entrado en la educación superior en Brasil se ha más que duplicado entre 2001 y 2011¹¹. Por lo tanto, para solucionar la contradicción planteada en los cuadros 1, 2 y 3 podemos conjeturar que la masa de jóvenes que tomó parte en las manifestaciones tenían niveles de educación superiores de lo que sus ingresos sugerirían.

Al tomar en consideración todos estos factores, quizá la mejor manera de describir la composición social de las manifestaciones es imaginar dos bloques relativamente iguales. Se componían, por una parte, de jóvenes adultos de clase media por otra, de personas de la misma edad pero provenientes de la mitad inferior de la pirámide social brasileña. El

⁸ Basado en la conversión (en unidades de salario mínimo del momento) de la clasificación de Waldir Quadros, «Brasil, um país de classe média», *Le Monde Diplomatique Brasil*, 1 de noviembre de 2010.

⁹ A. de Souza y B. Lamounier, *A classe média brasileira*, cit., p. 164.

¹⁰ De acuerdo con las encuestas de IBOPE en ocho capitales de Estado, de Innovare en Belo Horizonte y de Plus Marketing en Río.

¹¹ D. Weber, «Brasil tem 6,7 milhoes de universitários», cit.

cuadro 3 indica que, con excepción de Río, aproximadamente la mitad de los manifestantes tenía una renta familiar mensual de más de cinco veces el salario mínimo mensual, y más del 20 por 100 recibían más de 10 veces el salario mínimo, un nivel más típico de la clase media tradicional. Esto refuerza la impresión de que, aunque había un contingente considerable de clase media en las manifestaciones, no explicaba todo el fenómeno. Por consiguiente, lo que la segunda fase de las protestas produjo fue un cruce de clases.

Catalizadores

No sería ninguna sorpresa que los acontecimientos de junio, heterogéneos desde un punto de vista social, fueran también multifacéticos desde el punto de vista ideológico, y abarcaran tendencias que irían desde el ecosocialismo al neofascismo pasando por diferentes tipos de reformismo y liberalismo. Naturalmente, los extremos del espectro fueron más visibles en las calles que las posiciones intermedias. El sesgo progresista de las manifestaciones fue evidente de manera inmediata, lo que en aquel momento indujo a muchos (a mí también) a considerarlas como el posible preludio de un nuevo ciclo de luchas obreras como el que empezó en 1978 y duró hasta el final de la década de 1980. Al mismo tiempo, también había claramente un componente de la derecha en las protestas, cuyo objetivo consistía en hacer retroceder a las fuerzas populares que habían constituido la base de apoyo del gobierno del PT desde 2003. Sin embargo, para entender los acontecimientos de junio con más facilidad convendría mirar más directamente al centro. Esta es la hipótesis que deseo poner a prueba ahora.

Como hemos visto, las protestas de junio se dividen en tres fases. El Movimento Passe Livre fue el catalizador y el hilo conector de la primera fase. Para el MPL las protestas eran parte de una lucha anticapitalista más amplia: «Las barricadas levantadas contra las sucesivas subidas de tarifas son la expresión de la ira justificada contra un sistema completamente dominado por la lógica del mercado»¹². Heredero de una tradición autonomista que llegó a Brasil en la década de 1980, en muchos aspectos el MPL representa una desviación de lo que se denominan modelos de lucha «jerárquicos», a favor de iniciativas horizontales y descentralizadas; en

¹² Movimento Passe Livre – São Paulo, «Não começou em Salvador, não vai terminar em São Paulo», en E. Maricato *et al.*, *Cidades rebeldes*, cit., p. 13.

palabras del filósofo Pablo Ortellado, un activista que mantiene conexiones con el movimiento desde hace mucho tiempo, el MPL tiene un «cuidado enorme sobre el proceso»¹³. Esto fue evidente, por ejemplo, en la entrevista concedida por dos miembros del MPL, Lucas Monteiro de Oliveira y Nina Cappello, al programa *Roda Viva* emitido por TV Cultura el 17 de junio. Firmes y precisos en sus respuestas, ambos se ciñeron estrictamente al objetivo de su movimiento, la cancelación de la subida de tarifas, expresando solo lo que su asamblea les había autorizado a decir. Cuando a Cappello le preguntaron por aspectos triviales de su vida personal, como sus aficiones, libros y películas favoritas y otros asuntos, se negó a responder, diciendo: «No estamos aquí para hablar de nosotros». Tanto ella como Oliveira se negaron a proyectarse a sí mismos como líderes individuales que pudieran ser absorbidos inmediatamente por el estrellato. En pocos minutos, este respeto absoluto hacia el colectivo y el rechazo de la oportunidad de promoción personal pusieron de relieve una nueva ética política que señaló la aparición de una izquierda nueva en la escena política brasileña, en sintonía con Occupy Wall Street y los indignados en España.

Sin embargo, al rechazar, en coherencia con sus principios, la imposición desde arriba de un significado a las manifestaciones, el MPL dejó la puerta abierta a interpretaciones muy diferentes de las suyas. El centro y la derecha se sumaron al torrente desatado por la nueva izquierda y pronto hubo tantos conductores que terminaron por cambiar la dirección en la que fluía. Algunos sectores de la clase media alineados con el centro y la derecha se percataron de que las protestas ofrecían la oportunidad de expresar una sensación indefinida de descontento ante la situación del país. Los sondeos realizados por *Datafolha* al comienzo de las protestas, el 6 y 7 de junio, indicaron que entre los votantes con más altos niveles de renta, la satisfacción con el Gobierno de Dilma Rousseff ya había caído significativamente durante los tres meses transcurridos desde marzo de 2013 del 67 al 43 por 100. Parece que la llamada a la acción del MPL, dirigida principalmente a jóvenes proletarios, llegó a los oídos descontentos de la clase media. ¿Pero de qué estaban tan descontentos?

Un sondeo realizado el 11 de junio por el Instituto Vox Populi de Belo Horizonte descubrió que, de 2.200 personas entrevistadas en doscientas

¹³ «Pablo Ortellado: experiencia do MPL é aprendizado para o movimento autônomo não só do Brasil como do mundo», *Coletivo DAR*, 10 de septiembre de 2013.

siete ciudades, la mitad estaba muy preocupada por la inflación. Los economistas, que normalmente no están de acuerdo en casi nada, coinciden en que había habido una subida significativa de precios antes de las protestas. Por ejemplo, de acuerdo con Luiz Carlos Mendonça de Barros, ministro del Gobierno de Cardoso en la década de 1990, los precios de venta al público (que tienen una repercusión real en los consumidores) aumentaron aproximadamente el 10 por 100 en los primeros meses de 2013. A su vez, Marcio Pochmann, del PT, sugirió que para las personas con rentas superiores las subidas fueron incluso mayores, ya que su gasto es predominantemente en servicios, cuyo precio creció todavía más¹⁴. La subida del coste de la vida para los grupos de renta media podría explicar, por lo menos de manera parcial, la insatisfacción expresada en las calles en junio. Sin embargo, en mi opinión, la inflación por sí sola no pudo proporcionar suficiente combustible a las protestas; sí podría en cambio haber actuado como la chispa de innumerables críticas que las clases medias, tanto de izquierda como de derecha, estaban expresando acerca de los Gobiernos del PT. Estas críticas se habían radicalizado mucho a causa de las dificultades a las que se enfrentaban las personas que vivían en las ciudades, especialmente con respecto al transporte y la seguridad.

Banderas de la oposición

Desde el momento en que una parte significativa de la clase media se lanzó a las calles, la realidad es que lo que había comenzado como un movimiento de la nueva izquierda se convirtió rápidamente en un movimiento variopinto en el que se involucraron todos, desde la extrema izquierda a la extrema derecha. A partir de ahí, las protestas adquirieron un sesgo de oposición que no habían tenido previamente, tanto con respecto al Gobierno federal como a los Gobiernos regionales y locales. Durante la marcha del 18 de junio en São Paulo, la quinta en esa ciudad, un grupo con características de la extrema derecha se separó de la corriente principal de manifestantes e intentó atacar el Ayuntamiento, donde el titular es un político del PT, Fernando Haddad, que había sido apoyado directamente por Lula en las elecciones de 2012. Esa noche el casco antiguo de la ciudad, abandonado por la policía, fue saqueado por una muchedumbre. En Río de Janeiro se inició una campaña contra

¹⁴ Luiz Carlos Mendonça de Barros, «A nova classe média e o governo», *Folha de São Paulo*, 14 de junio de 2013; Marcio Pochmann, citado en Luiz Antonio Cintra, «Brasil, caro pra chuchu», *Carta Capital*, 5 de junio de 2013.

el gobernador del estado y el alcalde, ambos del PMDB [Partido del Movimiento Democrático Brasileño]. Las banderas brasileñas dominaron la escena, junto con carteles exigiendo impuestos más bajos.

La derecha ayudó a fortalecer el mensaje anticorrupción de las manifestaciones. Los juicios de los acusados tras el escándalo del *mensalão* (de compra de votos), que recibieron una cobertura televisiva amplia, terminaron seis meses antes de la explosión de junio¹⁵. El caso se le atragantó a muchas personas y cuando el MPL lanzó su llamamiento a ocupar las calles, puede que aprovecharan la oportunidad de demostrar su ira. El eslogan *rouba mas faz*, «roba pero hace cosas» (utilizado en la década de 1940 para describir al alcalde y después gobernador del estado de São Paulo Adhemar de Barros), ha sido dirigido recientemente con mayor o menor sutileza contra el PT de Lula. La gran ventaja de la bandera anticorrupción es que incide en todos los sectores de la sociedad como una cuestión de sentido común, ¿quién va a estar a favor de la corrupción? Sin embargo, es posible que el deseo de la derecha de atacar al Gobierno federal les llevara a apoyar una actitud más amplia, de tipo *Que se vayan todos*, que puede haber rebotado contra los Gobiernos locales y regionales del PSDB. El asalto a la Asamblea Legislativa de Río, que a partir del 17 de junio tomó el relevo de São Paulo en cuanto al liderazgo en las protestas, podría compararse a las estrategias adoptadas en Argentina en 2001, aunque no hay forma de saber con seguridad quién fue responsable de la violencia.

El sesgo anticorrupción de las manifestaciones se vio todavía más fortalecido cuando se adoptaron los eslóganes populares contra la Copa del Mundo 2014 y los Juegos Olímpicos 2016, especialmente en las ciudades donde se estaban celebrando entonces los partidos de la Copa Confederaciones. El «blanqueo» de los modernos templos del fútbol que se estaba preparando para 2014, con unos precios prohibitivos de las entradas para los «negros» (es decir, la mayoría de la población), espoleó una revuelta justificable de los de «más abajo». Por ejemplo, el 19 de junio el Movimiento de los Trabajadores Sin Hogar, una organización urbana radical relacionada con el MST [Movimiento de los Trabajadores

¹⁵ En 2005 se reveló que diputados, líderes de partidos, banqueros y publicistas habían estado recibiendo pagos mensuales a cambio de apoyar al Gobierno de Lula. Las imputaciones tuvieron lugar en 2007, pero el juicio no empezó hasta mediados de 2012. Ese mes de noviembre, los líderes del PT José Dirceu, José Genoino y Delúbio Soares fueron tres de las veinticinco personas a las que el Tribunal Supremo condenó a penas de prisión de 6 a 10 años.

Sin Tierra], se manifestó por el sur y el este de São Paulo para protestar contra «el aumento en el coste de la vida y contra el precio de la Copa del Mundo, que es imposible para los trabajadores»¹⁶. La crítica de la cantidad que se estaba gastando en deporte proporcionó a la izquierda una segunda bandera que levantar, junto con la de los precios más económicos del transporte. Se estaban gastando enormes sumas de dinero público para construir estadios de lujo que serán lucrativos para las empresas, pero casi inútiles al terminar el torneo: y esto en un país donde los pobres no tienen acceso a una sanidad adecuada, cuidados médicos, transporte decente o seguridad pública. Ahora, para colmo de males, también estaban siendo excluidos del fútbol. En última instancia, el tema principal de la protesta «contra la FIFA» era una crítica de las persistentes desigualdades de Brasil.

El estallido de la protesta en las principales ciudades de Brasil era totalmente previsible. La temperatura política de los centros urbanos del país había estado subiendo continuamente desde las elecciones municipales de octubre de 2012, cuando casi todas las capitales de estado eligieron alcaldes de la oposición, independientemente de qué partido hubiera estado previamente en el poder. El reformismo tibio que ha caracterizado a los Gobiernos de Lula y ahora de Rousseff encuentra obstáculos mucho mayores en los contextos hiperurbanos, debido a que ahí cualquier cambio cuesta mucho más y suele ir acompañado de confrontaciones de clase que no forman parte del modelo del PT. Además, tal como ha observado la arquitecta Ermínia Maricato, en los últimos años ha habido un recrudecimiento de los desahucios con violencia, de los que han sido víctimas los pobres; y «los grandes acontecimientos como la Copa del Mundo y los Juegos Olímpicos han echado leña al fuego»¹⁷.

¿Política posmaterialista?

Por lo tanto, yo sostendría que la derecha introdujo el tema de la corrupción en la segunda fase de las manifestaciones y la izquierda, el de las desigualdades de la vida urbana. Esto produjo un cruce ideológico que se hizo eco de la mezcla de clases señalada anteriormente. Sin embargo, quizá lo más novedoso fue el comportamiento que tuvo el centro. Capaz de levantar ambos estandartes y protestar simultáneamente contra la corrupción y la privatización de los fondos públicos, adoptó la inesperada función de generalizar las exigencias políticas espontáneas de las calles.

¹⁶ «Atos bloqueiam cinco estradas paulistas», *Folha de São Paulo*, 20 de junio de 2013.

¹⁷ E. Maricato, «É a questao urbana, estúpido», en *Cidades rebeldes*, cit., p. 24.

La condición con la que llevó a cabo esta función fue que las exigencias de hospitales y escuelas con el «estándar FIFA» no debían convertirse en un desafío auténtico para el capital, como esperaba la izquierda, o una persecución real de los acusados de corrupción, como proponía la derecha. La disposición del centro para levantar ambos estandartes dependía de considerarlos el reflejo de una sociedad moderna contra un Estado anticuado. Esta lógica sirvió para reducir los conflictos *dentro* de la sociedad que las diferentes exigencias podían generar, para en su lugar centrarse en la idea de un tejido social participativo y unido que se enfrentaba a un aparato del Estado opresivo, retrógrado y corrupto que necesitaba renovación. Esto explica también en parte por qué las redes sociales jugaron un papel tan importante: además de permitir un tipo de participación que iba en contra de la práctica política habitual, el uso de Internet y los medios de comunicación social sirvió como símbolo de modernidad en comparación con un Estado obsoleto¹⁸.

El centro que se echó a las calles en Brasil a partir del 17 de junio podría ser descrito como «posmaterialista» en el sentido utilizado por Ronald Inglehart: cuando las sociedades solucionan gradualmente sus problemas materiales, los valores cambian, pasan de enfatizar «la seguridad física y económica» a primar «la autoafirmación y la calidad de vida»¹⁹. Es un proceso transgeneracional que tiene lugar cuando los que ya están socializados en un entorno de clase media se convierten en mayoría y, liberados de las cargas materiales de las generaciones anteriores, experimentan un cambio radical en su forma de compromiso político. El análisis de los acontecimientos de junio presentado por el economista André Lara Resende es un buen ejemplo de este tipo de proceso. No por casualidad, Resende es uno de los intelectuales más cercanos a Marina Silva, ex ministra de Medio Ambiente del PT, que dejó el partido en 2009 para presentarse contra Dilma Rousseff como candidata verde a la presidencia. Para Resende, las manifestaciones fueron una expresión de descontento con el Estado, que se había convertido en una inútil «sangría de los recursos» del país. Las señales, escribió, «son tan obvias que no hace falta conocer o analizar las cifras. El poder ejecutivo, con treinta y nueve ministerios ausentes y que no funcionan; el legislativo, que solo proporciona malas noticias y

¹⁸ Para un análisis sintomático de la importancia de Internet en los acontecimientos de junio, véase la entrevista con Manuel Castells: «Dilma é a primeira líder mundial a ouvir as ruas», *Istoé*, 28 de junio de 2013.

¹⁹ Ronald Inglehart y Christian Welzel, *Modernization, Cultural Change and Democracy*, Cambridge, 2005, esp. cap. 4 [ed. cast.: *Modernización, cambio cultural y democracia. La secuencia del desarrollo humano*, Madrid, CIS, 2006].

frustración; el judicial, pomposo y desesperadamente lento»²⁰. La *malaise* antiestatal ha sido propagada por Internet, oponiéndose a las instituciones oficiales y a los medios de comunicación tradicionales. Por eso la explosión de junio provocó tanta perplejidad entre todos los actores políticos consolidados. En opinión de Resende, fueron los ordenadores los que posibilitaron que este cambio cultural pasara desapercibido. Describe la transformación de valores subyacente con las siguientes palabras:

La relación entre la renta y el bienestar solo es claramente positiva hasta un nivel relativamente bajo de ingresos, que cubre las necesidades básicas. A partir de ese punto, el aumento de bienestar se asocia con lo que se podría llamar calidad de vida. Los componentes fundamentales de esta son: tiempo con la familia propia y los amigos, una sensación de comunidad y confianza en los conciudadanos, salud y falta de estrés emocional.

Las protestas de junio revelaron la existencia de un programa y una postura nuevos que creo que son típicas de lo que Inglehart denomina posmaterialismo. Si es así, la segunda fase de las protestas no representó un secuestro del movimiento por parte de la derecha, sino un reposicionamiento mucho más sutil del centro posmaterialista, en el que tanto los «hospitales con el estándar FIFA» como los «castigos ejemplares para los corruptos» llegaron a simbolizar la «modernización de Brasil». Mi hipótesis de que esta amplia corriente de opinión proporcionó el eje a la segunda fase de los acontecimientos de junio se basa en los datos del sondeo sobre el perfil ideológico de los manifestantes en São Paulo (cuadro 4). Los que se describen a sí mismos como pertenecientes al «centro» son una mayoría relativa, con el 31 por 100; si consideramos a los que se etiquetan a sí mismos como «centro-izquierda», «centro-derecha» y «no sabe» como parte de un centro más amplio, se podría considerar que el 70 por 100 de los participantes está en dicha posición. Es lógico pensar que la izquierda y la derecha se encontraron en el centro cuando, llegando de direcciones opuestas, entrecruzaron sus caminos en las calles principales de Brasil.

CUADRO 4: POSICIONAMIENTO DE LOS MANIFESTANTES EN EL ESPECTRO POLÍTICO (%)

Izquierda	Centro-izquierda	Centro	Centro-derecha	Derecha	No sabe
22	14	31	11	10	13

Fuente: encuesta de *Datafolha*, 20 de junio de 2013.

²⁰ André Lara Resende, «O mal-estar contemporâneo», *Valor*, 5 de julio de 2013.

La presencia de jóvenes de clase media entre los manifestantes es claramente compatible con la ideología centrista que terminó por dominar el movimiento en su momento álgido. Una de las cuestiones más interesantes en relación con los acontecimientos de junio es cómo percibió el nuevo proletariado estas posiciones posmaterialistas. Por supuesto, para los trabajadores de rentas bajas un programa materialista es todavía muy relevante. La izquierda y la derecha tienen propuestas claras sobre la cuestión: más Estado por una parte, más mercado por la otra. El centro busca escapar de este dilema por medio de una «participación social mayor»: algo con lo que nadie está en desacuerdo en teoría, pero que, cuando es apartado del ámbito de los conflictos distributivos, solo tiene interés para aquellos cuyos problemas materiales han sido solucionados. De acuerdo con la encuesta de IBOPE de 20 de junio, los entrevistados mencionaban espontáneamente tres exigencias principales. En primer lugar, el cambio político, reivindicado por el 65 por 100 de los participantes, de los que el 50 por 100 hacía una referencia específica a la corrupción; el transporte aparecía en segundo lugar, mencionado por el 54 por 100 de los encuestados; el coste de la Copa del Mundo, en tercer lugar, con el 40 por 100. Sería interesante en el futuro investigar si había alguna relación entre estas tres cuestiones y la formación y el nivel de renta de los entrevistados.

Es obvio que hay poco en común entre «trabajadores jóvenes mal pagados en situaciones de trabajo precarias» y «señoras con ropa de diseño, cargadas de pulseras, blandiendo carteles que piden el «fin de la corrupción» y emitiendo sus opiniones en Twitter»²¹. Entonces, ¿por qué debería el primer grupo ser atraído por la ideología del segundo? El politólogo Henrique Costa relata un episodio que ocurrió en una estación de metro de São Paulo durante la manifestación del 17 de junio²². Mientras un grupo de jóvenes de los suburbios de la ciudad ponía en práctica el eslogan «Transporte gratuito ya» a base de saltarse los torniquetes de entrada, algunos jóvenes de clase media les gritaron: «Vandalismo no, vandalismo no»; evidentemente, los dos grupos llegaron a las manos. A juzgar por este relato, existía una tensión latente entre las dos clases sociales involucradas en las manifestaciones, que ocasionalmente (como en este caso) se hizo patente. Sin embargo, aunque el mundo de la clase media posmaterialista

²¹ La primera descripción es de R. Braga, «Sob a sombra do precariado», cit.; la segunda, de Marcos Coimbra, «O sentido das manifestações», Voxpopuli.com.br, 11 de julio de 2013.

²² Henrique Costa, «O presente e o futuro das jornadas de junho», *Carta Maior*, 11 de agosto de 2013.

pueda estar objetivamente distante de la juventud con los niveles de renta más bajos, puede ser un objetivo deseado de los que han empezado a acercarse al mismo gracias a mejores oportunidades de formación. La sociología nos enseña que, cuando no existen subculturas de clase fuertes, los individuos se pueden identificar con la posición social que les gustaría ocupar más que con el lugar del que provienen.

Actualmente es imposible decir en qué sentido se inclina el nuevo proletariado. Por una parte, podría entenderse que los problemas planteados durante las protestas solo pueden solucionarse por medio de un mayor gasto social del Estado, como mantiene la izquierda; por otra parte, se podría adoptar el punto de vista propuesto por la derecha de que solo la lucha contra la corrupción llevará a una mayor creación de riqueza. Es también posible que el nuevo proletariado adopte la idea de que la solución de los problemas de Brasil se encuentra en la combinación de una mayor participación social y una reducción del Estado, tal como cree el centro posmaterialista. Es incluso posible que mantenga las tres concepciones a la vez. Lo que el cuadro 4 muestra es que, cuando las manifestaciones alcanzaron su punto álgido, todas estas diferentes corrientes ideológicas estaban juntas en las calles. A pesar de la expulsión simbólica de partidos de izquierda de la avenida Paulista el 20 de junio (posiblemente, por grupos de extrema derecha que actuaban con la aprobación silenciosa de los manifestantes centristas), la izquierda social jugó un papel significativo en las protestas, aunque no fuera la mayoría. La derecha también estuvo presente, aunque fue mucho menos importante de lo que al principio pudo parecer. Pero fue el centro el que predominó: numérica, cultural e ideológicamente. Los efectos del extraño cruce que tuvo lugar en junio se están todavía desvelando y es imposible predecir cuáles serán los resultados a largo plazo. Pero podemos esperar nuevos temblores durante la Copa del Mundo este verano, y después de la misma, siempre que la geología social subyacente del país no cambie.

Una versión anterior de este ensayo se publicó en *Novos Estudos CEBRAP*, núm. 97, noviembre de 2013.

PERRY ANDERSON

ANTAGONISTA

CON LA PUBLICACIÓN póstuma de *A Colossal Wreck* se completa el tríptico por el que será recordado Alexander Cockburn. *Corruptions of Empire* ofrecía un friso centelleante de la política y la cultura estadounidense desde mediados de la década de 1970 hasta finales de la de 1980; *The Golden Age Is In Us*, más reflexiva y personal en cuanto a la forma, es un álbum y diario intrincadamente construido que prolonga el texto anterior hasta mediados de la década de 1990, mientras el mosaico narrativo *A Colossal Wreck* llega hasta la segunda década de este nuevo milenio. Robin Blackburn y JoAnn Wypijewski escribieron conmovedores obituarios de Alexander cuando murió¹; *A Colossal Wreck* se inicia y concluye con otros dos, escritos por miembros de su familia, su hermano Andrew y su hija Daisy. No se podrían escribir mejores retratos, por lo que no intentaré aquí presentar una nueva elegía. Cada uno de sus amigos tendrá sus propios recuerdos de Alexander; en mi caso, la casualidad biográfica nos unió a lo largo de su trayectoria vital, de Irlanda a Inglaterra y de Nueva York a California; quizá esto me permita alguna contribución adicional a su inventario.

En toda mi vida no he conocido a nadie que estuviera marcado tan profunda y productivamente por su origen familiar. La relación entre padres e hijos rara vez carece de conflictos, y cuando no los hay, el efecto suele ser más entumecedor que vigorizante o neutral. Que el padre de uno sea a la vez objeto de adoración, emulación y emancipación parecería una *contradictio in terminis*, pero así era en el caso de Alexander. Durante toda su vida

¹ Robin Blackburn, «Alexander Cockburn, 1941-2012», *NLR* 76, julio-agosto de 2012 [ed. cast.: «Alexander Cockburn, 1941-2012», *NLR* 76, septiembre-octubre de 2012, pp. 57-66]; JoAnn Wypijewski, «Remembering Alex», *The Nation*, 13-20 de agosto de 2012.

su padre Claud fue un modelo para él –en cierta ocasión dijo que pensaba en él cada día–, y su carrera iba a seguir un camino a menudo sorprendentemente parecido. Pero lejos de ser un grillete psicológico que lo redujera a la imitación, era como si la intensidad del vínculo entre ellos fuera la condición para una individualidad alejada de lo ordinario. Esa paradoja dice mucho, por supuesto, del padre que la hizo posible.

Claud Cockburn contó su propia vida –hasta la edad de 57 años– en una ingeniosa y entretenida trilogía que daba cuenta de una notable carrera². Nacido en 1904 en Pekín, donde su padre era secretario de la embajada británica durante el levantamiento de los bóxer, de joven interrumpió en numerosas ocasiones su educación en Inglaterra para acompañar a su padre en Budapest como encargado de las reclamaciones de guerra aliadas a Hungría. Una vez concluidos sus estudios en Oxford, Claud trabajó primero para *The Times* en Berlín, como reportero independiente, trasladándose luego como corresponsal de ese periódico a Nueva York, en vísperas del crac de 1929; renunció a ese puesto a principios de 1932, volviendo primero a Europa Central y luego de nuevo a Inglaterra, donde creó *The Week*, un semanario confidencial que exponía intrigas y escándalos en las altas esferas, leído y temido no sólo en los clubs y casas de campo de la oligarquía británica, sino también por sus homólogas en el continente. En 1934 comenzó a escribir para el *Daily Worker* [órgano oficial del Partido Comunista británico] mientras seguía contribuyendo asiduamente a *Time* y *Fortune*. En 1936 fue enviado por el *Daily Worker* a España como corresponsal de guerra, al tiempo que informaba sobre Inglaterra para *Pravda*. Durante la Segunda Guerra Mundial siguió escribiendo para el *Daily Worker*, pero en 1947 lo abandonó para irse a vivir a Irlanda con su mujer Patricia. Allí escribió sus tres volúmenes de memorias; cinco novelas, una de las cuales fue llevada a la pantalla por John Huston; artículos diversos para el semanario *Punch*, y desde 1961 para el quincenal *Private Eye*, del que se convirtió en gran inspirador y colaborador³. Murió en 1981.

² Claud Cockburn, *In Time of Trouble; Crossing the Line; View from the West*, Londres, 1957, 1958 y 1961. Misteriosamente, pero en consonancia con su autor, en la edición británica del primer volumen de la trilogía se suprimieron por razones desconocidas un capítulo y buena parte de otro que incluían un vívido informe de la casi ejecución de Claud por Durruti en Aragón, presente en cambio en la edición estadounidense, publicada un año antes con el título *A Discord of Trumpets*.

³ Richard Ingrams explica que cuando fundó con otros amigos *Private Eye* tenía «muy presente el ejemplo de Cockburn». Véase su recuerdo de Claud en el prólogo a la reedición en 1985 de *The Years of the Week* (publicada, sin duda para confundir a algún agente, en nombre de Patricia), aparecido originalmente en 1968 y que se puede considerar como un cuarto volumen paralelo a la trilogía autobiográfica de Claud. Las memorias de la propia Patricia, tan notables como las de su marido, se publicaron con el título *Figure of Eight* en 1985.

En cuanto a la riqueza de esa trayectoria y la personalidad que la animaba nada puede sustituir las propias memorias de Claud, pero sí cabe indicar ciertos matices de particular influencia sobre Alexander. Claud era el periodista más brillante de su generación con pasaporte británico, pero su carrera divergía de la sociedad británica, con la que sus relaciones nunca fueron muy estrechas. Europa Central, Estados Unidos e Irlanda le caían mejor que Ukania. *The Week*, uno de los grandes inventos originales del periodismo del siglo xx, era para los británicos bastante ajeno; emulaba técnicamente los ataques ciclostilados de Oswald Schuette, un amigo de Washington, contra las grandes empresas radiofónicas en Estados Unidos, así como los boletines de Kurt von Schleicher, el último canciller de la Alemania de Weimar; y periodísticamente, *Le Canard enchaîné* parisino. También eran extranjeros –estadounidenses, alemanes, polacos o franceses– los reporteros domiciliados en Londres de cuyas fuentes se servía. Como corresponsal internacional no sentía ningún atractivo por los asuntos propiamente británicos; Inglaterra era un país demasiado pequeño para sus botas, como él mismo dijo en una ocasión⁴.

Junto a ese distanciamiento de la vida nacional destacaba su independencia de espíritu. Cuando era todavía un joven sin un empleo fijo, rechazó por tres veces ofertas de un puesto de trabajo en el *The Times*, entonces en el pináculo de su prestigio mundial, antes de aceptar finalmente uno en sus propios términos, especificando Nueva York como el único puesto que aceptaría. Al cabo de un par de años asombró a sus jefes abandonando su puesto privilegiado en Manhattan por un pobre cuchitril diseñado por él mismo en *The Week*. Aunque disfrutaba como nadie los placeres del mundo, nunca cayó económicamente cautivo de ellos, viviendo endeudado la mayor parte de su vida y gran parte de ella en circunstancias difíciles. Habiendo conocido de cerca la inflación húngara tras la Primera Guerra Mundial, el dinero era para él una cuestión teórica más que práctica⁵. Pero aunque ésa fuera una de las razones de su decisión de abandonar el *The Times* en 1932, su motivo más inmediato era político. En Austria, cinco años antes, un enredo amoroso lo había llevado a bucear en la polémica de Lenin y Zinoviev contra la Primera

⁴ C. Cockburn, *View from the West*, cit., p. 82.

⁵ «Aquellos primeros años en Budapest, durante el período de la inflación, cuando el valor del dinero que llevamos en el bolsillo podía reducirse a la mitad entre el desayuno y almuerzo, y otro tanto antes de la cena, me habían hecho casi imposible concentrarme en los problemas financieros, o tratarlos de otro modo que como totalmente fluidos e impalpables»: C. Cockburn, *In Time of Trouble*, cit., p. 83.

Guerra Mundial, que para él fue un *coup de foudre* político añadido al emocional⁶. A partir de aquel momento, fueran cuales fueran sus vínculos organizativos o de otro tipo, sobre los que era extraordinariamente discreto, se convirtió en un revolucionario convencido.

Pero se hizo comunista a su propio modo, fuera de los marcos del partido británico y sin mucha relación con sus métodos. Sus líderes, por otra parte, desconfiaban de *The Week*, sobre la que no tenían control. Durante la década de 1930 estaba personalmente mucho más vinculado a agentes internacionales de la Comintern –Otto Katz, Egon Erwin Kisch, Willi Münzenberg, Mijail Koltsov– que a los incondicionales locales. Cuando el partido británico y su periódico se unieron al esfuerzo bélico a partir de 1941, las consignas de unidad patriótica bajo las que lo hicieron resultaron muy poco atractivas para Claud. Formado en la década anterior, antes de la invención del Frente Popular, su temperamento político era más radicalmente antagonista y le hacía sentirse incómodo con la breve transformación del Partido Comunista británico «de secta odiada en corriente popular apreciada», por no hablar de sus desconfianza hacia el Partido Laborista en 1945⁷. Dos años más tarde, constatando la futilidad de su trabajo para el partido, se sentía ya harto; una oportuna úlcera le permitió retirarse con su familia a Youghal, en el sur de Irlanda, sin romper públicamente con él. Cuando se produjo el levantamiento húngaro de 1956, el propio hecho –antes incluso de su represión– indicaba suficientemente lo que había llegado a ser el comunismo en Europa Oriental. Pero permaneció leal hasta el fin a la tradición revolucionaria con la que se había comprometido, a su propio modo. Con certeza, el punto culminante de su periodismo durante la guerra había sido una entrevista en Argel con De Gaulle, por quien, apreciando la independencia de espíritu que lo haría tan incómodo para Washington y Londres, sintió una inmediata admiración.

Londres durante la década de 1960

Sus actitudes hacia el país, la carrera, el dinero o la política conectaban de una forma u otra a padre e hijo; pero para cualquiera que los conociera a ambos, su vínculo más obvio era el temperamento. La primera mujer de Claud, la escritora estadounidense Hope Hale Davis, que también había sido comunista y había abandonado el partido tras el pacto

⁶ *Ibid.*, pp. 106-122.

⁷ C. Cockburn, *Crossing the Line*, cit., pp. 104, 140-143.

nazi-soviético, escribió mucho más tarde sobre su vida en común que lo que más le gustaba de él era su combinación de irreprimible buen humor, picardía e ingenio con su acendrado compromiso para derrocar el capitalismo⁸. Y fue precisamente esa combinación la que encontró su reencarnación en Alexander. Crecimos a unos 70 km de distancia en el sur de Irlanda; los Cockburn vivían en Youghal, prácticamente en la línea divisoria entre los condados de Cork y Waterford, al borde de la sociedad anglo-irlandesa asentada a lo largo del río Blackwater, más ruidosa pero también más acomodada que la vecina del Suir. En ambas familias había conexiones militares y con el Lejano Oriente –uno de los antepasados de los Cockburn había saqueado Washington, y otro había gobernado Hong Kong– y ambos guardábamos recuerdos parecidos de la infancia en Irlanda y del internado posterior en Gran Bretaña. Tras graduarse en Oxford, la primera publicación de Alexander fue una reseña de *Catch-22* en la *NLR*⁹, y durante un tiempo compartimos un piso en Lexham Gardens, cerca de Earl's Court. Incluso en la exuberancia genérica de la juventud durante aquel período –el Londres de *Blow-Up* a mediados de la década de 1960– sobresalían ya entonces su celeridad y euforia.

Su primer empleo fue en el suplemento literario del *The Times*. Estaba sin un duro y para completar su exigua paga tenía que vender a veces ejemplares de los libros que le habían dado para reseñar y que se amontonaban en las estanterías de su piso; pero intelectualmente era un puesto fascinante. En aquellos tiempos el *The Times Literary Supplement*, dirigido por Arthur Crook y bajo la influencia de John Willett, el traductor de Brecht más destacado de su época, y de John Sturrock, estudioso del estructuralismo francés, exhibía una proclividad hacia los autores del continente luego aterida bajo las ventiscas de la Guerra Fría. Allí, tan anónimamente como cualquier otro colaborador, Alexander copiaba, editaba y escribía sobre novelas¹⁰. Su texto más largo fue un ensayo de cabecera en el número especial «Sounding the Sixties» que repasaba la política, la educación, la

⁸ Hope Hale Davis, *Great Day Coming: A Memoir of the 1930s*, South Royalton, 1994, pp. 2 y ss., que contiene su mejor retrato independiente –afectuoso, contenido, pero no acético– de aquella época. Unos cuarenta años antes escribió una reseña del primer volumen de sus memorias, condicionada en cierta medida por su valoración del comunismo, aunque no hostil pese al ambiente de guerra fría de la época: «From Pollitt to “Punch”», *The New Leader*, 20 de agosto de 1956.

⁹ A. Cockburn, «Catch 22», *NLR* 1/18, enero-febrero de 1963, pp. 87-92.

¹⁰ Su contribución más sobresaliente, «In Carcinoma City», una reseña del *American Dream* de Mailer, que apareció en su número del 29 de abril de 1965, fue vuelto a publicar por el periódico cincuenta años después, el 23 de diciembre de 2013.

literatura, el teatro, el cine, la prensa, la crítica e historiografía de la década a mediados de ésta¹¹. Poco después, en la primavera de 1966, renunció a aquel puesto que cualquier otro habría considerado muy deseable, sin haber encontrado y ni siquiera buscado otro. Yo me quedé asombrado y profundamente impresionado por su libertad de espíritu. Dejando colgado todo lo demás, se hizo cargo de la dirección de la *NLR* machacándonos estilísticamente con el propósito de liberar la revista de sus tics y clichés. A diferencia de su padre, Alexander comenzó como periodista literario: fue su etapa en la *NLR*, en el acmé del fermento revolucionario de finales de la década de 1960, la que lo convirtió en un escritor político. Robin Blackburn ha recordado en su obituario su trabajo conjunto en la producción de dos libros para la revista, uno sobre el ascenso a escala nacional de la militancia sindicalista, y el otro sobre la rebelión estudiantil internacional de la época; este último, un *best-seller* en aquel momento, se iniciaba con un incisivo repaso de Alexander –uno de los primeros textos en Inglaterra en hablar también de la sociedad del espectáculo–, que sigue siendo de lectura provechosa hoy día¹².

Antes de que acabara la década comenzó también a colaborar con el *New Statesman*, entonces dirigido por Paul Johnson, quien más tarde se convertiría en un histérico neoconservador thatcheriano ácidamente recordado por Alexander como «el único hombre que conozco más tieso que el pelo de la estatua de la Libertad»¹³. Aunque no duró mucho su vinculación con la revista, siendo lo más sobresaliente de aquella colaboración un largo reportaje de principios de 1969 sobre el Ulster en el que los lectores pudieron apreciar su mordiente político¹⁴, a través de ella conoció e hizo amistad con el corresponsal estadounidense Andy Kopkind y contribuyó a la modesta hojilla que éste y Jim Ridgeway publicaban en Washington, primero con el título *Mayday* y más tarde con el de *Hard Times*¹⁵. También unió sus fuerzas con las de Bruce Page

¹¹ *The Times Literary Supplement*, 29 de julio de 1965.

¹² R. Blackburn y A. Cockburn, *The Incompatibles: Trade Union Militancy and the Consensus*, Harmondsworth, 1967; y *Student Power: Problems, Diagnosis, Action*, Harmondsworth, 1969.

¹³ A. Cockburn, *Corruptions of Empire*, Londres y Nueva York, 1998, p. 386.

¹⁴ A. Cockburn, «Ulster: History's Blind Alley», *New Statesman*, 3 de enero de 1969, pp. 8-12, donde «We Shall Overcome», cantado en una manifestación por los derechos civiles, es «ese fresco himno de esperanza».

¹⁵ Véase A. Cockburn, «Cool in the Street», *Mayday*, 8-15 de noviembre de 1968; «Armed Struggle in Ireland», *Hard Times*, 17 de abril-4 de mayo de 1970; «England Swings», *Hard Times*, 29 de junio-6 de julio de 1970. Ridgeway fusionó *Hard Times* con *Ramparts* en 1972.

y Neal Ascherson para crear un Grupo de Comunicaciones Libres que produjo unos pocos números de un escueto folleto, *Open Secret*, en el que se criticaba la situación de los medios de comunicación. En el otoño del año siguiente un grupo más joven –cuyo principal impulsor era Anthony Barnett– comenzó a planificar un semanario que transformaría esa escena, con un estilo de periodismo revolucionario que no iba a ser estrecho, formalista ni catequista, sino dirigido al público de masas jóvenes, educadas y críticas que se manifestaban a decenas de miles contra la guerra en Vietnam. Todas las decisiones se tomaban colectivamente, sin una jerarquía establecida, pero cuando apareció su primer número en octubre de 1971, Alexander era de hecho su director. El título, la concepción y la presentación eran suyos.

En el tercer volumen de sus memorias Claud había relatado su larga participación a finales de la década de 1950 en un proyecto para un nuevo semanario de Hulton Press, la empresa editora de *Picture Post*, que se iba a llamar *Seven Days*, en el que tenía grandes esperanzas pero que acabó siendo descartado por los propietarios. Alexander recuperó ese nombre para la revista que ahora iba a promover. Considerándolo retrospectivamente, se puede percibir otro propósito además del precedente paterno. A diferencia de Claud, Patricia tenía un sentido visual muy desarrollado, convirtiéndose el final de su vida en una apreciada pintora de conchas en Irlanda. Alexander, que compraba pinturas desde sus días del suplemento literario de *The Times*, orientó ese don hacia la fotografía que incorporó al semanario proyectado. La declaración con la que se recabaron fondos para su financiación decía: «En toda la historia del periodismo de izquierdas, radical o incluso liberal, sólo *Picture Post* aprovechó en este país las posibilidades ofrecidas por fotografías realmente buenas para realzar los relatos o contarlos por sí mismas». *Seven Days* iba a cubrir ese hueco, dramatizando sus historias y artículos con fotografías que explotaban la banalización del mundo consumista empapado de imágenes. Alexander, combinando portadas, presentación, tipografía y contenidos, contagió al proyecto común toda su energía y audacia. Desde que apareció, en el momento culminante del conflicto en Irlanda del Norte, mientras los mineros obtenían una resonante victoria con su huelga en Gran Bretaña y en Vietnam se desarrollaban las últimas etapas de la guerra, trató de combinar el reportaje social, la investigación política, la discusión de ideas, la recensión (más intermitente) de películas o libros, con un estilo a la vez decididamente militante e intelectualmente accesible. Editorialmente se mantuvo muy

cerca de los objetivos propuestos, pero comercialmente fue un fracaso¹⁶. La revista duró sólo seis meses antes de que se agotara el dinero y se nombrara un síndico para liquidar sus activos y pasivos.

A ese golpe desalentador en la primavera de 1972 se añadieron un fracaso matrimonial y deudas que rivalizaban con las de Claud, muchas de ellas contraídas –como las de su padre– como adelantos por obras que por una razón u otra no se materializaron. En años posteriores la capacidad de supervivencia de Alexander parecía a menudo indestructible, pero en aquella época se hallaba en su peor momento. En *A Colossal Wreck* presentaba como una entretenida leyenda su decisión de probar fortuna al otro lado del charco.

A finales del verano de 1972 me encontraba un día en ese barrio del sur de Londres conocido como Balham. Hacía mucho calor y las calles se me hacían infinitamente tristes. Tengo que salir de ésta, me dije a mí mismo como Razumov hablando al consejero Mikulin en la novela de Conrad *Under Western Eyes*.

Giré en dirección a la estación de metro y un sórdido letrero en la ventana de un semisótano captó mi atención. Llamé a la puerta y una sibila me abrió la puerta vestida con un sari indio. Tenía cartas del tarot y un loro, un método de adivinación con una larga tradición en la India. Me echó las cartas. El loro las miró y luego a mí y a la adivina. Entre ellos pasó como una corriente de energía.

Bastó una premonición sobre lo que iba a acabar siendo el Nuevo Laborismo: «Al cabo de una semana, obedeciendo a las sugerencias del loro, había comprado un pasaje a Nueva York y una nueva vida. Ante mí se extendía un vasto panorama político, de riqueza y posibilidades aparentemente infinitas. Nunca he lamentado, ni por un momento, mi salto trasatlántico»¹⁷.

¹⁶ Entre los participantes que también escribían para la *NLR* en aquella época estaban Peter Wollen, Tom Nairn, Fred y Jon Halliday y Gareth Stedman Jones. Además de una extensa cobertura de las luchas obreras y la resistencia popular a la ocupación militar de Irlanda del Norte, la revista se ocupó de cuestiones del movimiento de liberación gay y de las mujeres, la salud mental y las condiciones de vida en las prisiones, que no se iban a plantear abiertamente hasta más tarde. Retrospectivamente sobresale su sección sobre ideas: una serie que trataba sobre el capitalismo, el patriotismo, el internacionalismo, el materialismo, el keynesianismo, el surrealismo, etc., junto con su compromiso, con recursos muy limitados, con el fotoperiodismo. Después de verse obligada a cerrar en marzo de 1972, apareció sin embargo en mayo un número especial que saludaba la ofensiva vietnamita durante la Pascua de aquel mismo año.

¹⁷ A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, Londres y Nueva York, 2013, p. 351.

En Estados Unidos

Llegó a Estados Unidos en vísperas de la reelección de Nixon. Allí, apoyándose en un artículo sobre ajedrez, persuadió al editor de *The Village Voice* para que lo pusiera al frente de un proyectado departamento de libros al tiempo que contribuía a la revista¹⁸. Sus dos textos siguientes, que aparecieron en diciembre de 1972, eran sobre fotografía: una reseña crítica de una exposición de Diana Arbus y un obituario de la revista *Life* que acababa de expirar. «Press Clips», la columna sobre los medios que le haría famoso en Estados Unidos, comenzó a aparecer en septiembre de 1973, mientras Allende era derrocado y el asunto Watergate se acercaba a su clímax. Al año siguiente escribía junto con Jim Ridgeway otra columna sobre economía, «Surplus Value», que más tarde se ampliaría a la escena política como «The Greasy Pole» y finalmente «The Moving Target». Pronto iba a aparecer también en *The New York Review of Books*, *More* y otras varias publicaciones. A mi llegada por primera vez a Manhattan, en el verano de 1976, en el amplio apartamento de estilo bohemio Art Deco que por entonces ocupaba él junto a Central Park, sentí como una revelación: cruzando como un meteoro literario –y social– el panorama de la ciudad, había llegado a la plenitud de sus dones. En cuanto leí unos ejemplares del *The Village Voice* dispersos por la sala de estar que daba al parque –hasta aquel momento apenas me había dado cuenta de su existencia– percibí que había desarrollado un estilo de periodismo ofensivo que era pura exaltación. Su combinación de elegancia e insolencia, a la vez salvaje e hilarante, no se parecía a nada que hubiera leído antes. Recorriendo la infatuada prensa estadounidense, machacaba a un pomposo conformista tras otro. Al llegar a su «¿Cómo ser un corresponsal extranjero?», sobre C. L. Sulzberger¹⁹, le sugerí que fotocopiara todo lo que había escrito desde que llegó a Estados Unidos y reuniera para una recopilación futura las columnas que iba descuidadamente esparciendo en diversas publicaciones. Mucho más tarde él iba a recurrir efectivamente a ellas para *Corruptions of Empire*.

¹⁸ El único título que apareció con el pie de imprenta de *The Village Voice* fue su propio *Idle Passion: Chess and the Dance of Death*, publicado en 1974, especialmente notable por su capítulo sobre los éxitos e ironías del ajedrez –un arte por el arte si es que lo ha habido alguna vez– como pasatiempo de masas promovido por el Estado en la Unión Soviética. El libro está escrito en un estilo todavía más cercano al inglés clásico que al americano.

¹⁹ Véase A. Cockburn, *Corruptions of Empire*, cit., pp. 187-192.

Con el tiempo se extendió en Estados Unidos la leyenda de que Alexander había sacudido el periodismo local como un rayo al introducir el estilo inglés de escritura polémica, desconocido allí pero muy familiar en Gran Bretaña. He perdido la cuenta del número de obituarios en Estados Unidos que repetían esa idea, cuando no podría haber nada más lejos de la verdad. En cuanto al estilo, el propio Alexander no escribía así en Londres: sus artículos en el suplemento literario del *The Times* eran a menudo muy forzados, respetando las convenciones de la revista y de aquella época. Sobre su padre, Alexander observaba: «Escribía rápidamente, con un estilo hermoso y fácil»; pero el propio Claud fue el primero en decir que no era siempre así, reconociendo que entre sus veinte y sus treinta años «escribía lentamente y con un estilo errático»²⁰. La chispa incomparable de «Press Clips» no era importada del Reino Unido; fue inventada en Estados Unidos. Su tema tenía todavía menos que ver con el ejemplo británico. En Ukania la crítica de la prensa en la propia prensa había sido durante mucho tiempo un tema tabú, gobernado por la máxima de Fleet Street de que perro no come perro, regla únicamente rota cuando estaba en juego el crimen y no la ideología o la política²¹. Murdoch puede servir de ejemplo, pero incluso en casos más independientes –como la *London Review of Books*, por poner un ejemplo–, hablar de las plumas prestigiosas de *The Guardian* o *The Independent* con la causticidad con que lo hacía Cockburn era impensable.

En Nueva York, *The Village Voice* era considerado generalmente en aquella época como el semanario más radical del país, pero las columnas de Alexander estaban muy a la izquierda de su centro de gravedad y a su debido tiempo esa distancia provocó su salida en relación con el detonante local más predecible, Israel. A principios de 1984 el director de *The Village Voice* –un antiguo incondicional de *The New York Times*– lo despidió por haber recibido dos años antes una beca para escribir un libro sobre la invasión israelí del Líbano de un Instituto de Estudios Árabes, desaparecido empero para entonces por falta de fondos. Los lectores de la revista expresaron abrumadoramente su incredulidad e irritación por la decisión, pero el resultado no estuvo nunca en duda: no se podía

²⁰ Compárese A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 269, con C. Cockburn, *In Time of Trouble*, cit., p. 158, donde este último ofrece una vívida enumeración de diversos amaneramientos y remilgos en su prosa temprana.

²¹ *Private Eye* sí se había ocupado desde hacía tiempo de «la calle de la vergüenza», pero sus dardos eran mayormente subpolíticos, cotilleos tocapelotas más atentos al escándalo que a la crítica demoledora del sesgo premeditado o la mistificación.

bromear con el sionismo. Aconsejado por Andy Kopkind y acuciado por la necesidad, aceptó inmediatamente la propuesta de Victor Navasky de incorporarse al equipo de *The Nation*, lo que resultó ser una bendición tanto para la revista como para Cockburn²². La sección que éste negoció con Navasky –con el título «Beat the Devil» [«Golpear al diablo»], tomado de la novela más exitosa de Claud–, le dio dos páginas consecutivas cada quincena, espacio en el que podía variar su paleta y ampliar su registro más allá del *staccato* de «Press Clips». Su descubrimiento de Estados Unidos no había sido únicamente el de un panorama político más vasto y más alentador que el británico, sino también el de un panorama literario más despejado y más liberador. De sí mismo decía mucho más tarde que los prosistas que habían atraído «a un chaval angloirlandés irremisiblemente atrapado en el corsé de la finura latinista» habían sido siempre «camorristas estadounidenses»; y una vez al otro lado del Atlántico, aunque nunca trató de imitarles, «todos ellos me enseñaron que la prosa estadounidense, en su expresión más vehemente, más enfurecida, más desmesurada, puede liberarte y enseñarte a dejarte ir»²³, permitiéndole desarrollar el estilo que perfeccionó durante aquellos años.

Tenía entonces muchos lectores. Al iniciarse la década de 1990 tenía una columna política en *The Wall Street Journal*, cubría la crítica de restaurantes y se le podía leer en *Harper's*, *Atlantic Monthly*, *Vanity Fair*, *American Film Institute* y, con gran complacencia de su parte, en *Grand Street*. Pero su principal repercusión la tenía en realidad en *The Nation*, cuya tirada se duplicó desde la exigua cifra de 24.000 al cabo de un año de su incorporación, y casi se duplicó de nuevo durante el año siguiente. Navasky atribuía aquel aumento a sus campañas de correo directo, pero pocos dudaban del efecto Cockburn. «Golpear al diablo» cambió el rostro de *The Nation*, no sólo en las innumerables cartas que recibía y que

²² Sobre su despido de *The Village Voice* y su llegada a *The Nation*, véase el editorial de David Schneiderman y la respuesta de Alexander en la primera publicación, 18-24 de enero de 1984, seguido por las protestas de los lectores de la revista, 1-7 de febrero y el editorial de *The Nation*, 18 de febrero de 1984. Muchos años después Alexander recordaría que el primer artículo que escribió para *The Village Voice* sobre los palestinos, hacia 1973, fue censurado: véase «Palestine Down the Decades», en A. Cockburn y Jeffrey St Clair (eds.), *End Times: The Death of the Fourth Estate*, Petrolia y Oakland, 2007, p. 327.

²³ A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 296, tras lo cual Alexander procedía a un cáustico juicio sobre el «fanfarroneo desordenado» del periodismo gonzo en general y el de Hunter S. Thompson en particular: «Como en el caso de Evel Knievel, las acrobacias de Thompson le exigían que fuera más alto y más lejos en cada sucesivo ultraje a la propiedad».

Alexander se complacía en responder *con brio*: nadie en la historia de la revista recibió y respondió a tantos desafíos de los lectores. Había encontrado su mejor audiencia.

Pero en el momento culminante de su éxito como el columnista más divertido y feroz de Nueva York, de reputada elegancia en su trato y su cultura, lo que le había atraído a Estados Unidos y convertido en el escritor que había llegado a ser, se iba esfumando. Había llegado en el dramático momento de la caída de Nixon y había prosperado durante los lacrimosos años de Carter, mientras los demócratas se adentraban en el reino del neoliberalismo e iniciaban su supeditación a los derechos humanos. El primer fruto de aquel giro fueron una fábula burlona sobre el «presidente del malestar», como llamaban a Carter, y una exploración pionera en ecología política, ambos coescritos con Ridgeway²⁴. Pero ya en 1976, en una pieza clarividente, Alexander previó el advenimiento de Reagan y presintió la agenda política que éste iba a encabezar. Una vez en la presidencia, Alexander no le dio tregua y escribió toda una sucesión de incisivos textos que se convertirían más tarde, en *Corruptions of Empire*, en los «Anales de la era Reagan», en el ocaso de su presidencia. Tampoco ahorró las críticas a la oposición postiza del partido demócrata. Poco después de incorporarse a *The Nation*, todavía firmó en 1984, junto a Andy Kopkind, una recomendación oblicua en favor del voto a Mondale, de la que pronto se retractó, y cuatro años después mantenía cierta esperanza en la Coalición Arco Iris que apoyaba a Jackson, que se desvaneció casi inmediatamente²⁵. Con respecto al sistema bipartidista, al final de

²⁴ A. Cockburn y J. Ridgeway, *Smoke: Another Jimmy Carter Adventure y Political Ecology*, Nueva York, 1978 y 1979, notable por su dantesca descripción del Metro de Nueva York en aquella época en «Cattlecar Civilization», pp. 159 y ss., y por las reflexiones finales de los editores sobre las ambiguas consecuencias para la liberación de la mujer de su incorporación en masa a la fuerza de trabajo bajo el reinado del capital: pp. 396-402 y ss.

²⁵ Compárese el final de A. Cockburn y A. Kopkind, «1984: The Left, the Democrats and the Future», *The Nation*, 21 de julio de 1984, en *Corruptions of Empire*, cit., pp. 374-375, con sus observaciones dos meses después: «Siguen diciendo que la mejor razón para votar por Walter Mondale es Ronald Reagan. Pero dado que Mondale se apresuró a cambiar su nombre y su identidad política por la de Reagan a mediados de septiembre, ese argumento no sigue teniendo el mismo peso que antes»: *Corruptions of Empire*, cit., p. 378. En cuanto a Jackson, véase su juicio provisional en la convención de Atlanta del Partido Demócrata en el verano de 1988, y el definitivo de la izquierda que Jackson llegó a representar, mucho después: «Sus partidarios a escala nacional –Bernard Sanders, Jesse Jackson, Michael Moore, Jim Hightower– son todos ellos unos falsarios»: A. Cockburn y J. St. Clair, *Imperial Crusades*, Londres y Nueva York, 2004, p. 52.

la década estaba convencido de que, como apunta la sabiduría popular, si se insiste en preferir el menor de dos males es muy posible que uno acabe cargando con ambos.

Durante la década de 1980 el desplazamiento hacia la derecha no era sólo político, sino también social y cultural; la corriente supuestamente liberal aceptó sin muchos remilgos el giro conservador, y lo más que se oía de los antiguos disidentes eran solo débiles quejidos. Aquélla fue la época del *The New Criterion*, «la única revista de su tipo que llega a las librerías cubierta de telarañas», cuando *Rolling Stone* se había convertido en un fanzine y *The Voice* estaba «tan descalabrada por la reforma política de los demócratas que necesitaba muletas para dar un paso»²⁶. El deterioro general del país afectaba igualmente a Nueva York. Durante la década de 1970 gran parte de la ciudad era poco segura y sus barrios se veían desatendidos, Manhattan perdía actividades económicas y el ayuntamiento se tambaleaba al borde de la bancarrota, pero cultural y políticamente la ciudad seguía vibrando con una vitalidad destartalada. Durante la década siguiente, con el despegue del *boom* de Reagan, los precios de los terrenos y las acciones subieron vertiginosamente y comenzó la era de promotores como Donald Trump e Ivan Boesky, que «proliferaban en Nueva York como cucarachas, buscando, con la intención de destruirla, cualquier estructura con unas mínimas pretensiones de dignidad y gracia»²⁷, mientras se intensificaba la polarización social que ha convertido desde entonces a Manhattan es una reserva para ricos. Alexander había disfrutado siempre de las incursiones aventureras en el *beau monde*, pero al igual que su padre, nunca cayó cautivo de él. La metrópolis, cada vez más embrutecida bajo el peso de plutócratas entumecidos, intelectuales serviles y vagabundos sin hogar hambrientos y muertos de frío, perdió su prestancia. Pese a su fácil acceso a muchos de sus medios, sus únicos amigos en Nueva York eran de un modo u otro marginales: Edward Said, palestino en la más sólida fortaleza del sionismo; Andy Kopkind, gay confeso de Nueva Inglaterra; Ben Sonnenberg, tullido por la esclerosis en una floresta de gimnasios. A mediados de la década pasaba cada vez más tiempo en otros lugares, Vermont o Key West. Finalmente, la turbu-

²⁶ A. Cockburn, *Corruptions of Empire*, cit., p. 399.

²⁷ *Ibid.*, pp. 136-137: «Si hubiera sido el Pentágono el que hubiera amenazado con tal destrucción mediante bombardeos aéreos, podría quedar una hebra de esperanza: es muy probable que los proyectiles cayeran lejos de su blanco y sólo desintegraran un hospital o una escuela. Pero con los promotores inmobiliarios no tenemos ni siquiera el confort de esa incertidumbre. Llega la orden de demolición y las excavadoras inician su trabajo al amanecer».

lencia en su vida personal puso fin a su estancia en Central Park West. Cuando salió a la luz *Corruptions of Empire* él se hallaba recorriendo de un extremo a otro el país.

A la Costa Perdida

El libro, que fue un gran éxito popular, lo puso en contacto directo con sus lectores, mientras viajaba por todo el país hablando sobre él en pequeñas ciudades, campus universitarios y librerías independientes, arrastrando maltrechas maletas atiborradas con sus papeles, a menudo en uno de aquellos clásicos automóviles de las décadas de 1950 y 1960 que comenzó a coleccionar. Los movimientos de solidaridad con Centroamérica, Palestina o Sudáfrica con los que estaba profundamente comprometido proporcionaban la infraestructura para esas reuniones por todo el país. Cuando apareció en 1988 la segunda edición ampliada de *Corruptions of Empire* él residía en un hotel barato en Aptos (6.000 habitantes), justo al sur de Santa Cruz, atraído hasta allí por su amistad con Frank Bardacke, historiador y activista político de la United Farm Workers, que vivía en la cercana Watsonville; también lo bastante cerca como para mantener un ojo atento sobre su hija Daisy, que estudiaba en la Universidad de California en Santa Cruz. Pronto se acostumbró a acercarse hasta Topanga, no lejos de la Universidad de California en Los Angeles, para trabajar con Susanna Hecht en el libro que publicaron en 1990 sobre la Amazonia, *The Fate of the Forest*, una obra maestra del género. En diciembre anotaba lacónicamente:

El año que viene habrá que decir adiós a Aptos y el Adobe. Parece que podré comprar la casa en Petrolia junto al río Mattole, en el condado de Humboldt, justo al sur del cabo Mendocino. Deben de ser los genes. Mi padre abandonó la vida urbana por la rural en Irlanda cuando tenía poco más de cuarenta años. Yo ya tengo cuarenta y nueve, pero no he vivido realmente en una gran ciudad desde mediados de la década pasada. La vida en un motel está bien, pero el tráfico de drogas aquí en el Adobe se está volviendo peligroso²⁸.

Al verano siguiente escribía desde Petrolia, una aldea de unas 350 almas en la Costa Perdida, a cinco o seis horas de automóvil al norte de San Francisco.

²⁸ A. Cockburn, *The Golden Age Is In Us*, Londres y Nueva York, 1995, p. 186.

Allí reconstruyó la cabaña que había comprado convirtiéndola en un ranchito que daba la espalda a una empinada colina boscosa, con el río corriendo bajo un majestuoso risco calizo a unos cincuenta metros al frente, justo al otro lado de la modesta carretera que atraviesa el valle. A ese modesto y encantador ambiente añadió una biblioteca, un cuarto oscuro, un corral, un jardín, un huerto, una sidrería y una torreta en la colina trasera. Esos anejos, decorados con murales, esculturas, un emparado, frisos en escayola de la vida rural o la lucha guerrillera, acabaron rodeando la casa, que convirtió en una desenfadada *Wunderkammer* de objetos, dibujos, fotografías, pinturas, chucherías del gusto plebeyo americano de todas las épocas, desde la década de 1920 hasta la de 1970, conseguidas en subastas o tiendas de cachivaches de todo el país. Al retirarse allí invocaba el ejemplo de su padre, pero si aquella creación era cuestión de genes, eran probablemente los heredados de los dones artísticos y la sensibilidad rústica de su madre. Alexander, un artesano con las palabras, lo era también –a diferencia de Claud– con los objetos, modificando a su gusto cualquier cosa, desde un fregadero o lavabo de madera hasta una cama plegable o una colcha de muselina, recurriendo a la ayuda de los artesanos locales para construir aquella extraña *Gesamtkunstwerk* en la que se convirtió con el tiempo su hogar en Petrolia, en el que le acompañaban caballos, gatos, un perro, periquitos y una cacatúa.

Todo aquello costaba dinero. En sus gastos Alexander difería muy poco de Claud, algo de lo que era consciente: «El inagotable optimismo de mi padre, que mantuvo con heroica tenacidad prácticamente hasta el momento de su muerte [...] para librarse del desastre financiero, condicionó en gran medida mi actitud hacia el crédito»²⁹. Pero su avidez mucho mayor de todo lo tangible, sus gustos –automovilísticos, vestimentarios, arquitectónicos– aunque nunca excesivos, sí más caros, dieron mayor dimensión a sus deudas, y aunque sus ingresos fueran quizá más altos, no eran necesariamente más continuos o seguros: un columnista puede verse en la indigencia de un día para otro. De modo que podía ser igualmente descuidado –o impasible– en cuestiones financieras, lo que fue causa de las únicas tensiones –dejando a un lado las diferencias políticas– que pude observar con sus muchas amistades, aunque las rupturas solían aliviarse al cabo de un tiempo. Era el reverso de su estilo independiente, a su modo opuesto a cualquier interés egoísta ordinario: podía ignorar

²⁹ A. Cockburn, *Corruptions of Empire*, cit., p. 14.

una deuda que otros respetarían, como podría abandonar un puesto que otros codiciarían. Algo parecido se podría decir de sus relaciones con las mujeres. Pocos hombres podían serles más atractivos; los rechazos debieron de ser bien raros. A veces se decía que tenía una debilidad por las acomodadas, y es cierto que entre sus amigas hubo varias conocidas por su riqueza o su cuna. Pero la gama de sus afectos no conocía distinciones de clase: desde Londres hasta Petrolia, podía prendarse tan fácilmente de una chica de clase obrera como de la hija de un millonario, y a menudo de forma más duradera. Con pocas excepciones, mantuvo la amistad con sus antiguas amantes, que solían guardar buenos recuerdos de él. Pero nunca se comprometió totalmente con ninguna mujer. Creo que la razón pudo estar en parte en la intensidad de su amor por su padre, con el que ningún otro ser humano podía competir; pero también tenía que ver con su afán de independencia. La vida de los sentidos y sus pasiones era sustancial para él, pero se resistía a los ritmos de la vida en común, a los que nunca se adaptó. La lejanía de Petrolia era una defensa frente a ellos: pocas mujeres se habrían atrevido a compartirla.

Sonnenberg podía comparar la Costa Perdida con Kamchatka, pero su lejanía no significaba aislamiento: aunque *The Wall Street Journal* dejó de publicar sus artículos en 1990 y la revista de libros de *The New York Times* mucho antes, a mediados de la década de 1990 seguía deleitando y escandalizando a los lectores de *The Nation*, se había ganado una columna en *Los Angeles Times* y aparecía a través de agencias en muchas pequeñas publicaciones de todo el país, por no hablar de su periódico local más radical, el *Anderson Valley Advertiser* del condado cercano de Mendocino. En su distanciamiento tuvo más importancia una nueva espiral descendente en el ambiente político. Durante la década de 1980 se había producido un desplazamiento hacia la derecha del centro de gravedad del sistema político estadounidense bajo la presidencia de Reagan, pero en los márgenes o fuera de él existía todavía un vigoroso movimiento de solidaridad con las revoluciones centroamericanas que Washington estaba decidido a estrangular. La década de 1990 se inició con los sobornos a políticos de los dos partidos para comprar su apoyo a los contras nicaragüenses. En la época en que Alexander se asentó en la costa oeste, los sandinistas habían sido ya vencidos en Nicaragua y su movimiento había quedado fuera de juego. Un año después llegó el triunfo sobre el Imperio del Mal y la victoria de la Operación Tormenta del Desierto. Lo peor llegó con la presidencia de Clinton: una corrección del rumbo del orden dominante cuya desmovilización de la oposición

superaba con mucho cualquiera de los débiles paliativos que ofrecía a la influencia abrumadora del neoliberalismo en el país, por no hablar de su insolente ofensiva imperial en el extranjero.

Fue en ese contexto deprimente en el que Alexander escribió la más lograda de todas sus obras, *The Golden Age Is In Us*, cuyo propio título –y el epígrafe de Lévi-Strauss– desafiaban al tiempo. Presentado como un registro de sus «viajes y encuentros» entre 1987 y 1994, concediendo un espacio a cada momento y cada lugar, el libro es una retroconstrucción bellamente diseñada de su vida y sus escritos durante aquellos años, intercalados con cartas –indignadas, divertidas o jubilosas– de enemigos, amigos y lectores en general. El libro, compuesto y fechado en una narrativa *ex post facto*, cambia sin esfuerzo de registro, de lo literario a lo histórico, de lo existencial a lo polémico, de lo anecdótico a lo analítico, de lo satírico a lo biográfico, bajo el firmamento general de la política.

Desde un principio, mucho antes de que Clinton fuera elegido presidente, Alexander previó lo que el gobernador de Arkansas, encenagado en las actividades ilícitas en su estado y enredado en las conexiones con el programa de la Contra, iba a significar como presidente del país: empleos Walmart para la mayoría y perdones como el de Marc Rich para unos pocos. Al cabo de cinco meses de su toma de posesión escribía: «El gobierno de Clinton está acabado, aunque se mantenga arrastrándose en un crepúsculo cada vez más oscuro de nuevos comienzos y frescas mañanas». Su propio lenguaje revelaba su visión: «Las frases desaliñadas y cansadas de Clinton gravitan renqueantes sobre la realidad de Estados Unidos como los contoneos de un obeso corredor dominguero falto de aliento»³⁰. Sobre su aspiración a la fama diplomática, Alexander escribió, abandonando la burla, frases que siguen siendo de implacable actualidad hoy día:

Se necesitaría la pluma de un Swift para reflejar la nauseabunda escena de hipocresía, mala fe y autoengaño que se ha vivido hoy en el césped de la Casa Blanca, atestado de gente que durante muchos años fue cómplice de la carnicería y la tortura de los palestinos y el rechazo de sus derechos, y que ahora aplauden el «apretón de manos simbólico» que de hecho ratifica una nueva negación de esos mismos derechos. A la sombra del presidente estadounidense con el aplomo y verborrea del director de una franquicia de McDonald's, Arafat empleó una oratoria tan escuálida que hacía a Rabin sonar como un Cicerón.

³⁰ A. Cockburn, *The Golden Age Is In Us*, cit., p. 330; *A Colossal Wreck*, cit., p. 73.

En este momento los palestinos obtienen el derecho a gestionar la mayor prisión del mundo, la Franja de Gaza, más una ciudad aterrorizada. Es como si en 1921 los irlandeses hubieran obtenido Tralee más unos pocos kilómetros cuadrados en torno a West Cork, mientras los británicos mantenían bajo su mando toda la mitad oriental, Belfast, Dublín, Waterford, además de todos los recursos, con su ejército autorizado para rondar todos los enclaves irlandeses, fragmentados por autopistas británicas y privados de agua. No habrá una soberanía palestina y su economía seguirá totalmente subordinada a la de Israel³¹.

Lejos de Estados Unidos, los travestidos de la Revolución Francesa en su bicentenario —«todos esos monárquicos económicos atrincherados tras sus vidrios a prueba de balas en los Campos Elíseos», que contemplaban el desfile kitsch de Mitterrand como bajo una luz estroboscópica— fueron seguidos por la cremación de la Revolución Rusa en «metros cúbicos de cháchara insustancial» de Gorbachov y la nostalgia desesperada de quienes trataban de derrocarlo³². *The Golden Age Is In Us* concluye con la muerte de Andy Kopkind y el recuerdo de la de Patricia cinco años antes; pero su efecto es el opuesto al de un canto fúnebre: desde la primera página hasta la última es entretenido, inspirador, levanta el ánimo. El párrafo inicial desde Key West da el tono:

Esta mañana hubo un funeral en el cementerio al otro lado de la calle: un negro tocaba al viejo estilo un tambor frente al ataúd. Bum, bum, bum. Me vi a mí mismo ensayando la música para mi propio funeral: el aria del principio de *Così fan tutte*, cantada por cincuenta chicas.

Los funerales de los izquierdistas pueden ser como un juicio: demasiados vínculos sentenciosos del ser humano fallecido con la marcha hacia el futuro de la historia, lamentablemente obstruida³³.

Devolviendo los golpes

Cuando apareció *The Golden Age* en 1995 Alexander se había unido a Ken Silverstein, que había sido uno de sus becarios en *The Nation*, como coeditor de *CounterPunch*, un boletín quincenal que el segundo había creado en Washington siguiendo poco más o menos el modelo de *I. F. Stone's Weekly*, centrándose en los escándalos y corrupciones de la capital del país. Un año después ambos colaboraron en un libro que pasaba la guadaña por la

³¹ A. Cockburn, *The Golden Age Is In Us*, cit., p. 346.

³² *Ibid.*, pp. 110-111, 77, 223-224.

³³ *Ibid.*, p. 5.

tundra política de gacetilleros, apañadores, expertos, cabilderos, aduladores, y cotillas que pululaban en la capital y sus alrededores. En sus retratos de los principales periodistas y comentaristas de la época, *Washington Babylon* era como una reedición de «Press Clips»³⁴; pero la inspiración para el proyecto venía de mucho más atrás, de la obra que Claud escribió para pagarse su viaje de regreso a Europa, *High Low Washington*, publicado con el *nom de guerre* «30-32». Claud, que había conocido de cerca las entretelas del sistema político estadounidense bajo el gobierno de Hoover, albergaba pocas ilusiones de que se viera sustancialmente alterado por la llegada de Roosevelt, quien probablemente llegaría al poder impulsado por «el resentimiento, el desconcierto y la creencia imbécil en soluciones fáciles para contradicciones gigantescas» de los votantes de un país cuyo futuro era el de «una gran potencia militar y naval irrevocablemente lanzada a una carrera de imperialismo financiero y comercial». Ajustándose al estilo de la época, el juicio de Claud sobre el papel de demócratas y republicanos en el firmamento político podría haber sido escrito igualmente por su hijo. El último párrafo de *Washington Babylon* decía: «Hay momentos en que la opinión pública estadounidense, con su mezcla de cinismo, indulgencia y devoción a sus dos partidos históricos, recuerda a aquel anciano de Jartún, de quien se dice que

Guardaba dos ovejas negras en su casa,
De las que decía: me recuerdan
a dos amigos que murieron;
Pero no puedo recordar exactamente quiénes eran³⁵.

A raíz de la publicación de *Washington Babylon*, y quizá debido a ella, la columna de Alexander en *The Nation*, que había constituido siempre una especie de territorio liberado dentro de su régimen normalizado, se contrajo. Con su nueva directora, Katrina van den Heuvel, un nuevo diseño de la revista a finales de 1995 había degradado su formato de una doble

³⁴ Rush Limbaugh, «el dirigible de la estupidez», Sidney Blumenthal, ese «notorio pelota de Clinton», Michael Kinsley, «que recibió las órdenes sagradas en la Catedral de San Microsoft en Seattle», Thomas Friedman, «madurando en el tonel de la autoalabanza en *The New York Times*»... Se dibujaba ahí, más claramente aún que en *Corruptions of Empire*, una frontera cronológica entre la primera mitad de la década de 1970 y lo que vino a continuación: «La historia de *Washington Babylon* es la de cómo un momento de optimismo en la vida política estadounidense, inmediatamente después del Watergate y de la denuncia de aquel escándalo, fue traicionado y destruido. Lo que es notable, efectivamente, es cómo la era Nixon, cuando se compara con el actual estado de cosas, parece una época de ilustración y promesas»: A. Cockburn y K. Silverstein *Washington Babylon*, Londres y Nueva York, 2000, pp. 11, 7, 25-26, vii-ix.

³⁵ C. Cockburn, *High Low Washington*, Nueva York, 1932, pp. 267-268.

página a una impar y su reverso, y en 1997 su extensión se redujo a una sola página. Con sus energías debilitadas, al año siguiente produjo junto a Jeffrey St Clair *White-out: CIA, Drugs and the Press*, una investigación sobre la práctica habitual de la CIA de aprovechar el tráfico de narcóticos en todo el mundo para financiar sus operaciones encubiertas, y cuando Silverstein dejó *CounterPunch* para escribir un libro propio, St Clair se unió a Alexander en la revista como codirector a principios de 1999. Era todavía una modesta revistilla de seis a ocho páginas, publicada fuera de Washington, que aparecía cada dos semanas y cerraba durante un mes durante el verano, cuya circulación no había aumentado apenas por encima del millar inicial de lectores y que existía únicamente en forma impresa.

El 11 de septiembre de 2001 cambió todo esto de la noche a la mañana. Aquel mismo día *CounterPunch* estaba desde muy temprano en línea con la reflexión de sus directores. La respuesta fue inmediata. Desde aquel mismo momento aparecía cada día una nueva edición y el número de sus lectores creció vertiginosamente. En febrero de 2002 se publicaba desde Petrolia, encargándose Becky Grant, valiente amiga y vecina de Alexander, de toda la infraestructura material y financiera. Durante unos pocos años el tráfico en la red de *CounterPunch* superó al de *The Washington Post* o *Los Angeles Times*. En 2007 Alexander y Jeff podían escribir: «Al final de cada mes podemos ver aquí en *CounterPunch* que cada día superamos los tres millones de accesos, con 300.000 lecturas de página y 100.000 visitantes distintos, y vemos que tenemos unos 15.000 lectores regulares en las bases militares estadounidenses de todo el mundo. Por el momento, la lucha de David contra Goliat de los panfletistas de izquierda contra los vastos conglomerados de los barones de la prensa parece igualada»³⁶.

La vida de Alexander en Petrolia, como la de Jeff en Portland, se vio transformada por las exigencias de aquel despegue. *CounterPunch* se convirtió para Alexander en lo que *The Week* había sido para Claud: una publicación artesanal muy austera en la que tanto él como Jeff disfrutaban de una libertad e independencia completas que ningún periodista que trabaje para un propietario conoce.

³⁶ A. Cockburn y J. St. Clair, *End Times*, cit., pp. 1-2. «David y Goliat» era el título que Claud había dado a su capítulo sobre el uso por Otto Schuette del «humilde ciclostil» en su victoriosa batalla contra el conglomerado radiofónico en *High Low Washington*, cit., pp. 161-162, 21. Alexander, aun celebrando las posibilidades de Internet como medio sucesor, precavía contra la idea de que pudiera suplir otras deficiencias: «Por ahora, al menos, tenemos la red. Estamos infinitamente mejor provistos que hace treinta años. El verdadero problema es que la izquierda no tiene demasiadas ideas. Deberíamos dejar de lamentarnos de las grandes corporaciones de la prensa corporativa y avanzar en la elaboración de un nuevo programa»: *End Times*, cit., p. 108.

El ordenador había sustituido al ciclostil, y el comentario se sobreponía ahora a las noticias (de las que los hermanos de Alexander, Andrew y Patrick, mantenían a la revista bien surtida desde Washington y Oriente Medio). Pero la pasión tras el proyecto, el ímpetu de su ataque, y muy notablemente el ámbito internacional de su público lector eran los mismos, a diferencia de los de cualquier otra publicación radical en Estados Unidos antes o después.

Aun así, diferían en un aspecto importante. Como periodista, Claud tendía –temperamentalmente, aunque no siempre circunstancialmente– a trabajar aislado, mientras que el caso de Alexander era, quizá sorprendentemente, el contrario. Pocos prosistas han sido tan inimitables, pero la extrema individualidad de su estilo no implicaba ningún individualismo en su práctica. Su medio natural era por el contrario la colaboración. De los diecisiete libros que publicó, trece fueron escritos junto a otros autores: Robin Blackburn, Jim Ridgeway, Andy Kopkind, Susanna Hecht, Ken Silverstein o Jeff St Clair, por no hablar de JoAnn Wypijewski, sin la que *The Golden Age* nunca podría haber cobrado forma, fueron algunos de esos compañeros de la izquierda con los que estuvo continuamente comprometido en tareas comunes³⁷.

Su relación con *The Nation* se había debilitado ya antes de que despegara *CounterPunch*, y después el lazo se fue haciendo cada vez más tenue. En 2008 su columna «Beat the Devil» –que se había reducido a la mitad en 1997³⁸– volvió a verse mermada, convirtiéndose en una colaboración mensual. El resultado fue una relación insana por ambas partes: un colaborador que escribía sobre todo –tal vez únicamente– para llegar a fin de mes, mientras que los editores se sentían molestos con la aparición de sus mejores textos en su propia revista y no en la suya. Para *The Nation* había sido un imán mientras duró la presidencia republicana, pero una vez que llegó el demócrata Clinton eran inevitables las caras largas. Navasky, que era quien había contratado a Alexander, apreciaba su alta cotización y era de disposición tolerante, pero su infatigable afabilidad con

³⁷ Sobre los recuerdos que dejó de esas colaboraciones, véanse Jeff St. Clair, «Farewell, Alex, My Friend», *CounterPunch*, 23-25 de julio de 2012; James Ridgeway, «Remembering Alex Cockburn: Sharing a column, plenty of arguments, and even more laughs with one of America's sharpest poison pens», *Mother Jones*, 23 de julio de 2012; y Ken Silverstein, «A Brilliant Life: Remembering Alexander Cockburn», *Harper's*, 25 de julio de 2012.

³⁸ Sobre su digna reacción a ese cambio, véase «Satan Lite», *The Nation*, 5 de mayo de 1997.

banqueros, senadores, industriales, estrellas cinematográficas y abogados empresariales, así como con el personal fijo y los becarios, se acomodaba mal con los «malintencionados desaires» de Alexander hacia tantos amables amigos o colaboradores liberales³⁹. Sus memorias dejan claro hasta qué punto prefería la compañía de Christopher Hitchens, al que dedica un espacio cuatro veces mayor, lamentando afectuosamente que hubiera abandonado *The Nation* por su apoyo a la guerra contra Iraq, pese a que a la revista le hubiera gustado mantenerlo en nómina⁴⁰. Por aquella época Alexander era en general más tolerado que bien acogido, las páginas de Cartas que en otro tiempo había alumbrado habían desaparecido, y sus seguidores preferían leerlo en otras publicaciones. Cuando murió se había convertido en el columnista de más larga trayectoria en la historia de la revista, lo que en cierto sentido atestigua la paciencia de sus editores; pero como relación significativa el lazo que los unía había muerto mucho antes.

Paisajes decadentes

A Colossal Wreck es, tal como Alexander pretendía, una prolongación de *The Golden Age Is In Us*; pero en razón de los cambios en su vida una vez que se trasladó a Petrolia, y de su prematuro fallecimiento, el libro difiere de su predecesor en diversos aspectos. No sabemos cuánto tiempo llevaba proyectando algo de ese tipo. Cuando en 2010 temió por su vida, se lo había mencionado tan solo a algunos familiares, pero nadie más podía adivinarlo. Cuando falleció, en julio de 2012, trabajaba en sus voluminosos archivos con ayuda de Daisy, reduciéndolos y arreglándolos para el libro en proyecto, del que había puesto en limpio unas dos terceras partes; el resto estaba por hacer. Tampoco sabemos cómo habría integrado y enmarcado el conjunto de la obra, pero el libro ha sido editado con gran inteligencia y habilidad, y con esa salvedad se puede considerar cercano a lo que él habría querido. Cubre un periodo temporal mucho más largo que *The Golden Age* –dieciocho años en vez de ocho– y sus capítulos más apretados y menos meditativos reflejan un ritmo de vida convulso. En Petrolia, la prodigiosa capacidad creativa de Alexander estaba dirigida no sólo a construir, gestionar (y expandir continuamente) una especie de microambiente total junto al Mattole, sino sobre todo a dirigir una empresa político-periodística mucho más intensa

³⁹ «Alexander Cockburn: He Beat the Devil», *The Nation*, 13-20 de agosto de 2012.

⁴⁰ Véase, Victor S. Navasky, *A Matter of Opinion*, Nueva York, 2005, pp. 246 y 189-191, etc. Sobre sí mismo, Navasky escribe llanamente: «Yo era, supongo, lo que se llamaría un liberal de izquierdas, aunque nunca me pensé a mí mismo tan a la izquierda»: p. 111.

que nunca en sus exigencias, al ser diarias y no semanales o quincenales. En su forma publicada, el lugar de *CounterPunch* en la composición de *A Colossal Wreck* –la fuente, de un modo u otro, de su mayor parte, probablemente– no se evidencia; está ausente incluso del índice. Esto habría sido ciertamente remediado si Alexander hubiera vivido lo suficiente para dar forma al libro, pero se puede percibir en él el *tempo* del periódico.

Políticamente no había vuelta atrás. En su *User's Manual* sobre Gore en 2000, Cockburn y St Clair lo demolieron, señalando su inclinación evangélica por aventuras en el extranjero, mayor aún que la de Clinton, y su pesada carga de odio de Arkansas que arrastró hasta su derrota. En 2004 desenmascaraban en «¿Anybody but Bush?» la sandia pretensión de que Kerry, que alardeaba de sus medallas en Vietnam y cuyo portavoz explicaba que no habría cambiado su voto sobre el ataque a Iraq aunque hubiera sabido que no poseía armas de destrucción masiva, fuera una seria alternativa al presidente saliente: «La cuestión política central en Estados Unidos es la decadencia del sistema político y de los dos partidos principales que se reparten sus despojos. Mire uno adonde mire, ya sean los distritos divididos para favorecer a unos o a otros, los métodos de escrutinio y recuento o la recaudación de fondos, ve alzarse los vapores espesos de la corrupción que emana de una vasta ciénaga»⁴¹. Y en lugar de centrarse incansablemente en ella, la izquierda se ponía a sí misma en ridículo indignándose por la «traición» de Karl Rove al filtrar la identidad de una agente encubierta de la CIA, como si eso no hubiera sido de hecho beneficioso. La realidad era que «Rove y Cheney son la réplica de Bouvard y Pécuchet que ofrece la Casa Blanca, consejeros que han llevado a George W. Bush al nivel más bajo de la presidencia estadounidense. Pero la izquierda sigue obsesionada con sus poderes maléficos. ¿Hay mejor testimonio de la vacuidad e impotencia de la infinitamente alabada “blogosfera”?»⁴².

Ya en 2006, antes de que Obama fuera siquiera candidato a la presidencia, Alexander sabía qué cabía esperar del «escurridizo senador por Illinois» y su «puré regurgitado de Sueño Americano», observando: «Antes creía que el senador Joe Lieberman era el hombre cuya voz menos me gustaría escuchar a todo volumen si me encadenaran frente

⁴¹ A. Cockburn, «The Year Of Surrendering Quietly», *NLR* 29, septiembre-octubre, 2004, p. 23 [en cast: «La rendición silenciosa», *NLR* 29, noviembre-diciembre de 2004, p. 20].

⁴² A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 344.

a un altavoz en Guantánamo, pero creo que Obama es peor»⁴³. Una semana antes de la elección presidencial de 2008, escribió: «Quienes aseguran que si fuera blanco llegaría sin esfuerzos a la Casa Blanca no entienden que sin su característica física más evidente, Obama sería juzgado como un senador de segunda fila con credenciales muy poco impresionantes». Su único logro fue reunir un gran fondo para la campaña «que si hubiera sido recaudado por un republicano, suscitaría una atronadora queja liberal»⁴⁴. Que alguien pudiera sentirse desilusionado por sus decisiones durante su presidencia era risible.

Tales juicios sobre el sistema político del país no afectaban a la totalidad de todo éste, sino que en realidad sucedía lo contrario: a medida que el panorama del poder y su fauna le resultaba cada vez más repelente, la adhesión de Alexander al paisaje físico y humano de Estados Unidos se hacía quizá aún más fuerte. En *A Colossal Wreck* se palpa de principio a fin su amor por el interior y su respeto a la gente corriente que vive allí. «Podía interesarse por cualquiera o cualquier cosa, y por eso se llevaba tan bien con los niños», observa Andrew en su introducción, destacando acertadamente la descripción de un viaje a Midland, la pequeña ciudad petrolera de Texas donde creció Bush Jr., como característica de la extraordinaria sensibilidad de su hermano hacia personas y lugares⁴⁵. Al adquirir finalmente la nacionalidad estadounidense a finales de 2009, Alexander podía observar: «He vivido en distintas regiones de Estados Unidos y los he cruzado quizá cuarenta veces, lo que no es difícil cuando uno vive en la Costa Oeste y compra viejos automóviles a un amigo en el sureste. Conozco el país tanto como cualquiera, si no mejor»⁴⁶. Se sentía totalmente a gusto con quienquiera que encontraba, y su descripción de Claud es igualmente cierta de sí mismo: «Era instruido pero no avasallador, cultivado pero nunca displicente. Respetaba y disfrutaba de la gente de todos los niveles sociales y edades»⁴⁷.

¿Qué significaba para su perspectiva política ese amor por *l'Amérique profonde*, como lo ha llamado Robin Blackburn? Escribiendo desde el motel Adobe en Aptos en noviembre de 1989, en el último artículo que publicó en el *TLS*, Alexander comentaba una huelga durante todo un año de los trabajadores de empaquetamiento agrícola de Watsonville: «Estados Unidos

⁴³ *Ibid.*, pp. 357-358.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 411.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. ix-x.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 444.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 269.

es mucho más radical de lo que muchos imaginan»⁴⁸. Allí donde cuajaba la resistencia frente al orden del capital, él respondía con entusiasmo. Una década después celebraba una acción muy destacada:

Cinco días en Seattle nos han traído una victoria tras otra, superando las mayores esperanzas de los combatientes callejeros. Los manifestantes –inicialmente menospreciados y denunciados por los respetables «estrategas internos», despreciados por la prensa, gaseados y ensangrentados por la policía y la Guardia Nacional– bloquearon la ceremonia de inauguración, impidieron a Clinton dirigirse a los delegados de la omc en la gala nocturna del miércoles, impusieron a los grandes medios el giro desde las arrogantes denuncias de «anarquía insensata» a duras críticas de la brutalidad policial, y obligaron a la omc a cancelar su ceremonia de clausura y a disolverse en medio del desorden y la confusión, sin una agenda para la próxima reunión.

En los anales de la protesta popular en Estados Unidos, aquellas fueron horas brillantes, totalmente al margen de la arena convencional de la protesta ordenada y el activismo de los libros blancos y los tímidos balidos de los líderes profesionales de los grandes sindicatos y las organizaciones ecologistas. Aquélla era verdaderamente una insurgencia desde abajo en la que quienes trataron de moderar y desviar el flujo turbulento de la cólera popular no hicieron más que ponerse en ridículo⁴⁹.

¿Pero y después de Seattle? Aquel mismo año, Alexander había observado: «Como fuerza capaz de revigorizar nuestro ADN político, la izquierda se halla en un estado terrible»⁵⁰. Al iniciarse el nuevo milenio, todavía empeoró: tras su desastroso fracaso en el intento de enmendar al gobierno demócrata durante la década de 1990, se produjo un continuo declive en la confianza política y la ambición de la izquierda; careció de cualquier estrategia o una teoría coherente bajo el gobierno de Bush; se desvaneció incluso en la movilización contra la guerra en Iraq. Aunque los demó-

⁴⁸ A. Cockburn, «Convulsions in California», *Times Literary Supplement*, 3 de noviembre de 1989.

⁴⁹ A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., pp. 159-160. Este pasaje proviene del vívido reportaje y análisis sobre el ascenso y su declive, elaborado junto con Jeff St. Clair, *5 Days That Shook the World: Seattle and Beyond*, Londres y Nueva York, 2000, p. 113.

⁵⁰ A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 148. Entre sus deformaciones, como ya había señalado en la década de 1990, había una obsesión por las teorías de la conspiración, desde el asesinato de Kennedy hasta los atentados del 11 de Septiembre. Sobre el primero, incurrió en la ira de Oliver Stone por su famosa frase: «Que JFK muriera por los disparos de un asesino solitario o fuera víctima de una conspiración tiene tan poco que ver con los perfiles subsiguientes de la política estadounidense como si hubiera resbalado con una de las muñecas de Carolina y se hubiera roto el cuello en la guardería de la Casa Blanca»: *The Golden Age Is In Us*, cit., p. 253.

cratas habían reconquistado el Congreso en 2006, tras un montón de derrotas, «lo más irónico es que esa dura desilusión de los votantes no debe casi nada al movimiento antiguerra. Decir que éste está muerto sería una exageración, pero no excesiva»⁵¹. Bastaba comparar su alimentación gota a gota con la oposición a las guerras en Vietnam y en Centroamérica. Las fundaciones sin ánimo de lucro habían reducido la mayor parte del «sector progresista» a la dependencia de la filantropía empresarial, mientras que la mayoría de los grupos sectarios que en otro tiempo habían proporcionado «un campo de entrenamiento para los jóvenes, que podían aprender en ellas los rudimentos de la economía política y la disciplina organizativa, encontrar compañeros adecuados y desempeñar un papel en la reproducción de la izquierda», se habían hundido⁵². Con las muertes de Said y Sonnenberg, pérdidas que él sintió tan dolorosamente como la de Kopkind, también habían menguado las filas de sus amigos⁵³.

Pero las jeremiadas le eran ajenas. Durante toda su vida Alexander fue siempre instintivamente positivo. Como polemista era salvaje, pero nunca amargo. A menudo repetía una máxima de Claud: «No se llega muy lejos haciendo a la gente sentirse mal»⁵⁴. Una izquierda que era continua portadora de malos presagios sólo podía autoanularse. Como él mismo decía: «No puedes pasarte la vida tapándote la nariz»⁵⁵. Regañaba a quienes consideraba culpables de propagar un pesimismo innecesario; más de una vez a mí mismo (aunque yo negara naturalmente la acusación)⁵⁶. Durante sus últimos años aquella cordialidad y confianza en el futuro que le eran propias, expresión tanto de su temperamento como de su convicción, no desaparecieron con el debilitamiento de la izquierda, pero bajo su presión se produjo un desplazamiento. ¿Quién estaba ahora alimentando «esas energías vitales idealistas que siempre se mueven por el firmamento estadounidense, esperando la liberación?»⁵⁷. El radicalismo se había desplazado cada vez más hacia la derecha. Durante dos décadas, aunque seguía siendo tan impotente como la izquierda, era allí donde se había

⁵¹ A. Cockburn, «Whatever Happened to the Anti-War Movement?», *NLR* 46, jul-ago de 2007, p. 29 [en cast: «¿Dónde está el movimiento antibelicista estadounidense?», septiembre-octubre de 2007, p. 27].

⁵² A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 456.

⁵³ Escribió obituarios para los tres: Andy Kopkind en *The Golden Age Is In Us*, cit., pp. 420-424; y Edward Said y Ben Sonnenberg en *A Colossal Wreck*, cit., pp. 242-244 y pp. 470-474.

⁵⁴ A. Cockburn, *Corruptions of Empire*, cit., p. 402.

⁵⁵ A. Cockburn, *The Golden Age Is In Us*, cit., p. 300.

⁵⁶ *Inter alia*, A. Cockburn y J. St. Clair, *5 Days That Shook the World*, cit., p. 4.

⁵⁷ A. Cockburn, «The Year Of Surrendering Quietly», cit., p. 25.

concentrado el 80 por 100 de la energía política del país. El Tea Party, pese a las despectivas invectivas de la izquierda, era un auténtico movimiento popular –aunque sólo expresara «la furia y frustración de una gran franja de los estadounidenses blancos a cargo de pequeños negocios»– que ella no había conseguido generar. En otros lugares las «masas abandonadas», tachadas de ineducables, estaban retrocediendo a la Declaración de Derechos y la Segunda Enmienda⁵⁸. Tenían su simpatía.

Al hilo de esto iban otras dos discrepancias con quienes más lo admiraban. Defendía la libre posesión de armas de fuego como patrimonio de la Revolución Americana, entendiendo sus exhibiciones como muestras vibrantes de corrientes antigubernamentales en la cultura popular. El precio a pagar por el control de armas, al conceder mayor poder al Estado, sería mayor que cualquier beneficio en seguridad. Y también desdeñaba el calentamiento global,teniéndolo por intimidación. Esas dos posiciones, a menudo cargadas de un populismo mostrenco, no tenían empero la misma trascendencia. La primera era acorde con un sentimiento popular realmente arraigado, sobre una cuestión relativamente marginal en el amplio esquema del capitalismo estadounidense, sobre la que ningún político del país iba más allá de los deseos piadosos. La segunda, en cambio, referida a una cuestión fundamental sobre la que el sentimiento popular era en general de una indiferencia perpleja, tenía el respaldo empresarial de las industrias extractivas y químicas. ¿Qué era lo que impulsaba los quijotescos ataques de Alexander contra el «calentamientismo», como él lo llamaba? Una suspicacia de artesano hacia la gran ciencia; demasiada confianza en amigos que se sentían autorizados a hablar sobre el tema; su apego a los viejos tubos de escape anteriores a los convertidores catalíticos; quizá el capricho de *épater* a los contertulios y el rechazo de la corrección política en cualquiera de sus formas⁵⁹. Consciente de su aislamiento sobre esos temas, era muy sensible a ellos, desvinculándose de la *NLR* en 2010 tras un ensayo de Mike Davis sobre el antropoceno, aunque volvió poco después⁶⁰. En cada una

⁵⁸ A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., pp. 476, 23.

⁵⁹ En la década de 1990, observaba, «nos vimos de repente atravesando las yermas tierras de la corrección política [donde] la preferencia sexual (no heterosexual) se convirtió en LGBTQ, aunque se le podría haber añadido alguna otra letra mientras yo me daba la vuelta»: A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 533.

⁶⁰ Sobre la posición que le disgustó, véase Mike Davis, «Who Will Build the Ark?», *NLR* 61, enero-febrero de 2010, pp. 29-46 [ed. cast.: «¿Quién construirá el Arca?», *NLR* 61, marzo-abril de 2010, pp. 29-45]. Alexander había disfrutado no obstante la *City of Quartz* de Mike, de la que escribió la que fue seguramente la mejor reseña; véase «The Power of Sunshine», *London Review of Books*, 10 de enero de 1991.

de esas extravagancias de sus últimos años discrepaba personalmente de sí mismo. El defensor de la cultura de la caza era un amante de los animales, que por lo que yo sé no disparó un arma en su vida; el negador del cambio climático participaba apasionadamente en las campañas contra la deforestación y por la preservación de especies amenazadas⁶¹.

Cualidades de la libertad

¿Cómo se puede caracterizar entonces la visión política de Alexander? En ella había una tensión aparentemente paradójica, pero en realidad dialéctica: era a la vez libertario y leninista. En esa combinación, el equilibrio entre ambos polos podía desplazarse –¿leninista libertario al principio para acabar siendo un libertario leninista al final?–, pero su delicada interrelación lo marcó de principio a fin. El último brote de activismo de izquierdas durante su vida fue el movimiento Occupy Wall Street de 2011. ¿Cuál fue su reacción? «La fuerza del movimiento ows reside en la simplicidad y la veracidad de su mensaje básico: hay muy pocos ricos y muchos pobres. En términos de sus pretensiones, el sistema capitalista ha fracasado», comentaba. «Pero pese a toda su simplicidad y veracidad, ¿hasta qué punto se ha desarrollado hasta ahora el mensaje de ows? En términos de sus poderes de represión, el sistema no ha fracasado. Hasta la fecha, el movimiento ows no se ha enfrentado siquiera a la elite con una amenaza del nivel de las protestas de 1999 en Seattle»⁶². Los owseros, como él los llamaba –léase: *browsers* políticos– eran ciertamente mejores que los *pwogs* [demócratas progresistas] –otro de sus términos burlones– de la fracción liberal de la clase dirigente, pero carecían de memoria histórica y de una estrategia coherente. Con su mejor tono socarrón –no demoledor– concluía:

Debe de ser el maldito leninista que se esconde dentro de mí, aun a pesar de tantos años de terapia. Atiborrado de himnos quizá demasiado pomposos para la finura democrática de los *owwers*, trepo hasta el estante más alto, cubierto de polvo, cargo furtivamente con las «Tesis de abril» de 1917 de Vladimir Ilich y me lanzo: poner fin a la guerra, confiscar las grandes propiedades, fusionar inmediatamente todos los bancos en un único banco nacional [...] La sangre vuelve a mis mejillas, y mis ojos brillan. Entonces,

⁶¹ En relación con su ecologismo radicalmente anticapitalista, véase uno de sus artículos más elocuentes: A. Cockburn, «“Win-Win” with Bruce Babbitt: The Clinton Administration Meets the Environment», *NLR* 1/201, septiembre-octubre de 1993, pp. 46-59.

⁶² A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 513.

oyendo los pasos de mi hija fuera de la biblioteca, devuelvo a Lenin a su lugar, pliego la escalera y tomo un ejemplar de E. F. Schumacher, aunque no estoy del todo seguro de que aparezca en las listas de lectura o en el menú de Twitter de los *owsers*⁶³.

El parque Zuccotti era un lejano eco de la plaza Syntagma, pero todavía era demasiado pronto para juzgar aquella movilización. Para que la oposición al sistema tuviera un futuro, tendría que dejar de portarse como un *bon enfant*. Después de hablar en una de las pocas y pequeñas asambleas contra la guerra en Afganistán, señalaba: «No hay ninguna señal de populismo que se pueda considerar vigoroso. La irritación que se expresa es formularia»⁶⁴. Alexander amaba los Estados Unidos, pero como deja claro el título de *A Colossal Wreck*, no mantenía ni un ápice de complacencia. Al adoptar la ciudadanía estadounidense, treinta y siete años después de llegar a Nueva York, escribió: «Tengo muchos pensamientos positivos sobre Estados Unidos y me siento muy feliz de subir a un barco a punto de hundirse»⁶⁵.

Como individuo, uno se siente tentado a decir que Alexander llegó tan cerca de la imagen de Marx de una existencia emancipada tras el fallecimiento del capitalismo, y con él del dinero y el matrimonio, como quizá nadie entre sus contemporáneos. Conducía, telefoneaba, leía, cocinaba, cortejaba, cuidaba su jardín, decoraba, fotografiaba y escribía con la misma combinación de gracia e impulso, con una *sprezzatura* revolucionaria peculiar. El trabajo mental y el manual, las habilidades manuales y las artes mentales, estaban en él indisolublemente unidas. Él era la encarnación viva de ese materialismo tridimensional. Temperamentos excepcionales como el suyo están más allá de la imitación; y aunque no pueden ofrecer modelos existenciales, pueden sugerir ideales reguladores: «por la calidad de la vida, el arte y la libertad que los radicales preconizan, tendrán sin duda que prevalecer»⁶⁶.

⁶³ *Ibid.*, p. 512. Sobre lo seriamente que se tomaba Alexander las cuestiones de organización y estrategia, y no con un espíritu formulario, véase la serie de reflexiones sobre el poder a corto plazo de las manifestaciones y la rareza de pillar al Estado por sorpresa, las exigencias de construir un movimiento persistente y la necesidad de tácticas de «publicidad, acoso, obstruccionismo», en A. Cockburn y J. St. Clair, *5 Days That Shook the World*, cit., pp. 9-10, 117.

⁶⁴ A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 450.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 444.

⁶⁶ Sobre ese credo de Alexander, véase todo el pasaje «By Way of an Introduction», en A. Cockburn y J. St. Clair, *Serpents in the Garden: Liaisons with Culture & Sex*, Petrolia y Oakland, 2004, p. ix.

Políticamente, por otro lado, el ejemplo que nos dio mantiene toda su fuerza. Las generaciones más jóvenes de la izquierda estadounidense están mejor configuradas, con toda seguridad intelectualmente, de lo que él pudo constatar. No les falta energía ni imaginación. Basta considerar las tres publicaciones más impresionantes que han surgido en la era de Bush-Obama: *n+1*, *Jacobin* y *Endnotes*, que expresan, cada una en su propio registro –cultural, social y económico–, un claro rechazo del orden establecido. Cada generación tiene que encontrar su propio camino hacia esa ruptura, ya sea la *Kulturkritik*, los informes sobre protestas o la teoría del valor. Sorprende, a pesar de todo, la paradoja de una sensibilidad común: lo que se puede calificar como un anticapitalismo apolítico, profundamente hostil al sistema del capital, pero en gran medida mudo ante la encarnación de su poder y las operaciones tácticas de su imperio⁶⁷. *CounterPunch* difería de ellas a ese respecto. Al dirigirlo con un rechazo categórico de cualquier disimulo o contemporización, Alexander ponía siempre la política en el puesto de mando. *A Colossal Wreck* se mantiene como inspiración para hacer otro tanto.

⁶⁷ *Jacobin*, que dedicó su número de verano de 2012 a Alexander, se las arregló para publicar en el mismo número un llamamiento desvergonzado a sus lectores a votar por Obama, que no contenía apenas una mención al mundo externo a Estados Unidos, y menos aún –ni una sola palabra– al papel de su gobierno en él. Lo mismo sucede, con grados diversos de reserva o entusiasmo, aunque más en los blogs que en artículos impresos en la revista, con *n+1*, cuyos editores reverencian tímidamente al Señor de los Drones. El ensimismamiento estadounidense da cuenta, por supuesto, de parte de esto, como si sólo importara realmente lo que le sucede a los ciudadanos estadounidense. *Endnotes*, que está considerablemente más a la izquierda y tiene orígenes británicos, no sufre la misma ceguera, pero la crítica del orden político estadounidense o su sistema imperial no figura entre sus preocupaciones. Sería equivocado sin embargo atribuir demasiado peso a esa pauta, que no cabe comparar con el parasitismo congénito de los órganos liberales tradicionales del Partido Demócrata. Los méritos y el interés de estas tres publicaciones son mucho más significativos que sus defectos.

IMPARTIENDO JUSTICIA GLOBAL

LA CORTE PENAL Internacional (CPI) es el nuevo aspirante a institución mundial establecida por las grandes potencias desde 1945*. Su estatuto, aprobado en una conferencia celebrada en Roma en 1998, fue ratificado por el mínimo necesario de sesenta Estados en 2002; la Corte abrió sus puertas en La Haya en el verano siguiente. La CPI plantea cuestiones tanto de carácter político – su relación con las grandes potencias, sobre todo con Estados Unidos, y su función en los conflictos mundiales– como jurídico. La historia del derecho penal internacional tiende a ser contada como una historia teleológica de progreso irreversible, en el que la violencia procedente de los fríos cálculos de los Estados da paso a una justicia suprapolítica. Entre los hitos en este camino están los intentos anteriores a 1914 para mitificar la guerra entre las potencias europeas, cuando unos abogados suizos lanzaron la idea de un tribunal internacional para respaldar los primeros Convenios de Ginebra y de La Haya, o la lectura de cargos del Tratado de Versalles contra el káiser por delitos contra «la moral internacional y la inviolabilidad de los tratados», que no dio mucho de sí. Más prominentes fueron los juicios de Núremberg y Tokio (1945-1946) contra determinados funcionarios y altos cargos alemanes y japoneses previamente seleccionados, el Tribunal Penal Internacional *ad hoc* para la antigua Yugoslavia, establecido con carácter especial en 1993 por el Consejo de Seguridad de la ONU para juzgar a los dirigentes serbios –y a un número mucho menor de croatas y bosnios – por «crímenes contra la humanidad», así como el menos célebre Tribunal Penal Internacional para Ruanda, creado por el Consejo de Seguridad en 1995. Al final de

* Mi agradecimiento a Teresa Almeida Cravo y a Rob Knox por sus comentarios críticos de una versión anterior, y a Paul Clark por las discusiones de los casos libios.

esta narrativa se encontraría la Corte Penal Internacional, «el hito más elevado hasta la fecha en la larga batalla del ser humano en pos de la rendición de cuentas»¹.

La historia real es un asunto menos romántico, marcado en todo momento por la política de poder. Este ensayo examinará el contexto en el que se creó la CPI, las motivaciones de los Estados que la establecieron y el registro de sus actuaciones hasta la fecha, con el objetivo de proporcionar una especie de mapa catastral aproximado del terreno jurídico y político, como base para una evaluación inicial de la primera década de la Corte.

Precedentes

Tradicionalmente, el derecho internacional ha sido concebido como un marco horizontal basado en Estados iguales y soberanos que se ajustaban de mutuo acuerdo a las normas y los tratados. Los Estados podían violar las obligaciones jurídicas internacionales sin que las personas físicas involucradas incurrieran en responsabilidad penal alguna. Los tribunales de Núremberg y Tokio de la posguerra marcaron una ruptura importante con esta concepción: por primera vez en la historia moderna, los individuos de las potencias derrotadas debían considerarse responsables de esas infracciones ante un tribunal constituido por sus vencedores. Estados Unidos zanjó las dudas y consideraciones de los demás aliados, imponiendo el marco jurídico para la constitución de un Tribunal Militar Internacional (TMI) encargado de enjuiciar a figuras seleccionadas de las potencias del Eje. La puesta en marcha del TMI se anunció el 8 de agosto de 1945, en el interludio entre el bombardeo atómico de Hiroshima y el de Nagasaki; emitió sus primeras acusaciones desde el Palacio de Justicia de Núremberg dos meses después. En Tokio, el propio general MacArthur proclamó el establecimiento del Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente en enero de 1946 y procedió a nombrar a sus jueces.

Cualesquiera que fueran los fines perseguidos por los tribunales de Núremberg y Tokio, es un hecho ampliamente reconocido que la justicia como tal no estaba entre ellos. El presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos Harlan Fiske Stone desestimó el juicio de Núremberg como un «linchamiento de alto *standing*» que operaba bajo una «falsa fachada de legalidad», «un fraude demasiado moralizante» para su gusto².

¹ Erna Paris, *The Sun Climbs Slow: The International Criminal Court and the Struggle for Justice*, Nueva York, 2009, p. 19.

² Véase Alpheus Thomas Mason, *Harlan Fiske Stone*, Nueva York, 1956, pp. 715-716.

Muchos, alemanes incluidos, que estaban felices de asistir a la ejecución de oficiales nazis por lo que habían hecho se resistieron, sin embargo, a aceptar un tribunal de esta índole. Los principios de la legislación vigente, de imparcialidad y de jurisdicción legalmente establecida fueron pisoteados, junto con cuestiones básicas como son el hábeas corpus, el derecho de apelación y la admisibilidad de las pruebas. Al igual que en los juicios farsa de Stalin, el procedimiento estuvo marcado en todo momento por un aire de inevitabilidad: «Acabarán todos colgados», según el famoso brindis del fiscal soviético Andrei Vishinski³. Contraviniendo el principio de *nullum crimen, nulla poena sine lege* (no hay delito ni castigo en ausencia de ley previa), las acusaciones incluían crímenes de nuevo cuño, tales como «guerra de agresión» o «crímenes contra la humanidad», lo que equivalía a una criminalización *ex post facto*. La jurisdicción de los tribunales fue establecida por decreto de las potencias ocupantes, que designaron tanto a los fiscales como a los jueces, al tiempo que se otorgaban a sí mismas la impunidad. Tal y como el juez indio Radhabinod Pal manifestó en su voto disidente en Tokio, al parecer «solo una guerra perdida es un crimen». La impunidad de los vencedores conmocionó a Hans Kelsen, tal vez el principal defensor de una corte penal internacional en aquel momento, que declaró que Núremberg podría servir solo a modo de ejemplo negativo para la causa de la justicia internacional⁴.

En cuanto al principio de la responsabilidad individual, la novedad introducida por los tribunales de Núremberg y de Tokio, esta venía siempre supeditada a los intereses políticos y económicos de los Aliados. No solo el emperador Hirohito, sino toda la familia imperial fueron protegidos por MacArthur. En virtud del concepto de «arrepentimiento» —en la práctica: manifestación de la voluntad de servir a los nuevos amos— la mayoría de los exnazis eludieron rendir cuentas. Tampoco puede decirse que Núremberg y Tokio tuvieran un efecto disuasorio, ya que la aplastante superioridad militar de los Aliados ya había logrado ese efecto. También se ha argumentado que el valor de los tribunales no fue tanto jurídico como didáctico y expresivo (en otras palabras, fueron juicios farsa internacionales). Pero ¿expresivo de qué? El escritor y jurista alemán Ronen Steinke ha sugerido que lo que los tribunales

³Telford Taylor, *The Anatomy of the Nuremberg Trials*, Nueva York, 1992, p. 21.

⁴Véase Hans Kelsen, «Will the Judgment in the Nuremberg Trial Constitute a Precedent in International Law?», *International Law Quarterly*, vol. 1, núm. 2, verano de 1947, pp. 153–171. Para una crítica actualizada, véase Danilo Zolo, *Victors' Justice: From Nuremberg to Baghdad*, Londres y Nueva York, 2009.

penales internacionales pueden suministrar por encima de todo es una «confirmación autorizada de una cierta narrativa de la “verdad histórica”»⁵. En esto, Núremberg tuvo mucho éxito. Estados Unidos había estado dispuesto a negociar con la Alemania de Hitler hasta diciembre de 1941, y con la Francia de Vichy hasta el final. A finales de la década de 1930, Gran Bretaña y Francia habían considerado apoyar al régimen nazi contra la URSS. Esas mismas características que comprometieron Núremberg y Tokio en términos jurídicos –proclamación *ex post facto* de «crímenes contra la humanidad» y «guerra de agresión», impunidad de los vencedores, etcétera – resultaron muy eficaces a la hora de establecer una nueva «verdad» narrativa de los Aliados en tanto que defensores de la paz y la humanidad.

La impunidad de los vencedores y su identidad como garantes de la paz internacional se recogen en la Carta de las Naciones Unidas redactada en Estados Unidos. Ello significa que la potestad de determinar la legalidad de las guerras queda exclusivamente en manos de los cinco miembros permanentes con derecho a veto del Consejo de Seguridad de la ONU. La Carta de la ONU fue aprobada en San Francisco en junio de 1945, pocas semanas antes de la creación del Tribunal de Núremberg; muchos pensaron que un tribunal penal internacional que siguiera ese mismo guion sería una extensión natural de la construcción institucional global por parte de Washington. En los primeros borradores de la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, que la Asamblea General de la ONU adoptó en 1948, se incluyó un modelo de estatuto de un tribunal internacional para juzgar el genocidio. La propuesta se cayó del acuerdo final y en su lugar la Asamblea General encomendó a la Comisión de Derecho Internacional de la ONU (CDI) la preparación de un proyecto de estatuto de una corte penal internacional permanente, así como un código de crímenes. La Comisión presentó su plan para la nueva institución jurídica seis años después. Sin embargo, durante la Guerra Fría, mientras Estados Unidos perpetraba sus propios actos de agresión en Corea, República Dominicana, Vietnam, Laos, Camboya, El Salvador, Granada, Honduras, Nicaragua y otros países, resultaba evidente que una institución de ese tipo iba a tener poca utilidad para Washington.

⁵ Ronen Steinke, *The Politics of International Criminal Justice: German Perspectives from Nuremberg to The Hague*, Oxford, 2012, p. 9.

Antecedentes

Solo con la victoria estadounidense en la Guerra Fría la justicia penal internacional resurgiría como una herramienta poderosa en la política del «nuevo orden mundial». Una propuesta inicial, lanzada por el ministro de Asuntos Exteriores alemán Hans-Dietrich Genscher en abril de 1991 a raíz de la primera guerra del Golfo, fue acusar a Sadam Husein ante un tribunal «tipo Núremberg». La Administración de Bush se mostró fría ante la idea: el Carnicero de Bagdad sin duda aprovecharía la ocasión para explicar lo cercanos que habían sido sus vínculos con Washington. Pero la iniciativa alemana era significativa. En las décadas posteriores a Núremberg, los juristas alemanes se habían quejado amargamente de la justicia de los vencedores impuesta allí, deplorando la infracción de *nullum crimen* y otros principios del derecho positivo. Con el fin de la Guerra Fría, sin embargo, la República Federal de Alemania se mostró dispuesta a aplicar un poco de *justicia del vencedor* de su propia cosecha a los funcionarios de la RDA. Así, se establecieron departamentos fiscales especiales bajo la autoridad de los ministros de Justicia de los *Länder*; las primeras acusaciones fueron formuladas en septiembre de 1991 y entre los acusados había guardias fronterizos de Alemania Oriental, funcionarios del Consejo Nacional de Defensa y miembros del politburó del SED. En total casi 100.000 exfuncionarios de la RDA fueron investigados por crímenes de Estado en el transcurso de la década de 1990 y alrededor de quinientos fueron sentenciados⁶.

Una vez más, se imponía con toda su fuerza la necesidad de establecer una «verdad» histórica. «Tenemos que conseguir deslegitimar el régimen de la RDA», explicaba Klaus Kinkel, ministro de Justicia de Kohl y protegido de Genscher que pronto sucedería a este como ministro de Asuntos Exteriores. El principio de *nullum crimen* no se aplicaría, y así lo confirmaba⁷ el *Bundesverfassungsgericht* [Tribunal Constitucional]. Aunque los acusados no habían violado ninguna ley de la RDA, deberían haber actuado de acuerdo con las leyes de humanidad, según se deduce de las formulaciones de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Si bien es cierto que algunos denunciaron el espectáculo, la criminalización *de iure* del régimen de la RDA ayudó a legitimar una reconstrucción social de los *Länder* orientales que, orquestada desde Bonn, implicó despidos masivos en todos los ámbitos de la vida.

⁶ R. Steinke, *Politics of International Criminal Justice*, *Ibid.*, p. 63.

⁷ *Ibid.*, pp. 68-72.

La desintegración de Yugoslavia demostró ser un terreno más fértil que el de Iraq para la aplicación de la justicia penal internacional. El «reconocimiento preventivo» por parte de Kohl y Genscher de la secesión de Eslovenia y Croacia respecto de la Federación Yugoslava en 1991 fue aclamado como un triunfo de la nueva y resolutiva política exterior alemana. En Maastricht, en diciembre de 1991, durante una sesión de negociación que duró toda una noche, Kohl presionó con éxito para que toda la Comunidad Europea hiciera suya la postura alemana. Se suponía que el «reconocimiento preventivo» propiciaría un alto el fuego entre las repúblicas separatistas y las fuerzas federales, pero dicho reconocimiento fue proclamado sin garantizar ningún tipo de seguridad para la importante minoría serbia en Croacia y sin tener en cuenta sus efectos colaterales en el conjunto del territorio yugoslavo. Washington, con la mente puesta en Oriente Medio y en la disolución de la Unión Soviética, se había opuesto a la intervención en Yugoslavia. Pero la «salida a escena» de Alemania (como dijo Lawrence Eagleburger, del Departamento de Estado de Estados Unidos) estimuló a la Casa Blanca a adoptar un papel de liderazgo, presionando ahora a Bosnia-Herzegovina hacia la secesión, algo que Alemania se había resistido a hacer. La guerra de Bosnia estalló en abril de 1992, precisamente el día en que Occidente reconoció la independencia de esa república. Los serbios de Bosnia se hicieron con la artillería del ejército yugoslavo en retirada y se dispusieron a asegurar sus propias zonas de control; mientras, las fuerzas de Tudjman proyectaban expandir Croacia⁸. En agosto de 1992, la prensa occidental publicaba imágenes, inevitablemente selectivas, de atrocidades serbias en Bosnia y de «campos de concentración». Kinkel, que ahora había sucedido a Genscher como ministro de Asuntos Exteriores alemán, hizo suyo un llamamiento que había lanzado Human Rights Watch para la creación de un tribunal internacional⁹. El Gobierno entrante de Clinton adoptaría una línea más dura contra los serbios: vetando la propuesta Vance-Owen de reparto de poder, imponiendo un zona de exclusión aérea y lanzando ataques de la OTAN contra posiciones serbias en Bosnia. Madeleine Albright consideraba que la idea de un tribunal penal internacional se integraba perfectamente en ese plan.

En mayo de 1993, la Resolución 808 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas estableció el Tribunal Penal Internacional para

⁸ Susan Woodward, *Balkan Tragedy: Chaos and Dissolution after the Cold War*, Washington DC, 1995, pp. 183-188.

⁹ Pierre Hazan, *Justice in a Time of War*, College Station (TX), 2004, p. 20.

la ex-Yugoslavia (el primer tribunal en su género desde la década de 1940), para investigar y procesar a «personas responsables de graves violaciones del derecho internacional humanitario». El TPIY se instaló en el edificio Aegon Seguros de La Haya y formuló sus primeras acusaciones en noviembre de 1994. A continuación se estableció una colaboración estrecha y duradera entre la oficina del Fiscal General y el personal de la OTAN, que de hecho hacía las veces de fuerza policial del tribunal. Mientras Washington negociaba un acuerdo entre croatas y musulmanes para que unieran sus fuerzas contra los serbios de Bosnia, reequipaba el ejército croata y supervisaba su brutal limpieza étnica de al menos 200.000 serbios de la Krajina, la fiscal Louise Arbour miraba feliz para otro lado¹⁰. La narrativa que debía imponerse habría de pintar la compleja tragedia de Yugoslavia como un caso de «agresión serbia», con exclusión de cualquier consideración respecto del papel que las potencias extranjeras habían jugado en ella. Cuando en 1999 comenzaron los dos meses de bombardeos de Yugoslavia por parte de la OTAN, la respuesta de Arbour fue emitir una acusación contra Milosevic. De hecho la utilización de bombas de racimo y los ataques de la OTAN a trenes civiles, a convoyes de camiones, puentes y centros de medios de comunicación caían dentro del ámbito de competencia jurisdiccional de la Corte. Pero después de una investigación superficial, la Fiscalía General rechazó la posibilidad de emitir acusaciones contra los líderes occidentales con el argumento de que las declaraciones de prensa de «los países de la OTAN son generalmente fiables»¹¹. El publicista de la OTAN Jamie Shea lo expuso aún más claramente: «Fueron los países de la OTAN los que establecieron el Tribunal, y son ellos los que lo financian y los que lo vienen sosteniendo desde su origen»¹². Estábamos, una vez más, ante un caso paradigmático de justicia de los vencedores: las grandes potencias

¹⁰ Tres generales del ejército croata, Ante Gotovina, Ivan Cermak y Mladen Markac, serían luego procesados por el TPIY en 2008 por su participación en la «Operación Tormenta». Los tres fueron absueltos (Gotovina y Markac, en apelación) y regresaron a Croacia, donde fueron recibidos como héroes.

¹¹ Committee Established to Review the NATO Bombing Campaign Against the Federal Republic of Yugoslavia [Informe Final a la Fiscalía a cargo del Comité Establecido para Investigar la Campaña de Bombardeos de la OTAN Contra la República Federal de Yugoslavia], 13 de junio de 2000, parágrafo 90. Posteriormente la tercera fiscal general escribiría que, con la respuesta recibida a su requerimiento de información acerca de las acciones de la OTAN, «comprendí que había topado con el límite del universo político en el que el tribunal tenía permitido funcionar»: Carla del Ponte, *Madame Prosecutor: Confrontations with Humanity's Worst Criminals and the Culture of Impunity*, Nueva York, 2009, p. 60.

¹² Véase David Chandler, «International Justice», *NLR* 6, noviembre-diciembre de 2000, p. 64 [ed. cast.: «Justicia internacional», *NLR* 6, enero-febrero de 2001, pp. 156-177].

sirviéndose de tribunales *post bellum* (o, en el caso de Milosevic, tribunales *in bello*) para criminalizar a sus oponentes derrotados, mientras su propia conducta queda por encima del escrutinio judicial¹³.

Modelos

Alentados por el lanzamiento del TPIY, los grupos de presión de los derechos humanos renovaron sus esfuerzos en favor de un tribunal internacional permanente. La Comisión de Derecho Internacional (CDI) de la ONU recibió una vez más el encargo de redactar el estatuto de un tribunal internacional, y en esta ocasión el interés diplomático en torno a su trabajo fue bastante mayor¹⁴. Gran parte del trabajo preparatorio fue suscrito por Washington, que quería reservar un papel central al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que le permitiera usar su veto para evitar cualquier investigación de crímenes estadounidenses. El Gobierno de Clinton mostró una buena disposición ante la propuesta inicial de la CDI para la creación de un tribunal siguiendo el modelo de los tribunales de Yugoslavia y Ruanda, bajo control estrecho del Consejo de Seguridad¹⁵. Actuando por recomendación de la CDI, la Asamblea General de Naciones Unidas estableció un Comité Preparatorio en 1996 para elaborar los detalles.

Mientras tanto, las organizaciones no gubernamentales y los grupos de presión en favor de una justicia internacional, que habían crecido de manera exponencial con el final de la Guerra Fría, hicieron campaña en favor de un tribunal «independiente», es decir, una institución *sui generis* de carácter global y autónomo. En 1995 Amnistía Internacional, Human Rights Watch y otras dos docenas de organizaciones crearon un grupo coordinador, la Coalición por la Corte Penal Internacional (CCPI), que obtuvo financiación de las fundaciones Ford y MacArthur.

¹³ El tribunal *ad hoc* para Ruanda con sede en Arusha, Tanzania, no ha sido menos controvertido. Su tendencia favorable a la imputación, unida a su incapacidad para perseguir los crímenes del Frente Patriótico Ruandés (FPR) de Paul Kagame, ha llevado incluso a defensores entusiastas de la Corte como Human Rights Watch a lamentar la politización de la institución (véase su «Letter to the Prosecutor of the ICTR», 26 de mayo de 2009). Si el tribunal para Yugoslavia ofreció la cobertura justificativa para la agresión de la OTAN, el tribunal ruandés ha facilitado la propaganda ideológica que permite al FPR mantener su estatus de víctima y obtener una aparente impunidad –y apoyo occidental– para su régimen agresivo y autoritario.

¹⁴ Trinidad y Tobago propuso a la Asamblea General de la ONU en 1989 la creación de un tribunal internacional para perseguir el tráfico de drogas, para el que las islas se habían convertido en una base importante.

¹⁵ James Crawford, «The ILC's Draft Statute for an International Criminal Tribunal», *American Journal of International Law*, vol. 88, núm. 1, enero de 1994, p. 140.

Su coordinador opinó que «el control del Consejo de Seguridad de la ONU podría reducir la Corte Penal Internacional a una mera farsa, incapaz de impartir justicia internacional frente a los perpetradores de las naciones poderosas, sino tan solo a los de países pequeños y débiles»¹⁶. Desde comienzos de 1997, las organizaciones no gubernamentales fueron ganando un apoyo estatal inesperado. Aunque excluida del Consejo de Seguridad de la ONU, Alemania, sin embargo, estaba decidida a desempeñar un papel central. Kinkel nombró a Hans-Peter Kaul como jefe del Departamento de Derecho Internacional del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, al tiempo que aumentó la delegación de su país en el Comité Preparatorio en Nueva York de dos a siete miembros¹⁷. El equipo de Kaul organizó a otros Estados no miembros del Consejo de Seguridad con ambiciones globales, como Canadá, y a lacayos de la Unión Europea, como los Países Bajos, en un bloque que se apodó a sí mismo «el grupo de ideas afines». Su objetivo era una CPI «independiente», en el sentido de que el fiscal debería tener la facultad de actuar de oficio para iniciar investigaciones sin necesidad de recibir instrucciones del Consejo de Seguridad de la ONU; pero lo que no perseguían (tal y como Kaul y Kinkel dejaron claro a los escépticos funcionarios de los Ministerios alemanes de Interior y de Defensa) era una Corte imparcial. Los ciudadanos alemanes, entre ellos los pilotos de la Luftwaffe que surcaron los cielos de los Balcanes, quedarían protegidos de enjuiciamiento en virtud del principio de complementariedad: la CPI solo investigaría aquellos casos en los que el sistema judicial nacional fuera incapaz de hacerlo¹⁸. El grupo de ideas afines utilizó tácticas largamente perfeccionadas en la

¹⁶ William Pace, citado en David Bosco, *Rough Justice: The International Criminal Court in a World of Power Politics*, Oxford 2014, p. 41. Excelente ejemplo de la profesionalización del grupo de presión de los derechos humanos, Pace ha trabajado en Amnesty International, en el Center for the Development of International Law y en el Hague Appeal for Peace; es cofundador de la International Coalition for the Responsibility to Protect, presidente del consejo directivo del Center for UN Reform Education, miembro consultor del Consejo Directivo de One Earth Foundation, cofundador del Comité de Dirección de ONG para la Comisión de la ONU para el Desarrollo Sostenible y del Grupo de Trabajo de ONG sobre el Consejo de Seguridad de la ONU; director ejecutivo del World Federalist Movement-Institute for Global Policy, así como Coordinador de la CCPI.

¹⁷ R. Steinke, *Politics of International Criminal Justice*, cit., p. 101. Formado jurídicamente en Heidelberg, la carrera diplomática de Kaul incluía Israel, Washington, Oriente Medio y la ONG.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 111-114. Kinkel puso el peso del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán al servicio de las tácticas de Kaul en un artículo publicado con su nombre en la revista jurídica más prestigiosa de Alemania: Klaus Kinkel, «Für einen funktionsfähigen Weltstrafgerichtshof», *Neue Juristische Wochenschrift*, Heft 43, 1997.

Comunidad Europea: hacerse con la presidencia de los comités clave (el mismo comité preparatorio fue presidido por un funcionario holandés, Adriaan Bos), pescar el apoyo de los pequeños Estados y utilizar con astucia la psicodinámica de las sesiones de noche completa para la elaboración de acuerdos.

La Comisión Preparatoria de la CPI se movió con una presteza inusual tratándose de un organismo de Naciones Unidas. Se convocó una «conferencia de plenipotenciarios» para reunirse en Roma el 15 de junio de 1998. Allí, 5.000 representantes de ciento sesenta Estados se reunieron en las oficinas de la FAO con el fin de negociar lo que se conocería como el Estatuto de Roma. Junto a los diplomáticos había representantes de cientos de organizaciones no gubernamentales, todos ansiosos por asistir al nacimiento del tribunal. Bos había caído enfermo, y su lugar como presidente fue ocupado por el diplomático canadiense Philippe Kirsch. Muchas cuestiones se delegaron a grupos de trabajo, pero las esenciales (los límites competenciales de la Corte, la potestad para actuar de oficio de la Fiscalía y el papel del Consejo de Seguridad y, por último, las tipificaciones básicas de los delitos) fueron negociadas por Kirsch entre bastidores¹⁹. Estados Unidos presionó para limitar la jurisdicción a los nacionales de los Estados parte, es decir, aquellos que firmaran y ratificaran el Estatuto, que vendrían a ser los Estados miembros de la CPI. (Estados Unidos entendía que el Congreso no ratificaría el Estatuto en un futuro previsible, por lo que se consideraba a sí mismo, *de facto*, un Estado no-miembro). David Scheffer, asesor jurídico del Departamento de Estado y el hombre clave de Clinton en Roma, había amenazado con que Estados Unidos se opondría activamente a la Corte si se le concedía jurisdicción universal. En cuanto a cómo debían ponerse en marcha las investigaciones de esta, Estados Unidos apoyó la propuesta inicial de la CDI conforme a la cual «la Fiscalía debería actuar solo en los casos presentados ya sea a instancias de un Estado parte del tratado o a iniciativa del Consejo [de Seguridad]», siempre y cuando este último determine que los casos que tienen que ver con sus funciones en virtud del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas (es decir, la paz y la seguridad internacionales) deben ser considerados por la Corte²⁰. Washington se opuso a conceder al fiscal facultades para actuar de oficio.

¹⁹ William Schabas, *An Introduction to the International Criminal Court*, Cambridge, 2011, p. 20.

²⁰ David Scheffer, «The United States and the International Criminal Court», *American Journal of International Law*, vol. 93, núm. 12, enero de 1999, p. 13.

Roma y después

El proyecto de estatuto preparado por la comisión de Bos dejó más de 1.700 cuestiones entre corchetes pendientes de resolver. Pero Kaul había examinado el texto y marcado en negrita todas las disposiciones que tuvieran el apoyo del grupo de ideas afines: «Envié esta versión del proyecto de estatuto a la misión alemana de la ONU en Nueva York. Lo fotocopiamos, lo encuadernamos y se lo remitimos a todas las delegaciones de ideas afines. Les dijimos: “Solo tenéis que mirar el texto en negrita”»²¹. Scheffer, en cambio, se quejó de haber tenido que dedicar «tanto tiempo a la diplomacia bilateral», para que en las últimas cuarenta y ocho horas de la conferencia «el texto del tratado fuera sometido a un misterioso y excluyente proceso de revisión a puerta cerrada por parte de un reducido número de delegados, en su mayoría del grupo de ideas afines, para cerrar acuerdos con los que atraer el apoyo de determinados gobiernos vacilantes a un texto que finalmente se terminó a las dos de la madrugada del último día de la conferencia, el 17 de julio»²².

Scheffer estaba furioso porque, en virtud del artículo 12 del Estatuto, la competencia del tribunal se extendía a los delitos cometidos por ciudadanos de un Estado no miembro en el territorio de un Estado miembro, dejando a los estadounidenses teóricamente vulnerables ante la misma. Las garantías que dieron los delegados alemanes y canadienses de que los ciudadanos estadounidenses estarían protegidos por la capacidad del Consejo de Seguridad de la ONU de aplazar cualquier investigación *sine die*, así como por el principio de complementariedad, no surtieron ningún efecto. Scheffer exigió una limitación de la competencia de la Corte: la acusación debía depender de la conformidad del Estado de origen del acusado. India, en sentido contrario, presentó una enmienda de última hora para que el uso de armas nucleares, químicas y biológicas se definiera como crimen de guerra, y para que la CPI fuera totalmente independiente del Consejo de Seguridad. Con el acuerdo a punto de naufragar, las dos mociones quedaron aplazadas, y este texto en versión «lo tomas o lo dejas» (según expresión de Scheffer) «fue trasladado de urgencia para su adopción horas más tarde, sin debate, en la noche del 17 de julio»²³. La votación final registró ciento veinte votos en favor de la adopción, siete en contra (Estados Unidos, Israel, China, Cuba, Siria, Iraq y Yemen) y veintiuna abstenciones.

²¹ Entrevista en D. Bosco, *Rough Justice*, cit., p. 46.

²² D. Scheffer, «The US and the ICC», p. 20.

²³ *Ibid.*

A primera vista, el resultado en Roma contrasta claramente con la conferencia de San Francisco de cincuenta años atrás, cuando Washington logró orquestar un acuerdo internacional para unas Naciones Unidas diseñadas al servicio de la estrategia global de Estados Unidos²⁴. Si el poder norteamericano no había disminuido desde entonces, sí parecía haberlo hecho su atención a la hora de dictar planes institucionales. Mucho se ha hablado de la oposición estadounidense a la CPI, y no ha habido escasez de diatribas contra la Corte por parte del *establishment* en Washington; sin embargo, sería un error ver en ello un plante de Estados Unidos ante un tribunal internacional *per se*. Estados Unidos había apoyado firmemente el proyecto inicial de la CDI, que prefiguraba la Corte como un apéndice del Consejo de Seguridad de la ONU. Tal y como subrayó Scheffer: «Estados Unidos no se opuso. De hecho fuimos firmes partidarios de la Corte desde el principio; la cuestión era saber qué tipo de Corte sería. Nuestra posición era que queríamos esta Corte, pero queríamos que el Consejo de Seguridad fuera el responsable de activar los casos»²⁵. Todos los Estados principales habían apoyado el Proyecto de la CDI en 1994, y Washington tenía sobradas razones para esperar que su realización no presentaría sobresaltos. Si hubiera sospechado que los alemanes y los canadienses iban a maniobrar para ganar protagonismo, Estados Unidos quizá habría mantenido el proceso de redacción del Estatuto bajo el control del secretario general de Naciones Unidas, en lugar de abrirlo a los procedimientos de la Asamblea General, donde impera la norma de un Estado, un voto.

Así las cosas, a partir de 1997 —coincidiendo con la crisis financiera asiática, el bloqueo de Iraq y el conflicto a fuego lento en los Balcanes— la campaña del grupo de ideas afines, liderada por Alemania, cogió al Gobierno de Clinton a contrapié. Mientras Scheffer luchaba para unir a sus aliados del P5 en Roma, las últimas instrucciones de Washington no llegaron sino hasta pasadas cuatro semanas de las cinco de conferencia²⁶. (Clinton estaba tal vez más preocupado por el inminente escándalo Lewinsky). En cambio, Estados Unidos envió una gran delegación a la Comisión Preparatoria posterior a Roma, que se haría cargo de los detalles de funcionamiento de la Corte. En realidad, tal y como puede deducirse de un examen pormenorizado del Estatuto de Roma, Scheffer y sus colegas tendrían poco de qué quejarse de la versión final.

²⁴ Véase Peter Gowan, «US: UN», *NLR* 24, noviembre-diciembre de 2003 [ed. cast.: «US: UN», enero-febrero de 2004, pp. 5-26].

²⁵ Citado en E. Paris, *The Sun Climbs Slow*, cit., p. 261.

²⁶ Ruth Wedgwood, «Fiddling in Rome: America and the International Criminal Court», *Foreign Affairs*, vol. 77, núm. 6, 1998.

Según los términos del Estatuto, la CPI goza de jurisdicción sobre cuatro categorías de delitos, cada una de ellas mal definida: genocidio, crímenes de lesa humanidad, crímenes de guerra y «agresión» que, según el Preámbulo del Estatuto, son los «crímenes más graves que conciernen a la comunidad internacional en su conjunto»²⁷. Todos los Estados que hayan ratificado el Estatuto ganan un puesto y un voto en la Asamblea de los Estados Miembros, que es la responsable de la elección del fiscal de la Corte y de los dieciocho jueces encargados de supervisar las instrucciones y los juicios, así como de resolver los recursos. (Aunque los jueces han de ser nacionales de los Estados miembros, no es así en el caso del fiscal, con lo que dicho cargo queda abierto a un estadounidense)²⁸. El fiscal, nombrado para un mandato de nueve años no renovable, es el encargado de revisar la información sobre posibles crímenes, conducir las investigaciones, solicitar las órdenes de detención y llevar el proceso contra los acusados. Tres son los mecanismos que pueden desencadenar una investigación: un Estado miembro puede remitir una determinada situación a la Fiscalía; el Consejo de Seguridad de la ONU puede hacer lo mismo; o la Fiscalía puede actuar de oficio, si bien un panel de jueces de la CPI ha de revisar su decisión y el Consejo de Seguridad puede, si lo estima oportuno, suspender la investigación durante un año, con arreglo al artículo 16, prorrogable por sucesivos periodos de doce meses sin límite. La Corte goza de jurisdicción sobre los crímenes cometidos en el territorio de un Estado miembro y/o por un nacional de un Estado miembro; en caso de una remisión por parte del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, la Corte gozará de jurisdicción incluso aunque no se cumplan los requisitos de territorio y nacionalidad. La Corte es «complementaria a las jurisdicciones penales nacionales», en el sentido de que solo investigará aquellos crímenes que los tribunales nacionales no puedan investigar (una imposibilidad que habrán de estimar los jueces de la CPI). La Corte solo conocerá aquellos casos que sean considerados «de suficiente gravedad».

La aprobación del Estatuto de Roma fue recibida con desbordantes muestras de entusiasmo: «los diplomáticos se abandonaron a sí mismos en medio de celebraciones y cánticos, lágrimas y abrazos, pisotones rítmicos y aplausos»²⁹. En un año, muchas de esas mismas figuras estarían celebrando el

²⁷ El crimen de «agresión» no sería investigado o perseguido mientras los Estados miembros no acordaran una definición vinculante del mismo. Dicho acuerdo se produjo en la Conferencia de Revisión de la CPI de 2010 en Kampala.

²⁸ W. Schabas, *Introduction to the ICC*, cit., pp. 377-378.

²⁹ Entrevista con John Washburn, convocante de la American NGO Coalition for the ICC (AMICC), en D. Bosco, *Rough Justice*, cit., pp. 50-51.

bombardeo de la OTAN sobre Yugoslavia. Pero la atmósfera emotiva en favor de la guerra humanitaria a finales de la década de 1990 resultó muy útil a la hora de recabar apoyos para la ratificación de la CPI; a ojos de los humanistas militares, no había contradicción entre el uso moral de la fuerza por parte de la «comunidad internacional» y su tipificación como delito si eran ajenos quienes recurrían a ella. En los meses finales del Gobierno de Clinton, Scheffer ayudó a movilizar a Elie Wiesel, Nelson Mandela y Jimmy Carter en una campaña para que Estados Unidos firmara –e incluso ratificara– el Estatuto y, por lo tanto, se «reafirmara el papel inspirador de Estados Unidos como líder del mundo libre en pos de la justicia y de la paz», tal y como por entonces expresaron dos partidarios en *The New York Times*³⁰. En su última noche en la Casa Blanca, Clinton dio instrucciones a Scheffer (ahora convertido en embajador de Estados Unidos para Crímenes de Guerra) para que firmara el Estatuto de Roma, lo que permitiría a Estados Unidos desempeñar un papel en la selección de los jueces y a la hora de dar forma al futuro de la Corte. Sin embargo, Clinton anunció que el Estatuto no sería ratificado por el Congreso mientras no se corrigieran «defectos importantes», con lo que Estados Unidos continuó siendo un Estado no miembro de la CPI³¹. Así y todo, sesenta Estados ya lo habían ratificado en abril de 2002, mostrando una velocidad sin precedentes en materia de promulgación de normas de derecho internacional. El Estatuto entró en vigor dos meses más tarde, el 1 de julio de 2002.

Montando la tienda

El 11 de marzo de 2003, una serie de luminarias internacionales se reunieron en el Ridderzaal, el parlamento medieval de los Países Bajos en La Haya, para celebrar la inauguración de la nueva Corte Penal Internacional. Aunque se rumoreaba en Roma que Lyon, Nuremberg o la propia capital italiana podrían acogerla, en última instancia los Países Bajos fue el único Estado que se ofreció a ello³². La Haya era ya sede de varios tribunales internacionales (la Corte Internacional de Justicia, o Corte Mundial, que conoce de los conflictos entre Estados; el TPIY; la Cámara de Apelaciones del TPIY y del TPIR), y a la CPI se le proporcionó un moderno edificio de oficinas de quince pisos en las afueras de la ciudad, antigua sede del servicio de correos holandés. Dos tercios de la

³⁰ Robert McNamara y Benjamin Ferencz, «For Clinton's Last Act», *TNYT*, 12 de diciembre de 2000.

³¹ David Scheffer, «Staying the Course with the International Criminal Court», *Cornell International Law Journal*, vol. 35, núm. 1, 2001, pp. 47-100.

³² W. Schabas, *Introduction to the ICC*, cit., p. 369.

financiación de la Corte corrieron a cargo de Europa y Canadá, siendo Alemania el mayor contribuyente, con el 20 por 100 del total. El grupo de ideas afines mantuvo el control sobre los nombramientos. Philippe Kirsch se convirtió en presidente de la Corte y Hans-Peter Kaul en juez de la decisiva Sala de Cuestiones Preliminares, que debía pronunciarse sobre las investigaciones relativas a Uganda, la República Democrática del Congo, Sudán, la República Centroafricana, Kenia, Costa de Marfil, Libia y Mali; Kaul también ha sido representante del presidente en el Comité de Sedes Permanentes de la CPI, encargado de encontrar para la Corte un hogar más lujoso. En la ceremonia de apertura en el Ridderzaal, la reina Beatriz de los Países Bajos saludó a los funcionarios reunidos, y el príncipe Zeid de Jordania, el primer presidente de la Asamblea de los Estados Miembros, opinó sobre el papel de la Corte en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, así como en la promoción del Estado de derecho. En aquel momento, en La Haya, se manifestaba el *telos* de la historia. Entre el champán y los canapés de salmón ahumado, nadie mencionó la inminente invasión de Iraq.

De hecho, la campaña para tranquilizar a Washington y mostrarle que la CPI estaba en buenas manos había comenzado en el momento mismo en que se aprobó el Estatuto. Kirsch hizo lo imposible por alabar las constructivas contribuciones de la delegación estadounidense en la Comisión Preparatoria posterior a Roma³³. Los temores de que la CPI pudiera «politizarse» (palabra en clave para «investigación de crímenes de guerra estadounidenses») fueron repetidamente rechazados como «injustificados» y «exagerados», una «eventualidad muy poco probable», contra la que el Estatuto de Roma contaba con abundantes «salvaguardias», «controles» y «restricciones»³⁴. El Gobierno de Bush,

³³ D. Bosco, *Rough Justice*, cit., p. 59.

³⁴ La bibliografía al respecto es amplia, pero pueden consultarse, entre otros: Richard Goldstone y Adam Smith, *International Judicial Institutions: The Architecture of International Justice at Home and Abroad*, Oxford y Nueva York, 2009, p. 114; Philippe Kirsch y Darryl Robinson, «Initiation of Proceedings by the Prosecutor», en Antonio Cassese, Paola Gaeta y John R. W. D. Jones (eds.), *The Rome Statute of the International Criminal Court: A Commentary*, Oxford, 2002, p. 663; Matthew Brubacher, «Prosecutorial Discretion within the International Criminal Court», *Journal of International Criminal Justice*, vol. 2, núm. 1, marzo de 2004; Amnesty International, «The International Criminal Court: Fact Sheet 2: The Case for Ratification», 2000. Para una defensa más meditada de la discrecionalidad de la Fiscalía, pero que, no obstante, llega a similar feliz conclusión, véase Allison Marston Danner, «Enhancing the Legitimacy and Accountability of Prosecutorial Discretion at the International Criminal Court», *American Journal of International Law*, vol. 97, núm. 3, julio de 2003.

que preparaba la invasión de Afganistán después del 11 de septiembre de 2001 y ya tenía la vista puesta en Iraq, exigió garantías más duras. El artículo 98 del Estatuto de Roma prevé una excepción a la obligación de los Estados miembros de entregar a un acusado a la Corte: en caso de que al hacerlo violen un acuerdo existente con otro Estado. Esto era un reconocimiento implícito de los acuerdos con los Estados anfitriones relativos al estatus de las Fuerzas Armadas, que proporcionan inmunidad al personal militar norteamericano que opera en el extranjero. Tan pronto como el Estatuto de Roma entró en vigor, Estados Unidos anunció su intención de firmar acuerdos «bilaterales» a tenor del artículo 98, conforme a los cuales cada parte se comprometía a no entregar a los nacionales de la contraparte a la CPI. Durante los cuatro años siguientes se firmaron convenios de este tipo con ciento dos países, empezando por Rumania; de los cincuenta y cuatro Estados que se negaron a firmar, diecinueve vieron reducida la ayuda económica estadounidense.

Por su parte, Blair haría lo propio; Reino Unido redactó un acuerdo del estatus de las Fuerzas Armadas con el Afganistán ocupado, que precisaba que las tropas de la OTAN no serían en ningún caso entregadas a un tribunal internacional. Además, Bush «retiró la firma» del Estatuto en mayo de 2002, para deleite de John Bolton, subsecretario de Estado para el Control de Armas; Israel haría lo mismo tres meses más tarde³⁵. Una Ley de 2002 [la *American Service Members' Protection Act*] amenazó con limitar la participación norteamericana en operaciones de paz de la ONU, a menos que se concediera a los estadounidenses involucrados en ellas inmunidad frente a todo posible enjuiciamiento ante la CPI; además se autorizó a los marines para que, llegado el caso, «irrumplieran en las playas de Holanda al rescate de cualquier ciudadano estadounidense que pudiera languidecer bajo custodia de la CPI»³⁶. El Consejo de Seguridad de la ONU cedió rápidamente a las demandas de Bush: las fuerzas de paz estadounidenses gozarían de inmunidad por un año, una bendición posteriormente renovada en 2003.

³⁵ En tanto que oponente de principio a la justicia internacional (en razón de que carece de un poder legislativo correspondiente, o poder soberano internacional), Bolton también había advertido de que la Corte sería utilizada contra Estados Unidos y sus aliados: «No hay duda de que Israel será diana de acusaciones por las condiciones y las prácticas del ejército israelí en Gaza y Cisjordania». Véase John Bolton, «The Risks and Weaknesses of the International Criminal Court from America's Perspective», *Law and Contemporary Problems*, vol. 64, núm. 1, invierno de 2001.

³⁶ E. Paris, *The Sun Climbs Slow*, cit., p. 62.

Haciendo caso omiso de Iraq

En realidad Bush no tenía motivos para haberse preocupado. Tal y como Luis Moreno Ocampo, el fiscal de la CPI entrante, se apresuró a asegurar a un funcionario de Estados Unidos en marzo de 2003, él «no se podía imaginar la apertura de un caso en contra de un ciudadano de Estados Unidos»³⁷. Ocampo había sido la elección inicial de la Administración de Clinton para el puesto de fiscal jefe del TPIY en 1993, cargo que no logró porque su propio país, Argentina, se negó a respaldarlo. Su solicitud para el puesto de fiscal de la CPI fue coescrita por Samantha Power. Nacido en 1952 en el seno de una familia que una vez fue rica, Ocampo mantuvo la cabeza baja durante la dictadura, centrándose en sus estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, mientras decenas de miles de personas de su generación desaparecían en la guerra sucia de la Junta Militar. Se convirtió en fiscal en 1984, un año después de la restauración de la democracia bajo Raúl Alfonsín, y en 1985 dio su primer pasito a la fama como joven ayudante del fiscal jefe de la nación, Julio César Strassera, en los juicios contra la Junta por secuestro, tortura y asesinato. Ocampo ha venido cultivando una reputación como el hombre que puso a la Junta entre rejas, pero ya por aquel entonces Strassera aludió a la afición de su asistente a la atención mediática, mientras que las víctimas de la dictadura desconfiaban de él: «Ningún superviviente quería hablar con él», aseguraba una de ellas³⁸. En la década de 1990 Ocampo se trasladó a la práctica privada, trabajo que compaginó con el de consultor del Banco Mundial sobre corrupción y con apariciones en el *reality* televisivo *Forum, la corte del pueblo*, la réplica argentina de *Judge Judy*. En 2002 Ocampo fue profesor invitado en la Harvard Law School. Una vez que él y Power hubieron presentado su candidatura para el cargo de fiscal de la CPI, voló a Europa por cuenta propia para presentar sus credenciales a los financiadores de la Corte en Berlín, París y Londres³⁹.

El nombramiento de Ocampo tuvo lugar formalmente en abril de 2003, pocas semanas después de la invasión no autorizada de Iraq por parte de Estados Unidos y Reino Unido y del uso en ese país de bombas de racimo por parte de la USAF. Iraq no era un Estado miembro de la CPI, por lo que

³⁷ D. Bosco, *Rough Justice*, cit., p. 88.

³⁸ Julie Flint y Alex de Waal, «Case Closed: Prosecutor without Borders», *World Affairs Journal*, primavera de 2009.

³⁹ D. Bosco, *Rough Justice*, cit., p. 84.

la Corte no tenía jurisdicción sobre su territorio; sí la tenía, sin embargo, sobre los crímenes de guerra y de lesa humanidad cometidos o dirigidos por nacionales de Estados miembros, como era el caso de Reino Unido y Australia. En base a ello, la Asociación de Abogados de Atenas presentó una solicitud para que se abriera una investigación de los hechos acaecidos en Iraq bajo las órdenes de Blair, Geoff Hoon y Jack Straw⁴⁰. Haciendo caso omiso de todo lo referente a la guerra de Iraq, en su primera declaración como fiscal Ocampo sugirió que la Corte gozaría de una especie de inactividad zen: su eficacia no debía calibrarse por el número de casos que admitiera, sino que, por el contrario, «la ausencia de juicios celebrados en este tribunal como consecuencia del normal funcionamiento de las instituciones nacionales sería su mayor éxito⁴¹». El grupo de presión de las ONG reaccionó con indignación ante esta política de brazos caídos: el fiscal tenía que hacer *algo*. La Fiscalía comenzó entonces a escanear el mundo para identificar situaciones de violencia fuera de Afganistán e Iraq. En su conferencia de prensa de julio de 2003, Ocampo anunció que examinaría la situación en el este del Congo.

Sin embargo, antes de que el fiscal pudiera concretar nada en el Congo, el presidente de Uganda, Yoweri Museveni, presentó una solicitud para que se abriera una investigación por crímenes de lesa humanidad cometidos en su propio país. Desde que tomó el poder en 1986, Museveni y sus fuerzas habían estado dirigiendo una contrainsurgencia en las selvas del norte de Uganda. En un principio, la «Operación Norte» había enfrentado a las fuerzas del Gobierno con los grupos rebeldes asociados a los líderes depuestos Milton Obote y Lutwa Okello, en medio de atrocidades de ambos bandos y masacres de civiles. En 1996 la contrainsurgencia entró en una nueva fase: «Una campaña de asesinatos dirigida por el Gobierno, con intimidaciones, atentados y la quema de aldeas enteras para expulsar a la población rural hacia campos de desplazados y hacia recintos custodiados por soldados»⁴². A mediados de la década de 1990 gran parte de la población rural de los tres distritos de Acholi fue internada, y la población reclusa en campos llegó a casi un millón de personas en 2002. Todo esto, a su vez, creó las condiciones

⁴⁰ Helena Smith, «Greeks accuse Blair of war crimes in Iraq», *The Guardian*, 29 de julio de 2003.

⁴¹ «Election of the Prosecutor, Statement by Mr Moreno-Ocampo», 22 de abril de 2003, en el sitio web de la CPI.

⁴² Mahmood Mamdani, *Saviours and Survivors: Darfur, Politics and the War on Terror*, Nueva York, 2009, p. 280.

para el surgimiento de nuevas milicias, entre ellas el famoso Ejército de Resistencia del Señor (LRA) dirigido por Joseph Kony, con su propósito declarado de derrocar a Museveni y fundar un Estado basado en los Diez Mandamientos. El LRA tampoco dudó en perpetrar atrocidades y era conocido por su reclutamiento forzoso de soldados menores de edad.

Los redactores del Estatuto de Roma habían asumido que los Estados referirían delitos cometidos en otros Estados, razón por la cual la solicitud de Museveni se recibió con una cierta sorpresa. En concreto, Museveni instaba a la Fiscalía a que investigase «la situación relativa al Ejército de Resistencia del Señor». El Estatuto habla del referimiento de «situaciones», en lugar de casos o delitos específicos, con el fin de prevenir el uso de la Corte para «ajustar cuentas», en palabras de Kirsch⁴³. Y, sin embargo, esto era precisamente lo que Museveni parecía estar haciendo: instrumentalizar el tribunal para sus propios fines políticos. Oficialmente, Ocampo consideró oportuno interpretar que la referencia a Uganda abarcaba «todos los delitos cometidos en el norte de Uganda». Extraoficialmente, según sugieren los comentaristas, el fiscal llegó a un acuerdo «tácito, si no explícito, con las autoridades ugandesas, para enjuiciar únicamente a líderes rebeldes»⁴⁴. En julio de 2004 Ocampo decidió que había base suficiente para una investigación; anunció que había encontrado indicios de ataques sistemáticos por parte del LRA contra la población civil, que incluían la violencia sexual, la tortura, el reclutamiento de menores de edad y el desplazamiento forzoso. Curiosamente, guardó silencio sobre las atrocidades cometidas por las fuerzas del Gobierno, que, por supuesto, continuaron. Al año siguiente el fiscal solicitó a la Sala de Cuestiones Preliminares de la CPI que dictara cinco órdenes de arresto contra los líderes del LRA, entre ellos Kony. Sin embargo, la Oficina del Fiscal no tenía medios para hacer cumplir las órdenes y Kony siguió libre⁴⁵.

⁴³ Philippe Kirsch y Darryl Robinson, «Referral by States Parties», en A. Cassese, P. Gaeta y J. R. W. D. Jones (eds.), *The Rome Statute of the International Criminal Court*, cit., p. 623.

⁴⁴ W. Schabas, *Introduction to the ICC*, cit., pp. 165-166.

⁴⁵ El grupo de presión de la justicia internacional se pondría furioso cuando Museveni y negociadores de la ONU iniciaron conversaciones de paz con Kony en 2006 bajo la atenta mirada de funcionarios europeos y estadounidenses, y con una oferta informal de garantizar su seguridad contra la orden de la CPI. Tal y como postulaba Richard Goldstone en *The Guardian*: «Si hay un sistema de justicia internacional, hay que aplicarlo. Si con ello se dificultan las negociaciones de paz, quizá ello sea un precio que hay que pagar». Chris McGreal, «Justice or Reconciliation?», *The Guardian*, 9 de enero de 2007.

«Objetivos comunes»

En el verano de 2004, el creciente número de muertos en Iraq y las imágenes de las torturas estadounidenses en Abu Ghraib ocuparon los titulares del mundo entero. En esta situación se hacía muy necesario otro tipo de narrativa. En julio de ese mismo año, el Holocaust Memorial Museum y el American Jewish World Service organizaron una Cumbre de Emergencia sobre Darfur en Nueva York, alegando que el Gobierno sudanés estaba llevando a cabo una campaña genocida contra los rebeldes en Darfur⁴⁶. La violencia tribal en la provincia más occidental de Sudán había ido cocinándose durante mucho tiempo a fuego lento. Tenía sus raíces en el legado colonial de parcelamiento de tierras tribales, y se había visto exacerbada por cuatro décadas de sequía y desertificación que lanzaron a los sin tierra contra los terratenientes. En 2003 una sublevación en esa zona había provocado una brutal contrainsurgencia por parte del Gobierno de Bashir; ahora, los agresores eran los musulmanes. En septiembre de 2004 Colin Powell solicitó al Consejo de Seguridad que tomara medidas contra lo que describió como el genocidio en Darfur. Se envió una comisión de la ONU presidida por Antonio Cassese, primer presidente del TPIY, para investigar la situación. Cassese informó al Consejo de Seguridad en enero de 2005 de que no había indicios de que el Gobierno sudanés hubiera seguido una política de genocidio, pero que la violencia ejercida tanto por el Gobierno como por las fuerzas rebeldes podía entrar dentro de la categoría de «crímenes contra la humanidad». La comisión recomendó que el caso de Darfur se remitiera a la Corte Penal Internacional para que esta emprendiera las acciones oportunas⁴⁷.

La Administración de Bush aún se oponía formalmente a la Corte, pero el propio presidente parecía estar más preocupado por Darfur que por la CPI. Cuando el Consejo de Seguridad votó a favor de remitir la cuestión de Darfur a la Corte Penal Internacional el 31 de marzo de 2005, Estados Unidos se abstuvo en lugar de utilizar su derecho de veto. La remisión del Consejo de Seguridad de la ONU tuvo un efecto dramático. En palabras de Ocampo: «Darfur era como una dimensión diferente. De pronto estábamos conectados con el Consejo de Seguridad. ¡Era un juego totalmente diferente!»⁴⁸. Al cabo de un año, el asesor legal del Departamento

⁴⁶ Sitio web de la organización Save Darfur Coalition.

⁴⁷ Informe de la Comisión Internacional de Investigación sobre Darfur al secretario general de Naciones Unidas, Ginebra, 25 de enero de 2005.

⁴⁸ Entrevista en D. Bosco, *Rough Justice*, cit., p. 113.

de Estado norteamericano, John Bellinger, opinaba que la CPI tenía «un papel que desempeñar en el sistema global de justicia internacional», y que Estados Unidos y el tribunal debían emprender la búsqueda de «objetivos comunes» en lugar de caer en la «divisionismo»⁴⁹. La reconciliación de Washington con la CPI estaba en marcha.

El entusiasmo de Ocampo por haber sido contactado por el Consejo de Seguridad de la ONU no se tradujo precisamente en una actividad muy enérgica ante los hechos sobre el terreno en el oeste de Sudán, donde, según afirmó, la situación de inseguridad hacía imposible una investigación judicial. Preocupados ante la posibilidad de que dejara caer en saco roto un referimiento tan importante, Hans-Peter Kaul y sus jueces colegas de la Sala de Cuestiones Preliminares dieron el paso sin precedentes de solicitar una opinión externa. Cassese, presidente del equipo de investigación de la ONU de 2005, y Louise Arbour, alta comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, fueron invitados a presentar informes *amicus curiae*, que fueron debidamente condenatorios. Según decían, Ocampo estaba exagerando los problemas de seguridad. Cassese había entrevistado a numerosos testigos, tanto en Darfur como en Jartum, mientras que el fiscal no había «llegado más allá del hotel Hilton», tal y como reconoció su fiscal auxiliar⁵⁰. Indignado, Ocampo respondió que su investigación se estaba desarrollando con mucho éxito a partir de los indicios hallados fuera de Sudán. Subió el tono de la retórica, comunicándole al Consejo de Seguridad en diciembre de 2007 que Bashir había planeado personalmente y puesto en marcha un genocidio en dos etapas. Así, en julio de 2008 solicitó una orden de arresto contra Bashir por genocidio y crímenes contra la humanidad. «Bashir no necesita cámaras de gas, balas o machetes», anunció. «Esto es un genocidio»⁵¹.

La Sala de Cuestiones Preliminares en un principio puso reparos: en el marco del Estatuto de Roma, para establecer la existencia del delito de genocidio es necesario demostrar que el autor ha actuado con la intención de destruir a un grupo objetivo; Ocampo no podía proporcionar ninguna prueba directa de la supuesta intención genocida de Bashir. No obstante lo cual, la Sala de Cuestiones Preliminares consideró oportuno

⁴⁹ Jess Bravin, «US Warms to Hague Tribunal», *The Wall Street Journal*, 14 de junio de 2006.

⁵⁰ Andrew Cayley, «Witness Proofing: The Experience of a Prosecutor», *Journal of International Criminal Justice*, vol. 6, núm. 4, septiembre de 2008, p. 780.

⁵¹ Comunicado del Fiscal, La Haya, 14 de julio de 2008.

revocar su decisión en apelación, con lo que finalmente la Corte Penal Internacional emitió una orden de arresto contra Bashir, acusándolo de genocidio en julio de 2010. Ocampo apareció en las páginas de *The Guardian* para declarar que «el genocidio no ha terminado» (aunque el nivel mensual de mortalidad en Darfur había caído significativamente desde el pico alcanzado en 2004 y en 2006 era de pocos cientos), y para denunciar que, según había podido saber la Corte, «las fuerzas de Bashir habían cometido violaciones masivas en Darfur», y que Bashir estaba imponiendo condiciones a los grupos étnicos «encaminadas a causar su destrucción física»⁵². La Corte, por supuesto, no tenía constancia de ese tipo de cosas, y semejante desprecio temerario del deber judicial de imparcialidad de la Fiscalía durante la fase de investigación hace que la integridad de un eventual proceso judicial deba ser puesto en duda. Sin embargo, como en Uganda, los intereses políticos de las grandes potencias demostraron ser más fluidos que la justicia internacional. Save Darfur desapareció de los titulares a la vez que Iraq. Funcionarios norteamericanos continuaron las conversaciones con el gobierno de Jartum acerca de la independencia de Sudán del Sur, un proyecto mimado por Washington. En 2010 el enviado especial de Obama a Sudán andaba sugiriendo que no era el momento oportuno para la rendición de cuentas y la justicia internacional⁵³.

Mientras tanto, en 2006 la CPI se había hecho cargo con éxito de su primer prisionero en custodia. El Gobierno de Joseph Kabila, en la República Democrática del Congo, había acudido a la Corte en 2004 para referir un caso concerniente a su propio territorio. Lo hizo aparentemente bajo la presión de Europa, y fue el segundo caso referido por un Estado a la Corte Penal Internacional, después del de Museveni⁵⁴. La Fiscalía ya había decidido centrar su investigación en la región nororiental de Ituri, tal vez –según han sugerido los comentaristas– porque allí había menos pruebas para relacionar a Kabila con las atrocidades⁵⁵. Rico en oro, Ituri se había visto sacudido por el éxodo de Ruanda; la entrada de las fuerzas ruandesas y ugandesas había inflamado, y explotado, conflictos sobre

⁵² Luis Moreno Ocampo, «Now end this Darfur denial», *The Guardian*, 15 de julio de 2010.

⁵³ Informe de Scott Gratton: «Sudan: Fifth Anniversary of the Comprehensive Peace Agreement», *Foreign Press Centre*, Washington DC, 11 de enero de 2010.

⁵⁴ D. Bosco, *Rough Justice*, cit., p. 99.

⁵⁵ Phil Clark, «Law, Politics and Pragmatism: The ICC and Case Selection in Uganda and the Democratic Republic of Congo», en Nicholas Waddell y Phil Clark (eds.), *Courting Conflict? Justice, Peace and the ICC in Africa*, Londres, 2008.

tierras que eran en parte disputas de naturaleza tribal de larga duración. Múltiples grupos de milicias locales luchaban por hacerse con el control, aliándose con o contra los soldados de Kabila, Kagame y Museveni, o bien con los de la fuerza de paz de la ONU, la MONUC. Uno de los líderes de las milicias era Thomas Lubanga Dyilo, vástago de una familia local y licenciado en psicología que anteriormente había sido aliado de Uganda, pero que se separó en 2001 para crear su propia Union des Patriotes Congolais. En 2003 Lubanga se trasladó a Kinshasa para registrar la UPC como partido político en el marco del acuerdo de reparto de poder firmado por mediación de la ONU, que daría lugar a las primeras elecciones generales de la República Democrática del Congo en 2006. Pero en febrero de 2005, las fuerzas de la MONUC en Ituri fueron atacadas por milicianos. Kabila, que estaba bajo presión internacional para reaccionar debidamente a los acontecimientos, arrestó a Lubanga en uno de los hoteles de lujo de Kinshasa.

La investigación de Ocampo sobre la situación en Ituri había avanzado lentamente; ante la ausencia de pruebas de que Lubanga ordenara crímenes violentos, el fiscal pensó que podía montar un caso en su contra por el reclutamiento de soldados menores de edad. Así, la CPI emitió una orden de arresto en febrero de 2006 y Lubanga fue rápidamente trasladado a La Haya en un avión militar francés. Se presentó ante la Sala de Cuestiones Preliminares el 20 de marzo de 2006, y fue el primer acusado en comparecer ante la CPI. El hecho de que el único cargo en su contra fuera el reclutamiento de menores de quince años sorprendió a muchos: las milicias congoleñas, y la de Lubanga no era una excepción, cometían regularmente violaciones masivas. El Estatuto de Roma fue el primer tratado internacional en reconocer y definir tales actos como crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad, y no simplemente como actos colaterales a la guerra. Grupos congoleños de derechos humanos y colectivos de mujeres advirtieron de que los cargos presentados eran susceptibles de «ofender a las víctimas y agrandar aún más la creciente desconfianza en el trabajo de la CPI, y en concreto de la Fiscalía, en la República Democrática del Congo»⁵⁶.

Otros motivos de preocupación surgieron en cuanto al manejo del caso por parte del fiscal, cuando se reveló, pocos días antes de la fecha prevista

⁵⁶ «Beni Declaration on the Prosecutions by the ICC» por ONG por los derechos humanos y de la mujer, Beni, North Kivu, RDC, 16 de septiembre de 2007.

para el juicio, que Ocampo se había negado a revelar pruebas exculpatorias a la defensa. El fiscal había recibido miles de documentos de la Misión de la ONU en el Congo (informes de situación semanales, informes de protección de la infancia, etcétera) en relación con la región de Ituri. Los funcionarios de la MONUC habían asumido que estos informes simplemente harían las veces de «balizas» que orientarían una investigación más en profundidad por parte de la Fiscalía, y fueron entregados con la expectativa de la confidencialidad. Sin embargo, la investigación detallada no era la especialidad de Ocampo, y su caso se apoyó en gran medida en los informes de la MONUC. Una serie de desencuentros tuvieron lugar entre el fiscal y los jueces de la CPI, los cuales en un momento determinado detuvieron el procedimiento y ordenaron la inmediata liberación de Lubanga. El juicio se puso finalmente en marcha en enero de 2009, pero fue suspendido de nuevo después de que testigos de la defensa testificaran que determinados intermediarios que trabajaban para los investigadores de la Fiscalía habían entrenado y sobornado a testigos para que afirmaran que habían servido como soldados menores de edad. Por último, el 14 de marzo de 2012, aproximadamente seis años después de su primera comparecencia en La Haya, Lubanga fue declarado culpable de reclutar menores de 15 años y condenado a catorce años de prisión. Para un tribunal establecido para juzgar únicamente «los crímenes más graves», esta sentencia ponía el listón bastante bajo⁵⁷.

Otro reo acusado a resultas de la investigación de la Fiscalía sobre la «Situación en la República Democrática del Congo» ya ha sido absuelto. Mathieu Ngudjolo, líder de una milicia que había chocado con fuerzas de Lubanga en la aldea de Bogoro, en Ituri, en 2003, fue acusado de crímenes de lesa humanidad perpetrados durante los combates. Ngudjolo negó haber ordenado el ataque, y alegó que sólo supo del mismo días después. Al igual que en el caso de Lubanga, la investigación de la Fiscalía dejó mucho que desear. Su primera indagación forense en Bogoro no se llevó a cabo hasta 2009, seis años después de los hechos, lo que

⁵⁷ En mayo de 2008, estando aún abierto el caso de Lubanga, la CPI emitió una orden de arresto contra Jean-Pierre Bemba, experimentado político congoleño y archirrival de Kabila, que había ejercido como vicepresidente en el Gobierno de transición de 2003 y había logrado un 40 por 100 de los votos en las elecciones de 2006. Bemba se había retirado en Bélgica en 2007 ante el acoso de las fuerzas de Kabila. Una vez emitida la orden de arresto, fue detenido inmediatamente por la policía belga y llevado a La Haya. Su juicio, por cargos relacionados con los ataques supuestamente perpetrados por su milicia contra opositores del Gobierno de Patassé en la República Centroafricana en 2002-2003, comenzó en 2010 y cuatro años después aún continúa en La Haya. Véase D. Bosco, *Rough Justice*, cit., pp. 141-142.

disminuía en gran medida su valor probatorio. Gran parte de las pruebas consistieron en informes de los funcionarios de la MONUC o de ONG. Al dictar la sentencia absolutoria en diciembre de 2012, el juez encargado de presidir el tribunal, Bruno Cotte describía las pruebas como «demasiado contradictorias y demasiado vagas»⁵⁸. Cabía esperar que la primera resolución absolutoria de la Corte se recibiera como un signo de independencia de los jueces, una señal de que no eran éstos jueces de horca. Sin embargo, la reacción de las ONG de la Coalición por la CPI (CCPI) fue de indignación. Human Rights Watch anunció que la sentencia dejaba a las víctimas de Bogoro «sin justicia por su sufrimiento», mientras que otros grupos hablaron del «abandono de las víctimas». Organizaciones que una vez fueron conocidas por su defensa del derecho de los acusados a un juicio justo ahora lamentaban que los jueces se hubieran abstenido de condenar cuando las pruebas para hacerlo eran manifiestamente insuficientes.

Tranquilizando a Israel

Hacia el final del segundo periodo de Gobierno de Bush, la selección que iba haciendo la CPI de las situaciones dignas de investigación empezaba a ser muy reveladora. La Fiscalía había cerrado el archivo sobre Iraq en febrero de 2006, justo cuando la insurgencia estaba alcanzando su apogeo, anunciando que, si se habían cometido crímenes de guerra en el país, no alcanzaban el umbral de «gravedad» requerida. El tribunal también hizo la vista gorda en Afganistán, un país miembro, en el que, por lo tanto, el fiscal podría haber ejercido su potestad para actuar de oficio, tan duramente ganada; las tímidas peticiones de información fueron simplemente ignoradas por las potencias de la OTAN que ocupaban el país. El feroz ataque de tres semanas de Israel contra Gaza, iniciado a finales de diciembre de 2008, amenazó con dar a la CPI más de un dolor de cabeza. Días después de que la Operación Plomo Fundido llegara a su fin en enero de 2009, el ministro de Justicia de la Autoridad Palestina viajó a La Haya y presentó una declaración ante la Corte Penal Internacional que otorgaba la competencia a la Corte respecto de los crímenes perpetrados en territorio palestino desde el 1 de julio de 2002⁵⁹.

⁵⁸ «DR Congo: Mathieu Ngudjolo Chui acquitted of war crimes by ICC», *BBC News*, 18 de diciembre de 2012.

⁵⁹ Los Estados no miembros están autorizados a hacer semejante declaración conforme al artículo 12(3) del Estatuto de Roma; a tenor de dicho artículo, el fiscal abriría una investigación en Costa de Marfil en 2011.

Además, el informe de la Misión de Investigación de la ONU sobre el conflicto de Gaza, publicado en septiembre de 2009, había hallado evidencias de crímenes de guerra generalizados y de lesa humanidad, y describía la Operación Plomo Fundido como «un ataque deliberadamente desproporcionado diseñado con el fin de castigar, humillar y aterrorizar a la población civil, disminuir radicalmente su capacidad económica local tanto para trabajar como para autoabastecerse, y para forzar en ella un sentimiento cada vez mayor de dependencia y vulnerabilidad»⁶⁰.

La Misión recomendaba al Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas que presentase su informe al fiscal de la CPI, y proponía que el Consejo de Seguridad, si lo estimaba oportuno, refiriera la situación en Gaza a la Corte Penal Internacional. Naturalmente, Estados Unidos habría bloqueado cualquier acción del Consejo de Seguridad, y ninguna de las dos recomendaciones prosperaron. La secretaria de Estado, Condoleezza Rice, emitió una advertencia a la Corte: «La manera en que la CPI maneje los asuntos relacionados con el Informe Goldstone será percibida por muchos en Estados Unidos como una prueba sobre la misma»⁶¹. La Oficina del Fiscal se puso a trabajar para la ocasión, y durante los tres años siguientes la CPI anunció con bastante énfasis que estaba llevando a cabo un análisis jurídico serio con el fin de determinar si los territorios palestinos constituyen un Estado a los efectos del artículo 12. Se invitó a organizaciones no gubernamentales, a eruditos y profesionales a que hicieran sus aportaciones, y hubo más correspondencia con la Autoridad Palestina. Finalmente, pocas semanas antes del final de su mandato en 2012, Ocampo anunció sus conclusiones: la decisión no recaía en él⁶².

Con la llegada del Gobierno de Obama, los defensores de la justicia internacional pasaron a ocupar puestos clave del gabinete. Samantha Power accedió al Consejo de Seguridad Nacional, encargada de los asuntos multilaterales. En el Departamento de Estado, Hillary Clinton expresó su

⁶⁰ Consejo de Derechos Humanos de la ONU, «Report of the United Nations Fact-Finding Mission on the Gaza Conflict», 15 de septiembre de 2009, para. 1690.

⁶¹ Wikileaks, memoria desclasificada de la Misión estadounidense ante las Naciones Unidas dirigida al secretario de Estado en Washington, «Ambassador Rice Meeting with ICC President Song», 3 de noviembre de 2009.

⁶² CPI, Oficina del Fiscal, «Situation in Palestine», 3 de abril de 2012. Ocampo desestimó comunicaciones provenientes de ONG sobre el ataque israelí de 2010 al buque Mavi Marmara, parte de la flotilla de ayuda a Gaza, en razón de la insuficiente gravedad de las alegaciones.

pesar por que Estados Unidos no se hubiera unido a la Corte⁶³. Nombró a Harold Koh (exdecano de la Facultad de Derecho de Yale) asesor legal, a Anne-Marie Slaughter, directora de Planificación de Políticas y a Stephen Rapp, embajador de la Misión Especial para crímenes de guerra. Altos funcionarios de la CPI comenzaron a recibir invitaciones del Departamento de Estado y la Casa Blanca. En marzo de 2009 la Fiscalía ofreció sesiones de orientación claramente política a diplomáticos estadounidenses, como Susan Rice, embajadora de la línea dura de Obama ante la ONU, sobre la manera de tranquilizar a China ante un cambio de régimen en Sudán⁶⁴. La Fiscalía se hallaba por entonces inmersa en luchas burocráticas, en medio de acusaciones de acoso sexual (Ocampo despidió a la denunciante, que a su vez ganó el pleito subsiguiente por despido improcedente) con gran resonancia mediática. Ocampo, sin embargo, sería seleccionado por la revista *The Atlantic* como uno de los «pensadores valientes» («gente dispuesta a arriesgar sus vidas, reputaciones y fortunas en la búsqueda de grandes ideas»), junto con Steve Jobs, Chris Christie *et alia*⁶⁵. Washington retomó su asiento de observador en la Asamblea de los Estados Miembros de la CPI (ASP) en noviembre de 2009, y jugó un papel central en los preparativos para la Conferencia de Revisión prevista para el verano siguiente.

Blindar a los estadounidenses

En junio de 2010 los representantes de la ASP se reunieron en Kampala, Uganda, para hacer balance de los primeros siete años de la Corte. Ban Ki-Moon recibió a los delegados en la terraza de un hotel de cinco estrellas con vistas al lago Victoria. La delegación estadounidense, encabezada por Koh, fue de lejos la más grande: treinta negociadores, en comparación con los quince de los Países Bajos, once de Alemania, diez del Reino Unido y siete de Francia. Koh dejó claro que Estados Unidos no estaba dispuesto a sufrir otra derrota en una votación. El debate principal se centró en el crimen de agresión, que quedó sin definir en Roma. Después de arduas negociaciones, Koh estaba exultante con el compromiso final: mientras Estados Unidos continuara siendo un país no signatario, «ningún ciudadano estadounidense puede ser procesado por agresión»⁶⁶. La Conferencia de Kampala define el *acto* de agresión como

⁶³ D. Bosco, *Rough Justice*, cit., p. 154.

⁶⁴ «US embassy cables: ICC prosecutor alleges Bashir secret fortune of \$9bn», cable fechado el 24 de marzo de 2009, *The Guardian*, 17 de diciembre de 2010.

⁶⁵ «Brave Thinkers 2011», *The Atlantic*, 4 de octubre de 2011.

⁶⁶ D. Bosco, *Rough Justice*, cit., p. 166.

«el uso de la fuerza armada por parte de un Estado contra la soberanía, la integridad territorial o la independencia política de otro Estado, o en cualquier otra forma incompatible con la Carta de las Naciones Unidas». El *crimen* de agresión fue igualmente definido como «la planificación, preparación, inicio o ejecución de un acto de agresión por parte de una persona en posición efectiva de controlar o dirigir la acción política o militar de un Estado, que por su carácter, gravedad y escala constituya una violación manifiesta de la Carta de las Naciones Unidas»⁶⁷. La triple condicionalidad –carácter *más* gravedad *más* escala– permitía una gran flexibilidad e indeterminación legal.

Más importante aún fue el hecho de que la competencia de la Corte sobre el crimen de agresión quedó severamente limitada. En los casos de remisión por parte de un Estado, o cuando el fiscal proceda de oficio, la Corte no tiene jurisdicción sobre la agresión cuando esta sea cometida por nacionales de un Estado no miembro o en su territorio, precisamente el enfoque restrictivo de la competencia defendido por Estados Unidos en Roma en 1998⁶⁸. Solo cuando el Consejo de Seguridad refiera un caso de presunta agresión a la Corte podrá la Fiscalía abrir una investigación, al igual que sucede con otros crímenes tipificados en el Estatuto. Por otra parte, los Estados miembros podrán optar por no reconocer la competencia de la Corte respecto del crimen de agresión. Las enmiendas de Kampala también requieren de la ratificación o aceptación de por lo menos treinta Estados miembros, así como de una decisión por mayoría de dos tercios de la ASP para activar la jurisdicción de la Corte, lo cual no tendrá lugar hasta el 1 de enero de 2017. Hasta el momento solo siete Estados las han ratificado⁶⁹.

La *détente* entre Estados Unidos y la CPI ha dado paso a un cálido acercamiento. El patrón establecido por primera vez en los Balcanes en la década de 1990 ha vuelto a surgir: la intervención militar occidental irá acompañada de la intervención judicial de la CPI a modo de aparato justificativo. Así sucedió con la última intervención de la OTAN en Libia. El 26 de febrero de 2011, apenas una semana después de la primera manifestación en contra de Gadafi en Trípoli, el Consejo de Seguridad de la ONU votó a favor de remitir la situación en Libia a la CPI. A los pocos días, Ocampo convocó una conferencia de prensa para anunciar que ponía al

⁶⁷ Estatuto de Roma, artículo 8 bis.

⁶⁸ W. Schabas, *Introduction to the ICC*, cit., p. 77.

⁶⁹ Hacia finales de 2013 Alemania, Luxemburgo, Liechtenstein, Estonia, Samoa, Trinidad y Tobago, y Botsuana habían ratificado las enmiendas de Kampala.

ministro de Asuntos Exteriores libio y al jefe del Servicio de Inteligencia «sobre aviso» de que serían penalmente responsables de los actos de las personas a su mando⁷⁰. El Defensor Público de la Corte para la Defensa se vio obligado a emitir una reconvencción: la publicación de los nombres de los sospechosos en una etapa tan temprana del procedimiento contravenía la presunción de inocencia y, dado el carácter tumultuoso de los acontecimientos sobre el terreno en Libia, era discutible que la investigación pudiera continuar tras la divulgación de nombres de posibles sospechosos en ausencia de «orden judicial o criterios de aceptabilidad». El objetivo de la disuasión habría sido mejor servido si se hubieran delineado claramente los tipos de acción susceptibles de ser perseguidos por la Corte⁷¹.

Ocampo siguió, no obstante, adelante, y el 16 de mayo de 2011 solicitó a la Sala de Cuestiones Preliminares que emitiera órdenes de arresto contra Gadafi, su hijo Saif Al-Islam y el jefe de la inteligencia militar, Abdullah Al-Senussi. En junio, mientras continuaban los siete meses de bombardeos de la OTAN para «proteger» a los ciudadanos libios, el fiscal volvió a salir en las noticias, para afirmar que tenía pruebas de que Libia había adquirido «contenedores» de «medicamentos de tipo Viagra», y de que Gadafi estaba ordenando personalmente la violación de cientos de mujeres⁷². Pfizer, el fabricante de Viagra, se sintió obligado a emitir un comunicado en el que afirmaba que la compañía había «detenido los envíos de todos los productos a Libia en febrero, cuando las sanciones entraron en vigor». Resultó que Ocampo estaba simplemente repitiendo como un loro los comentarios que había hecho dos meses antes Susan Rice en una reunión cerrada del Consejo de Seguridad, cuando Estados Unidos estaba tratando de intensificar la intervención militar. La acusación se desestimó discretamente. Las acciones contra Saif Gadafi y Senussi se retrasaron cuando las autoridades libias insistieron en proseguir sus propios juicios en Libia. En mayo de 2013, la Sala de Cuestiones Preliminares de la CPI determinó que Libia no estaba en condiciones de llevar a cabo el procesamiento de Saif, por lo que su caso debía verse en La Haya, mientras que en octubre dictaminó, en franco contraste, que Libia había demostrado tener la voluntad y la capacidad para procesar

⁷⁰ «International Criminal Court investigates Libya violence in response to UN request», UN News Centre, 3 de marzo de 2011.

⁷¹ CPI, Office of Public Counsel for the Defense [Oficina del Defensor Público para la Defensa], Carta al fiscal, 2 de marzo de 2011.

⁷² «Gaddafi ordered mass rape, ICC prosecutor says», *France24*, 9 de junio de 2011.

a Senussi. Ambas decisiones han sido apeladas. Pero, una vez más, los tejemanejes de la comunidad internacional han quedado en evidencia.

El mandato de nueve años de Ocampo como fiscal de la CPI llegó a su fin en junio de 2012. Su sucesora es Fatou Bensouda, fiscal adjunta de la Corte que había logrado mantener una relación de trabajo con Ocampo, empeño en el que tantos colegas fracasaron. Nacida en Gambia en 1961, Bensouda estudió derecho en Lagos, y regresó a su país natal en 1987 para trabajar en el Ministerio Fiscal. En 1998 fue nombrada ministra de Justicia y fiscal general por el exmilitar autócrata Yahya Jammeh, cargo que dejó dos años después, al parecer tras caer en desgracia ante aquel. Entre 2001 y 2004 trabajó como abogada litigante en el TPIR, en Arusha. El nombramiento de una fiscal africana es obviamente útil en el momento actual, en el que la Corte se enfrenta a crecientes acusaciones de racismo y de albergar prejuicios antiafricanos. Allí donde Moreno Ocampo era impetuoso, Bensouda es prudente y considerada. Ella se describe a sí misma como «una persona orientada hacia las víctimas», y cuenta con el apoyo del grupo de presión de las ONG; antiguos colegas suyos dicen de ella que «está menos dotada como abogada litigante y es más apreciada por su personalidad afable y su capacidad de organización»⁷³. Sin embargo, hay pocas razones para esperar algún cambio de fondo en la CPI. Bensouda ha dicho que considera la Corte como una «herramienta» de la doctrina de la Responsabilidad de Proteger, que constituye el manto ideológico de las prácticas bélicas de los Estados del Atlántico Norte. El presupuesto anual de la Corte ha pasado de los 30 millones de euros iniciales en 2002 a más de 100 millones en la actualidad. Japón es ahora el primer contribuyente, con casi 20 millones de euros, con Alemania en segundo lugar, con 11,5 millones. La CPI pronto se mudará a una zona residencial de lujo en la costa de Scheveningen. Sus actuales instalaciones, a decir de sus funcionarios, «carecen de la dignidad propia de la sede de un tribunal», la imagen «no se corresponde con la idea de una Corte universal permanente»⁷⁴. Las obras en el nuevo emplazamiento ya han comenzado, y está previsto que la Corte se traslade a su nuevo hogar en 2016. Según sus arquitectos, el diseño, un enorme bloque de vidrio, pretende transmitir la idea de eminencia y autoridad, así como de confianza y esperanza.

⁷³ Rick Gladstone, «A Lifelong Passion Is Now Put to Practice in The Hague», *TNYT*, 18 de enero de 2013.

⁷⁴ Informe sobre la futura sede permanente de la CPI para la Quinta Sesión de la Asamblea de Estados Miembros, 31 de octubre de 2006, para. 91.

¿África en el banquillo?

En julio de 2012 la Fiscalía abrió una investigación sobre la situación en Malí; se trataba de su octava investigación formal y de la octava centrada en África⁷⁵. El enfoque miope de la Corte ha levantado las iras del continente. El hecho de que la intervención militar de antiguas potencias coloniales haya ido seguida, casi *de jure*, de la intervención judicial por parte de la CPI ha despertado suspicacias comprensibles en África. En la cumbre de la Unión Africana en Adís Abeba en mayo de 2013 el primer ministro de Etiopía, Hailemariam Desalegn, acusó a la CPI de «cazar» africanos a causa de su raza⁷⁶. La idea de que el derecho penal internacional es una imposición neocolonial ya no se limita a la crítica especializada de teóricos del derecho internacional, sino que ahora es entre las elites poscoloniales de Adís Abeba y otras capitales africanas donde suena más fuerte. Cuando el Consejo de Seguridad se negó a aplazar el proceso contra Bashir, la Unión Africana adoptó una resolución en la que instaba a los Estados africanos a no cooperar con la CPI. La UA también ha exigido que se detengan las acciones contra el presidente keniano, Uhuru Kenyatta, y su vicepresidente, William Ruto, acusados de alimentar la violencia después de las elecciones impugnadas de 2007, y ha deliberado sobre la posible retirada en masa de los miembros africanos del Estatuto⁷⁷.

⁷⁵ La investigación de Malí se abrió en respuesta a un informe hecho por el breve Gobierno militar de Amadou Sanogo, sin duda a instancias de París; las fuerzas francesas llegaron al país seis meses después, en enero de 2013. El informe preliminar de Bensouda aparecía una vez más limitado a una de las partes del conflicto, centrado en supuestos crímenes de los combatientes rebeldes. De las fuerzas del Gobierno o de los paracaidistas franceses no había mención alguna. Algo similar ocurrió con respecto a Costa de Marfil ante la crisis poselectoral y la intervención francesa de 2010-2011: se presentaron cargos ante la CPI contra el candidato derrotado, Laurent Gbagbo, su esposa Simone y el ministro para el Deporte y la Juventud por «crímenes contra la humanidad» durante la violencia poselectoral; no hubo cargos contra la oposición apoyada por Francia, ni contra la propia fuerza de intervención.

⁷⁶ «African Union accuses ICC of “hunting” Africans», *BBC News*, 27 de mayo de 2013.

⁷⁷ Sesión Extraordinaria de la Asamblea de la Unión Africana, Adís Abeba, 11-12 de octubre de 2013. La investigación keniana fue la única instada por Ocampo en ejercicio de su facultad para actuar de oficio. El juicio de Ruto comenzó el 10 de septiembre de 2013 en La Haya, mientras que el de Kenyatta se ha venido retrasando, la última ocasión después de que el fiscal solicitara más tiempo tras recibir revelaciones de que un testigo clave había mentado; ambos continúan en sus cargos como presidente y vicepresidente de Kenia. En septiembre de 2013, la Asamblea Nacional de Kenia instó al Gobierno a que «tomara las medidas necesarias para retirarse inmediatamente del Estatuto de Roma»: Laura Klein Mullen, «Kenya Lawmakers Approve Motion to Withdraw from ICC», *Jurist*, 5 de septiembre de 2013.

Es evidente que las investigaciones emprendidas por la Corte han coincidido en cada caso con las preocupaciones imperiales; menos evidente es que estén motivadas por un simple racismo, sin perjuicio del papel que ha jugado la Corte a la hora de reproducir una prolongada dinámica de *racialización* en el ámbito del derecho internacional⁷⁸. A juzgar por el expediente de la Corte, los crímenes contra la humanidad y los crímenes de guerra son actos cometidos por los no occidentales. Las salas de La Haya replican un patrón histórico en el que, como Makau Mutua pone de manifiesto, «la moralidad proviene de Occidente, agente civilizador contra formas inferiores de civilización»⁷⁹. Las imágenes de un fiscal blanco y trajeado que sale de su helicóptero en las calientes llanuras de África –uno de los muchos hábitos desafortunados de Ocampo– reproducen, al igual que el lenguaje mismo del derecho penal internacional y del humanitarismo, la metáfora racializada de salvajes, víctimas y salvadores: la violencia de los crímenes internacionales se halla fuera del Occidente civilizado; sus víctimas indefensas esperan la intervención salvadora de la OTAN o de los abogados de derechos humanos formados en Estados Unidos.

También la doctrina de la «complementariedad» afirma una fuerte división entre los países occidentales, con su desarrollada arquitectura judicial –países que, tal y como dijo con autosuficiencia el representante alemán, nunca se verán incapaces de llevar a cabo una acusación–, y el resto del mundo, donde la CPI podrá identificar más fácilmente casos de ineficacia de sistemas judiciales. A este respecto, la Corte parece reproducir el derecho internacional colonial del siglo XIX, fundamentado en una distinción entre Estados civilizados e incivilizados⁸⁰. Esta forma de entender el papel de la Corte Penal Internacional surgió relativamente tarde en el proceso de negociación. El proyecto de la CDI de 1994 había previsto una Corte muy similar a los tribunales *ad hoc*: si el fiscal de la Corte optaba por proceder con un caso, los tribunales nacionales no podían adelantarse para hacer el trabajo en su lugar⁸¹. Pero bajo la

⁷⁸ Sobre la continua importancia de esta dinámica, véase Robert Knox, «Civilising Interventions? Race, War and International Law», *Cambridge Review of International Affairs*, vol. 26, núm. 1, 2013, pp. 111-132.

⁷⁹ Makau Mutua, *Human Rights: A Political and Cultural Critique*, Philadelphia, 2002, p. 15.

⁸⁰ Véase Anthony Anghie, *Imperialism, Sovereignty and the Making of International Law*, Cambridge, 2004.

⁸¹ El término «complementariedad», de hecho, no aparece en el Estatuto de Roma, si bien el artículo 1 menciona que la Corte «tendrá carácter complementario de las jurisdicciones penales nacionales».

estrategia de procesamiento desarrollada por Moreno Ocampo, la complementariedad adquirió una importancia central: «Conforme a este diseño, la intervención de la Fiscalía debe ser excepcional: solo intervendrá cuando los Estados no lleven a cabo las investigaciones y actuaciones judiciales, o cuando pretendan hacerlo, pero en realidad no quieren o no puedan llevar a término dichos procedimientos»⁸². En teoría, el principio anima a desarrollar las instituciones judiciales nacionales; en la práctica, otorga a la Fiscalía una discreción considerable a la hora de decidir si y cuándo emprender acciones judiciales, y a menudo ese principio ha sido objeto de abusos. El sistema judicial de la región de Ituri era completamente funcional cuando La Haya se hizo cargo de la custodia de Lubanga, por cortesía de las fuerzas de seguridad de Kabila. Del mismo modo, cuando el fiscal recibió la remisión de Uganda, su poder judicial era «uno de los más competentes y robustos de África»⁸³. La única razón por la que Uganda era considerada «incapaz» de enjuiciar provenía de su dificultad para asegurar la custodia de los líderes del LRA, pero, como muchos comentaristas han señalado, en este sentido Uganda no estaba en peor posición que la Corte misma⁸⁴. En realidad, la CPI decidió que esta era una manera no controvertida de sentar a un reo en el banquillo.

Incluso dentro de sus estrechos horizontes africanos, la Corte ha dispensado una justicia selectiva. En Uganda, sólo los líderes de la LRA han sido procesados, mientras que Museveni, un aliado de Occidente, goza de impunidad. En Sudán, una firme campaña para acusar a Bashir ha otorgado a los movimientos rebeldes un *imprimatur* inmerecido, y ha socavado los esfuerzos por una paz duradera. En la RDC, el tribunal ha procesado a líderes de milicias de poca monta, mientras que ha hecho la vista gorda ante los embates de las fuerzas del Gobierno de Kabila, de Uganda y Ruanda, que han saqueado el país durante décadas. Acaso de forma aún más perniciosa, las intervenciones de la CPI destilan anteojeras ideológicas ante la cuestión de la naturaleza de la violencia de masas en el orden mundial contemporáneo. La concepción de los crímenes de guerra y los crímenes de lesa humanidad en tanto que producto del

⁸² «Report on Prosecutorial Strategy», ICC, 14 de septiembre de 2006.

⁸³ Ph. Clark, «Law, Politics and Pragmatism», cit., pp. 40-41. De hecho, tal y como un reciente estudio ha establecido claramente, las intervenciones de la CPI en Uganda y Sudán no han ido seguidas de un aumento significativo de acciones judiciales internas efectuadas por crímenes relacionados con el conflicto armado: Sarah Nouwen, *Complementarity in the Line of Fire: The Catalysing Effect of the International Criminal Court in Uganda and Sudan*, Cambridge, 2013.

⁸⁴ W. Schabas, *Introduction to the ICC*, cit., p. 167.

salvajismo crudo o de individuos devotos oscurece las estructuras y las relaciones sociales en las que tales crímenes se inscriben. Los casos de violencia masiva se entienden como eventos aleatorios, abstraídos de los contextos históricos y socioeconómicos que les han dado forma. Esto es particularmente evidente en el caso del Congo, donde las potencias occidentales supervisaron el asesinato de Patrice Lumumba, primer líder electo del país después de la independencia, y a continuación apoyaron durante treinta años la dictadura asesina y plutocrática de Mobutu, no fuera que el país se inclinara hacia la izquierda durante la Guerra Fría. Ahora los hijos e hijas de aquellos Gobiernos occidentales se consideran a sí mismos aptos para juzgar a los líderes locales nacidos del monstruoso régimen de Mobutu.

Tal y como las reacciones a la absolución de Ngudjolo pusieron de manifiesto, muchos de los defensores de los derechos humanos y de la justicia internacional que una vez se interesaron por los derechos de los acusados ahora han pasado a preocuparse en su lugar por las víctimas y el «flagelo de la impunidad». El enjuiciamiento y la condena se conceptualizan cada vez más como la «satisfacción del derecho humano de las víctimas a la reparación», en palabras de Darryl Robinson⁸⁵. Amnistía Internacional se centraba antaño en la liberación de los prisioneros políticos y la noción de «amnistía» era fundamental para su misión, y se preocupaba por el trato dado a los acusados en custodia y por su derecho a un juicio justo. Hoy en día, ante el surgimiento de un complejo internacional de justicia penal, Amnistía se opone sistemáticamente a las leyes de amnistía y no suele cuestionar el trato dado a los acusados de delitos internacionales⁸⁶. Esto se hizo evidente en la Conferencia de Roma, en la que las ONG de derechos humanos bajo el paraguas de la CCPI fueron las voces más estridentes en favor de la acusación. Estos grupos abogaron fuertemente por definiciones amplias y abiertas de los delitos y de las modalidades de la responsabilidad, y por defensas limitadas, a fin de evitar al máximo sentencias absolutorias que pusieran en peligro el derecho «de las víctimas a la justicia»⁸⁷. Tal y como expuso Robinson:

⁸⁵ Darryl Robinson, «The Identity Crisis of International Criminal Law», *Leiden Journal of International Law*, vol. 21, núm. 4, diciembre de 2008, p. 930.

⁸⁶ Karen Engle, «Self-critique, (Anti)politics and Criminalization», en José María Beneyto y David Kennedy (eds.), *New Approaches to International Law: The European and American Experiences*, La Haya, 2012.

⁸⁷ Machteld Boot, *Genocide, Crimes against Humanity, War Crimes: Nullum Crimen Sine Lege and the Subject Matter Jurisdiction of the ICC*, Cambridge, 2002, p. 614.

Mientras que en un sistema nacional uno puede escuchar que es preferible dejar que diez personas culpables queden libres antes de condenar a una sola persona inocente, la literatura [sobre el derecho penal internacional] parece encontrar un equilibrio bastante diferente, embargada como está por el temor a que los acusados puedan «eludir la condena» o «librarse de rendir cuentas» a menos que los principios de inculpación se amplíen y los principios de descargo se restrinjan⁸⁸.

Sin embargo, lejos de poner fin a la impunidad *de facto* de la que vienen disfrutando desde hace largo tiempo los poderosos, la CPI ha contribuido a institucionalizarla. Las intervenciones selectivas y altamente politizadas de la Corte han operado para reproducir narrativas unilaterales de conflictos complejos, demonizando a algunos perpetradores como *hostis humani generis* [enemigos del género humano] y legitimando al mismo tiempo intervenciones militares en nombre de la humanidad. La lógica de esta modalidad de «derecho penal internacional» la explicó con franqueza refrescante el exfiscal en una reciente entrevista en la CBC de Canadá. La OTAN y la Corte deberían trabajar de la mano, sirviéndose mutuamente: «Integrar el Consejo de Seguridad, la CPI y las fuerzas de la OTAN»⁸⁹. Si un día fue celebrada como manifestación del cosmopolitismo kantiano, la CPI ha servido, por el contrario, para proteger y fortalecer a las potencias imperiales y ha sido menos una herramienta de justicia internacional que la coadyuvante judicial para la intervención occidental.

⁸⁸ D. Robinson, «The Identity Crisis of International Criminal Law», pp. 930-931.

⁸⁹ «Defiant Assad», *CBC News*, 9 de noviembre de 2012.

TERI REYNOLDS

COMUNICADOS DESDE DAR

HABÍA DEJADO EL HOSPITAL y se me hacía tarde para el aeropuerto. No obstante, no corría. Me hallaba sentada en medio del tráfico en Dar es Salam, inmersa en ese tipo de tráfico ancho y profundo en el que vas pasando por predecibles estados de rabia, desesperación y resignación, solo para que la resignación se vea perturbada por la esperanza cada vez que hay algunos metros de progreso, que son un mero borrón y cuenta nueva para el regreso de la rabia.

Había sido un periodo difícil el transcurrido en el hospital al que había venido a trabajar. La población de Dar casi se ha duplicado en la última década, hasta rondar los cinco millones. La mayoría vive en barrios construidos por ellos mismos, sin acceso al suministro público de agua y con letrinas de pozo por todo saneamiento. Tanzania tiene un ingreso per cápita anual de alrededor de 600 dólares, una esperanza de vida promedio de 51 años y un sistema de salud piramidal saturado que transfiere a los pacientes a un pequeño número de hospitales especializados. Carece de un sistema prehospitalario y prácticamente no hay acceso a los servicios de emergencia. El nuestro fue el primer servicio de urgencias del país, servicio que se prestaba en un nuevo centro añadido a un gran hospital público nacional sobrecargado, con recursos insuficientes y simplemente desbordado por necesidades que no podía afrontar. El nuevo servicio de urgencias elevó radicalmente los índices de reanimación temprana y de estabilización, gracias sencillamente a la sustitución de una sala apenas atendida donde los pacientes esperaban en sillas de metal hasta morir o hasta que alguien del servicio hospitalario bajara a atenderlos. Ahora estábamos viendo a un centenar de pacientes al día, realizando triajes (que se hacían en cuestión de minutos), estabilizando traumas y efectuando reanimaciones de septicemias, y haciendo siempre

hincapié en la capacitación, la capacitación, la capacitación. Si bien es cierto que en nuestro pequeño mundo se salvaban vidas, probablemente a diario, la interfaz con el resto del sistema no era precisamente fluida.

Teníamos dos ventiladores en la sala de urgencias, así que en caso necesario, y cuando el paciente parecía tener posibilidades de sobrevivir, le insertábamos el tubo para respirar. Pero la Unidad de Cuidados Intensivos no admitía a pacientes portadores del VIH, así que a menudo teníamos las manos atadas, y además había una gran cantidad de otros impedimentos. Cuando poníamos a los pacientes en los ventiladores, las enfermeras de la UCI tenían que llamar a los médicos correspondientes para que acudieran a ayudar a hacerse cargo de ellos. Normalmente eran las enfermeras las que, en la práctica, llevaban la UCI, lo cual permitía a los médicos dedicarse a sus trabajos privados. Sucedió, sin embargo, que nuestra reanimación temprana había aumentado la necesidad de consulta de los médicos, que, por otra parte, deberían haber estado allí de todos modos. En una ocasión, encontrándome yo en el coche con nuestro director tanzano, brillante y excéntrico, recibimos una llamada exigiendo que en lo sucesivo llamáramos a la UCI para obtener su aprobación antes de cada intubación. Recuerdo que en tono de burla nos referíamos a esto como el procedimiento tABC, donde la «t» indicaba «teléfono», y solo después comenzaba lo importante: vía aérea, respiración, circulación. Escuché la voz que gritaba al otro extremo de la línea. Nuestro director replicó fuera de sí, gesticulando, como era su estilo, y soltó el volante por completo. La batalla había estado librándose durante todo el mes, con acusaciones cruzadas. Nos dijeron que los médicos de la UCI habían irrumpido en la sala, arrancado los tubos y reubicado a los pacientes en otras salas, donde la mayor parte moriría. Yo soy la primera en condenar el exceso en la práctica de los cuidados intensivos en la mayoría de los países ricos, nuestra incapacidad de ser sensibles, humanos y realistas a la hora de la muerte. Pero aquí se trataba, sobre todo, de jóvenes con enfermedades infecciosas agudas o en situaciones traumáticas graves que necesitaban un par de días de apoyo ventilatorio para vivir treinta años más. Así que continuamos intubando.

El tráfico avanzó unos metros, pero solo porque alguien más adelante se había dado por vencido y se había echado a un lado de la carretera para dormir una siesta. Mi taxi era un viejo Toyota Cressida, que debía de haber sido en su día un modelo de lujo con todo el equipamiento al completo. Cada vez que avanzábamos, se oía el sincopado clic-clac de las cerraduras automáticas que se abrían y cerraban, un mecanismo probablemente diseñado originalmente para bloquear el coche por seguridad, una vez

en movimiento. Después de una explosión particularmente fuerte de clic-clac, miré al conductor. «Automatic», dijo, lo que podría haber significado: «No hay nada que pueda hacer yo», pero el orgullo en su voz hizo que sonara más como: «¡Es una ventaja, no un problema!». Adoraba su coche. Los clic-clacs eran periódicamente interrumpidos por el zumbido ocasional de una advertencia de cinturón de seguridad y el ding-dong de la señal de puerta abierta. Sin duda en algún momento había habido un cortocircuito. O tal vez la puerta estaba realmente abierta; a la velocidad a la que íbamos, eso importaba poco. Clic-clac, buzzz, dingdong. Clic-clac, buzzz, clic-clac, buzzz..., dingdong. Los semáforos, brillantes y bien mantenidos, pasaron inútilmente de rojo a verde sobre la cabeza de un guardia de tráfico, que era quien realmente controlaba el flujo. Aunque llevaba haciéndolo todo el día, trabajaba con una intensidad frenética, animando a los coches como si la intersección que debían atravesar fuera una frontera militar a punto de cerrarse y esta fuese su última oportunidad de hacerlo. Es difícil imaginar cómo podía mantener esa intensidad en medio del calor, pero lo cierto es que así parecía hacerlo cada agente de tráfico de la ciudad. Las luces cambiaron otra vez de rojo a verde por encima de su cabeza sin relación alguna con el comportamiento del tráfico. Mucho se había hablado de los nuevos semáforos en los periódicos: señalaban la ciudad como un lugar que avanzaba hacia el futuro, se decía. De modo que no es que no tuvieran su sentido; simplemente, no era un sentido que tuviera nada que ver con el tráfico.

Existe un término, *skeuomorfo*, para denotar una característica que una vez fue funcional y ha pasado a ser decorativa. A mí me la explicaron hace veinte años con el ejemplo de un patrón de costura en el salpicadero de vinilo moldeado de un coche. Originalmente, los coches tenían detalles de cuero que *requerían* puntadas para mantenerlos fijos. Con la llegada de los vinilos y los plásticos moldeados, esos acabados podrían haber sido superficies perfectamente lisas, pero en lugar de eso lo que ocurrió es que la costura pasó de ser un componente necesario a una simulación moldeada a modo de decoración. Hoy en día, *skeuomorfo* se suele utilizar más bien para hablar de la interfaz de usuario en el mundo de la informática, el así llamado escritorio: para hablar de la forma en que un documento se arruga en la papelera cuando se suprime, o de los iconos de las carpetas con el detalle de la pequeña pestaña originalmente diseñada para introducir dentro una etiqueta de carpeta.

Si la costura moldeada y el escritorio son imágenes que evocan un pasado artesanal, una especie de nostalgia de pasar los dedos por una superficie que no sea completamente plana, mi mundo en Dar se me

presentaba repleto de cosas como aquellos semáforos, cosas que no servían exactamente a su propósito original, sino a otros fines, tales como «señalar la modernidad en una ciudad que cambia rápidamente». Clic-clac, buzzz..., dingdong. En ese momento, en medio del tráfico, me pregunté si no estaríamos haciendo también intubaciones decorativas, procedimientos que nunca tendrían la oportunidad de servir a su función prevista, dado que los pacientes eran extubados antes de tiempo al día siguiente. Me pregunté si no estaríamos realizando una medicina de emergencia de fachada, que no era tal cosa debajo de la superficie. Tenía cierto sentido pensar todo eso, pero...

Entonces el semáforo se puso en rojo, el guardia de tráfico nos dejó pasar y clic-claqueamos al aeropuerto a tiempo. Nuestro director ganó la batalla de la intubación y muchas, muchas otras durante el año siguiente, antes de que muriera de forma inesperada a los 39 años. La UCI está bajo una nueva dirección, el servicio de urgencias ha visto a 100.000 pacientes y la mortalidad hospitalaria se ha reducido en general. Yo terminé viviendo en Dar, con el cometido de ejecutar el programa de residencia de emergencia. El grupo original de médicos en formación se convirtió en un grupo de especialistas facultativos el pasado mes de julio, seis de los ocho, con contratos públicos indefinidos para quedarse y enseñar en el departamento. La semana pasada vi a uno de ellos enseñarle a intubar a un recién incorporado. «Sé que a este tipo se le ve mal», dijo, «pero si usted hace esto bien, estará en casa con su familia en un par de días». Y así fue¹.

¹ Una versión anterior de este artículo apareció en el *Emergency Medicine Journal*, vol. 31, núm. 1, enero de 2014.

THOMAS PIKETTY

Entrevista

LA DINÁMICA DE LA DESIGUALDAD

Tu nuevo libro, Le capital au XXI^e siècle (2013), sintetiza los resultados de un impresionante programa de investigación que utiliza un enfoque comparativo, a largo plazo¹. Los resultados para diferentes países en términos de distribución de la riqueza son notablemente uniformes; suponen un desafío tanto a las teorías de la «convergencia» como a la idea de que los niveles de desigualdad tienden a disminuir con el tiempo. ¿Cómo explicas la relativa falta de especificidades nacionales y hasta qué punto pueden estos resultados a largo plazo servir para predecir el futuro?

LE CAPITAL AU XXI^E SIÈCLE esboza un marco interpretativo general para unos datos que han sido recogidos por todo un equipo. Es un trabajo muy diferente al libro que escribí en 2001 sobre las rentas superiores en Francia: se ocupa de veinticuatro países en vez de uno solo, abarca un periodo de varios siglos y considera la riqueza tanto en términos de activos como de rentas². Los activos son importantes porque los datos disponibles nos permiten tener una visión más a largo plazo de las desigualdades de riqueza; el impuesto sobre la renta no se estableció en la mayoría de los países occidentales hasta principios del siglo XX, de manera que sobre esa base no podemos retroceder lo suficiente como para situar las dos guerras mundiales en una perspectiva adecuada. Trasladar el centro de atención desde las rentas a los activos, incluyendo la riqueza heredada, nos permite transformar

¹ Thomas Piketty, *Le capital au XXI^e siècle*, París, 2013; *Capital in the Twenty-First Century*, Cambridge (MA), 2014. Este texto se basa en una entrevista realizada por Alice Béja y Marc-Olivier Padis, «Le retour du capital et la dynamique des inégalités», *Esprit*, noviembre de 2013; las seis últimas cuestiones fueron planteadas por la *NLR*.

² T. Piketty, *Les hauts revenus français au xxe siècle: inégalités et redistributions*, 1901-1988, París, 2001.

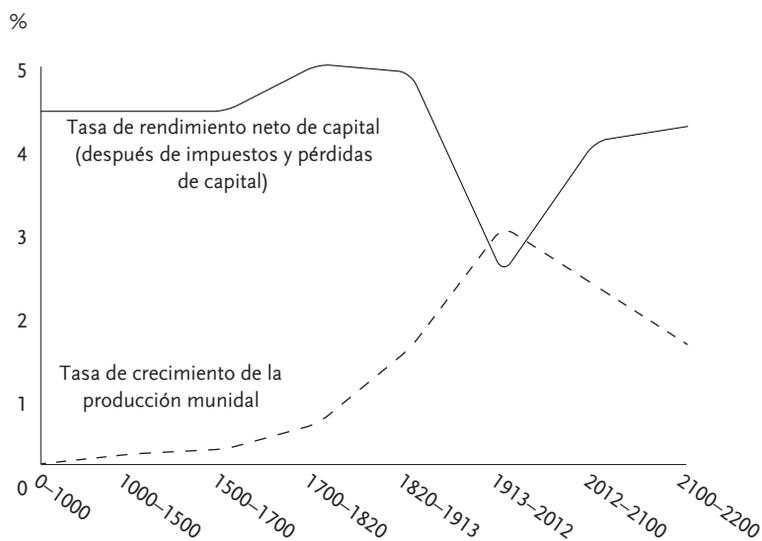
el modelo de investigación y profundizar en el marco temporal hasta la Revolución Industrial, estudiando las dinámicas que actuaban en el siglo XIX. Esta ampliación de la perspectiva hubiera sido imposible sin la ayuda de mis colegas.

En cuanto a las similitudes entre países, hay que extraerlas de los datos y establecerlas en el análisis. He intentado hacerlo así sin pasar por alto las historias nacionales de la riqueza, por ejemplo, el papel desempeñado por el capital procedente del tráfico de esclavos en Estados Unidos, por el modelo renano en Alemania o por la magnitud de la deuda nacional británica en el siglo XIX, que aumentó la riqueza privada creando unos rentistas financieros que se añaden a los preexistentes rentistas de la tierra. La situación era muy diferente en Francia porque la deuda nacional fue liquidada varias veces y la nacionalización desempeñó un papel fundamental. Por ello, cada país tiene sus propias especificidades y su propia historia cultural. Las respuestas nacionales a la desigualdad también dependen de cómo se percibe el propio país en relación a otros. Por ejemplo, Estados Unidos a menudo ha justificado su desigualdad interior contrastándola con la desigualdad europea. O bien Europa ha sido considerada la tierra de los privilegios –lo que condujo a que Estados Unidos estableciera un impuesto sobre las rentas más altas a principios del siglo XX para evitar parecerse a la vieja Europa, a la que consideraban extremadamente desigual– o, a la inversa, Estados Unidos ha denunciado el colectivismo e igualitarismo europeo, como ha sucedido en las últimas décadas. Cada país considera su propio modelo como intrínsecamente más justo.

Mi énfasis sobre ciertas leyes universales, como la relación entre la tasa de crecimiento y los rendimientos del capital, no implica ninguna creencia en un absoluto determinismo económico, sino todo lo contrario. Sin embargo, las similitudes no pueden ignorarse. En el siglo XX los Estados europeos compartieron la experiencia de las dos guerras mundiales. Las dinámicas de la desigualdad evolucionaron similarmente en todos ellos: las diferencias crecieron rápidamente durante la *belle époque*, con una desconocida concentración de riqueza que a partir de 1914 fue disminuyendo gradualmente debido a las transformaciones sociales producidas por el conflicto, la descolonización y el desarrollo del Estado del bienestar. Pero desde la década de 1980 han vuelto a crecer de nuevo. En 1914-1918 y 1939-1945 los países sufrieron diferentes grados de destrucción material, pero, en última instancia, las conmociones políticas y las cargas de

los gastos de guerra tuvieron similares efectos sobre sus economías. Así sucedió con Gran Bretaña, por ejemplo, que sufrió menos destrucción que Francia o Alemania, pero que, no obstante, surgió de la Segunda Guerra Mundial con una gran reducción de su riqueza privada. Durante los *trente glorieuses*, esta reducción de los niveles de riqueza privada condujo a la ilusión de que habíamos entrado en una nueva fase del capitalismo, en una clase de capitalismo sin capital o por lo menos sin *capitalistas*. Pero el capitalismo no había sido estructuralmente reemplazado; se trataba esencialmente de una transitoria fase de reconstrucción. La riqueza fue restaurada, aunque gradualmente. Solamente ahora, a principios del siglo XXI, encontramos los mismos niveles de riqueza que en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial: alrededor de seis veces la renta nacional anual en comparación con poco más del doble de la renta nacional en la década de 1950.

CUADRO I: TASAS DE RENDIMIENTOS DESPUÉS DE IMPUESTOS VERSUS TASA DE CRECIMIENTO A NIVEL MUNDIAL, I-2200 d. C.



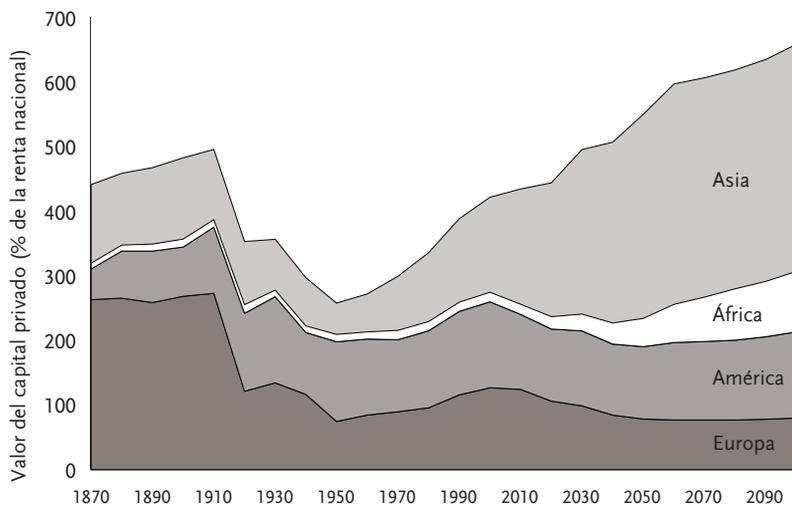
Fuente: piketty.pse.ens.fr/en/capital21c

Desde luego, las diferencias nacionales se mantienen; por ejemplo, en Alemania la tasa de valorización del capital ha sido más baja que en Francia, entre otras cosas, porque en el modelo renano la propiedad empresarial está dividida entre accionistas y empleados. Sin embargo, a pesar de ello sigue habiendo tendencias generales, especialmente el que las tasas de crecimiento sean inferiores a los rendimientos del capital, y, en consecuencia, haya una tendencia a que las desigualdades aumenten en vez de disminuir. Con la excepción del siglo XX así ha sucedido durante largos periodos de la historia humana (cuadro 1).

La tesis de la convergencia, que plantea que la desigualdad disminuirá automáticamente a medida que el capitalismo se desarrolle, tiene unos frágiles fundamentos teóricos y empíricos. Se basa fundamentalmente en una hipótesis formulada por Simon Kuznets en la década de 1950. Kuznets observó una reducción de las diferencias de ingresos en Estados Unidos entre 1910 y 1940; los economistas querían creer en estos optimistas resultados y los convirtieron en una ley. En realidad, esa reducción de las desigualdades se debía en gran parte a las guerras mundiales, pero la gente asumió que había algún mecanismo teórico universal que producía una tendencia hacia la armonía. Otro factor fue que realmente ha habido muy pocos estudios históricos sobre la desigualdad, en parte debido a la separación académica entre la historia y la economía.

He intentado ofrecer una visión equilibrada sobre las dinámicas en funcionamiento. Desde luego hay algunas fuerzas hacia la convergencia; la más llamativa, la difusión del conocimiento. Actualmente, los niveles de producción per cápita son muy similares entre los países capitalistas avanzados, Europa, Estados Unidos y Japón; la renta per cápita anual está alrededor de los 30.000 euros en todos estos países. Las diferencias son mínimas, a pesar de las grandes variaciones de los modelos sociales nacionales y de los tipos impositivos. Es posible que este proceso de convergencia continúe e incluya igualmente a algunos de los países emergentes. Pero, si nos fijamos en las dinámicas de la riqueza, hay unas enormes presiones hacia la divergencia tanto dentro de los países como a escala global (cuadro 2). En un mundo de débil crecimiento, el hecho de que los rendimientos del capital sean mayores que las tasas de crecimiento tiende automáticamente a aumentar las desigualdades de riqueza heredadas.

CUADRO 2: DISTRIBUCIÓN MUNDIAL DEL CAPITAL PRIVADO COMO % DE LA RENTA NACIONAL, 1870-2090.



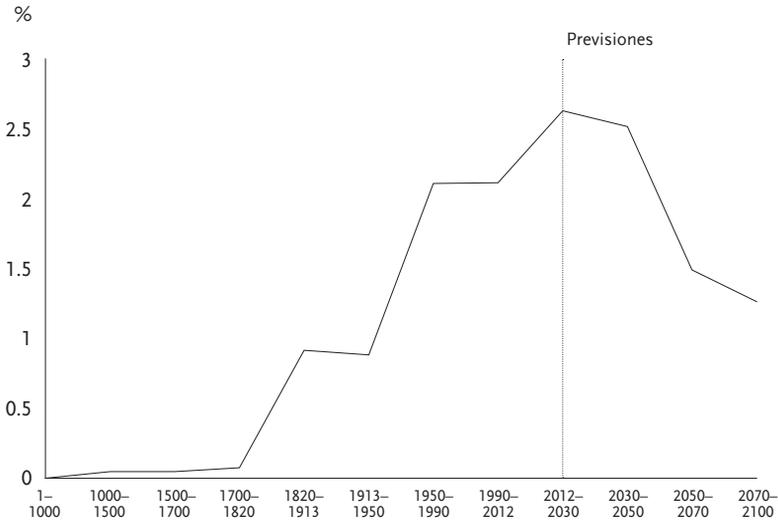
Fuente: piketty.pse.ens.fr/en/capital21c

¿Entonces son solamente las conmociones externas, como las guerras, las que pueden limitar esta acumulación?

El crecimiento puede compensar el proceso de concentración. Pero un crecimiento débil no puede compensar demasiado. Tanto Marx como los neoliberales están equivocados respecto al crecimiento. Marx lo ignora, mientras que los neoliberales consideran que es la solución a todos los problemas. Para Marx, el crecimiento se debe exclusivamente a la acumulación de capital; no hay un aumento autónomo de la productividad. La contradicción lógica del capitalismo que identificaba Marx es que la proporción capital/renta aumenta *ad infinitum*, de modo que el rendimiento del capital finalmente debe caer hasta cero: el sistema capitalista es intrínsecamente inestable y de forma natural conduce a la revolución. La experiencia del siglo XX muestra que este esquema es demasiado sombrío en términos económicos (y demasiado mecánico en sus conclusiones políticas). El aumento de la productividad y el crecimiento de la población (cuadros 3 y 4) han hecho posible equilibrar la ecuación de Marx y evitar la tendencial caída de los rendimientos. Pero el punto de equilibrio solo se puede alcanzar con una acumulación y concentración

de riqueza extremadamente elevada, incompatible con los valores democráticos. No hay nada en la teoría económica que garantice que el nivel de desigualdad en el punto de equilibrio sea aceptable; tampoco hay nada que garantice la presencia de mecanismos estabilizadores automáticos que puedan crear un equilibrio general.

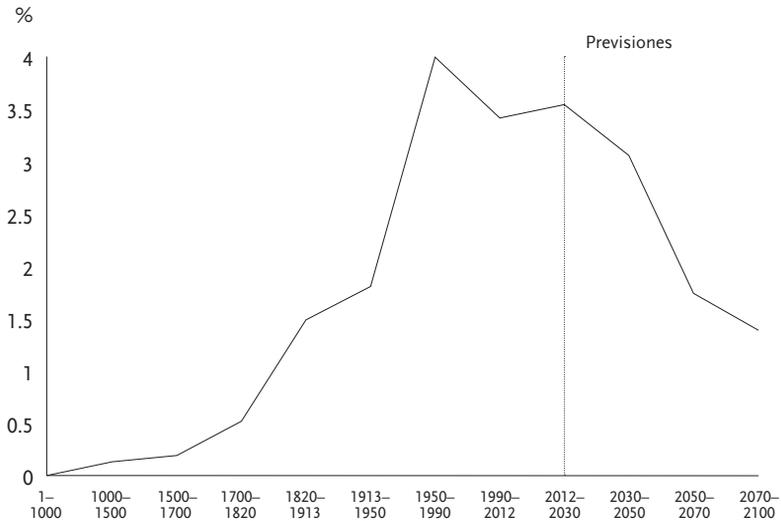
CUADRO 3: TASAS MUNDIALES DE CRECIMIENTO PER CÁPITA, 1-2100 d. C.



Fuente: piketty.pse.ens.fr/en/capital21c

Algunos han afirmado que la tasa de rendimiento del capital descenderá «naturalmente» hasta el nivel de la tasa de crecimiento. Sin embargo, históricamente no hay ninguna evidencia de ello. Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, la tasa de crecimiento era cero, pero, no obstante, había un rendimiento de los activos; habitualmente, un rendimiento medio del 4-5 por 100 de la renta de la tierra. Realmente, este era el fundamento del orden social, ya que permitía a un grupo de gente, la aristocracia terrateniente, vivir de esos ingresos. El hecho es que la tasa de rendimiento de los activos ha sido consistentemente más elevada a largo plazo que la tasa de crecimiento; eso no supone ningún problema lógico, pero sí plantea la cuestión de si en un contexto democrático es aceptable la reproducción y el reforzamiento de la desigualdad que crea semejante proporción.

CUADRO 4: TASAS MUNDIALES DE CRECIMIENTO MUNDIAL, 1-2100 d. C.



Fuente: piketty.pse.ens.fr/en/capital21c

En el siglo xx estaba ampliamente aceptado que las fuerzas del racionalismo llevarían a la eliminación de la renta económica, en el sentido de los excesos de rendimientos obtenidos gracias a una ventaja posicional. Esto lo podemos ver en la evolución del lenguaje. Actualmente «renta» se asocia sistemáticamente con «monopolio». Cuando se pregunta al presidente del BCE, Mario Draghi, qué hay que hacer para salvar Europa, contesta que necesitamos combatir las prácticas rentistas, con lo que quiere decir que hay que abrir sectores protegidos como los taxis y las farmacias, como si solamente la competencia pudiera purgar la renta económica. Pero el hecho de que los rendimientos del capital sean más elevados que la tasa de crecimiento no tiene nada que ver con los monopolios y no se resuelve con más competencia. Por el contrario, cuanto más puro y competitivo es el mercado de capital, mayor es la brecha entre los rendimientos del capital y la tasa de crecimiento. El resultado final es la separación del propietario y el gerente. En este sentido, el objetivo mismo de la racionalidad del mercado va en contra del de la meritocracia. El objetivo de las instituciones del mercado no es producir la justicia social o reforzar los valores democráticos; el sistema de precios no conoce límites ni moralidades. Indispensable como es, hay cosas

que el mercado no puede hacer y para las que necesitamos instituciones específicas. Muy a menudo se piensa que las fuerzas naturales de la competencia y el crecimiento reorganizan incesantemente por sí mismas las posiciones individuales. Pero en el siglo XX fueron principalmente las guerras las que arrasaron por completo el pasado y repartieron de nuevo las cartas. La competencia por sí misma no garantizará la armonía social y democrática.

Le capital au XXI^e siècle réaffirme la importance de la histoire économique, lo que supone establecer relación con las demás ciencias sociales. Para ello, ¿cómo puede librarse la investigación del dominio de la teoría económica matematizada para llevar a cabo esa transformación?

Yo me considero tanto un científico social como un economista. Cuando estás estudiando cuestiones como la distribución de la riqueza, las fronteras son fluidas y los enfoques deben combinarse por necesidad. Después de acabar mi doctorado en la École Normale Supérieure pasé los primeros años de la década de 1990 en Estados Unidos, dando clases en el MIT y en otros lugares, y me vi muy sorprendido por la autosatisfacción de los economistas en las universidades estadounidenses. Estaban convencidos de que sus métodos eran mucho más científicos que los de sus colegas de las así llamadas ciencias «blandas» como la sociología, la historia y la antropología. Pero su «ciencia» tenía a menudo un carácter muy ideológico.

Desde la caída del Muro de Berlín, los economistas han desempeñado un importante papel en la idealización del mercado, en Estados Unidos y en todo el mundo. A pesar de mi formación científica, siempre me ha llamado la atención la historia. Desde el principio traté de reunir datos sobre la evolución histórica de la distribución de la riqueza porque había muy poca información. Al contrario de lo que algunas veces se escucha, los datos históricos sí existen, tienes que dedicar tiempo a reunirlos, por ejemplo, en los archivos del Ministerio de Hacienda o en los registros testamentarios. No tengo nada en contra de la teoría, pero debe utilizarse con moderación: una pequeña cantidad de teoría puede explicar muchos hechos. Pero la mayor parte del tiempo los economistas hacen lo contrario. Lanzan teorías al aire, lo que les da la ilusión de ser científicos, aunque la base factual de esas teorías pueda ser muy frágil.

En varios momentos recurras a la literatura para reflejar la cambiante naturaleza de la desigualdad. En las obras de Balzac y Austen se reflejan sistemáticamente los activos y los ingresos de los personajes; los lectores de aquel momento sabían lo que significaban. En la literatura contemporánea esta escala se ha perdido: hay poco reconocimiento de la situación económica de los personajes. ¿Han adquirido las desigualdades una cierta clase de invisibilidad cognitiva que hace que sean socialmente más aceptables?

El libro surge en gran parte del miedo a que, poco a poco, las estructuras sociales estén cambiando irremediabilmente sin que nos demos cuenta. Las dinámicas no son fácilmente inteligibles y hay un riesgo real de que nos despertemos para encontrar una sociedad incluso más desigual que la del siglo XIX, porque combinará la arbitrariedad de las desigualdades heredadas con un discurso meritocrático que hace a los «perdedores» responsables de su situación, por ejemplo, porque su productividad es demasiado baja. El potencial para representar estas desigualdades en la literatura se ha reducido, entre otras cosas, por la desaparición de las referencias monetarias. En el siglo XIX, cuando no había inflación, estas desigualdades se presentaban claramente. Cualquier lector entendía inmediatamente lo que significaban las sumas mencionadas en las obras de Balzac y Austen, pero el crecimiento y la elevada inflación del siglo XX barrieron por completo esas referencias. Las cifras se quedan desfasadas rápidamente y en la actualidad incluso nos puede resultar difícil relacionar un salario de la década de 1990 con un nivel de vida o una capacidad adquisitiva concreta.

De forma más general, la fe colectiva en el progreso y los crecientes niveles de vida significan que hay un rechazo a imaginar un mundo moderno tan desigual como el del siglo XIX. Desde luego, todavía no hemos llegado a esa situación, y no quiero resultar catastrofista, pero en determinadas condiciones podría suceder, ya que hay una deliberada ceguera ante la lógica de las dinámicas contemporáneas. Por ejemplo, los organismos que elaboran las estadísticas nacionales rechazan publicar los ingresos de los escalones superiores; por lo general no pasan del percentil noventa, oficialmente para no «incitar al populismo» y a la envidia. Con esta lógica, hubiera sido posible elaborar un informe en 1788 diciendo que todo estaba en orden, porque la aristocracia formaba solamente el 1 o el 2 por 100 de la población. Pero en un país como Francia o Gran Bretaña, el 1 por 100 representa a 500.000 o 600.000 personas; en Estados Unidos, a tres millones. Esa gente ocupa una

buena cantidad de espacio; estructuran un orden social. El propósito no es incitar a la envidia, las distinciones sociales no plantean problemas si son útiles para todos, como establece el artículo 1 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 («Las distinciones sociales solo pueden fundamentarse en la utilidad pública»). Pero tiene en que regularse cuando empiezan a ir en contra del bien común.

El que los investigadores y las instituciones públicas no describan las desigualdades existentes en términos precisos supone una verdadera abdicación de responsabilidades. Deja el campo abierto a las listas de riqueza que publican revistas como *Forbes* o a los Informes sobre Riqueza Global que elaboran los grandes bancos que toman el papel de «productores de conocimientos». Pero la base metodológica de sus datos no está clara y los resultados son en gran medida ideológicos, un himno al espíritu empresarial y a las bien merecidas fortunas. Además, el simple hecho de centrarse en las «quinientas personas más ricas» es una manera de despolitizar el tema de la desigualdad. El número es tan pequeño que pierde significado. Aparenta mostrar desigualdades extremas, pero en realidad ofrece un cuadro tranquilizador. Las desigualdades tienen que comprenderse de una forma más amplia. Por ejemplo, si se consideran las fortunas superiores a 10 millones de euros en vez de 1.000 millones, ello representa una parte muy importante de la riqueza total. Necesitamos las herramientas adecuadas para representar la desigualdad. El movimiento del 99 por 100 en Estados Unidos fue una manera de hacer esto. Centrarse en el 1 por 100 más rico hace posible comparar diferentes sociedades que de otra forma parecerían incomensurables. Hablar de «altos ejecutivos» o de «rentistas» puede parecer más preciso, pero estos términos son históricamente específicos.

Las desigualdades contemporáneas algunas veces se describen como una «guerra de generaciones», en la que los jóvenes quedan privados de su herencia social, que está siendo derrochada por los nacidos en la posguerra. ¿Cuál es tu opinión sobre eso?

De los *trente glorieuses* surgieron dos grandes ilusiones sobre la desigualdad. La primera es el enfoque de la «guerra de generaciones», que sostiene que, con la elevación de las expectativas de vida, los activos se han convertido en una manera de trasladar el ingreso del trabajo a la jubilación. Cuando eres joven, eres pobre, pero luego acumulas ingresos que consumes cuando te jubilas. Esto ofrece una alentadora visión de la

desigualdad de la riqueza, ya que sugiere que todos serán pobres y ricos por turno, algo que sería suficientemente legítimo. Pero eso representa solamente una minúscula parte de la acumulación y concentración de la riqueza: en realidad la desigualdad de la riqueza es casi tan grande entre las generaciones como dentro de ellas; en otras palabras, la guerra generacional no ha reemplazado a la guerra de clases. Una de las razones de ello es la dimensión acumulativa de la concentración: ahí donde tienes acumulación y herencia de la riqueza, la concentración se acelera. Por poner un ejemplo concreto, es más fácil ahorrar –y así acumular riqueza– cuando has heredado un piso y no tienes que pagar un alquiler. Las pensiones basadas en el sistema de reparto pueden añadirse a esto en el sentido de que contribuyen a conservar la riqueza acumulada, ya que la gente no necesita consumir su capital al retirarse.

La segunda ilusión es la teoría del «capital humano». Está basada en la idea de que con el desarrollo tecnológico la capacitación humana tendría más importancia que las instalaciones industriales, los edificios, la maquinaria, etcétera; habría cada vez más necesidad de conocimiento experto del individuo y cada vez menos necesidad de capital no humano, propiedades, activos materiales y financieros. De acuerdo con esta hipótesis, los accionistas serían reemplazados por gerentes. La realidad es que esto no ha sucedido. Si el conocimiento humano ha progresado, lo mismo ha sucedido con el capital no humano, y la relación entre los dos no ha cambiado demasiado. Se podría concebir una economía robótica en el siglo XXI en la que la participación del capital humano en la renta nacional disminuiría. Esto no equivale a decir que lo peor va a suceder. Pero el mercado no tiene un mecanismo automático de corrección. Yo sostengo que un impuesto progresivo sobre el capital privado sería uno de esos mecanismos.

En el capítulo final de Le capital au XXI^e siècle resalta el papel de los impuestos y analizas varias posibilidades para escapar de la trampa de la deuda incluyendo el reembolso, la inflación y el incumplimiento de pagos. La deuda, desde luego, es uno de los factores que promueven la perpetuación de las grandes fortunas, ya que crea rentistas financieros. ¿Por qué defiendes los impuestos como solución?

Lo que estoy defendiendo no es simplemente cualquier viejo impuesto, sino un impuesto progresivo sobre el capital, que es más apropiado que el impuesto sobre la renta para el «capitalismo patrimonial» del siglo XXI.

Esto no significa que el impuesto sobre la renta debiera abolirse. Un impuesto sobre el capital privado es crucial para combatir las crecientes desigualdades, pero también sería una herramienta útil para resolver crisis de la deuda pública con contribuciones de cada uno según su riqueza. Ese sería el ideal, difícil pero indispensable de conseguir. En el corazón de todas las grandes revoluciones democráticas del pasado ha habido una revolución fiscal y lo mismo sucederá en el futuro.

La inflación es un impuesto sobre el capital de los pobres. Reduce el valor de los pequeños activos –saldos bancarios individuales– mientras que las acciones y las propiedades inmobiliarias quedan a salvo. No es la solución correcta, pero es la más fácil. Otra posibilidad es imponer un largo periodo de penitencia, como hizo Gran Bretaña en el siglo XIX para liquidar su deuda. Pero eso puede llevar décadas y al final se gasta más en los intereses de la deuda que en inversión en educación. De muchas maneras, la deuda gubernamental es un problema falso; representa un préstamo que nos hacemos a nosotros mismos. En términos de riqueza privada, Europa nunca ha sido tan rica; son los Estados los que son pobres. Por eso se trata de un problema de distribución. Esta simple realidad ha sido olvidada. Europa tiene enormes ventajas: su modelo social, sus heredados niveles de vida; representa el 25 por 100 del PIB global. Tiene suficiente espacio geográfico para regular el capitalismo eficazmente. Pero no tiene una visión prospectiva de su propio futuro.

Apoyaste al Partido Socialista en las elecciones de 2012 en Francia y ofreciste consejo sobre las políticas fiscales redistributivas que debía aplicar. ¿Te ha sorprendido que, por el contrario el Gobierno de Hollande haya asumido las principales demandas de la Federación de Empresarios?

Realmente, no estoy sorprendido. Hollande resultó elegido principalmente porque el electorado quería librarse de su predecesor, lo que sin duda era algo bueno. Pero realmente no tenía una plataforma política que seguir.

Proporcionas una convincente proyección a largo plazo de las desigualdades que surgen de tasas de rendimiento del capital que superan a las tasas de crecimiento. Sin embargo, tu predicción sobre futuras tasas de crecimiento –del 1,2 por 100 para las economías avanzadas y del 4 al 5 por 100 para las emergentes hasta el año 2030, con un crecimiento mundial ralentizándose al 1,5 por 100 en 2050– parece apoyarse en una concepción algo mecánica de la

recuperación y la convergencia. ¿Cuál es tu reacción a la opinión alternativa que resalta no la convergencia per se, sino las dinámicas capitalistas: sobre-capacidad sistémica en la producción, por ello, caída de las tasas de beneficio que impulsan el descenso de los salarios y desvían la inversión hacia productos financieros, con una demanda debilitada que se sostiene solamente por una masiva creación de crédito?

Intento basar mis conclusiones sobre las futuras tasas de crecimiento en el análisis de desarrollos anteriores que son el resultado de las fuerzas de la dinámica y la competencia capitalista. Hay que señalar que la caída de las tasas de crecimiento es el producto no solo de la convergencia, sino sobre todo del fin del crecimiento de la población. Esto hace todavía más probable que en el futuro haya una gran brecha permanente entre la tasa de rendimiento del capital y la tasa de crecimiento de la economía. Una importante diferencia entre las conclusiones de Marx y las mías es que Marx creía en la caída de la tasa de beneficio, que de alguna manera ofrece una solución económica al problema de la evolución a largo plazo del sistema capitalista. Yo no creo que exista semejante solución. A partir de la evidencia histórica y del razonamiento teórico, mi conclusión es que no hay nada que impida que la tasa de rendimiento –de la que la tasa de beneficio es solamente un componente– permanezca permanentemente más alta que la tasa de crecimiento, como sucedió hasta finales del siglo XIX y principios del XX.

Podrías decir algo más sobre los datos empíricos que utilizas para apoyar la afirmación de una tasa de rendimiento histórica –que incluye tanto las rentas, etcétera como los beneficios– del 5 por 100?

Las dos primeras partes del libro, que abordan las dinámicas de la proporción capital/renta, se apoyan principalmente en un análisis histórico de las cuentas nacionales. Estas a su vez están basadas en una gran variedad de fuentes que incluyen censos de riqueza –valores de la tierra, valores inmobiliarios, capitalización del mercado de valores–, así como cuentas de empresas, series de la renta, etcétera. El apéndice *online* del libro contiene una completa relación de las fuentes primarias en las que me he basado, así como todos los archivos de datos importantes, principalmente en formatos de Excel o Stata³.

³ Disponible en piketty.pse.ens.fr/capital21c.

También has realizado un trabajo innovador sobre los datos fiscales. Aunque para el estudio de las desigualdades de la riqueza y la renta eso sea claramente superior a apoyarse en encuestas a los hogares, ¿no hay todavía un problema con la extendida evasión fiscal por parte de grandes empresas? Igualmente, ¿confías en que tus datos recojan por completo la acumulación de riqueza en asociaciones empresariales, como los fondos de billones de dólares que maneja Black Rock? Cuando los derechos de propiedad están divididos de maneras tan complejas, ¿es posible evitar tanto la subestimación como la sobreestimación de su impacto sobre la distribución de la riqueza?

La principal razón por la que necesitamos la transparencia fiscal –un registro global de los activos financieros, así como un impuesto progresivo sobre el capital– es precisamente porque necesitamos un mayor conocimiento democrático sobre quién posee qué. Actualmente hay una considerable incertidumbre sobre el nivel exacto de la concentración de la riqueza, y esto sirve para socavar la posibilidad de tener un debate fundamentado y democrático sobre el tipo adecuado y la configuración de la tributación. De acuerdo con los datos imperfectos que he reunido, creo que necesitamos un impuesto sobre el capital fuertemente progresivo para mantener bajo control las dinámicas de la concentración de la riqueza mundial. Pero primero y sobre todo creo que necesitamos más transparencia fiscal para producir hechos comúnmente aceptados.

Atribuyes la disminución sin precedente de desigualdades entre 1914 y 1975 principalmente al impacto de las dos guerras mundiales y a las respuestas políticas que vinieron a continuación. Tu razonamiento otorga poco peso a la igualmente sin precedente fuerza del trabajo organizado durante ese periodo, en partidos obreros y sindicatos, y no mencionas la amenaza que planteaba el comunismo en el Este como una presión sobre el capital para que hiciera concesiones en Occidente. ¿Qué papel ha desempeñado la debilitada posición del trabajo en el aumento de las desigualdades desde la década de 1980?

La disminución de las desigualdades de ingresos entre 1914 y 1945 se debió tanto al impacto de las guerras mundiales como a las respuestas políticas que las siguieron. Los cambios políticos radicales –el auge de la tributación progresiva, la seguridad social, el trabajo organizado, etc.– tuvieron un papel muy importante. Mi planteamiento es simplemente que estos cambios, incluyendo por supuesto a la Revolución bolchevique y la consiguiente amenaza en el Este, fueron en gran parte producto de las conmociones producidas por las guerras y la Gran Depresión. Antes

de 1914 no había ninguna tendencia natural hacia la reducción de la desigualdad. El sistema político era formalmente democrático, pero realmente no daba respuesta al elevado y creciente nivel de concentración de la riqueza. La reducción de la desigualdad durante el siglo xx fue en gran parte producto de violentos levantamientos políticos y no tanto de una pacífica democracia electoral. Creo que esto ayuda a explicar la fragilidad del consenso sobre el que se construyeron algunas de las primeras instituciones y por qué han sufrido graves ataques desde las décadas de 1970 y 1980. La caída del comunismo en torno a 1990 claramente también contribuyó en las dos siguientes décadas al ascenso de una fe ilimitada en el capitalismo del *laissez-faire*.

Pones en duda que los sostenidos niveles de desigualdad que predices para el resto del siglo XXI sean compatibles con los valores democráticos. ¿No estás idealizando unas formas democráticas que han presidido imperturbables el crecimiento de la desigualdad durante las cuatro décadas pasadas? Con la caída de la participación electoral y con la convergencia programática de los partidos de centroizquierda y centroderecha, el apoyo de un simple 27 por 100 de los votantes es suficiente para regresar a un gobierno promercado, como hemos visto en Grecia. ¿Qué razón hay para pensar que este esquema no sobreviva al siglo XXI?

No soy especialmente optimista sobre el futuro. Las lecciones del pasado sugieren que las perturbaciones violentas a menudo desempeñan un papel importante y que las instituciones democráticas formales no siempre responden al crecimiento de la desigualdad, especialmente porque las elites financieras pueden apropiarse de ellas. Pero quiero creer que podemos aprender de pasadas catástrofes y encontrar maneras más pacíficas y sostenibles de regular las dinámicas capitalistas.

JOSHUA BERSON

LA REPROGRAMACIÓN DE LA QUINUA

Una crítica

HACE UNOS AÑOS, *The New York Times* informaba desde Bolivia que la quinua, un alimento habitual de las tierras altas de los Andes, se había vuelto demasiado cara para los consumidores locales, que estaban siendo desplazados por el floreciente mercado de exportación. Los agricultores que la cultivaban podían haberse beneficiado de la creciente demanda por parte de Estados Unidos y Europa, pero la popularidad de la quinua entre los consumidores de los países ricos que buscan una alimentación saludable estaba contribuyendo a empujar a los bolivianos hacia el consumo de unos alimentos procesados más baratos. El consumo doméstico de los nacarados granos disminuyó un tercio entre 2005 y 2010 al mismo tiempo que se triplicaba el precio para la exportación. La malnutrición está creciendo en las regiones donde se produce la quinua. Otros informes hablan de encarnizadas batallas por los terrenos más favorables, de docenas de heridos cuando los agricultores se han enfrentado con hondas y cartuchos de dinamita por las que anteriormente eran tierras abandonadas¹.

Sin duda *The New York Times* ha colaborado en la divulgación del evangelio de la quinua. En los últimos años, el periódico ha publicado docenas de artículos sobre su preparación, con recetas que van desde una ensalada con edamame y maíz hasta un desayuno rápido con leche o agua, tortas, pan integral de quinua y «tartas de acelga». Las primeras recetas resaltaban la versatilidad de la quinua, que sustituía al trigo

¹ Simon Romero y Sara Shahriari, «Quinoa's Global Success Creates Quandary at Home», *The New York Times*, 19 de marzo de 2011; Dan Collyns, «Quinoa Brings Riches to the Andes», *The Guardian*, 14 de enero de 2013.

partido en las ensaladas de verano y al arroz integral en el pilaf. Artículos posteriores han explotado el excepcional contenido de proteínas de la quinua, que proporciona humedad y textura a productos preparados en el horno. Desde su tribuna en *The Times*, la misionera de la quinua, Martha Rose Shulman, ha respondido a la nueva popularidad de la quenopodiácea exhortando a un regreso a lo elemental (tabulé, pilaf de remolacha asada), animando a los lectores para que compren quinua procedente del comercio justo e impulsando las variedades roja y negra menos disponibles. Cualquier duda de que el grano había sido socialmente aceptado se disipó en abril de 2011 cuando *The Times* informó sobre el desconcierto de la comunidad judía norteamericana sobre si la quinua cumplía los requerimientos kosher para la Pascua².

El dilema de la quinua parece pedir una respuesta de los activistas de la alimentación justa, pero qué forma debe adoptar es motivo de polémica. En estos días –y esto no pretende ser una banalización– la justicia alimentaria está que hierve. En mercados intensivamente desarrollados como Nueva York, la conciencia del consumidor sobre los factores sociales y medioambientales implicados en la disponibilidad, calidad nutricional y viabilidad a largo plazo de los productos alimenticios ha alcanzado un nivel que hubiera resultado inimaginable cuando Frances Moore Lappé publicó *Diet for a Small Planet* en 1971. Una bibliografía en aumento ha animado a millones de consumidores del mundo rico para que revisen sus hábitos alimentarios tomando en cuenta la energía y el volumen de agua que exigen, los desechos, los costes medioambientales del transporte a largas distancias, la desaparición de la diversidad genética de plantas y animales, la miseria humana de la producción intensiva en mano de obra y el sufrimiento de animales criados en cautividad³. Ha habido protestas contra la concentración de la propiedad de los recursos genéticos para la agricultura y contra la distorsión de los precios de productos básicos debida a la especulación con los derivados agrícolas⁴. La última oleada de activismo ha construido e inspirado una nueva geo-

² Paul Vitello, «For Passover, Quinoa Is Popular, but Kosher?», *The New York Times*, 17 de abril de 2011.

³ Véase, entre muchos otros, Barbara Kingsolver, Steven Hopp y Camille Kingsolver, *Animal, Vegetable, Miracle*, Nueva York, 2007; Jonathan Safran Foer, *Eating Animals*, Boston, 2009; Carolyn Steel, *Hungry City*, Londres, 2009; Raj Patel, *Stuffed and Starved*, Londres, 2007; Michael Pollan, *In Defense of Food*, Nueva York, 2009.

⁴ Rachel Schurman y William Munro, *Fighting for the Future of Food: Activists versus Agribusiness in the Struggle over Biotechnology*, Minneapolis, 2010.

grafía y sociología rural centrada en los alimentos junto a una nueva disciplina: los estudios sobre la alimentación. Los trabajos esenciales incluyen las obras de Marion Nestle, *Food Politics* y de Julie Guthman, *Agrarian Dreams* y, más recientemente, *Weighing In*⁵.

Agricultura 2.0

La justicia alimentaria se ha vuelto atractiva para una audiencia tan amplia gracias en parte a un nuevo énfasis sobre el placer. La distancia entre las posturas críticas y entusiastas sobre la alimentación se ha reducido considerablemente en los últimos diez años. De hecho, aquellos cuyo amor por la comida es más intenso, más *ctónico*, son los que a menudo están considerados en mejor posición para hablar sobre lo que está mal en el sistema alimentario y cómo podría arreglarse. En los círculos de activistas de la alimentación es habitual consultar a agricultores independientes, a los que se considera autoridades sobre cómo debe saber un tomate (o un melocotón o un lomo de cerdo) y, por extensión, cómo se deben cultivar los alimentos de manera que los sensuales placeres de una dieta terrenal puedan llegar a todos. Esta es una gratificante evolución, por lo menos para los productores especializados que viven cerca de mercados importantes. Pero la apoteosis del placer sensual llegó de la mano de un giro neoliberal en el activismo de la justicia alimentaria. Actualmente, demasiado a menudo los activistas imaginan la reforma del sistema mundial de alimentación como algo que crecerá orgánicamente de una revolución en las elecciones individuales de los hogares. Esta perspectiva se dirige esencialmente a aquellos que no solo están apasionadamente preocupados por la falta de sostenibilidad medioambiental y las crecientes disparidades para la salud del sistema alimentario, sino que también poseen el tiempo y la riqueza para desarrollar una afición por una carismática microproducción.

La visión de las elecciones del consumidor –un producto de lo que Guthman ha denominado el movimiento alimentario alternativo– no ofrece ninguna posibilidad de hablar sobre cómo los sistemas alimentarios reproducen dinámicas sociales que no tratan solamente de lo que comemos. Los activistas pueden reconocer los fracasos sistémicos de la

⁵ Marion Nestle, *Food Politics: How the Food Industry Influences Nutrition and Health*, Berkeley, 2002; Julie Guthman, *Agrarian Dreams: The Paradox of Organic Farming in California*, Berkeley, 2004, y *Weighing In: Obesity, Food Justice and the Limits of Capitalism*, Berkeley, 2011.

producción capitalista de alimentos; la sobreproducción de cultivos básicos, del maíz en particular, se ve como un factor determinante de lo que consideran que es la degradación de los hábitos alimentarios estadounidenses durante la última generación⁶. Pero se abstienen de deducir de esto una necesidad de rehacer el propio sistema. Desde la década de 1980, el giro hacia la responsabilidad personal ha servido para separar al movimiento alimentario alternativo de los derechos de los agricultores y de los llamamientos a la soberanía alimentaria, por un lado, y de las campañas para regular los peligros para la salud de la agricultura industrial, por otro⁷.

Quizá no sea sorprendente que el movimiento de los alimentos alternativos llegara a solaparse con el mundo de las emergentes compañías tecnológicas. Últimamente ha habido mucho revuelo en los círculos alimentarios alternativos alrededor de conceptos como «Agricultura 2.0», agricultura de código abierto y «reprogramar el sistema alimentario»⁸. La esencia de gran parte de esta postura se resume en que el problema de pasados esfuerzos por mezclar la agricultura con la tecnología fue que la tecnología era la *biotecnología* y que las intervenciones se centraban principalmente en hacer que las plantas hicieran cosas para las que no habían evolucionado: crecer el doble de grandes, el doble de rápido o absorber el doble de nitrógeno y fósforo. La Revolución Verde, continúan los argumentos de Agricultura 2.0, no aumentó los rendimientos agrícolas, sino que los comprimió en un marco temporal más corto al mismo tiempo que dejaba a los agricultores más vulnerables que nunca ante las anomalías de los ciclos del clima y de los negocios. La manera de asegurar un suministro seguro de alimentos para todos no era decir a los agricultores que ellos no entendían la ciencia de seleccionar y hacer crecer las cosechas, sino utilizar la tecnología de la información para poner de acuerdo a productores y consumidores y eliminar las deficiencias en la cadena de suministro, al mismo tiempo que se permitía que los agricultores se protegieran a sí mismos desarrollando un abanico de cultivos más amplio. Conectar a los productores de alimentos independientes directamente con el público: en esto consistía la reprogramación.

⁶ J. Guthman, *Weighing In*, cit., pp. 6, 49.

⁷ Sobre la soberanía alimentaria, véase William Schanbacher, *The Politics of Food*, Santa Barbara, CA, 2010. Sobre las toxinas medioambientales, Linda Nash, *Inescapable Ecologies*, Berkeley, 2007.

⁸ Véase las páginas web de Food+Tech Connect, «Hacking the Food System Round Up», 8 de octubre de 2011, y la Grace Communications Foundation, «Hack//Meat: Reimagining the Future of Meat», 12 de diciembre de 2012.

Por otro lado, la agricultura científica ha estado haciendo llamamientos a favor de una clase diferente de intervención tecnológica: un proyecto globalmente coordinado de intensificación sostenible, que no recurre a la clase de iniciativas de las redes sociales que son populares entre activistas de la alimentación alternativa y que se basa fundamentalmente en programas científicos de cultivo y de modificación genética para dotar a las cosechas de resistencia a sequías, inundaciones, plagas y hongos, así como de los deseados perfiles de micronutrientes. Estas propuestas reconocen los límites medioambientales que hay para la intensificación de la producción y señalan la necesidad de reducir las pérdidas posteriores mejorando el almacenamiento, el transporte y el acceso al mercado. Pero los que piden la intensificación sostenible no se refieren a sus propuestas como «reprogramar el sistema de alimentación»⁹.

La paradoja de la quinua –crecimiento de la malnutrición y descenso de la producción para el mercado interior junto a una explosión de las exportaciones– sirve de ejemplo tanto de los problemas que han preocupado a los activistas de la justicia alimentaria como de los que impulsan a los defensores de la intensificación. Por un lado, consumidores relativamente acomodados en Nueva York, incluso aquellos –sin duda, una fuerte facción en la demografía de la quinua– que están más preocupados por comer productos locales, por reconectar con los agricultores etcétera, resultan cómplices de la pérdida de seguridad alimentaria en un lejano lugar. Por otra parte, los problemas que acosan a la nutrición en Bolivia *podrían* ser interpretados como cuestiones de producción doméstica y de una falta de valor añadido por la tecnología de procesado de los alimentos. Lo que resulta interesante sobre el caso de la quinua es que la historia de cómo se volvió tan popular fuera de su región de origen implica ambas clases de intervenciones técnicas, agronómicas e informativas, y ambas visiones del futuro de la alimentación, local, lento y humano o global, intensivo y poshumano. Ver cómo la quinua se convirtió en un alimento global puede ayudarnos a comprender mejor las posibles consecuencias de las diferentes estrategias de intervención en el sistema alimentario y las diferentes clases de valores que surgen de la producción y comercio de los productos agrícolas.

⁹ Charles Godfray *et al.*, «Food Security: The Challenge of Feeding 9 Billion People», *Science*, vol. 327, 5967, 12 de febrero de 2010, pp. 812-818; Royal Society, *Reaping the Benefits: Science and the Sustainable Intensification of Agriculture*, RS Policy Document 11/09, Londres, 2009.

Descubrimientos

Los cálculos sobre la fecha de domesticación de la quinua oscilan entre 3.000 y 5.000 años, con la posibilidad de que se produjeran múltiples procesos independientes de domesticación por diversas zonas de la cordillera andina, desde el sur del altiplano hasta el Ecuador¹⁰. Las evidencias arqueológicas en forma de residuos almacenados señalan la utilización de la quinua como un cultivo en los Andes centrales anterior al 600 d. C. A pesar de la transformadora influencia del periodo inca, en el que la casta dirigente y los sacerdotes colaboraron para incorporar la corvea agrícola al aparato de gobierno, parece probable que los hábitos alimentarios se mantuvieran esencialmente sin cambios. En su estudio sobre términos aimaras, el lingüista jesuita Juan Ludovico Bertonio (1555-1628) citaba un plato llamado *ñacchaya* como «quinua cocinada casi sin agua», *acu thaa* «una tortilla de quinua cocinada en el hielo»; *huccha thaa*, «una tortilla de quinua o maíz secada en frío», y *huaykaya haccu*, «una harina de quinua muy blanca, primero humedecida y después tostada y molida»¹¹. En 1590 se llevaron a España semillas de quinua, dieciocho años después de que el saqueo de Vilcabamba y la ejecución de Túpac Amaru hubieran sellado la conquista del Tahuatinsuyu; no se consiguió que crecieran, quizá porque habían sido lavadas y enjuagadas dejándolas listas para cocinarlas y la quinua no germina si se la despoja de la saponina que recubre la semilla. El naturalista francés Louis Eonches Feuillée recogió quinua en su viaje por los Andes en 1709-1711 y la identificó como una quenopodia en su obra de 1725 *Journal des Observations physiques, mathématiques et botaniques*; en 1797 se le otorga una clasificación binomial linneana¹². Para Alexander von Humboldt, que la encontró en su viaje desde Quito a Lima en 1802, la quinua era a

¹⁰ La quinua puede haber sido introducida inicialmente en los campamentos humanos por camélidos domesticados, como propone el antropólogo Lawrence Kuznar: «Los animales (llamas, alpacas y las actuales cabras) buscan y comen enérgicamente esta planta allí donde la encuentran [...]. Los animales llevan las semillas a los corrales en su pelo y en sus excrementos y las depositan en las zonas de pastoreo. Parece existir un mutualismo entre los rebaños de animales y la quenopodia»; L. Kuznar, «Mutualism between Chenopodium, Herd Animals and Herders in the South Central Andes», *Mountain Research and Development*, vol. XIII, 3, agosto de 1993, pp. 257-265.

¹¹ Juan Ludovico Bertonio, *Vocabulario de la lengua ayмара*, edición facsímil, ed. Julio Platzmann, Leipzig, 1879.

¹² Joseph Ewan, «Plant Resources in Colonial America», *Environmental Review*, vol. I, núm. 2, 1976, p. 54.

la región lo que «el vino era para los griegos, el trigo para los romanos y el algodón para los árabes»¹³.

Un siglo más tarde Hiram Bingham se limitaría a señalar, en su relato de la expedición al Machu Picchu que realizó en 1911, que «la variedad de semilla blanca, después de cocerse, se puede comparar verdaderamente con la avena»¹⁴. Fuera de los Andes la quinua formaba parte de la botánica aplicada solamente en sentido académico. De hecho, los geógrafos y etnólogos que viajaron por la región no se tomaron ningún interés por lo que los habitantes locales hacían con ella. La planta estaba universalmente reconocida como una importante fuente de alimento, capaz de crecer a una altitud donde el maíz no podía hacerlo, pero las descripciones sobre su preparación y sus hábitos de consumo son escasas. El etnólogo alemán Carl Martin, hablando sobre sus observaciones en la parte meridional de la zona de cultivo de la quinua en la década de 1870, señaló que los chiloenses trataban a la quinua, como a otros alimentos, con humo: «Sobre el hogar hay varias cañas que están parcialmente rematadas por trozos de madera. A estas cañas se sujeta todo lo que se pone a curar o a conservar: tocino, jamón, una clase de salchichas y racimos de quinua (*Chenopodium quinua*), el cereal original de los indios»¹⁵.

Interés del norte

El comienzo de la Guerra Fría resultaría ser un punto de inflexión. En 1948 la recién creada Organización para la Alimentación y la Agricultura de Naciones Unidas (FAO) decidió investigar el potencial de la quinua como una solución para la malnutrición entre los «indios de las tierras altas» de América Latina: el «cultivo científico» –selección de semillas, plantación en hileras, riego, fertilizantes industriales– ofreció la posibilidad de doblar la producción. El mismo año, el antropólogo estadounidense Weston La Barre presentó un relato más detallado de los hábitos alimenticios alrededor de la cuenca del lago Titicaca. Señalaba que la quinua ocupaba el segundo lugar en la dieta de los aimaras a continuación de la patata: las puntiagudas panojas producían 2.000 semillas cada una, era fácil de

¹³ Citado en National Research Council, *Lost Crops of the Incas: Little-Known Plants of the Andes with Promise for Worldwide Cultivation*, Washington DC, 1989.

¹⁴ Hiram Bingham, *Inca Land: Explorations in the Highlands of Peru*, Cambridge, MA, 1922, p. 124.

¹⁵ Carl Martin, «Über die Eingeborenen von Chiloe» (parte 2), *Zeitschrift für Ethnologie* vol. 9, núm. 3, 1877, p. 326.

cultivar, «está exenta de enfermedades y plagas, es resistente y su cultivo no exige demasiados cuidados». Recurriendo al relato de Bertonio, La Barre continuaba describiendo varias formas de prepararla: *pitu*, «lavando y aventando la quinua y luego tostado la harina»; *p'esque* «cocida con sal en una olla, algunas veces añadiendo pequeños trozos de queso» o –la favorita de La Barre– *p'esque k'ak'uta*, «removiéndola con una *wisla*, una larga cuchara de madera para romper los granos»; y *pisara*, quinua tostada cocinada y mezclada con miel. Las hojas de la planta de la quinua «cuando son tiernas, se cuecen como las espinacas»¹⁶.

En 1955, un equipo de científicos nutricionistas de la Harvard School of Public Health realizó una investigación sobre el perfil nutricional de la quinua: más densidad energética que el trigo, el maíz amarillo o el arroz blanco, con mayores proporciones de proteína, grasa y micronutrientes minerales, doble cantidad de fósforo y cuatro veces el calcio del trigo mejorado. Los científicos de Harvard informaron de que ratas jóvenes se habían desarrollado con una dieta de quinua integral complementada con aceite de hígado de bacalao y habían ganado más peso que las ratas que crecieron con leche desnatada de Nestlé con una concentración equivalente de proteínas. Los ensayos sobre la composición de aminoácidos mostraron que la quinua tenía dos veces y media más lisina que el trigo integral¹⁷. El Departamento de Agricultura de Estados Unidos pronto se implicó en los esfuerzos para introducir la quinua en Estados Unidos, aunque la temporada de crecimiento en las Montañas Rocosas resultó demasiado corta para que las plantas pudieran madurar antes de las primeras heladas¹⁸. No pasó mucho tiempo antes de que se

¹⁶ Weston La Barre, *The Aymara Indians of the Lake Titicaca Plateau, Bolivia*, Memoirs of the American Anthropological Association, núm. 68, en *American Anthropologist*, vol. 50, núm. 1, Parte 2, 1948, pp. 84, 63. La Barre ofrece un relato de primera mano de un festín comunal: «Todos comen de una cuchara de madera en un bol común que uno de ellos va pasando; esto simboliza la unidad de la *ayllu* (comunidad) [...]. La mesa está formada por una serie de pesadas telas de lana con forma de L y en el centro hay dos filas de granos de maíz cocinados puestos directamente sobre la tela, entre estas dos filas hay un montón de patatas preparadas [...]. Los nativos comen con sus manos y de pequeños boles individuales y no utilizan más cubiertos para las comidas», pp. 64-65.

¹⁷ Philip White *et al.*, «Nutrient Content and Protein Quality of Quinoa and Cañihua, Edible Seed Products of the Andes Mountains», *Agricultural and Food Chemistry*, vol. 3, núm. 6, junio de 1955, pp. 531-534.

¹⁸ Elizabeth Eiselen, «Quinoa, a Potentially Important Food Crop of the Andes», *Journal of Geography*, vol. 55, núm. 7, octubre de 1956, pp. 330-333.

realizaran plantaciones experimentales de quinua en los laboratorios de plantas tropicales de la Wageningen Agricultural University en Holanda y en el John Innes Institute en Inglaterra. Los botánicos económicos se tomaron un renovado interés por los hábitos y usos de la planta en el altiplano boliviano.

Empresarios místicos

Sin embargo, el debut comercial de la quinua en Estados Unidos fue consecuencia no solo del desarrollo internacional de la agronomía, sino de su conjunción –su mutua polinización– con el goteo de misticismo oriental que encontró una receptiva audiencia en el mundo desarrollado después de la guerra de Vietnam, de la crisis de la energía en 1973 y de los primeros rumores del capitalismo posfordista: las estrategias de la desagregación de la cadena de suministros, de la acumulación flexible y de la financiarización que hoy llamamos globalización. Libros como *Small Is Beautiful* de E. F. Schumacher (1973) y *The One-Straw Revolution* de Masanobu Fukuoka (1978) ofrecieron un contexto filosófico en el que las elecciones alimentarias podían parecer revolucionarias.

En 1970 un místico de La Paz, Oscar Ichazo, fue contactado por correli-gionarios estadounidenses del Esalen Institute y de otros centros. Ichazo pronto se instaló en Estados Unidos, abriendo institutos en California y Nueva York. Apoyaba la quinua como un alimento bueno para el trabajo chamánico: nutritivo, conectado a la tierra, etcétera. En 1978 uno de sus discípulos estadounidenses, un psicólogo llamado Steve Gorad, visitó Bolivia y regresó con una bolsa de veinticinco kilos. Los amigos se mostraron entusiasmados por la textura y el sabor de la quinua; el problema era la ausencia de infraestructura para el acopio de suministros. Unos cuantos años después, un seguidor de Ichazo, Don McKinley, un pequeño empresario y diseñador gráfico entonces residente en Boulder, sugirió que Colorado podía ser un lugar perfecto para el cultivo de la quinua. Un agrónomo local, David Cusack, fue el tercer miembro del trío que fundaría la Quinoa Corporation en 1982. Cusack tenía un doctorado en desarrollo internacional y estaba dirigiendo una asesoría agraria en Boulder, mientras recopilaba y editaba un volumen sobre la utilización de la tecnología de los ordenadores para apoyar la agricultura del Tercer Mundo. Convenció a un cultivador local para probar la plantación de quinua en el elevado suelo desértico del valle de San Luis utilizando las semillas que había traído Gorad.

David Cusack es el eje, la figura que une los dos elementos necesarios para producir el despegue de la quinua en América del Norte: el potencial del movimiento humano con su característica fusión de misticismo, vagabundeo y espíritu empresarial con el *establishment* de la agronomía desarrollada. Puedes fijarte en los David Cusacks y seguirlos para ver que improbable alianzas entran en el fenómeno que él definió, sin nombrarlo, como globalización de la mercancía. Cusack también ofrece quizá la primera propuesta para una reprogramación utilizando los ordenadores para «restaurar un equilibrio entre el hombre y la naturaleza», mientras se producen más alimentos mediante el suministro de «buena información». El libro que editó en 1982, *Agroclimate Information for Development*, estaba ilustrado con un dibujo a tinta que representaba la figura de un dios con un gorro peruano por encima del paisaje del altiplano, con un ordenador en brazos y rayos de luz saliendo de un ojo. Cusack sostenía que la Revolución Verde había fracasado por las limitaciones de las semillas de alto rendimiento procedentes de la bioingeniería –su innovación distintiva–, que tendían a tener un pobre rendimiento respecto a las variedades locales si el clima se desviaba de las muy específicas condiciones para las que habían sido programadas; también exigían insumos de alta calidad en términos de fertilizantes y mecanización, limitando su adopción a los agricultores ricos o a los que estaban bien conectados con las fuentes de crédito. Para revivir la Revolución Verde, Cusack sugirió un sistema alimentario reprogramado *avant la lettre*: coordinar simulaciones del clima hechas por ordenador y de otros factores con el suministro de datos en tiempo real para «apoyar la toma de decisiones de los pequeños agricultores y el sistema de gestión»¹⁹.

En 1984 en un artículo de *The Ecologist*, «Quinoa: el cereal de los incas», Cusack llevó la lógica de la reprogramación del sistema alimentario un paso más adelante. En un mundo de «comunicaciones instantáneas y medios de comunicación de masas», lo que había que hacer era trasladar las demandas de los consumidores –en vez de la tecnología de procesado y producción– desde el mundo desarrollado al mundo en vías de desarrollo²⁰. La clave para promover el cultivo de la quinua entre los pequeños agricultores de los Andes no era la exportación de información técnica, sino de «gustos»: los consumidores estadounidenses estimu-

¹⁹ David Cusack (ed.), *Agroclimate Information for Development: Reviving the Green Revolution*, Boulder, 1982, pp. xiii-xv.

²⁰ D. Cusack, «Quinoa: Grain of the Incas», *The Ecologist*, vol. XIV, núm. 1, 1984, p. 31.

larían las exigencias nativas de cosechas más en consonancia con las condiciones medioambientales locales, que habían sido desdeñadas a favor de alimentos procesados por las modernizadoras elites locales. El mercado de la comida saludable de Estados Unidos, que (entonces) movía 2,4 millardos de dólares, tenía un papel clave en el futuro de la quinua. El año siguiente Cusack tomó parte en un seminario convocado por el National Research Council que puso en marcha una completa investigación internacional sobre las «Cosechas perdidas de los incas», la quinua, la cañihua y el amaranto. El informe del Consejo, «concebido como una herramienta para el desarrollo económico», acentuaba la creciente necesidad de adaptar la oferta mundial de alimentos a unas incertidumbres climáticas y edafológicas sin precedentes²¹.

Cuando se observa la propaganda que rodea a los superalimentos andinos –productos libres de gluten, cosechas tradicionales y otros recursos utilizados para impulsar la quinua y sus congéneres entre una población más amplia–, parece que se trata mayormente de una cuestión de *marketing*. Cusack tenía razón: el interés de los consumidores sería el insumo clave; sin duda sabía lo que estaba haciendo cuando presentó la quinua como «el cereal perdido de los incas» en vez de la comida básica de los campesinos bolivianos. En junio de 1984 Don McKinley, el colega de Cusack en la Quinoa Corporation, puso en marcha un test de mercado en Alfalfa, un nuevo supermercado de productos naturales de Boulder, ofreciendo quinua cocida junto a un pastel y unas galletas de quinua. En un año, Alfalfa estaba dando salida a más de trescientos kilos de quinua mensuales²² y en 1988 las ventas anuales en Estados Unidos alcanzaron las setecientas cincuenta toneladas. El cultivo en Colorado nunca llegó a despegar, pero la Quinoa Corporation se convirtió en un próspero negocio de importación y venta al por mayor y al por menor. El papel de Cusack se vio repentinamente truncado. La misma semana en que la quinua hacía su debut en Alfalfa era asesinado en las afueras de La Paz.

²¹ NRC, *Lost Crops of the Incas*, p. 4. En 1993 un documento técnico de la NASA se mostraría entusiasmado por las posibilidades de cultivo hidropónico de la quinua como parte de un «Sistema de Apoyo a la Vida Ecológicamente Controlada» para misiones espaciales de larga duración, donde la tripulación cultivaría su propia comida. A la NASA le interesaba la versatilidad de la quinua –puede «consumirse como un cereal de desayuno, como acompañante en la comida o en sopas, ensaladas, pilafs y postres»– así como su elevada proporción de lisina y de ácidos grasos. Véase Greg Schlick y David Bubenheim, *Quinoa: An Emerging «New» Crop with Potential for CELSS*, NASA Technical Paper 3422, Moffett Field (CA), 1993, p. 3.

²² Rebecca Wood, «Tale of a Food Survivor: Quinoa», *East West Journal*, abril de 1985.

En el altiplano

Bolivia es el mayor productor mundial de quinua, responsable de alrededor del 46 por 100 de la producción global, seguido de Perú, con el 42 por 100, y Estados Unidos con el 6 por 100²³. Cerca de dos tercios de la quinua boliviana, incluyendo la apreciada variedad «real», procede de los departamentos de Oruro y Potosí, en el sur del altiplano, la enorme planicie situada entre los 3.000 y 4.000 metros por encima del nivel del mar entre las cordilleras del este y del oeste. Los métodos de cultivo tradicionales, bajo los auspicios del *ayllu*, seguían un sistema de gestión de la tierra comunal conocido como *aynuqa*, en el que la quinua tenía su lugar junto a las patatas y la cría de llamas para obtener carne y lana²⁴. Las patatas y la quinua se plantaban alternativamente en las laderas de las colinas, donde el terreno era más fértil que en las planicies arenosas; después de la cosecha había un largo periodo de barbecho de por lo menos cuatro años. La quinua se sembraba en septiembre, al comienzo de la primavera austral; las semillas se depositaban a unos quince centímetros de profundidad allí donde el terreno conservaba la humedad y después se tapaban con estiércol de llama. Después de la cosecha en abril, ya secas, las cápsulas con las semillas se amontonaban en una tela y se golpeaban con un mazo para romperlas y coger las semillas que se almacenaban en sacos de lana. Antes de cocinarla, la quinua se sometía a un largo proceso de descascarillado –en algunas comunidades las mujeres pisaban en el patio las semillas parcialmente cocidas en un barreño de piedra antes de lavarlas y aclararlas– para que las semillas soltaran sus amargas cáscaras²⁵.

El desarrollo de las minas de estaño en la región, nacionalizadas en la revolución de 1952, contribuyó a crear un mercado inmediato para la quinua que se vendía en las ferias semanales de los pueblos andinos. El Gobierno del MNR trató de animar su utilización para elaborar pan, pero la amargura de la cáscara fue un obstáculo para la producción industrial. A finales

²³ Wilfredo Rojas, José Luis Soto y Enrique Carrasco, *Study on the Social, Environmental and Economic Impacts of Quinoa Promotion in Bolivia*, PROINPA Foundation, La Paz, 2004, p. 7.

²⁴ Andrew Ofstehage, «The Gift of the Middleman: An Ethnography of Quinoa Trading Networks in Los Lipez of Bolivia», Tesis doctoral, Wageningen University, 2010, p. 21.

²⁵ Laura López, Aylen Capparelli y Axel Emil Nielsen, «Traditional Post-Harvest Processing to Make Quinoa Grains Apt for Consumption in Northern Lipez», *Journal of Archaeological and Anthropological Science*, vol. 3, núm. 1, marzo de 2011.

de la década de 1960, los investigadores bolivianos empezaron a desarrollar una quinua dulce, de piel fina, que desde 1970 se empezó a cultivar con éxito a menos altitud, pero su valor nutritivo era bastante menor que las variedades de cáscara dura de las tierras altas²⁶. En esta etapa, el principal destino para la exportación era Perú, un mercado tres veces mayor que el boliviano. En su *Manual de plantas económicas de Bolivia*, el botánico Martín Cárdenas señalaría la aparición de la quinua boliviana en los mercados peruanos junto a la «“peruvita”, una mezcla de harina de quinua y de pescado que se tomaba con azúcar en el desayuno y con sal en sopas». Cárdenas era escéptico sobre su futuro: «Incluso aunque la quinua sea más rica en proteínas que el resto de los cereales, no existen las condiciones para planear una producción a gran escala, su sabor no es agradable en absoluto, sino que hay que acostumbrarse a él»²⁷.

La llegada de Cusack, Gorad y la Quinoa Corporation de McKinley se produjo en un momento de generalizada intranquilidad social en Bolivia. A finales de la década de 1970 hubo una erupción de protestas contra la dictadura de Banzer que pusieron fin a la alianza entre militares y campesinos y comenzó una lucha armada de los indígenas en el altiplano, junto a bloqueos de carreteras y huelgas generales en las ciudades. A comienzos de la década de 1980, la caída de los precios del petróleo y de los minerales diezmaron los ingresos por exportaciones de Bolivia y las devaluaciones alimentaron una creciente inflación y caídas de los salarios reales. En 1985, el recién elegido gobierno encabezado por el septuagenario Víctor Paz Estenssoro impuso uno de los más feroces programas de ajuste que ha conocido América Latina: se suprimieron los subsidios a los carburantes y alimentos, los salarios quedaron congelados y las operaciones en las minas de propiedad estatal se suspendieron como paso a la privatización²⁸. En el campo el hambre se generalizó. En 1985, el 65 por 100 de la población era rural; en 2013 esa cifra había caído al 33 por 100 a medida que los campesinos y mineros del altiplano engrosaban el sector informal de la economía en las áreas urbanas degradadas de El Alto y Cochabamba, se encaminaban a los valles de cultivo de coca de Chapare y a los complejos agroindustriales de las tierras bajas de Santa Cruz o buscaban trabajo ocasional en Chile y Argentina.

²⁶ W. Rojas et al., *Impacts of Quinoa Promotion*, cit., pp. 6-7.

²⁷ Martín Cárdenas, *Manual de plantas económicas de Bolivia*, segunda edición, La Paz, 1989, p. 86.

²⁸ Véase James Dunkerley y Rolando Morales, «The Crisis in Bolivia», *NLR* 1/155, enero-febrero de 1986.

Con ese turbulento telón de fondo, el nuevo mercado estadounidense para la quinua ofrecía a los campesinos de las tierras altas una potencial fuente de ingresos; pero también aceleró la erosión del sistema de *aynuqa*, que había servido de freno tanto para la intensificación del cultivo más allá de la capacidad del terreno para regenerarse como para la fragmentación de la responsabilidad hacia la tierra, permitiendo a los *ayllus* organizar el trabajo comunitario sobre un conjunto más amplio de tierras. El creciente mercado de exportación –las compras de la Quinoa Corporation pasaron de 108 a 1.500 toneladas entre 1986 y 1997, mientras que la UE importaba otras 1.300 toneladas– impulsó la creciente mecanización del cultivo de la quinua y su expansión a las arenosas tierras bajas donde podían actuar los tractores y los arados mecánicos, mientras que el monocultivo aumentaba los riesgos de enfermedades y plagas. Incluso en las laderas de las colinas, los largos periodos de barbecho del *aynuqa* quedaron recortados y la cría de llamas, un elemento vital de la economía tradicional, se dejó en manos de las mujeres mayores²⁹.

Los cultivadores de quinua estaban en alguna medida protegidos por la tradición boliviana de cooperativas de productores que ayudaban a establecer los precios. La ANAPQUI, Asociación Nacional de Productores de Quinoa, fue creada en 1984 para unir a un racimo de cooperativas locales que habían surgido de las movilizaciones campesinas de la década de 1980 y que pretendían eliminar la explotación de los intermediarios. Pero pronto la propia ANAPQUI estaba transmitiendo las condiciones impuestas por los importadores estadounidenses: compra solamente de quinua «de primera», la variedad grande, de semilla blanca, en cantidades que favorecían a los grandes propietarios; y desde alrededor de 1992, insistiendo en la certificación ecológica. Para los pequeños productores, el coste de la certificación podía ser mayor que el valor de la cosecha, mientras que los intrusivos regímenes de inspección ecológica provocaron el resentimiento de los agricultores de las tierras altas. El sistema de pagos aplazados de las cooperativas –haciendo cuentas con los cultivadores solamente después de que se hubiera vendido la cosecha– era otra fuente de quejas. Los intermediarios privados que recorrían las regiones de producción de quinua seguían desempeñando un papel, aunque a menudo ofrecían precios más bajos: una bolsa de cinco kilos de quinua podía comercializarse a cambio de aceite, jabón, fruta, fideos o dinero

²⁹ W. Rojas *et al.*, *Impacts of Quinoa Promotion*, cit., pp. 43-44; L. López *et al.*, «Traditional PostHarvest Processing», cit.

en metálico³⁰. A comienzos de la década de 2000, un informe boliviano señalaba que la creciente producción de quinua estaba teniendo «efectos devastadores» sobre el medio ambiente en el sur del altiplano debido a la sobreexplotación de un terreno que era demasiado frágil para los arados mecánicos³¹. La producción se estaba estancando y crecían los problemas debidos a enfermedades y plagas. La quinua ahora representa más del 55 por 100 de los ingresos de los hogares en zonas de Oruro y Potosí sin embargo, el nivel de pobreza del altiplano alcanza el 90 por 100, la mortalidad infantil todavía es desorbitada y tres de cada cuatro hogares carecen de electricidad. Los investigadores sugieren que, al contrario de lo que dicen los informes de los medios de comunicación occidentales, los productores de quinua siguen consumiendo una buena parte de la cosecha que obtienen, como una sopa para el almuerzo o mezclada con azúcar y agua para hacer una nutritiva bebida para el desayuno³². Pero en el supermercado de La Paz o El Alto, la quinua es mucho más cara que un paquete de arroz.

¿Solución técnica?

Como muestra la carrera de Cusack, la reprogramación del sistema alimentario surgió de la misma coyuntura –y, de hecho, de las mismas redes sociales– que los movimientos a favor del regreso a la tierra y del potencial humano³³. Es posible imaginar varias reprogramaciones de la cadena de valor de la quinua, que representarían no tanto una contribución a la formación técnica de los agricultores como un intento de cambiar cómo se relacionan los consumidores con los productores. Por ejemplo, los cultivadores de quinua en Bolivia, Perú y Ecuador se inscribirían en un servicio que les permitiría introducir estadísticas vitales sobre sus familias y sus campos –dónde están situados, qué cultivan, qué edad tienen sus hijos– y mantener un microblog al estilo de Twitter con observaciones diarias sobre el transcurso de la temporada de cultivo. Estas podrían ir acompañadas por datos sobre el tiempo local. Las bolsas en las que mandan la quinua a los mercados estarían provistas de códigos RFIDS o QR, lo que permitiría a los agentes comerciales controlar qué fincas han suministrado un lote en concreto y compartir estos datos

³⁰ A. Ofstehage, «Gift of the Middleman», cit., p. 46.

³¹ W. Rojas et al., *Impacts of Quinoa Promotion*, cit., p. 61.

³² A. Ofstehage, «Gift of the Middleman», cit., p. 81

³³ Fred Turner, *From Counterculture to Cyberculture: Stewart Brand, the Whole Earth Network, and the Rise of Digital Utopianism*, Chicago, 2006.

sin problemas con los importadores³⁴. El número de lote impreso en el envase permitiría a los consumidores consultar los perfiles de los agricultores que han suministrado la quinua que ellos comen, mandarles comentarios o seguirles *online*. Finalmente, un envasado «inteligente» comunicaría directamente con el servicio de seguimiento para desplegar un perfil actualizado del agricultor en papel electrónico directamente sobre la caja o el contenedor de producto a granel³⁵.

¿Ayudaría esto a reducir la distancia social entre consumidores y productores, obligando a los norteamericanos a dar pasos para deshacer su complicidad con la erosión de la seguridad alimentaria en las regiones productoras de quinua? Puede ser. Pero también puede simplemente convertir la figura del agricultor en un elemento de la marca, algo que ya sucede con el sonriente campesino que ofrece sus granos de café al consumidor en envases que resaltan su carácter ecológico-alternativo. La solidaridad, como reconocía Adam Smith en el amanecer de la era del comercio de larga distancia, es un fenómeno progresivo: cuanto mayores sean los lazos sociales, más solidaridad habrá. Pero los agricultores pueden no querer verse sometidos a lo que supondría una cierta clase de vigilancia. Además, ya que la quinua requiere pocos cuidados entre la plantación y la cosecha, muchos agricultores emigran a la ciudad buscando un trabajo ocasional durante el periodo de crecimiento; el seguimiento electrónico es probable que los encontrara barriendo calles en Santiago de Chile o limpiando oficinas en Buenos Aires. En algunos aspectos, el dilema de la quinua tiene un paralelismo con la «maldición de los recursos» que a menudo se dice que aflige a las comunidades pobres que viven encima de combustibles fósiles o de minerales estratégicos sin explotar. También podría compararse con esos productos

³⁴ Se puede comparar con el Sistema de Seguimiento de Información para Productores, un proyecto piloto de la empresa importadora de café Sustainable Harvest: véase «Mobile Technology Project», 2011, disponible en la página web de la compañía.

³⁵ El etiquetado verificado, como en el caso del comercio justo, representa una alternativa a conectar directamente a consumidores y productores. Pero, como ha mostrado Daniel Jaffee, el etiquetado puede realmente servir para mantener cadenas de valor opacas para los consumidores. En el caso del café procedente del comercio justo, los grandes integradores consiguieron apropiarse del proceso de elaboración de las normas, diluyendo el efecto redistributivo de la verificación sin que los consumidores se dieran cuenta: Daniel Jaffee, «Weak Coffee: Certification and Co-Optation in the Fair Trade Movement», *Social Problems*, vol. 59, núm. 1, febrero de 2012, pp. 94-116

nacionales que son valorados por razones no económicas y cuyo valor podríamos cuantificar, por ejemplo, considerando los enormes subsidios concedidos a la industria acerera y a los productores de algodón en Estados Unidos, los mimos que los gobiernos franceses y británicos dedican a sus industrias de armamento o recordando que la gasolina es más barata que el agua en países productores de petróleo como Iraq y Venezuela. En Bolivia, la población se ha movilitado repetidamente en las últimas décadas intentando evitar que los recursos naturales del país sean superexplotados por multinacionales extranjeras: BP-Amoco y Repsol, los yacimientos de gas; Edison y Bechtel, el agua y los sistemas de alcantarillado; empresas estadounidenses, la minería de la plata, el zinc y el estaño; la extracción de litio en las salinas de Potosí, a cargo de empresas japonesas. Organizaciones rurales y urbanas –*ayllus*, grupos de barrio de las ciudades, asociaciones de vendedores en los mercados, sindicatos de *cocaleros* y de mineros– se unieron en las guerras del agua y del gas de 2000-2003 y en las movilizaciones populares de marzo-junio de 2005. Las campañas han incluido bloqueos de autopistas, huelgas y manifestaciones masivas que provocaron la caída de tres presidentes consecutivos³⁶. Sin embargo, hasta ahora, los bolivianos no se han unido para defender la quinua como han hecho con el agua o el gas. Pese a todo su valor, la quinua ocupa una minúscula posición en la economía boliviana: la agricultura representa solamente el 17 por 100 del PIB, del que la quinua constituye solo una parte.

La elección en 2005 de un antiguo sindicalista cocalero, Evo Morales, marcó un rechazo a los esfuerzos exteriores por determinar el destino de los recursos bolivianos, así como una orgullosa afirmación de la identidad indígena. Los gobiernos anteriores habían sido criticados por su falta de apoyo a la quinua³⁷. La Administración de Morales ha hecho campaña a su favor en la Asamblea General de Naciones Unidas con el resultado de que la FAO proclamó 2013 como el Año Internacional de la Quinua [*sic*]. Su objetivo es «llamar la atención del mundo» sobre el papel que la biodiversidad de la quinua y su valor nutritivo puede desempeñar en promover la seguridad alimentaria y en la erradicación

³⁶ Forrest Hylton y Sinclair Thomson, «The Chequered Rainbow», *NLR* 35, septiembre-octubre de 2005 [ed. cast.: «El arcoíris ajedrezado», *NLR* 35, noviembre-diciembre de 2005]; Amber Wutich, «The Moral Economy of Water Reexamined: Reciprocity, Water Insecurity and Urban Survival in Cochabamba, Bolivia», *Journal of Anthropological Research*, vol. 67, núm. 1, 2011, pp. 5-26

³⁷ W. Rojas *et al.*, *Impacts of Quinoa Promotion*, cit., p. 22.

de la pobreza, así como «reconocer la labor realizada por los pueblos indígenas de los Andes que han mantenido, controlado, protegido y perseverado la quinua como un alimento para las generaciones presentes y futuras, gracias a sus conocimientos tradicionales y a las prácticas de vivir en armonía con la Madre Tierra y la naturaleza»³⁸. Sin embargo, hará falta algo más que la cortesía discursiva para abordar los problemas que ha creado la mercantilización global.

Esto nos lleva a la cuestión fundamental: la justicia alimentaria está renqueante en el mejor de los casos, y condenada en el peor, cuando se centra en el intrínseco potencial eudemónico de un alimento en particular excluyendo la manera en que se produce y comparte. El valor de la quinua tiene algo que ver con su contenido de lípidos y proteínas, su conservación como variedades autóctonas en vez de variedades cultivadas y su papel como un emblema de la resistencia de maneras de ser indígenas. Pero todavía más que ver con el modo en que se utiliza para establecer relaciones sociales. Una estrategia que pretende reformar el sistema alimentario reordenando los incentivos del mercado para que a los agricultores independientes únicamente les compense cultivar un producto carismático desmercantilizado tan solo sirve para crear un mundo en el que aquellos que ya no tienen la posibilidad de adquirir esta clase de alimentos son incluso más vulnerables ante la volatilidad sistémica, es decir, ante el colapso en el mercado global de su principal cosecha de exportación. Esa estrategia no sirve para crear un mundo en que todos puedan disfrutar de los beneficios de la diversidad genética de los cultivos, sino uno en que algunas gentes viven en un sistema controlado, ecológicamente respetuoso con la vida, mientras que otras sirven como sus engranajes. Aquellos que producen los alimentos del mundo merecen más de sus privilegiados consumidores que simplemente un voto vía Internet.

³⁸ Página web de la Organización para la Alimentación y la Agricultura, «International Year of the Quinoa: IYQ-2013».

CRÍTICA

Claire Bishop, *Artificial Hells: Participatory Art and the Politics of Spectatorship*, Londres y Nueva York, Verso, 2012, 390 pp.

MARCUS VERHAGEN

PARTICIPATIVO PASADO

En 1964, el artista checo Milan Knížák invitó a varios de sus amigos a tomar parte en *Una demostración para todos los sentidos*, una obra de arte compuesta por una secuencia de acciones vagamente absurdas que coreografió para ellos en Praga. Tenían que pasar cinco minutos en una habitación en la que se había vertido un perfume; pasar en fila por delante de un hombre que tocaba el contrabajo tumbado de espaldas en la calle; tenían que disponer en hilera una serie de objetos y después hacer avanzar toda la hilera veinte centímetros; a cada uno se le pedía que rasgase una página de un libro, etcétera. La siguiente década, el director teatral brasileño Augusto Boal desarrolló su «teatro invisible» durante el exilio en Buenos Aires, colocando en entornos dados actores que representaban acciones ante «espectadores» involuntarios. En uno de esos eventos, un actor pidió un plato caro en un restaurante, solo para revelar que no podía pagarlo, y entonces ofrecerse a pagar la cuenta con su propio trabajo. En ese momento otros actores mezclados entre la gente empezaron una conversación más general acerca de la disparidad entre el precio de una comida de restaurante y el salario de un trabajador, antes de recolectar dinero de los clientes normales y pagar la cuenta pendiente. Unos treinta años después, en 2009, Thomas Hirschhorn organizó el *Bijlmer-Spinoza Festival*: una serie de conferencias, talleres y producciones dramáticas, todos ellos en una extensa estructura provisional que también albergaba una biblioteca dedicada a Spinoza y una exposición sobre la historia del Bijlmer, una gran zona residencial en el extremo sur de Ámsterdam.

Los vecinos actuaban en los talleres dramáticos, asistían a las conferencias o miraban extrañados.

Son solo tres de los muchos proyectos de arte participativo que Claire Bishop describe en *Artificial Hells: Participatory Art and the Politics of Spectatorship*. Los años centrales de la década de 1990 y los primeros del nuevo siglo contemplaron un aumento del interés por dichas obras de arte y la aparición de un animado debate en torno a ellas, en el que los comentaristas defendían artistas o tendencias determinados e intentaban desarrollar herramientas críticas para evaluar su obra. Buena parte de la iniciativa inicial la tomó el escritor y comisario de arte Nicolas Bourriaud, que sostenía, en *Relational Aesthetics* (1998), que la obra participativa contrarrestaba la atomización de la sociedad capitalista, creando microcomunidades temporales y, de ese modo, en una expresión que se hizo famosa, «retejer el tejido relacional». De los muchos críticos de Bourriaud, Bishop —historiadora del arte británica residente en Nueva York— ha sido la más aguda y la más persistente, enfrentándose a él en una serie de artículos publicados en *Artforum*, *October*, y otras publicaciones. Aunque ella afirma que los proyectos participativos descritos en *Artificial Hells* tienen poco que ver con las tesis de Bourriaud, el libro articula, no obstante, una posición claramente distinta de la de éste. Algo importante es que la interpretación que Bishop hace de la «participación» en el arte se basa en una explicación histórica de su desarrollo más precisa de lo que jamás podremos obtener de Bourriaud.

El libro está organizado en torno a una secuencia de casos prácticos, que trazan un arco histórico desde los inicios de la Primera Guerra Mundial hasta el presente. Bishop sostiene que habría que contemplar la reciente recuperación del arte participativo en relación con dos momentos anteriores, ambos marcados por agitaciones sociales y políticas más amplias. Se concentra primero en eventos participativos organizados en el año anterior y posterior a 1917, después en proyectos realizados en torno a 1968, y por último en obras creadas tras la caída del comunismo en 1989. «Trianguladas —escribe— estas tres fechas forman un relato de triunfo, última oportunidad heroica y hundimiento de una visión colectivista de la sociedad». Éste es el telón de fondo para la resurgencia de la participación desde la década de 1990: convirtiéndose el «proyecto» artístico en «un vehículo privilegiado de experimentación utópica en una época en la que el proyecto izquierdista parecía haberse desvanecido del imaginario político». Dentro de este marco general, Bishop ofrece incisivos retratos de acciones y eventos efectuados en todo el planeta, empezando por las *serate*, «veladas», organizadas por los futuristas italianos, las recreaciones revolucionarias de los primeros años soviéticos y las *soirées* dadaístas en París. La trascendencia de la década de 1960 está representada por capítulos sobre los situacionistas y el «arte comunitario» en Reino Unido, así como —más inusualmente— sobre el bloque oriental y la

escena latinoamericana. Junto a Boal y Knížák, nos presenta la obra radical y politizada de los artistas argentinos de la década de 1960 y los eventos organizados en Bratislava por Alex Mlynářzik, que declaró toda la ciudad un *ready-made* durante la semana del 1 al 9 de mayo de 1965. La tercera fase, posterior a 1989, abarca la reciente vuelta del arte participativo. En ella Bishop describe una serie de acciones y eventos bajo dos encabezamientos amplios: «*performance* delegada», en el que «se contrata a gente corriente para actuar en nombre del artista», y «proyectos pedagógicos», desde la Universidad Libre Internacional de Joseph Beuys en la década de 1970 hasta el *Bijlmer-Spinoza Festival* de Hirschhorn.

Bishop intenta en estos capítulos rebatir muchos de los lugares comunes en el mundo del arte acerca del arte participativo, refutando de manera convincente la idea de que es fundamentalmente consonante con las formas de organización democráticas y con los valores igualitarios. Refutando la tesis central de Bourriaud, sostiene, en primer lugar, que dichos proyectos no están necesariamente sostenidos por el impulso de crear o fortalecer lazos sociales. Menciona artistas del bloque soviético, como el Grupo de Acciones Colectivas moscovita –activo a finales de la década de 1970 y en la de 1980, y que organizaba eventos enigmáticos y minimalistas en espacios rurales– y sostiene que sus obras no estaban diseñadas para crear nuevas comunidades, sino para promover experiencias que invitasen a la reflexión y que eran, aun siendo compartidas, esencialmente privadas en el contexto de un colectivismo oficialmente impuesto. Sostiene igualmente que el hecho de que el arte participativo se resista a la mercantilización no obliga a suponer que se alinee de manera natural y constante con fuerzas sociales y políticas progresistas: las *serate* futuristas, compuestas de lecturas, discursos, recitales musicales y otros elementos, estaban inspiradas por un nacionalismo militarista y provocaban, como pretendían, la participación activa y hostil de los espectadores, que de manera regular insultaban y lanzaban objetos a los intérpretes. Bishop destroza también la opinión igualmente común de que el valor de un proyecto participativo está determinado por la medida en la que el o la artista delegan decisiones cruciales sobre la realización de la obra de arte en los espectadores-participantes: siguiendo esta lógica, cuanto más inadvertido pasa el creador, más admirable es el proyecto. Pero como resalta Bishop en su estudio sobre Knížák, por ejemplo, muchas obras participativas estaban también cuidadosamente escenificadas: su valor como obra de arte no quedaba en modo alguno mermado por la preponderancia del artista a la hora de establecer la naturaleza y la medida de la intervención de los participantes. «Los modelos de democracia en el arte –escribe Bishop– no tienen una relación intrínseca con los modelos de democracia en la sociedad».

Bishop demuestra su maestría en pasajes como éstos, en los que cuestiona las ortodoxias que dificultan una discusión más aguda sobre el arte

participativo. Pero sus agudezas críticas se apoyan en un argumento más amplio. La autora considera que la mayoría de los comentaristas, desde el arrogante pero influyente Bourriaud al más riguroso Grant Kester, descuidan las dimensiones artísticas de las obras de arte participativas, evaluándolas con referencia solo a criterios morales y políticos: tal obra es buena porque repara el tejido social, porque no está jerárquicamente organizada, y demás. Este error crítico e histórico-artístico tiene, en opinión de Bishop, un corolario burocrático especialmente perjudicial en la tendencia generalizada a evaluar estas obras de acuerdo con sus resultados prácticos cuantificables. Asocia esta tendencia con la política cultural del Nuevo Laborismo de finales de la década de 1990, y más en general con la opinión tóxica de que la participación cultural puede servir como medio para inculcar autoconfianza, preparando a los sujetos para el trabajo (precario) en el sector servicios.

Los proyectos participativos, sostiene Bishop, deben ser interpretados y evaluados como obras de arte. Cuando son valorados principalmente por los servicios públicos que proporcionan, tienden a la mediocridad tanto como obras de arte como instalaciones sociales. En esta cuestión apoya su tesis con varios ejemplos, incluido el movimiento de artes comunitarias en Reino Unido, que en la década de 1980 aportaba proyectos bienintencionados pero insustanciales y predecibles, y fue perdiendo sus originales impulsos liberadores a medida que se deslizaba hacia «una situación de dependencia respecto a las subvenciones». Desde el punto de vista de Bishop, estas iniciativas ofrecían servicios sociales disfrazados de arte, y solo compensaban débilmente el hundimiento del Estado del bienestar. Lo más corrosivo de ello, en su opinión, es la total instrumentación del arte participativo como un servicio público «creativo». Dichos proyectos deberían contemplarse por el contrario como propuestas artísticas capaces de triunfar o fracasar, con independencia de sus efectos sociales mensurables. *Artificial Hells* tiene en consecuencia un propósito afirmativo además del puramente crítico: Bishop quiere poner a punto un nuevo planteamiento sobre los proyectos participativos, para lo cual no solo ofrece un cambio de perspectiva sino también un nuevo vocabulario crítico.

Esto se convierte en una preocupación especialmente acuciante hacia el final del libro, cuando aborda proyectos que ella misma ha experimentado directamente, como el *Bijlmer-Spinoza Festival* de Hirschhorn. En la primera mitad, analiza obras que solo conoce a través de relatos de los artistas, de los participantes y de otros testigos, y su principal objetivo en estos casos no es el de diseñar un nuevo lenguaje crítico sino el de situar históricamente proyectos cuidadosamente seleccionados. Trabaja claramente bajo el supuesto de que las obras de arte participativas deben interpretarse en relación con las situaciones que las modelaron de diversas formas; también a este respecto se distancia de Bourriaud, quien sostiene que dichos proyectos son valiosos en

virtud de los beneficios sociales presumiblemente comunes a todos ellos, y por lo tanto da a entender que todos son valiosos. Para Bishop, esto es demasiado general. Pero al contemplar anteriores tendencias en el arte participativo está también buscando trayectorias históricas que ilustren el arte del presente. Esboza la aparición de ciertas herramientas conceptuales, por ejemplo la distinción entre espectador pasivo y activo que era crucial para los futuristas, quienes afirmaban estar liberando al público de la actitud pasiva en la que el teatro lo había situado. Muchos textos siguen en la actualidad basándose en esta distinción cuando celebran obras de arte que «activan al espectador». (Otra de esas agotadas nociones perseguidas por Bishop, quien señala de manera aprobadora que para Hirschhorn la oposición carece de sentido, porque «la verdadera participación es la del pensamiento»; en otras palabras, el trabajo ordinario del espectador contemplando una obra de arte no debe considerarse necesariamente pasivo). Bishop muestra también como prácticas participativas específicas abrieron camino a obras y tendencias posteriores: el teatro invisible de Boal, por ejemplo, ha servido de precedente crucial para la obra reciente de artistas como el eslovaco Roman Ondák, que ha pedido a voluntarios que hagan cola en espacios públicos, y el británico-alemán Tino Sehgal, que enseña a sus colaboradores a efectuar movimientos y cantar pero también a interactuar con los miembros del público.

La selección de obras efectuada por Bishop demuestra su gusto por aquellas con una cierta tendencia al absurdo, como las de Knížák, y por proyectos provocativos como el *Please Love Austria* (2000) de Christoph Schlingensiefel, para el cual el artista reunió a solicitantes de asilo, los albergó en un contenedor de barco delante de la Ópera Estatal de Viena y los filmó durante una semana, mostrando las imágenes en directo en un canal de televisión por Internet, a modo de *Gran Hermano*. Su insistencia en obras que perturban un consenso establecido —«actos singulares que dejan tras sí una estela inquietante», frente a «gestos útiles, paliativos y en último término modestos»— es uno de los rasgos más atractivos del libro. Pero sus preferencias llaman la atención sobre el carácter problemático de la distinción que ella parece trazar. El absurdo y la provocación que Bishop valora no son cualidades puramente artísticas: la primera ha servido a menudo para ridiculizar los modos de pensamiento racional imperantes y los intereses políticos que subyacen tras ellos, como en la obra de los dadaístas, mientras que las intervenciones de Schlingensiefel y otros como él están pensadas para poner de manifiesto las desigualdades y las tensiones sociales. El límite entre los criterios estéticos y los políticos quizá no sea siempre tan nítido como Bishop parecería dar a entender.

Y a pesar de la agudeza histórica y la admirable conciencia de Bishop respecto a los clichés que estroban los análisis sobre el arte participativo, la tendencia en ocasiones a usar la participación como un cajón de sastre para

una gama excesivamente amplia de prácticas artísticas debilita en ocasiones su argumento. Su propia definición excesivamente amplia incluye obras «en las que las personas constituyen el medio artístico y material principales, a modo de teatro y *performance*». Pero esto oculta algunas diferencias importantes. Cuando los críticos dicen que una obra es participativa, se refieren en general a que exige la intervención práctica de los espectadores, y de ese modo echa abajo la producción y la recepción de la obra. La participación debe distinguirse de la colaboración, en la que el artista pide a ayudantes escogidos que le ayuden a hacer una obra que verán otros. Esta distinción importa: si bien tanto la participación como la colaboración ponen en entredicho las nociones tradicionales sobre la autoría, la primera transforma también la naturaleza de la implicación del espectador, mientras que la segunda no. Bishop, sin embargo, tiende a tratar la colaboración como un subconjunto de la participación. Considera obras de arte participativas las *dérives* urbanas de los situacionistas, a pesar de que las efectuaban los artistas con amigos y sin la participación del público (aunque es cierto que fusionaban la realización y la contemplación, y por lo tanto podría decirse que ocupaban un espacio intermedio entre participación y colaboración). Lo mismo puede decirse de las obras de Knížák y el Grupo de Acciones Colectivas, que tenían que enfrentarse a la censura oficial y a la vigilancia policial, y por lo tanto tendían a trabajar con colaboradores de confianza –otros artistas y amigos– y no con el público en general. De modo similar, las obras de arte más recientes que Bishop analiza bajo el encabezamiento de «*performance* delegada», ideadas pero no efectuadas personalmente por el artista, tampoco eran, hablando con propiedad, participativas. En 1997, cuando Jeremy Deller le pidió a una banda de música de Manchester que tocara *acid-house*, el resultado fue una colaboración, y la división tradicional entre espectador y participante se mantuvo.

Por otra parte, cuando Bishop sí asiste a una obra claramente participativa, tiende a tratarla como si fuese colaborativa: es decir, la considera desde el punto de vista de un espectador y no de un participante. Se siente claramente más atraída por obras dirigidas no solo a participantes sino también a un «público secundario», y ése es el público con el que ella se identifica. Esto sirve para medir la importancia que otorga a la función del crítico, pero quizá también su renuencia a revisar dicha función a la luz del replanteamiento que el arte participativo hace de la figura del espectador. Hay aquí un verdadero dilema, que la propia Bishop reconoce: ¿cómo puede el crítico dejarse introducir en la experiencia del participante y al mismo tiempo conservar cierta distancia crítica? La solución de Bishop es la de aferrarse a una postura crítica tradicional, externa a la obra de arte y evaluativa, y de ese modo no atender tanto a la intervención y sus efectos como a los méritos que las obras participativas tienen para los observadores. En su análisis de una escuela de arte

ubicada en la casa de la artista Tania Bruguera en La Habana, que consideraba el proyecto pedagógico como una obra de arte que tituló *Cátedra arte de conducta* (2002-2009), Bishop no se centra en la experiencia de participar en el proyecto, aunque ella misma colaboró con Bruguera dando clases, sino en las consecuencias de designar una escuela como una obra de arte, en su inserción en los circuitos del mundo artístico y en la dificultad de convertirlo en algo inteligible para los no participantes. Pero a *Cátedra arte de conducta*, y de hecho a buena parte de la obra considerada en los últimos capítulos del libro, podría haberle beneficiado un tratamiento más personal, que explicase las texturas particulares de las experiencias participativas: cómo afectan a los patrones de atención, a la experiencia de duración, al posicionamiento corporal y social, etcétera, del espectador-participante.

La obra que suscita una respuesta más personal y comprometida de Bishop es el *Bijlmer-Spinoza Festival* de Hirschhorn. En el análisis que hace de la misma, la autora describe a los niños jugando con aparatos de gimnasia mientras el amigo del artista, Marcus Steinweg, pronunciaba su charla filosófica diaria; recuerda su asombrada reacción ante la conferencia de Steinweg y después a la interpretación de éste, que representaba a vecinos de la zona leyendo textos sostenidos en la mano mientras levantaba pesas y corría en una cinta. Inicialmente un poco molesta por estos eventos en apariencia impenetrables, gradualmente fue dejándose llevar:

Mirando al público, no lograba entender cómo una mezcla tan variopinta de gente seguía acudiendo a escuchar una conferencias tan complicadas y a ver estas opacas –casi agotadoras– representaciones. Sin embargo, cuando al día siguiente repetí la misma experiencia en su totalidad, comprendí que lo interesante era esta presencia colectiva fortuita [...]. El proyecto era más parecido a una máquina, cuyo significado radicaba en la producción continua y en la presencia colectiva de todos, y solo secundariamente en el contenido de lo que se estaba produciendo.

Bishop se dejó seducir por el absurdo de las representaciones pero también, y ante todo, por la diversidad social de los participantes y por la sensación de compromiso colectivo. En este párrafo, en otras palabras, adopta una posición que se acerca a la tomada por Bourriaud cuando celebra el arte participativo porque «reteje el tejido social». Ella misma señala al comienzo que «el relato oculto del libro es un viaje de la distancia escéptica a la imbricación». Pero incluso en el *Bijlmer*, Bishop se sitúa a un lado, hablando con los participantes pero observando con alivio que la obra evita «las trampas de tantas obras de arte participativo, en las que no hay espacio para la reflexión crítica, ni para una posición de espectador».

Artificial Hells es relativamente tardío. La moda del arte participativo parece estar pasando; hace tiempo, por ejemplo, que Bourriaud trasladó su atención a otros temas, sumergiéndose en la «altermodernidad» antes

de convertirse en director de la École Nationale Supérieure des Beaux Arts. Pero la intervención de Bishop no deja de ser digna de agradecimiento. Merece el crédito de situar el debate en torno al arte participativo en una posición histórica más sólida. No solo crea un contexto más rico para el examen de proyectos recientes, sino que en el proceso llama la atención sobre obras, como las de Knížák, poco conocidas en el mundo anglosajón. Dado que el arte participativo es por naturaleza efímero y muy fácil de olvidar, este fundamento histórico es doblemente valioso. La otra gran virtud del libro es su fuerza polémica: cualquiera que enseñe en una universidad británica o estadounidense disfrutará con la denuncia de la mercantilización de la enseñanza superior en el capítulo dedicado a los proyectos pedagógicos. Más en concreto, Bishop es constantemente aguda en sus reflexiones críticas sobre los prejuicios que sostienen buena parte de los escritos entusiastas sobre el arte participativo.

Pero es difícil evitar la conclusión de que Bishop no logra en igual medida alcanzar los objetivos más creativos implícitos en su proyecto. El arte participativo presenta de hecho a los críticos dificultades particulares y por lo tanto exige un nuevo modo de crítica; y como Bishop señalada adecuadamente, dicha crítica debería atender a los méritos artísticos de las obras y no solo a los beneficios morales y políticos que aportan. Parece, sin embargo, que *Artificial Hells* no consigue ofrecer un nuevo lenguaje crítico. En sus análisis de proyectos particulares, el texto de Bishop es en gran medida descriptivo: algo comprensible cuando estudia obras que no puede haber conocido de primera mano, pero no tanto cuando considera las más recientes. Ante todo, la retrae su propio apego a los modos tradicionales de observación como espectador. Mientras los críticos no consideren las obras de arte participativas desde el punto de vista del participante, es probable que siga siendo inalcanzable un nuevo vocabulario crítico, que permita interpretaciones y evaluaciones arriesgadas de la experiencia de la participación.

CRÍTICA

Jonathan Crary, *24/7: Late Capitalism and the Ends of Sleep*, Verso, Londres, 2013, 144 pp.

WILLIAM DAVIES

LA ECONOMÍA DEL INSOMNIO

«¿Dónde está la equidad, preguntamos, para el trabajador por turnos, que sale de casa todavía de noche, en las primeras horas de la madrugada, y mira hacia las persianas cerradas del vecino que duerme una vida dependiente de las prestaciones públicas?». En el congreso celebrado por el Partido Conservador en 2012, el ministro de Hacienda George Osborne utilizó esta evocadora imagen para establecer una línea política divisoria. El trabajador o el dormilón: ¿de qué lado estás? En el congreso de 2013, Osborne siguió esta hebra con una política que exige al desempleado acudir *todas las mañanas* a un centro de empleo como condición para recibir sus prestaciones. Este enfoque punitivo solo tiene sentido –dada la escasez de ofertas de trabajo– cuando se observa en el contexto de un gobierno que toma severas medidas contra el sueño y la inactividad. La remoralización del desempleo que se abre camino en Reino Unido no acusa a los desempleados de delincuentes ebrios, como los representaban los victorianos, sino de insuficientemente alerta o despiertos.

Es una retórica interesante que parece confirmar la tesis planteada en *24/7: Late Capitalism and the End of Sleep*, el ensayo y lamento de Jonathan Crary. El sueño, sostiene él, es nuestro último bastión de otredad y rechazo en una era de medios de comunicación, acumulación, vigilancia y gestión omnipresentes. Y por esta razón, ha sido objetivo de varias tecnologías y regímenes de poder. Crary introduce su proposición con una serie de inquietantes ejemplos de cómo se está librando la guerra contra el sueño: mediante la búsqueda por parte de los científicos de una cura contra el

cansancio, el uso de la privación del sueño por parte de los interrogadores militares como forma de tortura, y la esperanza de los ingenieros de superar las horas nocturnas colocando espejos reflectores en el espacio. De manera menos violenta, la era de los teléfonos inteligentes y la vigilancia digital ubicua hace que ahora moremos en un mundo de constante monitorización y visibilidad, en el que el «modo de sueño» ha pasado a hacer referencia a una máquina que está en reposo pero no está verdaderamente apagada. En el fondo acecha la afirmación hecha por Gilles Deleuze de que la sociedad foucaultiana de «disciplina» panóptica y periódica ha sido sustituida por otra de control sinóptico y permanente. El significante «24/7» se utiliza para captar este síndrome en toda su implacabilidad, su carácter ilimitado y enormemente siniestro. ¿Pero qué representa exactamente el término?

La respuesta de Crary se basa en una amalgama un tanto inestable de marxismo, *Kulturkritik* web 2.0 y, por supuesto, Foucault-Deleuze, junto con la crítica weberiana a una racionalización que ha escapado de cualquier propósito humano significativo y de todo control. En resumen, 24/7 representa la «continuidad constante» que Marx identificó en los *Grundrisse* como elemento crucial del proceso de circulación capitalista. Pero han hecho falta ciento cincuenta años para que este orden temporal se cumpla a escala mundial: «las aceleraciones de un capitalismo siempre globalizador solo se impusieron en la vida social e individual con lentitud». Las tecnologías del control social aparecieron por primera vez a mediados del siglo XIX, en el contexto de la gestión; pero en 1900, señala Crary, solo una diminuta proporción del planeta estaba plenamente atrapada en las relaciones capitalistas. La Segunda Guerra Mundial provocó grandes avances hacia un presente planetario homogéneo, forjando una nueva alianza entre la ciencia, el poder militar y las empresas multinacionales, y los nuevos paradigmas de comunicación y control; pero grandes áreas de existencia social conservaban ritmos precapitalistas. En la década de 1960, la «vida cotidiana» (en el sentido dado por Lefebvre) estaba siendo cada vez más colonizada (en el sentido de Debord) por el consumo y el «ocio organizado», y en ese fenómeno la televisión desempeñó una crucial función de transición: millones de personas pasando las tardes apiñadas ante «titilantes objetos emisores de luz», sometidas a modos de duración uniformes y una respuesta sensorial limitada. La década de 1980 supuso un nuevo ataque contra la vida cotidiana, correspondiente «al paso de la producción a la financiarización» y la ofensiva ideológica del neoliberalismo: el individuo fue entonces redefinido como un «agente económico a tiempo completo».

Pero quizá el momento más decisivo de esta trayectoria ocurrió a comienzos de la década de 1990, con la penetración del ordenador personal y de Internet en la vida cotidiana. La aceleración de los ritmos de consumo coincidió con la creciente integración de tiempo y actividad en

formas de «intercambio electrónico» que implicaban una intensificación de la vigilancia y la manipulación: la «formación de individuos maleables y consentidores», potencialmente conectados a los circuitos del capital 24 horas al día los 7 días de la semana. Para Crary, éste es el momento en el que la sociedad disciplinaria de Foucault, que aún permitía algunas áreas de «vida no administrada», adopta los rasgos de la sociedad de control deleuziana, mediante el «sistema mundial de autorregulación», la monitorización ubicua y la circulación continua permitida por las tecnologías en red. Facebook, Twitter *et alia* constituyen «estrategias de desempoderamiento», «técnicas obligatorias de personalización y autoadministración digital», mediante las cuales uno «colabora de manera pasiva y a menudo voluntaria en la vigilancia y en la recolección de datos propios». Formas polivalentes de intercambio social se reducen a secuencias habituales de solicitud y respuesta: la cuenta corriente y los amigos de cada uno se gestionan mediante operaciones maquínicas idénticas. Las actividades de la vida real que no tienen correlato en Internet «empiezan a atrofiarse, a perder importancia».

Publicada antes de las revelaciones de Edward Snowden, esta crítica es asombrosamente profética. Crary se muestra mordaz acerca de las afirmaciones sobre el potencial liberador de las redes electrónicas —«incluso entre las voces plurales que afirman que “otro mundo es posible”, se da a menudo la cómoda equivocación de que la justicia económica, la mitigación del cambio climático y las relaciones sociales igualitarias pueden darse junto al mantenimiento de la existencia de corporaciones como Google, Apple y General Electric»— y recrimina a los activistas que «se concentran voluntariamente en el ciberespacio», creando blancos para la vigilancia policial. Pero si la mayoría de las necesidades naturales —hambre, sed, deseo sexual, amistad— están monetizadas, el sueño sigue siendo la anomalía obvia: «la asombrosa e inconcebible realidad es que de él no puede obtenerse nada de valor». Crary aspira a reanimar los planteamientos románticos de la fantasía y el mundo onírico: el sueño ofrece tanto el rechazo contra la «constante continuidad» del presente planetario como con su promesa de despertar «un ensayo de lo que podrían ser comienzos más prometedores».

En *24/7: Late Capitalism and the End of Sleep*, por lo tanto, el extremo pesimismo cultural va de la mano de nociones de resistencia minimalistas. Para Adorno, ésta residía en la música o, menor aún, en un grito; para Marcuse, era un contundente «rechazo absoluto». ¿Es el sueño realmente el equivalente de nuestra generación? ¿Puede encontrarse ahora el «afuera» en una forma de inconciencia viva? Hay razones empíricas e históricas para sospechar que no, basadas en ciertos elementos distintivos del capitalismo posterior a 1968 que Crary apenas reconoce. Podemos debatir si estos elementos constituyen una base para la esperanza o para una desesperanza aún mayor. En primer lugar, existe en la actualidad un modo de gobierno y gestión en rápida expansión, que

podría denominarse agenda del «bienestar», esto concierne a las empresas y los gobiernos por igual, porque problemas psicosomáticos como la obesidad, la depresión, la ansiedad y la inactividad representan ahora un profundo obstáculo al aumento de la productividad y la eficiencia social. La cuestión, para los políticos y los directivos occidentales en la actualidad, no es simplemente cómo extraer más tiempo y energía de las personas, sino cómo sostener mentes y cuerpos en buen estado. Es un equilibrio delicado en el que el sueño y el descanso deben fomentarse con atención. Cuando Crary sostiene que «ha dejado de haber una necesidad interna de convertir el descanso y la recuperación en componentes del crecimiento económico y la rentabilidad», pasa por alto la medicalización de las relaciones laborales desde la década de 1970, que ha hecho que los directivos adquieran una aguda conciencia del impacto que el trabajo tiene sobre cuerpos, mentes y –cada vez más– cerebros. Su argumento pasa también por alto la medicalización de las relaciones con el yo, cuando los individuos vigilan sus propios niveles de cansancio, salud y energía, y reflexionan sobre ellos.

A los directivos de las empresas posindustriales les aterra el estrés de los trabajadores, una expresión apenas oída hasta la década de 1960, pero que se había convertido en preocupación importante de los expertos en recursos humanos ya en la de 1980. El estrés, dicho de la manera más simple, es la forma en la que un organismo responde a una exigencia excesiva. El exceso de trabajo y de esfuerzo son ahora problemas introducidos en el cálculo de la gestión posindustrial. Ciertamente, allí donde la mano de obra está estandarizada y es fácilmente reemplazable, el temor al trabajador «quemado» está tristemente ausente, pero cuando se explota el capital humano, todos, desde el Foro Económico Mundial en adelante, reconocen que la necesidad de mantener a los individuos en buena forma, sanos y felices constituye un problema empresarial. Y eso requiere dormir bien, como parte de un conjunto de intervenciones terapéuticas para mantener mente y cuerpo. Un estudio efectuado en 2011 por la Harvard Medical School calculó que la privación de sueño les cuesta a los empresarios estadounidenses 63.000 millones de dólares en pérdidas de productividad. Diversas empresas ofrecen ahora a sus empleados asesoramiento profesional sobre el descanso, aprovechando un nuevo circuito asesor de expertos en «sueño y salud».

Crary presenta una visión curiosamente taylorista de la extracción de valor, y apenas presta atención a la creación de valor. En lo que a esta última se refiere, habría sido ilustrativo un análisis más selectivo de Foucault. Para éste, como él mismo explicó en las clases sobre seguridad, territorio y población impartidas en 1977-1978 en el Collège de France, el problema del gobierno a partir de finales del siglo XVIII no fue simplemente el de disciplinar los cuerpos mediante una vigilancia y una rutina restrictivas, sino también el de producir salud, crear deseo, fabricar vitalidad, como sendas

positivas hacia la prosperidad y la seguridad. El neoliberalismo personalizó este problema de gobierno convirtiendo a cada individuo en un «empresario de sí mismo», que debe calcular estratégicamente cuánto trabajar, descansar, consumir y relacionarse. La teoría del capital humano presentada por Gary Becker, que Foucault describió en el curso sobre *El nacimiento de la biopolítica* como parte integrante del neoliberalismo estadounidense, era de hecho la extensión de la economía neoclásica al uso del tiempo libre individual. Desde esta perspectiva, el sueño no se opone a los regímenes de producción y racionalización, sino que constituye un ingrediente necesario para vivir la vida de manera productiva y racional. Quizá no pueda extraerse valor del sueño, pero el sueño puede crear mucho valor, en especial cuando la concentración y la creatividad forman parte de los procesos de acumulación. El «empresario de sí mismo» puede, alternativamente, considerar que «dejar de dormir le ofrece una vida de beneficios» en la que merece la pena invertir a pesar de los costes. El problema que afronta el neoliberalismo es que al enredarlo todo dentro de un cálculo económico, tiene dificultades para promover un estilo de vida frente a otro: el reto ahora entrecorrido como «cambio de conducta» y «estímulo».

A pesar de varias referencias de pasada a la «financiarización», las realidades del sector financiero apenas aparecen en *24/7: Late Capitalism and the End of Sleep*. Considerada a la luz de éstas, la tesis de Crary parece de repente más convincente en lo referente al «24» que al «7». De lunes a viernes, los mercados financieros están efectivamente trabajando en una corriente planetaria constante, en la que un mercado abre cuando otros cierran. La necesidad de mantener este flujo en una economía de escala planetaria explica en parte la distribución de los centros financieros: la posición privilegiada de Londres en el capitalismo mundial deriva en buena parte del hecho de que sea capaz de negociar simultáneamente con el Este Asiático por la mañana y Nueva York por la tarde. Si Wall Street funcionase las 24 horas, la principal ventaja competitiva de la City desaparecería. El fin de semana las cosas cambian, y se podría decir que solo gracias a los fines de semana quedan hoy bancos de inversión privados en el mundo occidental. En el tremendo caos de septiembre y octubre de 2008, los fines de semana crearon momentos de calma relativa en medio de la emergencia financiera, en los que los líderes políticos podían tramar su siguiente paso, en un esfuerzo por evitar el completo hundimiento del sistema. Por ejemplo, fue el fin de semana del 11 y el 12 de octubre cuando el gobierno británico decidió invertir 35 millardos de libras en acciones de dos de sus principales bancos, exigiendo también a los reguladores europeos que trabajasen los fines de semana para aprobar tales decisiones.

Crary señala que es la vigilia del Estado Leviatán hobbesiano, que permanece de guardia mientras los ciudadanos duermen profundamente, el que le

confiere su poder soberano. Quizá ésta sea una lección de la crisis de 2008: la incesante vigilancia del Estado. Un cierto estremecimiento acompaña a las anécdotas de líderes políticos que debían reunirse toda la noche para solucionar las emergencias nacionales (esto se convierte más que un estremecimiento, con la reflexión de que la famosamente insomne Margaret Thatcher supuestamente asumía cada día como una emergencia nacional). Pero otra interpretación del otoño de 2008 sería la de que el sistema financiero se salvó precisamente porque sus mercados no operan 24 horas los 7 días de la semana, a pesar de que buena parte de las transacciones algorítmicas y de alta frecuencia podrían presumiblemente continuar de manera constante, sin interrupción. Que los mercados abran por la mañana y cierren por la tarde ofrece límites curiosamente anacrónicos, «caballerescos», dentro de los cuales se ve obligado a existir el anárquico ajeteo de las transacciones financieras. Con independencia de las acciones estatales, la mortífera espiral económica de 2008 estuvo salpicada por momentos de calma relativa. Junto a los fines de semana, esto ofreció a los políticos nacionales un ritmo al que adaptarse durante el caos financiero. Los diferentes remedios estatales podían probarse por la noche, esperando la reacción de los mercados a la mañana siguiente.

El blanco más urgente de la crítica de Crary, sospecho, es la combinación de los medios de comunicación social y la analítica de los *big data*, que está extendiendo a la vida cotidiana una nueva lógica algorítmica no relacionada con el mercado y carente de los límites de este o incluso del cálculo al estilo Becker. Es este aparato tecnológico el que da vida de la manera más tangible a la «sociedad de control» deleuziana. La cuestión de qué queda fuera de este aparato o es resistente a él es de hecho preocupante. La defensa liberal de la «intimidad» es claramente inadecuada como medio para circunscribir los flujos de datos que ahora penetran en todas las áreas de la vida personal, social y cultural. Esta corriente ininterrumpida reduce la crítica simplemente a una queja más, debilitando la sensación de interferencia momentánea que dio a la crítica y a la crisis su fuerza histórica. La cuestión de cómo resucitar la capacidad cultural y política para interrumpir es fascinante e importante. Los momentos de pasividad son, como da a entender Crary, potencialmente cruciales para detener el ruido constante y el movimiento perpetuo. ¿Pero qué decir de la lectura, del escuchar, de la quietud dedicada y deliberada? Crary sugiere que el juego ya se ha acabado y que «la idea de pasar largos bloques de tiempo exclusivamente como espectador está pasada de moda». En cuyo caso, ¿por qué no considerarlos como destrezas que necesitan reaprenderse? El argumento de que la receptividad y la pasividad contienen recursos de esperanza es acuciante en nuestra época interactiva; pero seguramente éstas tienen manifestaciones más enérgicas y críticas que la mera rendición a la inconsciencia nocturna.

CRÍTICA

Ira Katznelson, *Fear Itself: The New Deal and the Origins of Our Time*, Nueva York, Liveright, 2013, 706 pp.

DYLAN RILEY

CUESTIONES SUREÑAS

¿Hay algo nuevo que decir acerca del *New Deal*? Como observa Ira Katznelson al comienzo de *Fear Itself: The New Deal and the Origins of Our Time*, «poseemos cientos de historias temáticas, incontables estudios sobre asuntos públicos y abundantes biografías de personas clave durante esta época de gran densidad histórica»; por lo tanto «¿por qué presentar otro retrato?», pregunta. Parte de la respuesta radica en un resurgimiento del interés por la década de 1930 en Estados Unidos, en especial entre estudiosos liberales de izquierdas que, en busca de lecciones de la era de la depresión aplicables al presente, se sienten constantemente tentados a hacer comparaciones entre Obama y Roosevelt (normalmente poco halagüeñas para el primero). El propio Katznelson encuentra justificación en una fuente más refinada, y cita el ensayo sobre Venecia escrito en 1882 por Henry James: aunque la ciudad ha sido «pintada y descrita muchos miles de veces», escribía James, «no está prohibido hablar de cosas conocidas» cuando un escritor «está enamorado de su tema».

La admiración de Katznelson por el *New Deal* es obvia: en una primera parte cargada de referencias a Tocqueville, el autor sitúa los logros de la época «a la par que los de la Revolución Francesa», y lo describe «no solo como un importante acontecimiento en la historia de Estados Unidos, sino el terreno de pruebas más importante del siglo xx para la democracia representativa en una era de política de masas». En su opinión, el Gobierno de Roosevelt «reconsideró y reconstruyó el viejo orden político del país» y en

el intento «consiguió definir y garantizar la democracia liberal». También insiste, sin embargo, en que «la estima por el *New Deal* debería paradójicamente llamar la atención sobre sus más profundas imperfecciones». *Fear Itself* intenta arrojar luz sobre el periodo prestando atención a la ansiedad y la incertidumbre que lo invadieron y, en especial, a la estrecha relación entre las reformas de Roosevelt y el orden social racista de los estados sureños.

Profesor de ciencias políticas en Columbia y director del Social Science Research Council, Katznelson está bien situado para realizar el que probablemente se convierta en el nuevo estudio clásico sobre el periodo. Formado en la década de 1960 en la misma institución en la que ahora enseña, Katznelson estuvo expuesto tanto a las declaraciones intelectuales más convincentes del liberalismo de la Guerra Fría —Richard Hofstadter y David Truman se encontraban entre sus profesores, y él recuerda que le influyeron profundamente las clases de Hannah Arendt en la New School— como a las de la nueva izquierda estadounidense: C. Wright Mills tuvo un impacto especialmente fuerte. En la confluencia de estas corrientes intelectuales tan distintas, Katznelson ha trabajado enormemente en dos áreas principales: sobre el movimiento obrero estadounidense y sobre teoría política. Su obra en estos campos ha evolucionado en tres fases: un ciclo inicial de textos sobre la formación de clases, en íntima conversación con el marxismo, seguido por un trabajo ampliamente dedicado a la teoría política liberal, y un conjunto más reciente de escritos dedicado al *New Deal*, que en aspectos importantes integra los intereses de las primeras dos fases. Katznelson comenzó a ganar renombre con un libro de 1981 titulado *City Trenches*, que proporcionaba una respuesta original a la perenne pregunta de «¿Por qué no ha prosperado el socialismo en Estados Unidos?». Evitando explicaciones basadas en la prosperidad generalizada, como la de Sombart, o en reivindicaciones de especificidad cultural, se centró en la separación espacial entre el trabajo y la residencia en Estados Unidos. De acuerdo con esta teoría, la clave para la formación específica de la clase obrera estadounidense fue que la conciencia de clase quedó restringida al lugar de trabajo. Katznelson prosiguió este análisis en 1992 con *Marxism and the City*, un examen apreciativo pero crítico de los estudios urbanos marxistas, desde Engels a Harvey, pasando por Lefebvre.

A mediados de la década de 1990, influido por el hundimiento del comunismo en Europa del Este, el alcance de su obra se había ampliado, y Katznelson pareció girar muy drásticamente hacia la derecha. *Liberalism's Crooked Circle: Letters to Adam Michnik* (1996) compartía por completo el espejismo común en aquel momento de que la caída del bloque soviético permitiría robustecer el liberalismo estadounidense. *Desolation and Enlightenment: Political Knowledge after Total War, Totalitarianism and the Holocaust* (2003) era un retrato grupal admirativo de Hannah Arendt, Robert

Dahl, Richard Hofstadter, Harold Laswell, Karl Polanyi y David Truman, todos agrupados bajo el encabezamiento de «ilustración de los estudios políticos». En la fase más reciente de su trabajo, que comenzó con *When Affirmative Action Was White* (2005) y podría considerarse que culmina con *Fear Itself*, Katznelson presta especial atención a la influencia decisiva del Sur en el naciente Estado del bienestar estadounidense. Esta última obra, sin embargo, rompe casi por completo con la apertura intelectual y la argumentación original que caracterizaba las mejores obras anteriores de Katznelson. Lo que este libro ofrece es, de hecho, una celebración altamente politizada del *New Deal* y los comienzos de la Guerra Fría, basada en problemáticas afirmaciones históricas.

Fear Itself recalca una y otra vez un argumento muy importante: muestra de manera extremadamente clara que, lejos de ser una mosca en la sopa socialdemócrata del *New Deal*, los políticos sureños constituyeron una parte central de la coalición que lo apoyaba, y modelaron activamente su agenda. En ese sentido, Katznelson ofrece un refrescante correctivo a la nostalgia generalizada por los años de Roosevelt entre los autoproclamados «progresistas» (un término que el libro ayuda también mucho a desmitificar) estadounidenses. Pero aunque socava algunos mitos, también contribuye a otros. En sus 700 páginas, Katznelson insiste una y otra vez en la conexión histórica entre la preservación del Sur regido por el sistema de Jim Crow en la década de 1930 y la relativa estabilidad de las instituciones políticas estadounidenses durante la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial y después de esta. Su principal tesis es que la alianza política establecida entre el Gobierno de Roosevelt y los demócratas segregacionistas sureños fue una condición para la supervivencia de la democracia estadounidense propiamente dicha en las décadas de 1930 y 1940 y en los primeros años de la de 1950. «Si hay una lección —escribe—, no es de juicio retrospectivo, como si entonces existiese la posibilidad de rescatar la democracia liberal y simultáneamente defender la justicia racial». Por el contrario, «la democracia liberal prosperó como resultado [la cursiva es mía] de una avenencia con la humillación racial y su sistema de exclusión legal y terror por principio. Cada una constituyó la otra como “la doble naturaleza unida de cuerpo y alma” en el *Fausto* de Goethe». En resumen, la alianza con el Sur de Jim Crow fue, como señala el título del último capítulo del libro, «el precio de la democracia».

La explicación de Katznelson difiere en varios aspectos fundamentales de anteriores estudios históricos sobre el *New Deal*: textos clásicos como *The Age of Roosevelt*, una historia en tres volúmenes publicada entre 1957 y 1960 por Arthur Schlesinger Jr., por ejemplo, o *Franklin D. Roosevelt and the New Deal* (1963), de William Leuchtenburg. En primer lugar, en su periodización, que abarca, más allá del habitual límite final de 1945, toda la presidencia de Truman y el comienzo de la de Eisenhower. Otro es la insistencia de

Katznelson en situar los acontecimientos estadounidenses en un contexto mundial, por considerar que los anteriores estudiosos habían sido «demasiado provincianos y demasiado limitados». Quizá el rasgo más distintivo de *Fear Itself* sea, sin embargo –como sugeriría el título–, el constante hincapié en un clima de creciente ansiedad que, afirma él, se extendió por Estados Unidos a partir de la década de 1930. Katznelson sostiene que el *New Deal* fue, de hecho, producto del temor, un estado psicológico resultante de la «incomensurable incertidumbre» causada por «el hundimiento económico, la guerra total, el genocidio, las armas atómicas y los posteriores enfrentamientos con el comunismo». Sin guías fiables sobre cómo responder a tales retos, los líderes políticos del momento intentaron convertir la «incertidumbre» ilimitada en «riesgo mensurable», y con ese fin estuvieron dispuestos a considerar «un repertorio muy amplio de políticas». La creatividad institucional y legislativa del *New Deal* fue resultado de este impulso básicamente conservador: un intento de mantener el orden social existente, no de transformarlo. Katznelson detecta tres temores principales que sustentan su relato: en primer lugar, el miedo a que, en la coyuntura de la década de 1930, «las principales democracias liberales del planeta no pudieran competir adecuadamente con las dictaduras»; segundo, el producido por «el crecimiento exponencial del armamento existente», que culminó después de 1945 en la amenaza atómica; y tercero, la estructura racial del Sur, «fuente de preocupación tanto para sus defensores como para sus adversarios».

El libro está organizado en cuatro partes. La primera, «La lucha contra el miedo», sitúa la escena sosteniendo que la década de 1930 debería considerarse un periodo de «competencia» entre «las democracias constitucionales de Europa y Norteamérica» y «una amplia variedad de alternativas autoritarias». Katznelson muestra que en aquel momento los Estados copiaban con frecuencia las políticas entre sí. Uno de los fragmentos más asombrosos de esta parte relata que el Gobierno de Roosevelt envió en 1937 una delegación a la Italia fascista «para estudiar cómo había organizado el gobierno de Benito Mussolini la Administración del fascismo»; el Comité Brownlow «utilizó entonces sus conclusiones para hacer extensas recomendaciones sobre cómo reorganizar la Administración nacional estadounidense». Katznelson evoca además el temperamento antiliberal de la época mediante esbozos de tres figuras: el piloto italiano y notorio *squadrista* Italo Balbo, el juez soviético en el tribunal de Núremberg Iona Nikitchenko, y el senador demócrata por Mississipi y «orgulloso miembro del Ku Klux Klan» Theodore Bilbo», todos catalogados como «servidores de un régimen autoritario»; una yuxtaposición sorprendente que, como veremos, persigue un objetivo decididamente ideológico.

La segunda parte –y podría decirse que la más convincente–, «La jaula sureña», se centra en la especificidad de la antigua Confederación y su crucial participación en la historia legislativa de la década de 1930. Bien entrado

el siglo xx, sostiene Katznelson, un tercio del territorio estadounidense aún languidecía bajo un régimen agrario precapitalista y brutalmente reaccionario, cuya elite dirigente estaba profundamente atrincherada en el Estado federal. Todavía en 1938, la renta media del Sur ascendía a poco más de la mitad de la del país en su conjunto, la pelagra y la malaria campaban por sus respetos, y apenas el 3 por 100 de las casas del Sur tenía baño con agua corriente. Para Katznelson, estos rasgos singulares estaban en último término relacionados con la raza. El sistema político de un solo partido estaba diseñado para reproducir la supremacía racial blanca: las estrictas restricciones al sufragio negro ayudaron a garantizar que la región enviase demócratas al Senado y a la Cámara de Representantes prácticamente sin oposición durante décadas. La pobreza y el atraso del Sur –increíblemente documentados en un informe gubernamental de 1938– eran también en gran medida producto de su «orden racial». El linchamiento, «el medio menos civilizado que el Sur blanco usaba para proteger su hegemonía racial», seguía siendo generalizado, como Katznelson subraya convincentemente: entre 1900 y 1930 se produjeron 2.000 linchamientos en el Sur, y en 1933, primer año del *New Deal*, otros 28, incluido el brutal asesinato de Lloyd Warner, quemado vivo ante una multitud en Maryland.

El ardiente apoyo a las leyes segregacionistas del sistema Jim Crow se combinaba a menudo con la exigencia de gobierno activista. Una de las primeras manifestaciones de ello fue la presidencia de Woodrow Wilson, un demócrata progresista que respaldó la expansión de la capacidad reguladora del Estado estadounidense al mismo tiempo que apoyaba sin reservas la legislación de Jim Crow; es bien sabido que Wilson proyectó *El nacimiento de una nación* en la Casa Blanca, e hizo eliminar del Tratado de Versalles los términos que condenaban la desigualdad racial. Dichas afiliaciones eran compartidas por un grupo más amplio de progresistas sureños. En la década de 1920, fue la alianza entre «progresistas republicanos occidentales» y demócratas sureños la que permitió aprobar la legislación tributaria progresista y la Ley de Protección de la Maternidad y la Infancia de 1921, y este eje siguió siendo una fuerza política crucial en el propio *New Deal*. El Gobierno de Roosevelt se aprovechó al máximo de este grupo: por ejemplo, el extravagante racista Theodor Bilbo fue un firme defensor del *New Deal*. En dos llamativas gráficas, Katznelson muestra la suavización, aunque no la desaparición, del alineamiento partidista y la conversión de los demócratas sureños en un voto oscilante en el Congreso entre 1933 y 1952. Las pruebas documentan claramente la evolución del patrón de relaciones entre los congresistas sureños y el Gobierno de Roosevelt: apoyo sólido en 1933-1936 que derivó en creciente oposición al presidente en el segundo y tercer mandatos.

En la tercera parte, «Emergencia», Katznelson presenta un análisis del periodo del *New Deal* entendido convencionalmente, de 1933 a 1945. La idea

central de su argumento es que el apoyo sureño en sus dos primeros años posibilitó el impulso radical al inicio del *New Deal*, plasmado en la Ley de Recuperación Nacional. La oleada de organización sindical que siguió a la Ley Wagner de 1935, sin embargo, llevó finalmente al bloque legislativo del Sur a alejarse de Roosevelt, por la amenaza que los sindicatos planteaban para el sistema segregacionista. En opinión de Katznelson, la segunda fase de radicalismo no empezó hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando retomó las ambiciones de planificación del primer *New Deal*, como una sopa de letras de poderosos y nuevos organismos gubernamentales: la Oficina de Producción para la Guerra (WPB), la Oficina de Administración de Precios (OPA), la Corporación de Fábricas de Defensa (DPC), etcétera. Al final de la guerra, afirma Katznelson, «el Gobierno federal poseía el 40 por 100 de los activos de capital del país».

La última parte del libro es en ciertos aspectos la más inusual. Cronológicamente, retrocede a la década de 1940 para esbozar los antecedentes de la Ley Taft-Hartley de 1947, que anuló de hecho la Ley Wagner. Pero Katznelson también amplía su análisis hacia delante, hasta comienzos de la década de 1950, para explicar la evolución del Estado de Seguridad Nacional. Sostiene, en primer lugar, que la Ley Taft-Hartley produjo un patrón de política interior caracterizado por dos rasgos: por una parte, la intervención estatal en la economía quedó restringida exclusivamente a la gestión macroeconómica keynesiana, mientras que los proyectos corporativistas fueron definitivamente marginados; por otro, los trabajadores se convirtieron en un grupo de interés y no en una clase. Esta configuración, de acuerdo con Katznelson, es mejor entenderla como un «pluralismo de grupos de interés», la gelatinosa escena política interior celebrada por estudiosos como David Truman. Pero durante el mismo periodo, sostiene Katznelson, emergió junto a esta orientación interna «procedimental» otro rostro de Estados Unidos: «Un Estado cruzado que haría campaña –prácticamente sin límites– a favor de la democracia liberal». Institucionalmente, este Estado que miraba al exterior se localizaba en una nueva serie de secciones del ejecutivo emergidas a finales de la década de 1940 y comienzos de la de 1950: el Departamento de Defensa, la CIA, el Mando Aéreo Estratégico (SAC), y la Comisión de la Energía Atómica (AEC). Ideológicamente, se mantenía unido por un contraste retórico entre «libertad» y «esclavitud» esbozado en el Informe 68 del Consejo de Seguridad Nacional.

Katznelson sostiene que los legisladores sureños modelaron la aparición del «pluralismo de grupos de interés» domésticos, mediante el apoyo a la Ley Taft-Hartley y la construcción de un Estado cruzado orientado al exterior con el respaldo a la legislación que establecía el aparato de seguridad nacional. El Sur fue, por lo tanto, crucial para crear un Estado que fundía la legitimidad democrática con la inflexibilidad geopolítica: una feliz combinación de fuerza y

consentimiento. En palabras tuyas, «sin bases exteriores, el país no habría tenido el tiempo o la libertad de proteger sus prácticas constitucionales y solucionar sus acuciantes problemas mediante instituciones y normas democráticas». De igual modo, «sin su orden político representativo, la fuerza planetaria estadounidense no podría haber conseguido la necesaria suspensión de la incredulidad popular». En resumen, fue el Sur el que proporcionó la columna vertebral necesaria para proteger la democracia estadounidense en una época de problemas, además de sentar las bases para su sistema político pluralista.

Este es el argumento de *Fear Itself*. ¿Cómo deberíamos evaluarlo? Quizá habría que empezar por la idea central del libro, el miedo. La resonante expresión del título deriva, por supuesto, del discurso de toma de posesión pronunciado por Roosevelt en 1933, pero la idea de una ansiedad generalizada es un tema recurrente en los estudios históricos sobre el periodo: Leuchtenburg se refería a un «invierno de desesperación» que atenazaba al país, mientras que Schlesinger evocaba de diversos modos un «contagio del miedo», «una niebla de desesperación», etcétera. De acuerdo con Katznelson, sin embargo, «en estos y en otros muchos estudios históricos estimables, el miedo y la incertidumbre desaparecen demasiado pronto». En un paso quizá influido por su maestro Richard Hofstadter —autor, después de todo, de *The Paranoid Style in American Politics*—, Katznelson intenta devolverles una influencia predominante en el periodo. El miedo es, por supuesto, una actitud subjetiva, no relacionada necesariamente con las circunstancias históricas reales. Las amenazas, por otro lado, hacen por lo general referencia a circunstancias que pueden o no provocar miedo a las partes correspondientes. Katznelson nunca parece registrar plenamente esta distinción básica, omitiendo constantemente los dos, como en la siguiente formulación:

Enfrentado a la desolación, el *New Deal* procedió en un ambiente lleno de angustia. En dicho mundo, los rasgos más constantes de la vida política estadounidense amenazaban constantemente con volverse inestables, demenciales incluso. La capacidad de los dirigentes para afrontar terribles amenazas económicas, ideológicas y militares nunca parecía del todo segura.

Este encuadramiento produce serios problemas analíticos, porque desconecta el miedo de las circunstancias históricas determinantes. Katznelson no ofrece un análisis sistemático de quiénes tenían miedo, de qué lo tenían o en qué medida sus temores estaban justificados de hecho. Asume, por el contrario, el miedo como una cualidad etérea, especificada diversamente como «un contexto [...] para las ideas y la acción», una «presencia [...] generalizada», «una sensación constante», un «ámbito». Dicha vaguedad conceptual provoca necesariamente confusión, como, por ejemplo, cuando Katznelson trata los temores de los negros sureños y los de los legisladores segregacionistas partidarios de Jim Crow como algo analíticamente equivalente, al

escribir que «la estructura racial del Sur generó el tercer miedo generalizado de la época, una fuente de preocupación tanto para sus defensores como para sus adversarios».

Esta indeterminación no es accidental. Borrar los límites entre el miedo y la amenaza le sirve a Katznelson para apuntalar dos argumentos históricos muy cuestionables. Como hemos visto, *Fear Itself* afirma que en las décadas de 1930 y 1940 los dirigentes políticos estadounidenses se enfrentaron a un conjunto de amenazas internacionales e internas contra la democracia liberal que solo podían afrontarse eliminando la igualmente grave amenaza contra la supremacía blanca en el Sur. La justicia racial fue sacrificada ante el objetivo más elevado de proteger la constitución, mediante la construcción del bipolar Estado «procedimental» o «baluarte». ¿En qué medida justifican los hechos históricos estas afirmaciones? Katznelson debe demostrar como mínimo que se trataba de amenazas reales contra la democracia liberal y contra el orden racista del Sur.

El tema de una amenaza autoritaria es una constante en el libro de Katznelson. Estados Unidos en 1933 «se enfrentaba a un cielo nocturno iluminado por la barbarie»; durante una década, el país poseía, en apariencia, «muchas de las mismas características que pronto Hannah Arendt asociaría con el totalitarismo»; Roosevelt se vio «enfrentado» a las «dictaduras» tan pronto como asumió el poder. Para Katznelson, el Estados Unidos del *New Deal* era una democracia asediada, y fue «el Sur el que ayudó al país a responder a los sarcasmos dictatoriales de que las democracias liberales eran incapaces de restaurar un capitalismo eficaz o gestionar el conflicto de clase». Quizá la primera alegación que hacer es que la elite política estadounidense no parecía contemplar la situación en estos términos. Como el propio análisis de Katznelson deja claro, los políticos estadounidenses de la época veían a Mussolini como una figura atractiva; estudiaron el fascismo como modelo de organización, y el Congreso y el presidente incluso concedieron a Balbo la Cruz Distinguida de Aviación. Roosevelt y el Congreso tomaron además —como los líderes de otras democracias liberales occidentales— medidas activas para impedir el flujo de armas a los republicanos españoles, ayudando a que España cayese en manos de Franco. Hay muy pocas pruebas, en resumen, del supuesto temor a las amenazas procedentes de la categoría genérica de las «dictaduras», probablemente porque los regímenes fascistas, lejos de amenazar los intereses estadounidenses, fueron en general compatibles con ellos hasta finales de la década de 1930.

El retrato que Katznelson ofrece de la Segunda Guerra Mundial como una lucha por «extender el bienestar de la democracia liberal por todo el planeta» y la descripción que hace del Estado de seguridad nacional que emergió en la década de 1940 como un «Estado cruzado que hizo campaña —prácticamente sin límites— en nombre de la democracia liberal» tampoco se acomodan demasiado bien a los hechos. Las sutilezas constitucionales,

como muestra claramente el registro histórico, estuvieron siempre subordinadas a las consideraciones económicas allí donde ambas entraban en conflicto. Siempre que la democracia amenazaba con plantear un serio reto a la propiedad privada —como en España en 1936, en Grecia en 1945 o en Italia en 1948— Estados Unidos la debilitó activamente.

La imagen que *Fear Itself* ofrece de la posición geopolítica de Estados Unidos a mediados de siglo no es por lo tanto convincente. Durante todo el periodo analizado, Estados Unidos nunca afrontó una verdadera amenaza en su territorio. Incluso el ataque japonés contra Pearl Harbour, cuyo arquitecto comprendió de inmediato que era un desastre para el Imperio, fue, de hecho, un movimiento defensivo desesperado provocado por el embargo de petróleo estadounidense; el ataque estaba pensado para crear las condiciones que permitiesen avanzar por el Sudeste asiático en busca de materias primas. También es muy debatible que Hitler hubiese ambicionado alguna vez atacar Estados Unidos. Por otro lado, como pronto quedó claro, las armas nucleares nunca habrían podido usarse de manera estratégica una vez roto el monopolio estadounidense. La idea de que Estados Unidos era una ciudadela demócrata liberal sitiada no es convincente.

Si los datos históricos son claramente inequívocos respecto a la ausencia de amenazas internacionales contra la democracia liberal estadounidense, ¿qué podemos decir de las internas? Son incluso más nebulosas en la explicación de Katznelson. La analogía de partida que establece entre Balbo, Nikitchenko y Bilbo es una prestidigitación retórica, y da la impresión de que los políticos sureños constituían una amenaza autoritaria interna, análoga de alguna forma al fascismo italiano y el comunismo soviético, en lugar de ser un componente constitutivo del bloque de poder estadounidense. El libro esboza también los absurdos coqueteos de Charles Lindbergh con las potencias fascistas y luego intenta, de manera poco verosímil, presentar el posterior populismo sureño de Huey Long, Strom Thrumond y George Wallace como un movimiento político con «cierto parecido al fascismo europeo», mostrando de nuevo la influencia de Hofstadter. Pero la única prueba de esta similitud que aporta Katznelson es que estos hombres intentaban movilizar a los agricultores blancos pobres, recriminaban con dureza a sus opositores políticos y criticaban a Wall Street. Es difícil ver en qué suponía esto una amenaza contra la democracia liberal de Estados Unidos. El hecho claro es que el país carecía prácticamente de las condiciones previas necesarias para el fascismo, y no digamos para el comunismo. No afrontó ninguna amenaza revolucionaria seria desde la izquierda ni una enorme masa de veteranos de guerra desmovilizados, y no vio frustradas sus ambiciones imperiales. Quizá lo más importante fuese que los intereses de todos los segmentos principales de su elite social estaban profundamente engranados con la conservación, no con la transformación, de las relaciones constitucionales existentes. Al contrario que

el retrato que Katznelson hace del periodo, por lo tanto, no hubo en ningún momento entre 1933 y 1953 una amenaza discernible a la democracia liberal en Estados Unidos procedente de fuentes exteriores o internas.

La segunda gran «amenaza» que Katznelson analiza es la planteada al orden racista del Sur. La idea de que la política estadounidense estaba constreñida por una «jaula sureña» es atractiva en general, y la articulación que Katznelson hace de esta hipótesis es, como he señalado, valiosa. Pero *Fear Itself* va un paso más allá al afirmar que la creciente oposición al *New Deal* entre los políticos del Sur estaba motivada principalmente por el deseo de defender el predominio blanco. Katznelson sostiene, por ejemplo, que la resistencia sureña a la inclusión de criadas y jornaleros agrarios en la *Social Security Act* y a que se les concediesen las protecciones establecidas en la *National Labor Relations Act*, era un intento de defender los «dispositivos raciales» del Sur. Argumenta que las excepciones regionales a la *Fair Labor Standards Act* «demostraban claramente los peligros que el *New Deal* afrontaba cuando se atrevía a ir más allá de lo tolerado por el Sur blanco, en especial cuando empezaban a aumentar los ataques contra el sistema racial, generando ansiedades raciales en los blancos». Interpreta que la oposición sureña al establecimiento del Servicio de Empleo Estadounidense (USES) se debió a tener «de las consecuencias que el control de la Administración federal sobre la política laboral tendría para las relaciones raciales». De la Administración para la Recuperación Nacional (NRA) afirma que «enfrentados a una serie de ataques nuevos contra su orden racial, los demócratas del Sur se mostraron cada vez más reacios a permitir esfuerzos como la NRA, que aumentaban el poder económico y reducían la autonomía regional». Más en general, sugiere que los representantes sureños «lograron confinar las políticas sobre el capitalismo y el trabajo a las limitadas opciones congruentes con sus preferencias raciales».

Katznelson considera el énfasis en el orden racial del Sur como una de sus aportaciones más distintivas. Sugiere que, al centrarse en los indicadores económicos, los estudiosos han ocultado desde la década de 1930 el trato dado a los negros en la región. Describiendo un informe de 1938 sobre la pobreza en el Sur, escribe que «era un documento atractivo pero profundamente engañoso. Sin excepción, todos estos datos agrupaban a negros y blancos. El informe no hacía mención alguna de la segregación». La fuerza de este punto de vista parecería obvia. ¿Quién podría rebatir la idea de que los demócratas del Sur eran racistas, y de que esto supuso una enorme restricción a los posibles logros del *New Deal*? No obstante, la afirmación que Katznelson hace de que la principal motivación para esta resistencia fue el apoyo a un orden racial específicamente *sureño* puede investigarse en dos planos: primeramente, en su análisis del Sur, y segundo, en su análisis del *New Deal*.

La afirmación de que el Sur estadounidense era y es claramente racista es una de las grandes ideas fijas de los intelectuales de la costa. Pero Du

Bois conocido por su excepticismo, por ejemplo, publicó en *The New York Times* en 1901 una serie de artículos titulada “The Black North” indicando que «el problema de los negros no es propiedad exclusiva del Sur». De hecho, como señalaba C. Vann Woodward en 1955 en *The Strange Career of Jim Crow* —un texto que Martin Luther King consideraba «la biblia histórica del movimiento por los derechos civiles»—, la segregación residencial y la privación de derechos políticos, quizá los principales rasgos de las leyes Jim Crow, surgieron primero en las ciudades del Norte en el periodo jacksoniano, y no caracterizaron al Sur hasta mucho después de terminado el periodo de la Reconstrucción. Incluso el linchamiento distaba mucho de constituir una práctica peculiarmente sureña, como muestran las pruebas aportadas por el propio Katznelson: entre 1900 y 1930, más de setecientos linchamientos —más de un tercio del total— tuvieron lugar fuera de la región. Como dos historiadores británicos, Desmond King y Stephen Tuck, demostraron de hecho en un importante artículo publicado en *Past and Present* en 2007, entre 1889 y 1918 la probabilidad de ser linchado era más elevada en los estados occidentales de Wyoming, Oregón y Nuevo México que en cualquiera de los estados de la antigua Confederación. Aunque Katznelson cita este artículo y lo describe como «una excelente evaluación de las relaciones raciales nacionales», no parece captar lo que implica para sus afirmaciones respecto al Sur.

Lo específico del Sur podría decirse que no era su «orden racial», sino de qué modo esta estructura, que tenía un alcance nacional, se interrelacionaba con la historia y la estructura agrícola tan específicas de la región. Tras la Guerra Civil, en el Sur estadounidense predominaba la aparcería en cultivos comerciales como el algodón y el tabaco. A finales del siglo XIX, este orden agrario se vio amenazado por una revuelta de clase desde abajo, conocida como Populismo, que creó una alianza interracial. El sistema segregacionista emergió en el Sur a finales de la década de 1890 precisamente como reacción a esta amenaza. Como legislación diseñada para dividir y debilitar el Populismo, iba dirigida principalmente tanto contra blancos pobres como contra negros. De hecho, podría decirse, como señala el propio Katznelson, que los impuestos de capitación impedían votar a más blancos pobres que a negros.

Esta historia resulta ser muy importante para entender la «amenaza» invocada por Katznelson. Porque, como deja claro una cuidadosa lectura de las pruebas presentadas en *Fear Itself*, el control de la fuerza de trabajo, no la «preferencia racial», fue la razón por la que los legisladores sureños empezaron a oponerse al *New Deal*. El enfoque racial de Katznelson oscurece este punto fundamental, como revela el tratamiento que da a documentos clave. El primero hace referencia a observaciones introducidas en el Registro del Congreso por Ezequiel Gathings, representante por Arkansas, en 1946. Katznelson introduce la prueba afirmando que «lo que más preocupaba a

los miembros del Sur era que las nuevas competencias federales después de devolver las oficinas de empleo a los estados cambiasen la situación racial». Lo que Gathings dijo, de hecho, sin embargo, en este debate de posguerra fue: «No hemos olvidado que nuestra mano de obra ha sido apartada de las secciones agrícolas del país y trasplantada en las áreas metropolitanas, dejando las granjas vacías y una inadecuada oferta de mano de obra para recoger las cosechas». No se menciona la raza, pero sí hay una clara preocupación por controlar a los trabajadores.

Otro ejemplo se ofrece poco después de este cuando, en un párrafo dedicado a los debates sobre el USES en 1948, Katznelson escribe lo siguiente:

Mientras el Senado volvía a debatir un plan para transferir la administración de la prestación por desempleo al Departamento de Trabajo en marzo de 1948, la Asociación de Fabricantes de Texas y la Cámara de Comercio de Carolina del Sur presionaron con vehemencia para oponerse a la ley, por considerarla un ataque a la capacidad del Sur para discriminar de acuerdo con la raza. Titulada «Noticias y opiniones sobre legislación: Acción requerida si se quiere evitar la FEPC [Comisión sobre Prácticas de Empleo Justas] por defecto. Aquí se dice cómo», la carta, anotada en el Registro del Congreso, afirmaba que «el permanente control supervisor sobre la prestación de desempleo y sobre las funciones del servicio de empleo de los 48 estados» por parte del Departamento de Trabajo «significará el sometimiento de los sistemas estatales a aplicar, de manera indirecta pero no obstante efectiva, las políticas de la FEPC a las competencias de establecimiento de normas y de control de los recursos económicos puestos en manos del secretario de Trabajo».

De nuevo, como en las pruebas tomadas de Gathings, el documento citado por Katznelson no menciona de hecho la capacidad para discriminar basándose en la raza, aunque esto pueda inferirse indirectamente de la expresión «políticas de la FEPC». Lo que está más obviamente en juego es la capacidad de los empresarios del Sur para determinar en qué condiciones contratarán a sus trabajadores. El entrelazamiento exacto de raza y clase en el Sur del *New Deal* es, por supuesto, un problema complejo que excede con creces los límites de esta reseña. Pero aparte de la forzada interpretación de estos dos documentos, la exposición de Katznelson no permite concluir que la amenaza al orden racial del Sur era la principal preocupación de sus políticos. Lo que los documentos citados en *Fear Itself* sí demuestran es que los políticos sureños eran perfectamente conscientes del riesgo que las políticas del *New Deal* suponían para los patrones establecidos de control de los trabajadores.

La afirmación hecha por Katznelson de que el orden racial del Sur estaba amenazado puede ponerse en duda por otra razón: y es que no hay pruebas sustanciales de que el gobierno de Roosevelt llegase a tener un serio programa de derechos civiles, aparte de un par de intentos débiles de aprobar una ley contra los linchamientos. Es anacrónico tratar el *New Deal* como predecesor en sentido alguno del Movimiento por los Derechos Civiles. Esto

resulta obvio al examinar la legislación en cuestión: los sureños se resistieron a la Ley de Condiciones de Trabajo Justas, lucharon contra el Consejo Nacional de Relaciones de Trabajo, y se movilizaron con los republicanos del Norte para aniquilar la Ley Wagner con la Taft-Hartley. Tanto las declaraciones registradas de políticos del Sur que reaccionaron explícitamente a la legislación de las décadas de 1930 y 1940 como el contenido de esos esfuerzos legislativos indican, en resumen, que los legisladores sureños respondían a una amenaza contra el patrón regional de relaciones de clase, no contra el «orden racial» propiamente dicho.

Fear Itself no consigue, por lo tanto, demostrar las dos afirmaciones clave sobre las que descansa el argumento: que había amenazas graves, internas e internacionales, contra la democracia liberal de Estados Unidos, y que había fuertes retos al «orden racial sureño». ¿Pero había otros peligros presentes? Los desafíos internos e internacionales a los intereses de los grandes propietarios estaban ciertamente entre los primeros de la lista. Katznelson reconoce que salvar al capitalismo —y aquí podríamos añadir que la elite agraria del Sur no era plenamente capitalista— fue una de las principales tareas que el *New Deal* se impuso a sí mismo. Pero subestima lo importante que este imperativo fue en la detección de amenazas externas e internas. La cuestión está quizá más clara en el ámbito geopolítico. A este respecto, lo más llamativo acerca de la actitud política exterior de Estados Unidos en el periodo transcurrido entre 1933 y 1953 es la constante subordinación de todas las demás preocupaciones al impulso de garantizar los intereses internacionales de la clase dominante estadounidense, tanto en su rama industrial como en la agraria. La selección del momento para llamar a la intervención en el conflicto europeo demuestra con claridad lo siguiente: como el propio Katznelson describe de manera persuasiva, el bloque intervencionista liderado por el Sur no emergió hasta 1938-1939, cuando la dominación de Hitler sobre el continente empezó a amenazar los mercados de tabaco y algodón del Sur. Ni el hundimiento de la democracia en España ni la invasión de Etiopía suscitaron muchas reacciones en Washington. De hecho, en contra de lo que afirma Katznelson, no parece que haya habido un interés demostrable por la defensa de la democracia en sí.

La alianza con la Unión Soviética durante la guerra encaja en gran medida en el mismo patrón general. Fue un recurso temporal, adoptado a sabiendas de que ampliaría la influencia de Stalin en Europa del Este. Katznelson sugiere que esta «dura elección» —un «pacto necesario» con el «diablo», en la terminología reaganista del autor— se realizó para «garantizarles un futuro a las democracias occidentales»; pero esto es difícil de creer porque, para repetir, una de las primeras operaciones de la recién creada CIA fue la de subvertir unas elecciones democráticas en Italia. Después de la guerra, en cualquier caso, Estados Unidos retomó enseguida una enérgica posición antisoviética

que ya había sido un puntal de su política exterior en la década de 1920. Katznelson no reconoce esto, parece en ocasiones que asigna la responsabilidad exclusiva de la Guerra Fría a la Unión Soviética, sin abordar siquiera la cuestión de las disensiones acerca de Alemania. La URSS, como es bien sabido, quería una «solución a la finlandesa», un Estado unificado pero neutral en medio de Europa; pero Estados Unidos insistió por el contrario en dividir el país, instaurando así la Guerra Fría y podría decirse que ampliando activamente en este proceso la estalinización de Europa del Este.

Nada de esto apunta a una política exterior modelada predominantemente por el objetivo de defender la democracia, aunque los regímenes democráticos liberales eran los preferidos, siempre que su conducta se acomodase a los intereses económicos estadounidenses. Asombra, de hecho, que un erudito de la estatura de Katznelson pase por alto aspectos tan obvios. Lo mismo puede decirse del tratamiento que hace de la política interior estadounidense. El espectro que persiguió los años del *New Deal*, a este respecto, no fue una amenaza totalitaria generalizada, sino, por el contrario, el temor de toda la clase dominante estadounidense a una renovada alianza populista, esta vez fortalecida por un proletariado industrial más combativo y maduro que el existente en la década de 1890. Con su avance organizador hacia el Sur, conocido como Operation Dixie, el CIO se convirtió en 1946 en un peligro real y presente. Fue esta alarmante perspectiva, no los espíritus diabólicos de Huey Long y George Wallace, la amenaza a la que el Gobierno de Roosevelt se enfrentó de hecho.

Si no hay muchas pruebas históricas de las dos amenazas principales detectadas por Katznelson, a la democracia liberal y al orden racial del Sur, ¿en qué queda el principal argumento del libro de que mantener el orden racial del Sur era necesario para conservar la democracia liberal? Dado que ninguno de los peligros era real, no es convincente enmarcar el periodo en una compensación entre ellos: no hubo un intercambio de justicia racial por democracia liberal, y el apoyo a las leyes segregacionistas y al Estado de seguridad nacional no fue en ningún sentido el «precio de la democracia». Sostener que lo fue, es promover el alarmismo conformista que constituye la cualidad distintiva del Partido Demócrata y sus diversos análogos europeos. La importancia del argumento de Katznelson en la actualidad está clara: al igual que el apoyo tácito a las leyes segregacionistas supuestamente permitió a Roosevelt frenar los peligros de Lindbergh y Long, también, *mutatis mutandis*, el programa de drones y la conculcación de los derechos civiles por parte de Obama puede justificarse como el precio que hay que pagar por aferrarse a la Casa Blanca y mantener a raya a los *enragés* del Tea Party; o, alternativamente, el apoyo pródigo a la tecnocracia europea puede presentarse como el último bastión contra una marea creciente (y principalmente imaginaria) de «extremismo de derechas». En todos estos casos, se

invoca una inflada amenaza derechista para mantener a raya a los críticos de izquierda y dignificar las medidas que la elite adopta para servirse a sí misma, presentándolas como sacrificios necesarios. *Fear Itself* nos proporciona así un relato complacientemente autoelogioso en su mensaje general de que el *New Deal* salvó a la democracia estadounidense, pero aceptablemente crítico en su condena a las concesiones raciales que lo acompañaron.

El *New Deal* se basó, por supuesto, en un compromiso, aunque no en el señalado por Katznelson. Su verdadera base fue la alianza de los intereses del sector industrial del noreste y las industrias del oeste que emergieron en la década de 1930 –que adquirieron más importancia cuando el sector financiero del este retiraron temporalmente su apoyo a la Casa Blanca– con los plantadores sureños. En resumen, aunque la aportación de los trabajadores organizados y de los granjeros occidentales no puede pasarse por alto, el *New Deal* –como la mayoría de los demás grandes giros políticos en Estados Unidos– fue predominantemente la expresión de las cambiantes alianzas dentro de la clase dominante. Para garantizar los intereses internos y geopolíticos de estos grupos, el Gobierno de Roosevelt hizo una serie de acomodos, incluido el de hacer la vista gorda ante el segregacionismo. Pero nada de esto tenía mucho que ver con la salvación de la democracia liberal, aunque las consecuencias negativas para la política popular en Estados Unidos parecerían difíciles de exagerar. Es hora, en todo caso, de romper con el mito de que Roosevelt salvó a la democracia estadounidense del fascismo o el totalitarismo, y rechazar la debilitadora política del temor que representa.